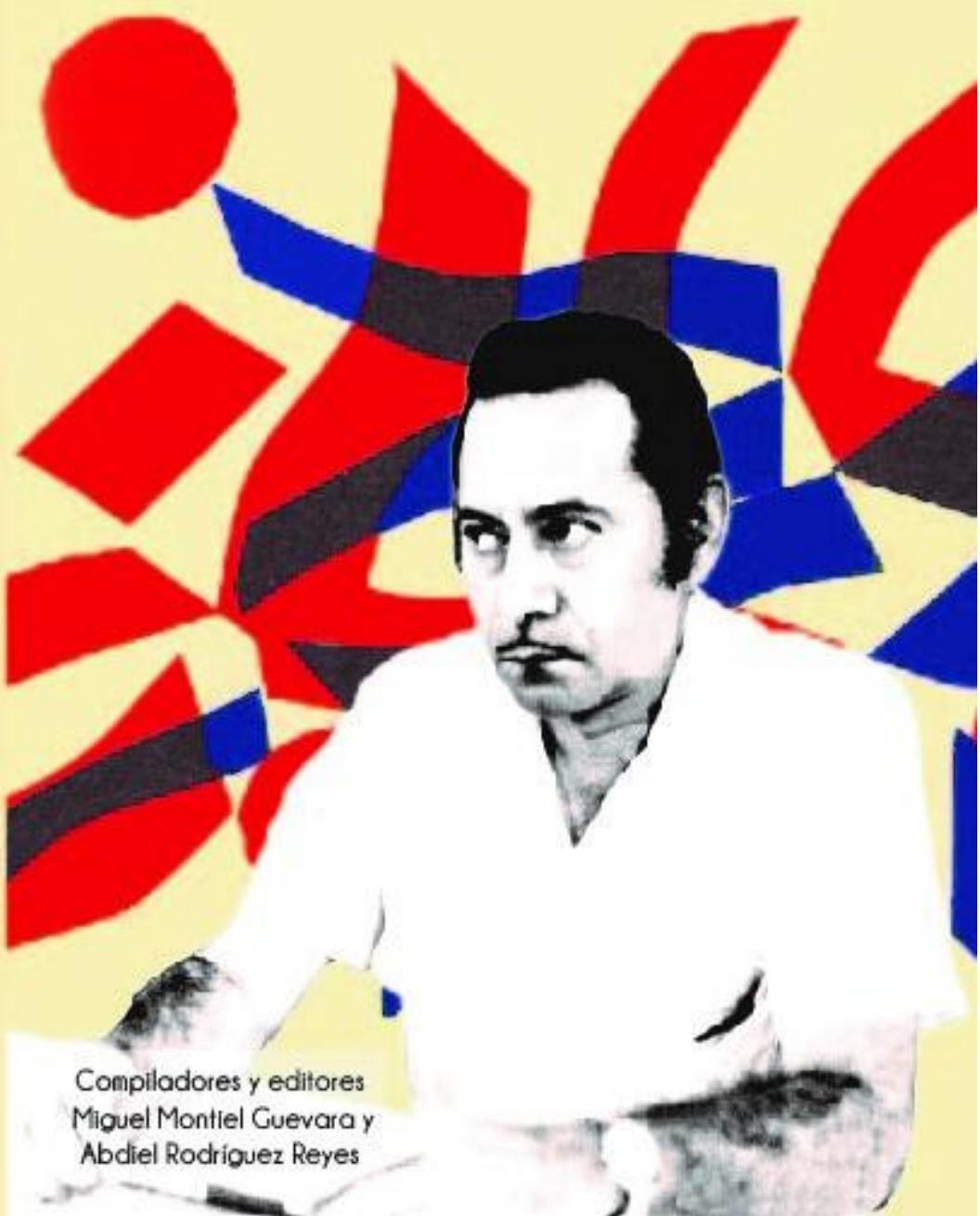


El Pensamiento Crítico de *Ricaurte Soler*



Compiladores y editores
Miguel Montiel Guevara y
Abdiel Rodríguez Reyes

EL PENSAMIENTO CRÍTICO DE RICAURTE SOLER

Colección de Estudios Interdisciplinarios/CIFHU

DEYCRIT  Repositorio

Este archivo fue proporcionado por el *Abdiel Rodríguez Reyes* para ser compartido a través de Deycrit-Sur Repositorio. Cualquier tipo de uso comercial queda estrictamente prohibido. Si comparte esta obra haga referencia a su autor y a su editorial. Deycrit-Sur aclara que no tiene ningún tipo de derechos sobre esta obra a excepción de la divulgación.

El archivo fue publicado en
<http://www.deycrit-sur.com/repositorio/soler.html>

Primera edición, 2019

Miguel Montiel Guevara & Abdiel Rodríguez Reyes
(Compiladores y editores)

Diagramación: Lic. Lizzy González

Se prohíbe el uso y la reproducción total o parcial de esta
obra sin previa autorización

cifhu@hotmail.com

Libro auspiciado por:

©Facultad de Humanidades

©IFAC

©Embajada de Francia en Panamá

©CIFHU

©Departamento de Filosofía

ISBN: 978-9962-12-914-1

Impreso en Panamá

Índice

Nota de los editores.....	5
Presentación.....	6
<i>Homenajes</i>	8
Aproximación al pensamiento filosófico de Ricaurte Soler. Moisés Chong M.....	9
Presencia y vigencia de la filosofía en el pensamiento y obra de Ricaurte Soler. Miguel A. Candanedo O.....	27
El Dr. Ricaurte Soler y el movimiento de reforma universitaria en Panamá. Víctor Ávila D.....	55
Ricaurte Soler: apuntes para un retrato intelectual. Briseida Allard.....	71
Ricaurte Soler: el militante cultural. Marco A. Gandásegui, hijo.....	79
Presencia de Ricaurte Soler. Dimas Lidio Pitty.....	91
Al Maestro Ricaurte Soler: una memoria... Urania A. Ungo M.....	105
<i>Miscelaneas</i>	112
Soler: Una referencia panameña ineludible en el estudio de las ideas en “Nuestra América”. José Ángel Espinoza Saira.....	113
Cuasimodo: Su último aliento. Miguel Montiel Guevara.....	133
El 11 de Octubre, “Panamá: Nación y Oligarquía”. Enoch Adames M.....	139

Soler: Claves para una Filosofía Práctica panameña. Pedro Pineda González.....	143
Pensamiento sociológico en Ricaurte Soler. Alfredo Figueroa Navarro.....	147
El Estado Nacional: una categoría fundamental en el pensamiento de Ricaurte Soler. Rubén Darío Rodríguez Patiño.....	151
<i>Debates</i>	158
Ricaurte Soler y la cuestión nacional latinoamericana. Olmedo Beluche.....	159
Ricaurte Soler. El ideal en la Filosofía panameña. Luis Pulido Ritter.....	175
<i>Nuevas miradas</i>	211
Soler, el viejo coloso. Abdiel Rodríguez Reyes.....	213
Utopía de la nación soleriana. Richard Morales.....	229
Acercamiento a la identidad panameña desde Ricaurte Soler. Florencio Díaz Pinzón.....	249
Aportes de Ricaurte Soler al pensamiento político-filosófico panameño. Samuel Prado Franco.....	267
Anexos	275

NOTA DE LOS EDITORES

Toda compilación corre el riesgo de excluir textos fundamentales sobre la temática. Esta publicación no es la excepción. Tratamos de cubrir los temas más relevantes del pensamiento sobre Soler, desde distintos puntos de vista. Hemos dividido este volumen en cuatro partes: I- Homenajes, II Misceláneas, III-Debates y IV- Nuevas miradas. Hay dos tipos de textos: textos publicados e inéditos. A los primeros le hemos mantenido el estilo de cita, solo cambiando las notas al final a notas a pie de página, para mayor facilidad del lector, cuidando la versión original.

Este libro además de dar a conocer distintos puntos de vista sobre el pensador panameño más importante del siglo XX, busca incentivar a instituciones públicas y sociedad en general interesarse por el pensamiento creativo y crítico nacional. Sirva esta edición para empezar una empresa de mayor aliento: la edición crítica de las obras completas de Ricaurte Soler.

Agradecemos a todas y todos los autores que aceptaron participar con sus escritos en la publicación de este libro como tributo a Ricaurte Soler.

Así mismo, para realizar esta tarea hemos contado con el apoyo y auspicio del Centro de Investigaciones de la Facultad de Humanidades, el Departamento de Filosofía, la Embajada de Francia en Panamá y el Instituto Francés de América Central, por lo cual consignamos estar sumamente agradecidos.

MIGUEL MONTIEL GUEVARA

ABDIEL RODRÍGUEZ REYES

PRESENTACIÓN

Para la Facultad de Humanidades constituye motivo de satisfacción rendir homenaje a la memoria de uno de los pensadores panameños del siglo XX que expresa a través de su enjundiosa producción bibliográfica y su quehacer académico ejemplar los gestos modélicos de nuestro pueblo en sus continuados empeños por aquilatar los perfiles de la nacionalidad, recuperar la soberanía nacional sobre todo el territorio y acceder al real usufructo de los recursos y riquezas nacionales al servicio de todos los panameños.

La bien merecida publicación de un conjunto de ensayos y artículos dedicados a resaltar el pensamiento y la obra del filósofo e historiador de las ideas de Panamá y Nuestra América Ricaurte Soler es una deuda que la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá tiene que saldar con las nuevas generaciones de panameños y latinoamericanos que hoy, a más dos décadas de la muerte de nuestro pensador modélico, crecerán huérfanos del histórico legado del maestro que a lo largo de cuatro décadas de ejemplar magisterio pudo recuperar, en asocio de otros ilustres panameños la memoria histórica de la nacionalidad.

Debemos agradecer, a nombre de la comunidad universitaria y de los estudiosos de la génesis y desarrollo del proyecto nacional panameño, a la Embajada de la República de Francia, el Instituto Francés de América Central y los buenos oficios del Dr. Adelino Braz, el desprendido aporte de los recursos y la cooperación indispensables, en el marco de la cooperación bilateral suscrita, lo que ha hecho posible la edición de este valioso volumen que compila los escritos de un conjunto de destacados estudiosos de la obra y pensamiento del Maestro, quien ha guiado el quehacer intelectual y moral de generaciones de panameños del pasado reciente.

A Ricaurte Soler, podemos decirlo con la mayor convicción, le unieron vínculos intelectuales y afectivos con lo más selecto del pensamiento de la Francia ilustrada y revolucionaria, con lo más elevado de la literatura, arte y

cultura francesas. Con su legado civilizatorio y acrecentado amor de su pueblo por la libertad, la democracia, la solidaridad y la justicia social para todos los hombres y pueblos del mundo.

Bebió el maestro Soler en las inagotables fuentes de la Universidad de la Sorbona y conoció de primera mano a una pléyade de filósofos y pensadores que por aquellos años de fines de la década de los cincuenta y sesenta del pasado siglo ejercieron su cátedra, muchas veces polémicas, en los centros de estudio de la Ciudad de la Luz y en los cafés y peñas de intelectuales. De allí su encuadrada admiración por la tradición intelectual de la capital cultural de Occidente en los duros tiempos de la postguerra, de la guerra fría y los procesos de descolonización.

Hoy en esta valiosa publicación la Embajada de Francia en Panamá y el Instituto Francés de América Central no solo contribuyen al merecido homenaje del mentor del pensamiento panameño, sino reafirma los tradicionales lazos de amistad con nuestra Facultad de Humanidades. En los tiempos difíciles de la construcción de un pensamiento crítico y la amenaza contra las Ciencias Sociales y las Humanidades, adquiere este libro la firmeza de crear conciencia.

DR. OLMEDO GARCÍA CHAVARRÍA

DECANO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

Homenajes

APROXIMACIÓN AL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE RICAURTE SOLER. MOISÉS CHONG M.

La verdadera riqueza espiritual del hombre reside en la riqueza de sus relaciones reales.

Marx

Es nuestro interés el penetrar en el universo espiritual de Ricaurte Soler, en el contexto y el meollo de su pensamiento para lograr así una visión coherente y objetiva de este ideólogo y teórico de la nacionalidad panameña. Aspiramos de este modo efectuar una especie de asedio al pensamiento filosófico de este panameño, doctor en filosofía, historiador severo y crítico de su época y quien supo hacer uso de una metodología científica cónsona con la mejor tradición en este campo del saber humano. En este orden de cosas, Soler representa, dentro de nuestra realidad hispanoamericana, una de las más sólidas y recias inteligencias. Su reflexión es juiciosa, prudente, pero que se atreve a decir las cosas con el nombre que le corresponde.

Muy alejado de los fanatismo que enervan al espíritu, muy distante de esa cansada jerga escolástica, Soler se enfrenta a los temas de la historiografía de Hispanoamérica, a las cuestiones ontológicas y gnoseológicas de mayor interés, a los métodos que postulan, cada uno por su lado, el mecanismo y la dialéctica, a aquellos temas que tocan con lo espiritual, lo ideal, lo material, la realidad corpórea o espacial, a lo concerniente a la primicia del ser sobre la conciencia o al revés, al contenido social de las ideas y, dentro de ello, a los postulados de un “positivismo de raíz hispanoamericana”¹.

Supo investigar, con espíritu crítico, la extensa variedad del ser de Hispanoamérica. Sintió la necesidad de hacer el

¹ El prólogo a *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*, de Ricaurte Soler, Rodrigo Miró dice: “Revelando un maduro recto criterio, con una información extraordinaria para las posibilidades del medio, Soler brinda aquí un capítulo del mayor rango a la historia de nuestras ideas...Por otra parte, revela en su autor un fino instinto de investigador y una probada competencia, virtudes que auguran para mañana nuevos aportes de pareja o superior validez’.

análisis de la historiografía en el marco de la cultura de países como el nuestro. Su sesudo estudio sobre el pensamiento panameño que data de 1954, es una muy seria contribución para presentar la estructura y el contenido espiritual del Istmo de Panamá en el siglo pasado. De este modo acomete la tarea de señalar la universalidad, la americanidad y la panameñidad como formas específicas del pensamiento panameño y en el cual el Dr. Justo Arosemena es figura de primer orden. En esta fase inicial de sus investigaciones sobre el ser panameño, sobre el pensamiento panameño, Ricaurte Soler llega a la conclusión de que este pensamiento se orienta en un marco que se expresa como “reflexión sobre la particularidad nacional y en las expresiones autoconscientes de tal particularidad”², ello no implica, no obstante, un ignorar absoluto del pensamiento filosófico. Y lo que sí es cierto es que hay, en efecto, una íntima relación, un nexo dialéctico entre el pensamiento panameño y la realidad tanto política como histórica del Istmo de Panamá. Que la caracterización de este pensamiento va tomada de la mano de toda una serie de circunstancias reales que se expresan, a lo largo de nuestro devenir histórico, como concepciones e idealizaciones cuya raíz se hunde en esa misma realidad tempo-espacial. Este mismo pensamiento no podemos sugiere Soler, amarrarlo con una supuesta unidad panamericanista y que sugiere la tesis de que nuestra historia - la de la América hispánica - no se concibe sino dentro del contexto de una homogenización de la América de habla hispana con la América de habla sajona³.

Ahora bien, Soler no deja de interesarse por señalar

²Soler está convencido, y cree demostrarlo, que nuestros países hispanoamericanos “han contribuido, inclusive Panamá, originalmente, a la cultura universal”. Obra citada, página 7.

³En la misma obra, *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*, Soler expresa que *Arosemena jamás pensó en unidad alguna panamericana, y en su ideario el paso del hispanoamericanismo a estructuras políticas superiores conducía inmediatamente al internacionalismo. *Ibíd.*, p. 124.

también las peculiaridades de este pensamiento panameño y el cual no ha escapado a los influjos de Europa pero que en Justo Arosemena marca un momento singularísimo. Se trata, nada menos de lo que nuestro autor declara “positivismo autóctono hispanoamericano” y que encuentra en don Justo Arosemena uno de sus más notables teóricos. Y en este sentido el Dr. Soler da muestras palpables de su gran capacidad para deslindar un hecho histórico y que tiene dimensiones filosóficas, penetrando en los repliegues de una doctrina que durante el siglo XIX fue el instrumento ideológico de la burguesía de la América Latina. Nada menos, nos dice el Dr. Soler que reaccionado Arosemena contra las fórmulas de la ilustración y “especialmente contra el contractualismo de Rousseau, Arosemena intenta establecer las bases positivas de la ciencia sociales en los momentos mismos en que Augusto Comte, en Francia, sentaba los cimientos de la sociología como disciplina científica”⁴. Dicha ciencia social no se funda en supuestos metafísicos o apriorísticos. Es una ciencia, al decir de Arosemena, “factológica”. Lo que hace afirmar a Soler que sin duda alguna “Arosemena fue más allá que Comte y Spencer a quienes no pudo conocer en 1840”⁵ en esta misma línea de pensamiento Arosemena rechaza todo intento de fundamentar la moral sobre supuestos teológicos, rechazando también la idea de que es cosa peregrina aquello de que Dios quiere que observemos las reglas que conducen a la vida feliz, asunto que le parece a Arosemena difícil de demostrar. Estas observaciones de Soler hacen relación con

⁴Ricaurte Soler. Estudios sobre historia de las ideas en América, Imprenta Nacional Panamá, 1966, p.65.

⁵Ibíd. p. 65-66.

⁶En su obra *Formas ideológicas de la nación panameña*, nos dice Soler: “Es más difícil de concebir, declara Arosemena, una causa sin causa que una serie ininterrumpida de causas y efectos. El conocimiento científico, único válido y en cuanta descripción de lo que es o pasa, no tiene por qué preocuparse de premisas teológicas o metafísicas. Arosemena parte, pues, de un radical agnosticismo. Citado en Tareas, números 11-12, número extraordinario conmemorativo, Panamá 1963, p.36.

su intento de indicar de manera muy concreta y muy precisa que hasta qué punto la vida intelectual del Istmo en el siglo XIX, sobre todo en la persona de don Justo Arosemena, no fue inmune a los escarceos de la filosofía en su aspecto positivista⁶.

En su interesante obra, *Estudio sobre historia de las ideas en América*, Soler sienta una serie de premisas que representan el intento por entrar de lleno en la consideración filosófica que hace relación con la realidad social e histórica en la América Latina. No se queda corto en su propósito de dilucidar cosas como el realismo social hispanoamericano, su punto de vista sobre el criterio historiográfico para una historia de las ideas en Hispanoamérica, el interés no disimulado por poner de manifiesto tanto el *sustratum* epistemológico, así como las implicaciones metafísicas que se han hecho presentes en la historiografía Hispanoamérica, sin dejar de lado los hechos sociales y económicos así como políticos que entran en el contexto de las concepciones filosóficas insertas en la literatura y la sociología hispanoamericanas. Hace referencia a nuestro autor a lo que él llama “historia intelectualista del pensamiento” en alusión clara a que se había planteado la tesis de que no existe filosofía americana, pero que sí existe filosofía en América. A la concepción inmanentista de las ideas y según la cual la conciencia condiciona la marcha del devenir histórico y social del hombre, Soler señala la existencia de otra tesis: la de que la conciencia bien pudiera estar enmarcada dentro de realidades tempo-espaciales; de que la historia de las ideas, no se fijaría según los criterios de Windelband y de otros idealistas, sino que esta marcha se desenvuelve según lo plantearon en su tiempo Hans Barth (Verdad e ideología) y la corriente marxista, a saber, que los esquemas conceptuales bien pudieran estar determinados por realidades extralógicas, por realidades históricas, lo que abre el camino, piensa el, para

⁶Es convicción en Soler que sin afirmar determinismos radicales, no se puede negar que en cierto orden de cosas las ideas reflejan aspectos esenciales del mundo real.

la reafirmación de una sociología de conocimiento a la manera de Karl Mannheim.

En esta misma dirección, Soler esboza los postulados gnoseológicos y ontológicos tanto de una historiografía intelectualista como de una historiografía realista⁷. Y expresa su repudio a aquellos profesores universitarios que “desde el punto de vista de la historia inmanente de las ideas, ignora o pretende ignorar el fundamento intelectualista e idealista de su exposición”⁸. Porque, sigue diciendo “no hay imparcialidad posible en filosofía”⁹. Frente a un criterio cerrado y un tanto sectario que se plantea el problema de si la cultura nuestra es o no es auténtica, Soler concluye que tales planteamientos son ociosos pues queda todavía por delante mucho camino que recorrer. Porque la realidad de Hispanoamérica tiene sus propias modalidades pero que éstas no responden a ningún misterioso elemento.

Llama la atención el hecho de que Ricaurte Soler, espíritu crítico y analítico, pensador sagaz e intuitivo, haya promovido un creciente interés en nuestros medios intelectuales de hacer el examen prolijo de importantes contribuciones de nuestra América al pensamiento de Europa. Tal es el tema fundamental de su trabajo, *Presencia del pensamiento de la América Latina en la conciencia europea*. Se refiere aquí, pues, no a la “influencia” Latinoamericana, sobre países como Francia, España o Italia. Simplemente pone de manifiesto un cierto desarrollo paralelo, sincrónico entre el pensar en nuestra América Latina y el pensar en Europa. O bien, la simple y escueta presencia. Expresa, convencido de lo que dice “que si bien el pensamiento latinoamericano no ha influido en otras

⁸Declara de modo categórico y sin eufemismos de que no hay imparcialidad en la filosofía. Cita de estudios de la historia de las ideas en América pag.19, una historia de las ideas según el modelo inmanentista haría de esta historia un perpetuo sujetarse a repeticiones estériles.

⁹Estudio de historia de las ideas en América p.19

¹⁰Ibíd.

culturas, su presencia se ha hecho sentir en repetidas ocasiones en la inteligencia europea”¹⁰. Soler no incurre en la tesis mecanicista muy propia de los determinismos. Habla más bien de una “incidencia” de nuestra cultura Latinoamérica en la de Europa. Y se remite a cómo – como ya lo había planteado a su manera y en su tiempo Francisco Romero - el descubrimiento del Nuevo Mundo con sus culturas aborígenes, había abierto el camino para la elaboración de las utopías del Renacimiento. Se refiere seguidamente al siglo XVIII y durante el cual las relaciones personales entre pensadores de Europa y América revelan, si se quiere, influencias recíprocas. Se refiere también al gran interés que sobre los pensadores hispanoamericanos llegaron a tener notables filósofos europeos. Por ejemplo, el interés de Georges Hammeken en el positivismo mexicano, hacia 1878. Y da fe, también, de los cruces de correspondencia entre personalidades de América Latina con las de Europa como en el caso del chileno Juan Enrique Larraguigue¹¹ y no escapa a sus indagaciones el interesante hecho de las numerosas obras de pensadores latinoamericanos que han sido traducidas a idiomas como el italiano, el inglés y el francés. En este sentido habrá que reconocer que Soler se ha comportado como un investigador que ha sabido descubrir aspectos interesantes en el desarrollo histórico de las ideas.

Una certera visión del mundo y de la vida, un espíritu, ligado a una real pasión por la verdad objetiva, un pensador que es consciente de su papel y de su función como tal son aspectos que definen, a nuestro juicio, a Ricaurte Soler, el pensador. Pero no un pensador abroquelado en esencia ideal o escudada en filosofías especulativas. Porque de haber sido así, no nos hubiera descubierto una serie de situaciones que para la gran mayoría pasaban por ignoradas. Es este empeño de él de

¹¹El libro del gran internacionalista argentino, Luis M Drago el crimen nato lleva una introducción nada menos que del italiano Cesar Lombroso obra fue, claro está traducida del español al italiano.

investigar por su propia cuenta y riesgo nos aclara su concepción de las cosas, con un ecuaníme criterio realista y que nos pone sobre la pista, por vía de ejemplo, de la necesidad de tener del mundo real un concepto que es preciso comprender e incluso transformar. Así, Soler hace patente de que manera, siguiendo esta línea de pensamiento al mexicano Mariano Otero, la estructura de la propiedad juega un papel fundamental en la explicación de las relaciones sociales e, incluso, ideológicas. Por lo que Soler señala e indica, igualmente, como Mariano Otero se anticipó en cierto sentido a los postulados y premisas sentados por Marx y Engles¹².

Conocedor como pocos del contenido social de las ideas filosóficas, Soler se supo adentrar en el estudio, consideración y reflexión sería de lo que ya hemos señalado como “pensamiento hispanoamericano”. Se advierte en él – ya lo hemos dicho más arriba – un clara disposición a la objetividad, al no uso de un lenguaje figurado, se nos muestra, así, como pensador a quien interesa lo concreto, lo tangible, lo verificable, algo muy lejos de los apriorismos o de los idealismos puros o de una metafísica muy dada a los bizantinismos. No obstante supo a su tiempo lo concerniente a la estructura de la lógica formal prefiriendo, sobre todo, las categorías dinámicas de la lógica dialéctica y haciendo de esta un uso muy consonó con un espíritu no sectario y muy distante de aquel fanatismo que hizo del marxismo un instrumento diabólico del totalitarismo soviético. Razón por la cual Soler se nos presenta como un pensador que sabe manejar al aparato conceptual de la dialéctica, que conoce las leyes fundamentales de ésta, que sabe hacer comparaciones ni maniqueas ni dicotómicas, que nos descubre la existencia

¹²En Otero, afirma Soler, las relaciones materiales determinan la estructura política, Cita de Jesús Silva Herzog lo siguiente: El que catalogado como liberal moderado se adelantó sin saberlo las consideraciones materialistas de la historia de Marx y Engels *Ibíd.* p.98

de falsos dilemas, que es consciente del papel relevante que juegan los fenómenos de la vida real en la estructura y el contenido de las ideas, que despierta en el lector una especie de reto, a saber, de que le convida a pensar, a analizar, a razonar con espíritu amplio y sin perderse en disquisiciones vacías. Este reto lo desafía a uno a entrar de lleno y sin prejuicios en una realidad que es todo un mundo en donde las fuerzas de este actúan reciprocamente. Esto explica, en gran medida, sus precisiones sobre el pensamiento de un Alberdi o de un Sarmiento en la Argentina o en un José de la Luz y Caballero en Cuba y enmarcado éste en una posición que es todo un empirismo radical. Es decir, que Soler sabe conducir al lector a descubrir la trama existente entre el contexto de las ideas de una época determinada en consonancia con la realidad social e histórica de la misma.

Interesa precisar algunos aspectos más precisos del pensamiento filosófico de Ricaurte Soler. Al señalar la importancia a la Sociología del Conocimiento, Soler pone de manifiesto que “La historia puede enfocarse desde un idealista que nos invita al enriquecimiento progresivo de la conciencia mediante la actualización de virtualidades que pretende son inherentes a la conciencia misma. La posición materialista nos invita al enriquecimiento progresivo de la conciencia mediante una actividad práctica que reflejará en el espíritu la riqueza infinita de lo real sometido a su conocimiento y a su dominio”¹³. Difícilmente podríamos encontrar, salvo mejor opinión, una caracterización tan sesuda, cuerda y juiciosa sobre lo que, en el fondo, representa el Materialismo y el Idealismo. Que las leyes del ser son un hecho objetivo y veraz,

¹³Ricaurte Soler: *Materialismo e idealismo: Una alternativa* llama la de manera tan parca y sencilla aborda nuestro autor la disyuntivas entre las dos concepciones del mundo y de la vida difíciles de compaginar no obstante el autor entra de lleno en el análisis y estudio crítico de estas dos posiciones que entran en relación con la ontología y con la gnoseología Soler intenta, no obstante, abordar el asunto con un criterio no sujeto a su posición subjetivas.

no deja de reconocerse como realmente cierto. Que las leyes del pensamiento corresponden, en cierta medida a las leyes de la realidad objetiva, ni riñen en manera alguna con los fenómenos del mundo real. Y en esta alternativa: Materialismo e Idealismo no es tarea fácil, advierte Soler, fijar la validez de una y otra posición.

Sin embargo, Soler pone de manifiesto que el pensamiento en sí, el pensamiento como mera estructura no puede fijar el criterio necesario para determinar, por ejemplo, la validez de un juicio. Un juicio no es verdadero o falso en sí mismo. El principio de identidad o el de contradicción no son, de este modo, leyes absolutas o eternas. Que responden en todo caso a la realidad del mundo objetivo. En este sentido, Soler se adhiere a la tesis de que el criterio para determinar la verdad o falsedad de un enunciado es la práctica. Y cita a Marx: “el problema de si se puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico sino práctico”. En tal sentido Soler afirma que la verdad no es algo perenne; es, en todo caso, resultado del desarrollo histórico del hombre como ente social. Que confrontar con conceptos es tarea árida. Pero confortar conceptos con lo real es potenciar al pensamiento, enriquecerlo con todo tipo de experiencia¹⁴. Por este camino podemos inferir que en Soler la convicción de que los procesos objetivos de la realidad concreta están presentes en los procesos mentales del hombre; de donde se deduce el campo de la conciencia se amplía y se hace más rico en la medida en que el pensamiento en sí deje de ser una entelequia vacía e impotente y en la medida en que este pensamiento acumule más y más elementos del mundo real. Por este motivo una historia de la filosofía tiene sentido si se le enlaza con toda la serie de hechos, ampliaciones, realidades y fenómenos objetivos que

¹⁴Reafirma, igualmente, la tesis de que el criterio de la correspondencia entre el sujeto y el objeto para el materialismo en general y en particular para el materialismo dialéctico, se muestra ineficaz si no se recurre, reiteradamente a la práctica.

están presentes en el desarrollo histórico de la humanidad. Le parece a Soler que las interpretaciones filosóficas a la manera del Idealismo conduce a verdaderas tautologías, en dónde el espíritu se contempla a sí mismo y deriva sus conclusiones de su propio ser. Es ésta, pues, la orientación de un tipo de racionalismo apriorista, inconducente, estéril y que no cesa de elaborar y reelaborar unos conceptos sobre otros.

No menos importantes es su notable libro, *El positivismo argentino*, escrito originalmente en francés como tesis para optar por el título de Doctor en Filosofía en la Universidad de París, en esta magna obra, Soler da todo lo que puede de sí para hacer el estudio crítico, la investigación exhaustiva y la exposición de la génesis, desarrollo, apogeo y decadencia del positivismo en la República Argentina.

Soler sienta la premisa que en este estudio el término “pensamiento”, en el presente caso, alude a una forma del conocimiento. En tal sentido la idea de “pensamiento”, dice Soler no es ciertamente una forma del conocimiento exclusiva de la América Latina pero en ninguna otra parte alcanzó durante el siglo XIX tan importante desarrollo¹⁵. Y por “positivismo” entiende aquí Soler, la tendencia que engloba tanto al agnosticismo spenceriano así como el comtismo ortodoxo y al científicismo; este último lo interpreta como la continuación metafísica que hace relación con las ciencias. También pone de relieve y hace énfasis en la serie de factores sociales y políticos que, en cierta medida, determinaron el pensamiento objetivo de dicho estudio.

Se adentra, pues, en cuestiones y temas como los siguientes: aspectos del positivismo hispanoamericano en la literatura filosófica de Europa. Por ejemplo, la observación de

¹⁵En *El positivismo argentino* Soler expresa que por lo que se refiere a las fuentes estrictamente filosóficas debemos señalar, desde ahora, que es en el empirismo y el racionalismo, donde debemos ver los orígenes y más remotos precedentes del positivismo hispanoamericano”. Imprenta Nacional Panamá. 1959. p.40.

la referencia que hizo el sabio Emile Littré a la obra del chileno José Victorino Lastarria; las interpretaciones sociológicas del Pensamiento Hispanoamericano: Teoría del paralelismo político-filosófico de José Ingenieros; los orígenes de la filosofía positivista: la ideología; (el empirismo argentino, adquiere con la Ideología sus primera sistematización filosófica); explicación de la tesis de Alberdi y de Echeverría de que “nociones claras y breves, sin metafísica al alcance de todos”. También entra en el tema del desarrollo de la Ciencia Argentina, (Ameghino, cuya contribución al desarrollo de la ciencia universal es patente). El carácter asincrónico de la filosofía positivista argentina (José Ingeniero representa entre los argentinos una postura ideológica que entre los europeos tocaba a su fin).

Soler se refiere seguidamente a un conjunto de teorías filosóficas que son de raíz positivista, por ejemplo, Ameghino y su concepción naturalista del mundo. El pensamiento de este sabio argentino “representa la transición del positivismo agnóstico al cientifismo metafísico”¹⁶. No escapa a su estudio una serie de consideraciones sobre las teorías psicológicas de Carlos Octavio Bunge y al evolucionismo bio-psicológico de Rodolfo Senet. Bunge, nos dice Soler, fue muy claro en sus exposiciones sobre la conciencia y la subconciencia y que tienen un matiz anti-intelectualista. Y en todo caso, afirma Soler, las contribuciones de Carlos Octavio Bunge se pueden considerar como realmente fecundas en el desarrollo del cientificismo argentino. Se hace mención, igualmente, de la orientación biológica y evolucionista, anti-mecanicista del positivismo argentino, destacándose el intento de E. Mochet de querer derivar los fenómenos anímicos de la actividad

¹⁶Citando a Ameghino, Soler nos hace saber una muy particular opinión del sabio argentino: “La existencia de un ser superior, creador del universo, es incompatible con la noción de la existencia y eternidad del espacio y la materia’. En *El positivismo argentino*, p.72.

biológica pero dejando a un lado las concepciones puramente mecanicistas del materialismo.

Soler hace, en sus líneas concretas y en sus aspectos generales, la anatomía de un positivismo que evolucionó siguiendo las modalidades de la realidad argentina. Hace mención de los saltos cualitativos de una filosofía que en gran medida marchó sincrónicamente con Europa y que por otro lado, su presencia no fue ignorada en los círculos científicos y filosóficos de los centros intelectuales de aquel lado del Atlántico. En esta línea de pensamiento, Soler hace la afirmación, muy categórica por cierto, de que el positivismo argentino aparece, precisamente, en la época del ocaso y decadencia del evolucionismo de Spencer, del agnosticismo y del materialismo. Lo que le permite expresar a Soler que en la Argentina del fenómeno de la filosofía positivista fue un tanto tardío pero que ello no fue motivo para que, dentro de sus circunstancias históricas, este positivismo ejerciera en la vida intelectual del país una influencia decisiva y que aportara al mundo significativas contribuciones. Tales contribuciones orientaron en la Argentina un cambio cualitativo en los métodos pedagógicos e incluso fue el arma ideológica de la burguesía argentina, la cual estaba urgida de una filosofía que marcara nuevos rumbos en la evolución social y política de ese país. En estas observaciones se advierte una singularidad de nuestro filósofo: la de ser incisivo sin ser tajante; la de saber penetrar, con el bisturí de su inteligencia, en los repliegues más recónditos del ser nacional argentino en su modalidad positivista¹⁷.

Salvo mejor opinión es nuestra creencia que las investigaciones y los análisis que expone Soler en su obra, *El positivismo argentino* deben ser valoradas como una

¹⁷En la misma obra advierte Soler que la sociología biológica argentina, precisamente porque se basaba en una filosofía naturalista anti-mecanicista y anti-intelectualista, se apartó sensiblemente de las concepciones reaccionarias fundamentadas en el darwinismo social". *Ibíd.*, p. 261.

exposición muy bien razonada acerca de la realidad argentina en sus aspectos históricos, sociales y filosóficos, no conocemos ningún otro autor que haya expuesto, con espíritu científico, con la necesaria claridad y objetividad, un libro que tenga el alcance, la profundidad y la enorme cantidad de material, amasado en capítulos muy concebidos, muy bien elaborados y muy bien analizados. La inteligencia se crece en esta obra de vasta e innegables proyecciones. No cae en el pecado – y en ningún otro de sus escritos – de una fraseología rebuscada o con acentos subjetivistas. Sus conclusiones no tienen tono dogmático o sectario. Se sabe ubicar en corriente de tiempo y en el fluir de un método dialéctico que honra, repetimos, a la inteligencia nacional panameña. Y porque sienta comprometido con la verdad, ve en ésta, no un ente metafísico o apriorístico sino como el resultado del desarrollo histórico del hombre. Por lo que la verdad no es una premisa eterna o una entelequia intemporal. Pero si hay, reiteramos, una pasión en Soler, es la pasión por la verdad.

Es interesante de suyo sus estudios filosóficos sobre la dialéctica y en donde aborda un resumido análisis del modelo mecanicista y el modelo dialéctico, la casualidad en la dialéctica de los universales e individuales.

Alude Soler muy directamente al hecho histórico de que las expresiones más concretas de la concepción mecánica se dan en la Época Moderna. Reconoce Soler el hecho de que el mecanicismo, como conceptualización y como método, ha tenido y sigue teniendo un poder innegable de atracción pero que al lado de aciertos parciales revela, a su vez, limitaciones de bulto. Señala, igualmente que la identidad constituye un nexo entre el idealismo (idealismo objetivo, sobre todo) y el materialismo mecanicista. Expresa también que “el idealismo, por lo general, encontró en Dios al ser espiritual absolutamente

¹⁸Ricaurte Soler. *Modelo mecanicista y método dialéctico*, Ediciones de la Revista Tareas, Panamá, 1966, p.7.

idéntico, la explicación de suprema de lo variable, multiforme y precedero”¹⁸. El concepto de identidad ha sido una constante histórica tanto en el idealismo como en el materialismo y en ambas direcciones el concepto no ha resultado, dice, eficaz para explicar la existencia de Dios o la del mundo.

Pero la identidad no podemos concebirla en términos absolutos y como precepto canónico, a manera de inferencia, solo es aplicable en el marco de las operaciones formales, porque, en realidad, la identidad estricta de un término o de un concepto se conserva únicamente mientras no haya variado tanto su contenido cuantitativo como su contenido cualitativo. En consecuencia, podemos afirmar que la identidad formal dista mucho de la identidad dialéctica si pretendiera aplicar de manera rigurosa la identidad a todo el conjunto de la realidad llegaríamos a tener, como diría el mexicano Eli de Gortari, “una imagen petrificada del universo”. De ahí entre griegos tales como Demócrito (Materialista) como el platonismo (idealista) este principio resultaba un tanto ineficaz para dar una explicación coherente y científica del mundo y de la vida.

En cambio, en la contradicción se presentan otros aspectos y que inicialmente hacen relación filosófica e histórica con Heráclito. Que ha habido posturas adversas a este principio, es algo natural simplemente, dice Soler, ciertos hábitos mentales, imbuidos de la idea de identidad, llegaron a convertir la contradicción como sinónimo de la negatividad, en una potencia misteriosa y exterior a la realidad¹⁹. Y en lo referente a la contradicción a modo de precepto canónico, podríamos establecer, siguiendo las disquisiciones de Soler, que las investigaciones científicas han llegado a demostrar que los diversos procesos existentes en el mundo real

¹⁹Más adelante hace mención Soler de lo importante que resulta para estos análisis de conceptos tales como los de totalidad mecánica y totalidad dialéctica y sobre el nominalismo, la dialéctica de universales e individuales, temas éstos tratados con serias observaciones del autor.

están integrados por contradicciones y que abarcan varios elementos y circunstancias. Por lo tanto, el hecho de que en la realidad existen contradicciones inherentes a ésta, las leyes del pensamiento lógico habrán de reflejar esas mismas contradicciones. Pero la validez de un juicio o de un enunciado no podrá resolverse sino en tanto haya una correspondencia entre los procesos del mundo real y las formulaciones del pensamiento. De esto podría ocurrir – como en efecto ocurre – que habrá proposiciones formalmente incompatibles o contradictoria y real y objetivamente verdaderas. O también juicios lógicamente contradictorios y realmente falsos. Son estas conclusiones de un hondo significado en la dilucidación que nos plantea Soler y que tienen que ver con el quehacer científico.

Un aspecto muy interesante sobre las cuestiones filosóficas en sentido estricto es su análisis sobre los conceptos de causalidad en el mecanismo y casualidad en la dialéctica. Observa, en un prolijo examen, de qué modo es un hecho que para el mecanicismo resulta objetable e incompresible el azar, la casualidad, la eventualidad. En este sentido, Soler habla ahora del “absoluto rechazo de lo azaroso”²⁰, en cualquiera de sus momentos es innegable concluye en la unidad del azar (casual) con lo necesario. De ello deriva también la afirmación de que se debe reconocer aquello en sí, que la casualidad en sí, objetiva, se expresa por medio de la necesidad objetiva. Se trata, pues, dice Soler, de una ley dialéctica. Y no vacila en expresar aquella fórmula dialéctica de que “tanto la necesidad como la casualidad se hallan casualmente condicionadas”. En

²⁰Hay una cierta coincidencia de esta opinión con la de Sir Arthur Eadus por cuanto éste dice taxativamente: “La física ya no está comprometida esquema de ley determinista. El determinismo ha caído a un lado no está comprometida en un esquema de ley determinada el determinismo ha caído a un lado en las últimas formulaciones de la física teórica y es dudar por lo menos alguna vez sea traído de vuelta” La naturaleza del mundo físico, Editorial Sudamericana Buenos Aires, 1945, p. 336.

esta dirección, observa Soler está la posibilidad, de hablar, por vía de ejemplo, de una causa casual; o de una necesidad contingente, menciona el hecho de que se tiende a rebajar o degradar el azar frente a lo necesario, todo lo cual encierra un prejuicio mecanicista e incluso positivista. Y se pregunta qué de dónde derivan los títulos legítimos para que la necesidad haya adquirido esa especie de categoría absoluta. En el reino de la naturaleza y en el mundo de los humanos no se observa esto de la necesidad absoluta o eterna. Más bien se observa, por ejemplo, de lo que puede ser o no ser, de lo contingente. Porque un universo concebido a la manera de Laplace sería algo así como una realidad petrificada, en dónde no hay espacio para lo nuevo ni tampoco hay tiempo.

La dimensión filosófica de Ricaurte Soler se proyecta en sus análisis sobre la historia de las ideas en América Latina, incluyendo en estos aspectos de ontología de la cultura, la presencia del pensamiento escoses en la formación y desarrollo de la ideología de Destutt de Tracy y el sensualismo escoses. En estos análisis se hacen alusión directa a la incidencia de la ilustración europea con su contenido racionalista y empirista. Entra también en sus consideraciones filosóficas la presencia del escolasticismo en nuestras universidades de la América Latina, por ejemplo en la de San Javier, lo que implica igualmente la presencia de siete Artes Liberales; de cómo esto representó un franco atraso en la vida intelectual del Istmo y en el resto de Hispanoamérica, nos referimos en esta ocasión a cómo los métodos autoritarios y los métodos silogísticos no impulsaron en nuestros países el desarrollo de las Ciencias Naturales y de qué manera ciertos tipos de nominalismo, en el mejor de sus aspectos, derivaba hacia expresiones que exaltaban la realidad absoluta de los universales.

En esta marcha hemos visto hasta que punto Ricaurte Soler se vincula con importantes modalidades de un modelo de filosofía que sin rechazar de modo tajante la autonomía del espíritu o de la conciencia, sí ve en el espíritu la presencia o

la potencia de una fuerza que se mueve en el contexto de la realidad tiempo espacial. Que el espíritu no es una totalidad completamente independiente del mundo real. De que en este mundo tiene un peso específico: las necesidades, las aspiraciones, los intereses del hombre concreto (o del hombre de carne y hueso como lo expresara Don Miguel Unamuno). De que es el hombre el arquitecto de su propia historia, de que esta historia no escapa a las coordenadas e imperativos de una época determinada, por lo tanto, como dice el epígrafe que encabeza este escrito: “La verdadera riqueza del espiritual del hombre depende de la riqueza de sus relaciones reales”. Hay en esto una clara confesión de aprecio hacia los valores del espíritu, pero que de ninguna manera estos valores lo podemos concebir a la manera platónica, ni como lo sugerían Windelband o Max Scheler. En manera alguna el espíritu se enriquece como diría Soler, con virtualidades que están engarzadas, a lo largo de la evolución histórica del universo, con el humano quehacer de los hombres. Después de todo el hombre, es hombre en la medida en que se realiza como un ente que deviene en el transcurrir del tiempo, por lo que Soler insiste, a todo lo largo de su ingente obra, en el hombre a manera de categoría histórica.

PRESENCIA Y VIGENCIA DE LA FILOSOFÍA EN EL PENSAMIENTO Y OBRA DE RICAURTE SOLER. MIGUELA. CANDANEDO O

Introducción

No cabe duda, el mejor homenaje que se le puede rendir a la memoria de un pensador, consiste en el examen crítico de su pensamiento y obra, no con el propósito de agotar los elogios y las adjetivaciones, sino para poner al descubierto los fundamentos teóricos y los procedimientos metodológicos que subyacen en la globalidad de su quehacer intelectual, constituyéndose en el “hilo conductor” de sus cogitaciones.

Quienes, a partir de ahora, asumen el honroso compromiso de dar continuidad a la empresa editorial de la revista *Tareas*, han dispuesto que la presente entrega esté integralmente dedicada al homenaje póstumo de su fundador e infatigable director quien, por más de tres décadas, mantuvo su periodicidad e incuestionable calidad teórica.

Se nos ha distinguido, en nuestra condición de discípulo del Maestro y de especialista en las disciplinas filosóficas, para que nos ocupemos del examen de esa vertiente de su obra. Labor que procuraremos realizar con suma complacencia, por el honor que se nos hace y que, sin embargo, entraña el gran desafío de lograr sintetizar en pocas cuartillas la vastedad, profundidad y especificidad de las concepciones filosóficas de Soler y el lugar que estas ocupan dentro de la totalidad de su pensamiento.

Soler y la filosofía

No cabe duda de que, la primera dificultad que confrontamos consiste en tratar de desentrañar el lugar que ocupa la filosofía en el pensamiento y obra de Ricaurte Soler. Este asunto, que a *prima facie* parece sencillo, constituye el objeto central de este escrito.

Visto desde la perspectiva de su formación intelectual universitaria, pocas dudas se podrían abrigar de que ésta fue medularmente una formación filosófica. Como es natural,

dicha formación se evidencia en la metodología, el lenguaje y las categorías de análisis empleadas por el Maestro en su vasta obra escrita y en su magisterio docente. Sin embargo, aunque el rigor de esa acrisolada formación permea la totalidad de su quehacer intelectual, como es común en la mayoría de los filósofos contemporáneos, Soler orientó preferentemente sus cogitaciones hacia la indagación de problemas y objetos de conocimiento que, vistos desde la ortodoxia filosófica, no se consideran *sensu stricto* propios del ámbito filosófico.

Con fecha de marzo de 1954 accedimos a la primera producción intelectual de Soler de la que tengamos noticia. Nos referimos al “Discurso en el acto de graduación de la Universidad de Panamá”²¹. No se trata, como era de esperarse en el joven Soler, de una de esas piezas retóricas, lacrimosas y estereotipadas que se pronuncian usualmente en ocasiones como ésta, sino de una valiente²² y puntual reflexión en torno a ese recurrente tema que constituiría, de aquí en adelante, el leitmotiv de su quehacer teórico y de su práctica político-ideológica. Nos referimos, obviamente, al diseño epistemológico y a la fundamentación histórico-social de nuestra teoría de la nacionalidad.

Del mismo año es su *Pensamiento y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*²³ que fue su tesis de licenciatura para optar al título de Licenciado en Filosofía e Historia, en esta, su primera obra publicada, se confirma lo anteriormente expresado; que no estamos en presencia de un

²¹Ricaurte Soler: “Discurso en el acto de graduación de la Universidad de Panamá (marzo 1954)”, en *Panamá: páginas y tareas*. Ed. de la Revista Tareas Panamá 1973. pág. 21-28.

²²Cuando nos referimos a la valentía intelectual del Discurso aludimos a que el mismo fue leído en el acto de graduación de la Universidad de Panamá, en el mes de marzo de 1954, seguramente en presencia de altas autoridades nacionales, en circunstancias en las que el país vivía la dura represión del régimen macartista del general José A. Remón Cantera.

²³Ricaurte Soler: *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XX*. Ed. Librería Cultural Panameña, S.A., Panamá. 1971. pág. 137.

tratado de ontología, gnoseología o axiología, o de una síntesis de estas disciplinas, tampoco de un ensayo de filosofía política y social o, en el mejor de los casos, de filosofía de la historia. No obstante, estas disciplinas y algunas otras, tal es el caso de la economía política, la sociología y la teoría de la ideología, constituyen el instrumental científico de análisis de que se vale Soler en sus tempranas indagaciones. Sin embargo, el prologuista de esta obra, Don Rodrigo Miró, en acertado juicio crítico estimaba, en julio de 1954, que “El estudio de Ricaurte Soler anuncia asimismo que Panamá empieza a participar, en forma constructiva, del común afán por la filosofía a que hacíamos referencia en las primeras líneas”²⁴.

Para nuestro propósito, el examen de la primera obra de Soler es revelador de algunas de las claves que informaron la totalidad de su producción bibliográfica y que, en primer término, nos descubre que, ya para 1954, estaban conformados en su esencia los caracteres de una voluntad inquebrantable y de una disciplina intelectual que se expresaron y acrecentaron continuamente a lo largo de cuatro décadas de intensa actividad. En la introducción deja plasmadas algunas de las características específicas que, si bien son obviamente concebidas para dicha obra, sin embargo se proyectarán en la totalidad de su prolífica producción. Así, plantea su “(...) consciente evasión de todo sistema historiosófico, evasión que no implica, claro está, renunciamiento a la interpretación histórica”²⁵ con ello se estaban manifestando tempranamente las convicciones heterodoxas que llevaron a Soler, en múltiples ocasiones, a discrepar de las interpretaciones de los “guardianes” de la ortodoxia marxista.

Con la modestia intelectual que le caracterizó a lo largo de su vida, manifestaba, en aquella introducción, que sus interpretaciones es en torno al desarrollo histórico-social

²⁴Ídem, pág. xx.

²⁵Ídem, pág. l

de nuestra patria las haría “(...) con el modesto propósito de encontrar unidades de significación histórica, aisladas o conexas, cuya integración, tarea más pretenciosa en una unidad filosófica suprema que explique total o parcialmente el devenir istmeño, dejamos para otros”²⁶. Resulta evidente que, precisamente, después de cuatro décadas de investigación y de producción intelectual de Soler viene a ser para los panameños justamente su momento, consideró que excedía sus modestos propósitos, es decir, la más completa integradora visión de la totalidad del ser panameño, de su génesis, su devenir y su esencia.

Quizás, para el lector desprevenido, aquél que no ha hecho una lectura crítica de la obra de Soler, podrían parecerle que en aquella lectura detenida y crítica de la obra se opera un cierto desplazamiento teórico una ruptura temática entre filosofía e historia que lo lleva desde sus primeros libros, expresamente la teorización filosófica, hacia la parte substancial y mayoritariamente de su obra que se ocupa de la indagación histórico nacional latinoamericano. Sin embargo, nos atrevemos asegurarlo la filosofía subyace como fundamento ontológico especialmente metodológico, en su aproximación y aprensión de nuestro ser panameño. Esta situación la tenía clara de sus obras de prima juventud.

Así, en la “Introducción” antes comentada, llama la atención respecto al hecho de que el estudio de las especificidades del nacional latinoamericano, no es contradictorio ni nos estime de la obligación de estudiar la dimensión filosófica universal. Sin embargo, nos previene sobre el hecho de que dicho conocimiento no se puede resolver en un esteticismo de esencias que nos sean peculiares, y que, no obstante, están ancladas en formas universales anti-históricas”²⁷. Por ello, sus críticas a nuestros historiadores y ensayistas

²⁶Ibídem

²⁷Ibídem, pág. 13.

que han pretendido (...) explicar la peculiaridad panameña como esencia intemporal, supuesto fundamento legítimo de la entidad nacional. Tal explicación supone un ontologismo inspirado en algunas corrientes filosóficas contemporáneas; la Fenomenología en particular”²⁸.

Por otra parte, expresa, refiriéndose a la misma temática, que “la aplicación de una filosofía determinada a objetos que pertenecen por definición, aparte de toda consideración metodológica y filosófica, de las ciencias a la historia, aplica una teorización que haga posible tal aplicación”²⁹.

Con ello al mismo tiempo que manifestaba sus reservas son fenomenología de la historia, aún por hacerse, revelaba estar consciente de que, en su propio caso, se hacía necesario comprender la aplicación del marxismo y su método al estudio de nuestro acontecer histórico, demanda una teorización que haga posible la misma sobre este asunto volverá reiteradamente asunto, volverá reiteradamente a lo largo de su producción teórica.

Respecto a los fundamentos ontológicos, epistemológico y metodológicos que subyacen en *Pensamiento panameño...* y que, términos generales, estarán presentes en toda su producción historiográfica, señala con una prístina claridad: “(...) hemos afirmado nuestra consciente evasión de todo sistema historiosófico particular; no obstante, la imposibilidad absoluta de materializar tal aserción es evidente, nos guía fundamentalmente un criterio historicista en sentido general (...)”.

“El criterio historicista nos permite igualmente, no obstante la indiscutible legitimidad de la nacionalidad panameña desde un de vista histórico y sociológico, fundir las características istmeñas en sus dimensiones culturales e histórico-nacionales has que informan la realidad

²⁸Ibídem

²⁹Ibídem

hispanoamericana en general. (...) Nosotros concebimos la hispano americanidad, no como una yuxtaposición de esencias intemporales, sino como la unidad histórico-estructural que hace posible la peculiaridad regional”³⁰. Volverá nuevamente el Maestro a reflexionar sobre el lugar que ocupará la filosofía en sus estudios sobre el pensamiento latinoamericano, reiterando la articulación entre las especulaciones filosóficas generales sobre el hombre y la cultura y las cogitaciones sobre nuestra realidad panameña y latinoamericana. De esta manera, dirá: “En toda historia del pensamiento hispanoamericano, o de alguna en particular de sus naciones integrantes, es imprescindible, pues, tomar en consideración lo mismo que la especulación estrictamente filosófica, la meditación sobre la realidad continental y la reflexión sobre la peculiaridad nacional, Tales son los pasos que hemos seguido en la redacción del presente trabajo”³¹.

Si con el propósito de dilucidar el tema que nos ocupa hubiese que clasificar la obra de Soler, distinguiendo entre los libros que en sensu stricto podríamos denominar como de filosofía y los demás dedicadas a la teoría de la nacionalidad panameña y latinoamericana, únicamente incluiríamos dentro de las primeras, dos obras: *Materialismo e idealismo: una alternativa de introducción a la filosofía*, de 1962, y *Estudios filosóficos sobre la dialéctica*, de 1973. Quizás cabría incluir dentro de éstas la obra colectiva *La enseñanza, la reflexión y la investigación filosófica en América Latina y el Caribe*, de 1967, al igual que *El positivismo argentino*.

El primero de ellos recoge el cuaderno, anteriormente publicado en sendos trabajos aparecidos en la revista Tareas en “(...) su primera intención, habrían de formar parte de una introducción a la Filosofía presentada desde un punto de vista materialista”³². Escrito con una intención puramente

³⁰Ídem, págs. 4-5.

³¹Ídem pág. 6.

³²Ricaurte Soler. *Materialismo e idealismo: una alternativa de introducción a la filosofía* Ed. MANFER, S.A. y de la Revista Tareas. Panamá. 1985, pág. 12

didáctica, no por ello carece de originalidad. Como expresa el autor, resulta desde todo punto de vista conveniente que, en un medio universitario como el panameño, donde imperan en la enseñanza de la filosofía las diversas variantes del idealismo, se ofrezca una alternativa, el enfoque materialista, a fin de favorecer “(...)la causa del progreso, de la ciencia y de la desalienación del hombre”. Además está decir que este breve opúsculo ha constituido fuente obligante para la enseñanza de la filosofía en nuestro país desde su aparición hasta hoy. Prueba de ello, la gran cantidad de ediciones y reediciones que se han hecho del mismo. Pero su valor no deriva únicamente de la forma cómo se abordan didácticamente los aspectos fundamentales de la introducción a la filosofía, sino también del tratamiento teórico de dicha temática.

Los *Estudios filosóficos sobre la dialéctica* no han corrido la misma fortuna editorial, quizás por la complejidad de los temas que en ellos se aborda, lo que hace de los mismos una obra de lectura exclusiva para especialistas de la filosofía marxista. Debemos, pues, destacar la profundidad y originalidad del pensamiento filosófico de Soler que queda al descubierto en cada uno de los estudios recogidos en esta compilación. Desaparecido (físicamente) el Maestro, nos queda la ineludible tarea de abordar el estudio y la reflexión crítica sobre estos importantes aportes al marxismo, en especial a la dialéctica materialista.

De la obra colectiva antes mencionada, le cupo a Soler elaborar el apartado referente a la *Tradición, reflexión y enseñanza de la filosofía en Panamá*. En ella, además de ofrecer una síntesis histórica sobre el desarrollo del pensamiento y los estudios filosóficos en nuestro país, desde la Colonia hasta el presente, formular apreciaciones acentuadamente críticas sobre el lugar de las filosofías académicas que se enseñan en nuestras universidades su relación con el concierto de las disciplinas científicas. Expresa, pues, que “(...) se desprende la conclusión de que hay una filosofía propia de cada disciplina

del saber (filosofía de la ciencia, filosofía del derecho, de la educación etc.) pero que anuda vínculos con una filosofía general que las abarcaría a todas. Lo que se hace explícito es que no hay consenso sobre el saber que nos ofrece esa filosofía general, ni sobre el saber filosófico referido a cada ciencia particular, ni mucho menos sobre los vínculos de aquel saber general y las generalizaciones realizadas sobre cada saber científico particular. En otras palabras, se pretende que la filosofía sería fundadora del conocimiento científico - lo contrario sería “cientifismo”-. Lo que en realidad se está enmascarando es que, no importa cuán distintas sean las filosofías generales o particulares, todas las que dominan en los claustros se mueven dentro del mismo horizonte idealista que, eso sí, les es común, pero que interesa no develar como tal”³³.

Desde la perspectiva marxista, que le caracteriza, Soler, en este breve trabajo, cuestiona acremente la filosofía de cátedra en claustros universitarios de nuestra América. Señala, pues, que “el prerrequisito de la filosofía académica en la etapa imperialista es el no cuestionamiento del sistema. De ahí que la filosofía se convierta en saber de profesionales, de especialistas. “(...) idealistas y marxistas, o más precisamente cristianos y marxistas hoy pueden coincidir, en América Latina, en objetivos revolucionarios comunes, pues común es el rechazo al prerrequisito imperialista de reproducir el *statu quo*”³⁴. Vemos, pues, que Soler a pesar de las objeciones que formula a la enseñanza de la filosofía en nuestras universidades, guarda la esperanza de que la lucha conjunta de cristianos y marxistas contra la alienación del sistema, permita en la práctica orientar en otra dirección ontológica y gnoseológica nuestra producción filosófica. Sin embargo, expresa Soler, así

³³Ricaurte Soler: Tradición, reflexión y enseñanza de la filosofía en Panamá en la revista *Tareas* N°79, septiembre-diciembre 1991.

³⁴Ibidem.

como desde las universidades en su momento se arguyó que el marxismo no es filosofía, hoy de la misma manera se expresa desde las altas jerarquías eclesiásticas que la teología de la liberación, no es teología.

Finalmente, conceptúa Soler que, si en las últimas décadas el marxismo y su enseñanza han ido ganando terreno en nuestras universidades, no se lo debemos a que los inquisidores de ayer hayan devenido por convicción repentinamente en tolerantes, somos porque los avances de las luchas populares en los últimos años ha hecho posible ganar los espacios académicos para concepciones filosóficas e ideológicas que expresan los intereses de las clases emergentes.

Se equivocan, pues, quienes a partir de lecturas parciales y esquemáticas de la obra de Soler, han llegado a plantear que durante madurez intelectual éste abandonó la filosofía para suplantarla por la historia, la sociología y la economía. Lo cierto es que el Maestro hasta su postrer suspiro entendió la filosofía, tal como la entendemos los marxistas, como un conjunto de premisas generales de naturaleza ontológica, epistemológica y metodológica, que subyacen en la totalidad de su obra historiográfica sobre el ser y el pensar de nuestra América. A dichos presupuesto teóricos dedicaremos las próximas páginas.

Sobre la génesis, el devenir y la esencia del ser nacional panameño y latinoamericano.

Seguramente, la vastedad y complejidad de la obra de Ricaurte Soler, así como la naturaleza controversial de muchas de sus teorizaciones, suscitan criterios y enjuiciamientos encontrados entre los estudiosos del pensamiento soleriano. No obstante, si algo pareciera existir unánime consenso es frente al hecho de que Ricaurte Soler se nos revela como nuestro más importante teórico de la nacionalidad panameña y latinoamericana durante el presente siglo. Siendo ello así, nos interesa muy particularmente develar las claves metodológicas,

epistemológicas y ontológicas partir de las cuales el Maestro construyó la teoría sobre el ser y el devenir de la nacionalidad.

Nos proponemos, pues, dejar al descubierto los presupuestos que en su conjunto constituyen el marco teórico donde se inserta su concepción de la nacionalidad. Esperamos evidenciar, más allá de toda duda razonable, que la filosofía del marxismo, en sus variantes materialistas, históricas y dialécticas, constituye instrumental de análisis y la fuente de las categorías básicas partir de las cuales Soler fragua su concepción del ente nacional en las particulares condiciones del desarrollo histórico de nuestra América. Fue, pues, el uso creador y novedoso del marxismo, en adecuación a una práctica teórica desde y sobre una realidad sustancialmente diferente al modelo clásico de las sociedades del capitalismo europeo, lo que le imprime caracteres de originalidad y autenticidad al quehacer científico soleriano. En este sentido, Ricaurte reconoce en innumerables ocasiones a través de su vasta obra, la deuda teórica que tiene no solamente de los clásicos del marxismo, si no la heterodoxia marxista latinoamericana, que tiene una larga tradición que, de alguna manera, se remonta hasta José Ingenieros, Aníbal Ponce y muy particularmente, José Carlos Mariátegui y que se proyecta con lucidez y originalidad hasta ese pléyade de científicos Sociales latinoamericanos que desfilaron por las páginas de Tareas a lo largo de más de tres décadas.

La presencia de las categorías básicas del marxismo y de su instrumental metodológico la constatamos en la obra de Soler asumiendo dos modalidades diferentes, ya sea enunciadas y teorizadas de manera explícita, ya sea utilizadas en forma implícita dentro de los análisis a que es sometida la información económica, política, social y cultural que suministran las fuentes y los materiales históricos recabados. Por lo general, las teorizaciones acerca del marxismo como ciencia del desarrollo histórico-social las encontraremos en los estudios introductorios y en conclusiones de muchas de

sus obras; en tanto que la aplica de este instrumental teórico en los análisis del material historiográfico, se hace presente en la totalidad de la obra. En ese sentido, podríamos coincidir con los teóricos metodólogos que expresan que no hay, ni puede haber, investigación empírica que no parta necesariamente de determinadas hipótesis y presupuestos teóricos, es decir, que no existe el tan mentado método inductivo, sino que la inducción es en muchos casos una importante fase del método científico general, el hipotético-deductivo.

Parece innecesario -además de resultar imposible por su extensión que, obviamente, excede los límites de este trabajo al ser referencia a la innumerable cantidad de textos en que Soler reconoce su deuda teórica con el marxismo, a más de permitirse discrepar de aquellas lecturas que como la de Samir Amín, por una parte, y la de Gunder Frank, por la otra, consciente o inconscientemente derivan hacia tesis inaceptables e incongruentes con la realidad. Sin embargo, nos ocuparemos en esta ocasión, exclusivamente, de dos obras en las cuales el Maestro teoriza, desde una óptica original, sobre la teoría marxista de la nacionalidad y sus especificidades latinoamericanas.

En *Clase y nación*³⁵ expresa que esta obra “se esfuerza en esclarecer los problemas relativos a la formación de los Estados nacionales hispanoamericanos durante el siglo pasado, tratando delimitar las fuerzas sociales que impidieron o promovieron, según el caso, la cohesión nacional y la formación del estado”³⁶. Se trata, pues, desde los parámetros interpretativos de construir la teoría de la nacionalidad en atención a la estructura y pugnas de las clases que, en atención a sus intereses y posición dentro del proceso productivo, entorpecen o favorecen la consolidación del proyecto estatal-nacional.

³⁵Ricaurte Soler, *Clase y Nación, problemática latinoamericana*. Ed. De la Tareas. Panamá. 1985. 145 págs.

³⁶Ídem, pág. 13.

Dentro de la mejor tradición marxista, Soler expresa con claridad el papel que le corresponde a la teoría filosófico-política de orientar las luchas emancipadoras de nuestro pueblo, de allí cuando la actividad teórica equivoca el camino las prácticas resulten desastrosas para nuestros pueblos. Al respecto indica que “Recientes reveses del movimiento revolucionario latinoamericano hacen pensar que graves errores y desenfoques teóricos han impedido formular una estrategia correcta que permita transformaciones radicales, al menos, avancen irreversibles. El ajuste focal obliga a una consideración especial del análisis del problema nacional hispanoamericano y, dentro de marco, del análisis histórico y actual de las clases sociales y sus luchas. Este trabajo quisiera formular, al respecto, algunos planteamientos de carácter histórico, ya que una evaluación correcta de la cuestión nacional hispanoamericana y de las luchas sociales del pasado, permite una mejor definición de las tareas que reclama el presente”³⁷.

En diversos pasajes, a lo largo de este escrito, hemos hecho referencias al marxismo soleriano calificándolo de heterodoxo: viene en nuestro auxilio el propio Ricaurte cuando da fe de su heterodoxia en textos como el siguiente: “Las consideraciones que siguen se han gestado a través de un camino inverso a lo habitual en estudiosos de convicciones marxistas. Comprobaciones que estimamos válidas al nivel de la historia de las ideas han sido confrontadas con los datos de la historia política, lo que a su vez nos obliga a verificaciones en la historia social”³⁸. Agrega, en defensa de la heterodoxia propuesta que “Recientes investigaciones, de densa argumentación económica, parecen no contradecir las conclusiones generales de este trabajo. En todo caso, el camino inverso a que hemos aludido señala de diferente manera pero igualmente marxista, el itinerario obligado de

³⁷Ídem, pág. 15.

³⁸Ídem, pág. 17.

todo investigación que quiera recorrer totalizadamente la historia de la sociedad hispanoamericana. Ni el punto de partida en nada contra la premisa idealista”³⁹.

Expresa Soler que en el estado actual -el de hace casi dos décadas- de las investigaciones de orientación pretendidamente marxista sobre el problema del desarrollo de las naciones latinoamericanas, ha privilegiado las causas de tipo exógeno en detrimento del estudio de las condiciones endógenas. Por ello, “Deliberadamente hemos hecho énfasis en las condiciones internas que han dado origen al carácter nacional o antinacional de las clases hispanoamericanas del siglo pasado. Una abundante literatura sobre el subdesarrollo, que comienza a abrumar por lo insuficiente de la información histórica y lo repetido de los argumentos, ha destacado con amplitud las causas externas de la dependencia. Creemos, sin embargo, que es en lo mejor de nuestra historiografía, y no en aquella literatura, donde las relaciones dialécticas entre las causas externas e internas comienzan a ser señaladas con el rigor requerido. No obstante los méritos de todo lo escrito en los últimos años sobre el subdesarrollo, es preciso reconocer que el énfasis exclusivo en los condicionamientos externos de la dependencia reproducen una imagen de la sociedad hispanoamericana sólo definida como reflejo grotesco de la sociedad avanzada”⁴⁰.

Las anteriores consideraciones del Maestro tienen a, nuestro juicio una actualidad y un alcance que exceden las especulaciones teóricas de Gunder Frank y sus epígonos. En efecto, tras el derrumbamiento de la Unión Soviética y de las denominadas sociedades del socialismo “real” y del papel hegemónico que adquieren los Estados Unidos y el capitalismo a escala mundial, sin ningún tipo de contrapeso político-militar — fenómeno cuyos rasgos pretenden ser sintetizados bajo

³⁹Ibidem.

⁴⁰Ibidem, págs. 17-18.

la expresión calificativa de proceso de globalización — un creciente número de fuerzas, partidos políticos, organizaciones obreras y profesionales e individualidades progresistas que hasta ayer enarbolaron las banderas del socialismo y apoyaron y condujeron las gestas de liberación nacional, hoy arrían los estandartes de la lucha nacional y social y se suman al carro de los vencedores. Son aquellos que, premunidos de un profundo fatalismo sienten que efectivamente hemos arribado al fin de la historia y que frente a las determinaciones ineludibles del aplastante poder del capitalismo transnacionalizador, no tiene sentido la lucha social y la defensa irreductible de las riquezas nacionales. Son aquellos que, para justificar su cobardía, se escudan bajo el señalamiento de que “los compañeros no entienden las nuevas condiciones que imponen la globalización”. Hay, pues, según ellos, que entregar el país, privatizar las empresas públicas, reformar el Código de trabajo y renunciar a las conquistas de los trabajadores, todo ello en función de las imposiciones de las IFI y del capitalismo globalizador.

Partiendo de la tesis general del materialismo histórico relativa a que el motor de la historia es la lucha de clases, Soler estructura sus análisis sobre el proceso de formación de los Estados nacionales latinoamericanos a partir de las clases sociales que, en el escenario histórico, se enfrentan tanto al nivel económico y político como en el plano ideológico.

Sobre el particular expresa que “no es novedosa la tesis de que la independencia latinoamericana ha de comprenderse en relación con la expansión comercial e industrial inglesa, y más concretamente con la miras de Canning, cuya política se ajustaba estrictamente a las exigencias de aquella expansión. José Carlos Mariátegui, en su obra clásica, ya lo había destacado. Pero esta comprobación no exime, más bien exige, la clara identificación de las clases y fuerzas sociales que en tal coyuntura actuaron interna y externamente en favor de la enajenación y de la disgregación, de aquellas otras que, por el

contrario, representaban clases y fuerzas sociales de afirmación y cohesión nacionales⁴¹.

Una vez más, Soler enfrenta creativamente a la ortodoxia marxista cuando en *Clase y nación* caracteriza al clero mexicano de decimonónico como clase social retardataria y antinacional que, al acumular inmensos latifundios en condición de manos muertas, se constituyó objetiva y subjetivamente en un obstáculo para el desarrollo capitalista de aquel país. Refiriéndose a las concepciones esquemáticas de los “inquisidores de la fe marxista” expresa que “Pareciera que los hábitos mentales que surgen del uso constante de los conceptos de burguesía, pequeña burguesía, proletaria y campesinado, conceptos ajustados al análisis de la sociedades actuales, desarrolladas y subdesarrolladas, crean resistencias en cuanto a la caracterización del clero hispanoamericano del siglo XIX como clase social. Quisiéramos observar a estos puristas, en el fondo científicistas, que Marx, si bien artículos periodísticos, no dudaba en referirse como «clase» incluso a frailes, estudiantes y abogados de la España del siglo pasado”⁴².

El marxismo latinoamericanista de Soler, que bien podríamos denominar solerianismo, enfila sus críticas no solo contra la ortodoxia estéril y esquemática de los epígonos de las metrópolis ideológicas del marxismo, sino también contra los marxismo de ultraizquierda. Así, conceptúa que las apreciaciones de quienes plantean que las revoluciones nacionales democrático-burguesas no tienen cabida en esta fase del capitalismo imperialista andan totalmente desencaminadas. Por ello expresa que, plantear “(...) que las tareas nacionales quedarán relegadas a la historia, esto sólo podría afirmarlo, hoy, el internacionalismo abstracto. O quienes disfrazaron tras la cita de Lenin: «toda tarea nacional es tarea burguesa», su concreto servilismo a cualquier «metrópoli ideológica» «como

⁴¹Idem, pág. 19.

⁴²Idem, pág. 26.

contrapartida, agrega» (...) la ausencia de análisis en torno a las características nacionales del poder social liberal del siglo pasado ha conducido al error ultraizquierdista de imperializar toda la historia de la sociedad latinoamericana. Como no existía una burguesía industrial se infería de inmediato que tampoco existía un poder social nacional. El error no puede ni debe ser desestimado, pues conduce a la conclusión de que la tarea actual de la liberación nacional hay que sustentarla sobre un vacío histórico⁴³.

Además de las interpretaciones teóricas equivocadas, que acabamos de reseñar en los textos de Soler anteriormente mencionados, éste precisa aún otros enfoques teóricos sobre la misma realidad. Por ejemplo, aquellos que dejan de lado la interpretación materialista y su caracterización del ser social, siendo desplazada por la “exaltación del nacionalismo” de las más vigorosas personalidades de nuestra historia. En la segunda parte de *Clase y nación*, Soler explicita en el prólogo que “(...) los estudios que a continuación se ofrecen tienen como propósito establecer las premisas filosóficas e historiográficas que permiten, desde una perspectiva marxista, una más cabal comprensión del problema nacional hispanoamericano...”

“La conveniencia y oportunidad de acercarnos a la materia abordada en estos trabajos nos parece indudable, tanto más cuanto que una cierta proliferación de artículos, libros y revistas, partir de una inspiración genérica en la «filosofía de la liberación», intenta sustituir la metodología marxista en el enfoque teórico la cuestión nacional hispanoamericana. Aunque algunas de sus críticas parecen correctas, las premisas idealistas de que parten, y que no podríamos compartir, nos obligan a replantearnos nuestras propias perspectivas, el problema nacional -Hispanoamericano, el de su historia y su liberación”⁴⁴.

⁴³Idem, pág. 65.

⁴⁴Idem, pág. 71.

No cabe duda, pues, que el más lúcido teórico panameño sobre el complejo tema de la nacionalidad hispanoamericana exprese taxativamente, no solamente, “el ser marxista confeso”, sino que toda su labor de indagación histórica y sociológica sobre el ser nacional se realiza a partir de los instrumentos metodológicos y de las categorías de análisis propias del marxismo, pero no de un marxismo esclerotizado, pensado para el análisis de las sociedades capitalistas europeas decimonónicas, sino de un marxismo creativo, cuyas categorías de análisis se ajustan a la especificades de los pueblos latinoamericanos y en general de las sociedades del subdesarrollo. Sin lugar a dudas, *Idea y cuestión nacional latinoamericana*⁴⁵ constituye el trabajo más ambicioso de Ricaurte Soler, y en él se expresan y sintetizan sus criterios más generales sobre el problema de la constitución de los Estados nacionales en nuestra América. Se trata de una obra teórica de obvia intención polémica en la cual Ricaurte confronta sus criterios filosóficos, históricos y sociológicos, políticos, económicos e ideológicos con los lucidos dos exponentes de la teoría marxista sobre las naciones periféricas.

En la muy valiosa y no menos polémica Introducción a *Idea y cuestión nacional*, Soler deja planteado el andamiaje teórico marxista, así como sus fundamentales discrepancias con otros teóricos del marxismo latinoamericano, respecto al candente tema de la nación y el Estado nacional. Expresa que “Una abundante literatura y larga tradición han vinculado la formación de los estados nacionales al surgimiento y desarrollo de las relaciones capitalistas de producción. No podría disociarse, en efecto, la cohesión e integración sociales que implica el fenómeno nacional del hundimiento de las relaciones feudales de producción, tan característicamente

⁴⁵Ricaurte Soler: *Idea y cuestión nacional latinoamericana*. Siglo XXI, S.A. México, D.F. 1980. 294 págs.

portadoras de la fragmentación económica y política”⁴⁶. Sin embargo, esa “larga tradición” y ese relativo consenso no clausura este tema sino que, por el contrario crea un espacio para posturas encontradas. En efecto, cabe preguntar a partir de esa premisa, “correcta en su formación abstracta” si “(...) ¿los estados nacionales se formaron en conjunción con los orígenes del capitalismo, constituyéndose en medias de su desarrollo o, por el contrario, son la expresión y resultado de su consolidación en el marco de la hegemonía del capital y la burguesía industriales?”. Un segundo problema se plantea cuando la alternativa contenida en la interrogación se formula a las formaciones nacionales tardías de Europa y, con mayor razón aún, cuando se investiga “el camino tan sinuoso que recorre el proceso de diferenciación de las clases en el seno de las naciones del mundo colonial y semicolonial”⁴⁷.

Obviamente, las acuciosas investigaciones históricas de Soler sobre la formación de los Estados nacionales en nuestra América lo llevaron a optar por la primera de las alternativas mencionadas.

Para Soler, como es de general conocimiento, “El Estado nacional fue, pues, la condición necesaria, el espacio histórico ineludible para el desarrollo del capitalismo”⁴⁸, por ello dedicó al estudio de este tema, en especial a lo referente a la formación de los Estados nacionales panameño y latinoamericanos, cuarenta años de intensa actividad teórica e investigación historiográfica. Particular atención le mereció la dilucidación del papel estatal-nacional en la homogeneización de las sociedades latinoamericanas y, por ende, en la liquidación de las relaciones precapitalistas pre-existentes. A este respecto expresa “(...) nunca se desempeñó el estado como agente pasivo en la constitución de las naciones. Ni

⁴⁶ Ídem, pág. 13.

⁴⁷ Ídem, pág. 14.

⁴⁸ Ídem, pág. 16.

siquiera cuando apareció, a principios de la modernidad, como resultado espontáneo del desarrollo nacional, dejó de ejercer su función coercitiva en el logro de la homogeneidad social. Ese papel activo se acrecienta extraordinariamente en el caso de las formaciones nacionales tardías, es decir, las que se forjaron — o intentaron forjarse— después de la Revolución Francesa o, más precisamente, después de la onda revolucionaria de 1848”⁴⁹.

Soler hace suya una expresión de Erick Hobsbawm, quien habla de esa etapa como el “(...) período de la fabricación de naciones (...)”, en el entendimiento de que, dicha fabricación, “(...) no se haría sobre vacíos históricos o sociales. Fabricación, en efecto, si consideramos que el entero aparato estatal, desde sus instrumentos obviamente coercitivos (ejército nacional) hasta los más simulados (educación nacional) se puso al servicio de la homogeneización de la sociedad civil. Desde sus instituciones, el estado irradiaba nacionalismo sobre la nación”⁵⁰.

Respecto al propósito específico que orienta la elaboración de Idea y cuestión nacional expresa que: “En el presente trabajo nos empeñamos en trazar la historia de una idea: la historia de la idea hispanoamericana-latinoamericana, después desde la emancipación hasta la emergencia del imperialismo. Las premisas teóricas de que partimos nos impiden atenernos a la sola descripción de la secuencia que sigue la idea de nuestra América de acontecimiento a acontecimiento, de periodo a periodo, de autor a autor, en la etapa considerada. Una reconstrucción histórica considerada puramente inmanentista no dejaría de ser útil, pero recortaría artificialmente de la totalización social el elemento ideológico estudiado”⁵¹. Por ello, porque como todo materialista consecuente Soler entiende que las formas de pensamiento

⁴⁹ Ídem, pág. 25.

⁵⁰ Ídem, pág. 26.

⁵¹ Ídem, pág. 28.

están en íntima relación e incluso determinadas por la realidad histórico-social; de manera que considera obligante el compromiso de “(...) reconstruir la historia de la idea de nuestra América en el seno de la totalidad social”⁵².

Fija, finalmente, en la “Introducción” aludida, las “premisas teóricas y metodológicas” a partir de las cuales se erige el discurso subsiguiente; son ellas: “1. Las primeras formaciones nacionales son inseparables de la disolución de las relaciones precapitalistas (...). 2. En tanto que unidad de territorio, economía, lengua y cultura la nación convoca a la homogeneidad de la estructura de la superestructura sociales (...). 3. No existen tales “lumpennaciones” latinoamericanas. En nuestra América, las formaciones nacionales surgen enfrentando simultáneamente el colonialismo externo y las fuerzas disociadoras del precapitalismo interno (...). 4. No hay una nación latinoamericana “desaparecida” en el pretérito que es preciso “restaurar en el presente (...)”⁵³. Premunido de ese instrumental teórico de indiscutible filiación marxista, Soler se lanza a la aventura intelectual de reconstruir la historia de la idea hispanoamericana. Lo que hará con gran brillantez de estilo y profundidad de contenido. De esta manera culmina su investigación indicando “(...) muy hegelianamente, es decir, muy dialécticamente, los hechos del pasado, determinan el presente desde sus carencias mismas. En este sentido igual son reales las naciones y la nación latinoamericana. Las primeras, porque se construyeron históricamente a partir de la independencia en procesos que nunca podemos pensar clausurados. La segunda, porque tiene la verdad y realidad de la tendencia, de la idea no realizada, pero ya probada históricamente en la materialidad de las luchas de clases. Procesos, pues, específico de nuestra historia -que este libro se ha empeñado en señalar-. Continuidades y discontinuidades

⁵² *Ibidem*

⁵³ *Ibidem*, págs. 28-29.

que no estancan ni internacionalizaciones abstractas ni metafísicas totalizaciones⁵⁴.

Concluye, pues, Idea y cuestión nacional, después de un vasto periplo histórico que va desde la Colonia hasta la emergencia del imperialismo a finales del siglo XIX, demostrando que la idea de nuestra América es una constante del pensamiento y los empeños políticos y sociales de las clases y prohombres americanos que, en ese interregno, expresaron el proyecto nacional hispanoamericano. Igualmente, en el hecho de que no hay contradicciones entre los proyectos de Estado nacional que, a lo largo del pasado siglo, concretaron las actuales naciones latinoamericanas y la gran patria latinoamericana. Ese proyecto de integración nacional nace con Miranda y con Bolívar y se extiende hasta la egregia figura de Martí; es el que Soler sintetiza bajo la denominación de nuestra América, la América indígena, la América morena, que ya se extiende desde México hasta el Cabo de Hornos, incluyendo las islas del Caribe.

A manera de colofón, estimamos obligante referimos a la temática recurrente del Maestro, a aquella que ocupa la parte medular de su obra, es decir, a la teoría de la nacionalidad panameña. Hace cuatro décadas que el examen de esta temática constituyó el de partida de la reflexión de Ricaurte; sobre ella volvió otra vez a lo largo de su quehacer teórico y de ella se ocupaba en las postrimerías de su existencia.

En las páginas iniciales de este trabajo hicimos múltiples referencias a la primera obra publicada del Maestro, nos referimos a *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*. Obra en la que quedaron claramente plasmadas las preocupaciones solerianas por el ser de la nación panameña. En ella expresa la concepción de que se hace necesario, para poder alcanzar el propósito fijado “(...) fundir las características istmeñas en sus dimensiones culturales

⁵⁴ Ídem, pág. 274.

e histórico-nacionales con los que informan la realidad hispanoamericana en general”⁵⁵. Ese punto de partida, que no advierte contradicción sino complementariedad en el proyecto nacional istmeño y el macro proyecto nacional de nuestra América, será una de las constantes teóricas de su vasta obra sobre el tema. Sin embargo, al mismo tiempo advertirá sobre las especificidades (históricas, económicas palcas, sociales y culturales) de nuestro proyecto nacional. Que lo singularizan frente a las restantes naciones latinoamericanas. Al respecto señala: “El pensamiento panameño durante el siglo XIX es factor trascendental que ratifica la tesis de la autenticidad nacional y rectifica la interpretación historia que postula únicamente la conjunción de dos imperialismo como la razón suficiente del existir nacional istmeño”⁵⁶, con ello Soler les salía al paso, fundamentado en la investigación histórica sobre los antecedentes de la nacionalidad panameña, a quienes han querido presentar a nuestra República como creación artificial de los intereses imperialistas norteamericanos y otros.

Para el siglo XIX, Soler encuentra en Justo Arosemena al representante más lúcido de “nuestra revolución intelectual”. Su pensamiento filosófico, político y sociológico avanzado fue la expresión ideológica más aquilatada de las fuerzas sociales panameñas que, durante aquel siglo, encabezaron el proyecto nacional panameño.

Sin lugar a dudas, de las obras de Soler dirigidas a la construcción de la teoría de la nacionalidad, ninguna tan discutida y tan difundida, hasta constituirse en escuela del patriotismo istmeño, como *Formas ideológicas de la nación panameña*⁵⁷, de 1963. En esta obra, de temprana madurez, Soler sentó tesis fundamentales y controvertidas sobre el

⁵⁵Ricaurte Soler: *Pensamiento Panameño...*, pág. 4.

⁵⁶Ídem, pág. 5.

⁵⁷Ricaurte Soler. *Formas ideológicas de la nación panameña*. 2ed. Revista Tareas. Panamá. 1964. 94 págs.

devenir histórico nacional. Señala, a modo de conclusión que: 1) En el Istmo, a diferencia de los restantes países de Hispanoamérica, no arraigaron las instituciones económicas y sociales de naturaleza feudal. 2) Que en el decurso del siglo XVIII se echaron los fundamentos que hicieron posible la sedimentación del criollismo y su cohesión como clase social; clase llamada a asumir el control de la vida económica y que, en atención a este hecho, desarrolla formas ideológicas que expresan una auténtica conciencia de clase. Se trata de una clase llamada a negar las premisas ideológicas heredadas de la Colonia. 3) La inseparabilidad entre la génesis de la conciencia social del criollismo istmeño y la del liberalismo. Esta articulación ideológica entre lo social y lo nacional permeó la conciencia social de las diversas clases que se manifestaban en el escenario nacional decimonónico. 4) La gran incidencia que tuvo el positivismo de Justo Arosemena en la conformación de la conciencia burguesa hasta lograr informar al pensamiento liberal de un cierto cientifismo positivo y avanzado, en detrimento de las formas ideológicas de la cultura colonial trascendentista. 5) La tarea construir el Estado nacional panameño, durante el pasado siglo, fue asumida por la burguesía librecambista, tanto en su dimensión teórica como en su práctica política, económica y social. Sin embargo, dicho proyecto nacional no logró prender en las masas arrabaleras que, en distintas ocasiones, hicieron patentes sus contradicciones con dicha clase dirigente. 6) El hecho independentista de 1903 parece realizar la síntesis feliz entre la aspiración autonomista y el sueño librecambista del país-feria y el emporio comercial. Sin embargo, una y otra aspiración se vieron frustradas o, cuando menos, mediatizadas por la injerencia de los intereses del imperialismo norteamericano. 7) El nacimiento de la República vino acompañado por un vasto empeño pedagógico en la confianza democrático-liberal de que la educación nos haría libres y prósperos. 8) El fracaso teórico y práctico del proyecto liberal, conduce a la situación

paradójica de que la oligarquía en el poder ha intentado la superación del proyecto democrático-liberal del siglo XIX mediante el retroceso a formas ideológicas del siglo XIII.

Esta amplia exposición de las tesis que, a modo de conclusión nos ofrece Soler en *Formas ideológicas*, la hemos creído pertinente puesto que esta obra con sus sugerentes y atrevidas conclusiones abrió un espacio a la polémica y constituyó un desafío para nueva generación de pensadores panameños que, a partir de de Soler con él y contra él, han venido a renovar el anodino escenario intelectual de nuestro país. Incluso, algunos voceros y alabarderos de la oligarquía se han visto obligados a quebrar lanzas en defensa de sus intereses, de su ideología de clase hegemónica y de sus “ilustres” antepasados.

En sus obras de los últimos años, el Maestro abordó cada vez más, dentro de su teoría general de la nacionalidad, los temas referentes al desarrollo del Estado nacional a partir del nacimiento de la República. Partiendo de los fundamentos teóricos del materialismo histórico y dialéctico, Soler caracteriza los cambios que se producen a nivel de la nueva correlación de fuerzas sociales, políticas y económicas que se gesta atendiendo tanto a la emergencia de imperialismo norteamericano como a la formación del Estado nacional panameño. Si, a lo largo del pasado siglo, nacionales habían sido aquellas clases o sectores de clases empeñadas en la liquidación de las relaciones precapitalistas de producción, si el empeño nacional durante aquel período se había sustentado básicamente en la burguesía librecambista pequeña burguesía, mayoritariamente liberales; miento de la República se producen serias ruptura y desplazamientos que llevan a la burguesía librecambista a devenir en clase casateniente y subordinada a los intereses externos, es decir en clase oligárquica antinacional, a la vez que las fuerzas e ideológicas de filiación liberal devienen, cada vez más devienen, en fuerzas conservadoras. A partir de la nueva coyuntura, nacionales serán cada vez más

los sectores de la pequeña burguesía y las emergentes capas medias, la clase obrera en proceso de formación y el estamento estudiantil, en tanto en cuanto serán dichas clases y sectores de clase quienes enarbolan las banderas antimperialismo y las luchas por el perfeccionamiento del independencia y el pleno ejercicio de la soberanía del Estado panameño no sobre todo nuestro territorio.

No podemos concluir este escrito, dedicado integrarme mayor teórico de la nacionalidad panameña en el presente siglo, sin recoger algunas de sus expresiones acerca del significado y de las consecuencias que para nuestro pueblo y para la nación tuvo la invasión norteamericana del 20 de diciembre de 1989. Dice así el Maestro: “Las vidas humanas perdidas constituyeron, ciertamente, lo más doloroso de la tragedia. Pero ésta también alcanza otras dimensiones, no tan sensibles, pero importantes. Si difícil es precisar la cantidad de cadáveres más difícil es estimar la cantidad de heridos. Según el Comando Sur fueron algo más de 6,000 los heridos panameños. Por lo que se refiere a los aspectos cualitativos del terror, la humillación y el dolor sufridos, individual y colectivamente, ya poetas, narradores y ensayistas panameños han iniciado una producción literaria, que aumentará sin duda en cantidad y calidad, y que reproducirá para la emoción de la presente y futuras generaciones que por primera vez el pueblo panameño experimento campos de concentración en su territorio. Que más de 5,000 panameños fueron interrogados por el ejército invasor. Que centenares de residencias fueron allantadas aterrorizando a mujeres, ancianos y niños. Y que con la invasión “Just Cause” se da inicio al esfuerzo imperial de afirmar una ocupación que siente las premisas culturales e ideológicas nuestra desnacionalización”⁵⁸. En conclusión, la invasión a Panamá, seguida de la guerra contra Irak y de la

⁵⁸Ricaurte Soler. *La invasión de Estados Unidos a Panamá*. México, D.F. 1991. 186 págs. Pág. 101.

ocupación “pacífica” de Haití, ejemplarizan la nueva política norteamericana del “neocolonialismo en la postguerra fría”, según afortunada expresión de Soler.

Refiriéndose una vez más a las consecuencias de la invasión, nos dice Ricaurte que éstas fueron variadas y de distinta naturaleza. “Con ella Estados Unidos demostró que, incluso en un contexto de detente internacional, no está dispuesto a poner en peligro ninguna de sus posesiones estratégicas de dominio y que para ello recurrirá, como en el pasado, a todo tipo de presiones sin excluir la intervención armada (...). Para este coloso, «Japón» se puso una vez más de relieve la importancia de un nuevo canal a nivel o la renovación del actual. Pero en la coyuntura demostró una vez más, ser un “gigante económico y un pigmeo político”. Para el Tercer Mundo y América Latina la invasión significó que en ellos rige, con todo su rigor, el principio lógico formal de Tercer Excluido que sólo una dialéctica inédita, de reformas radicales o de revoluciones, podría impedir que ese principio lógico formal no se transforme en el hamleteano ser o no ser. Para América Latina aquella dialéctica ha de ser la de la integración.

“Para Panamá, finalmente, la invasión, como toda tragedia, aclaró las cosas. Y una de ellas es la de que, aún como Sísifo, ha de continuar con el empeño, dos veces secular de auto determinarse. Para ello las vías también son inéditas. Pues hoy, más que nunca, el dilema que anuncio Simón Rodríguez: O inventamos o erramos, está vigente”⁵⁹.

Finalizamos este escrito expresando con toda claridad que el único homenaje que cabe rendirle a la memoria del Maestro consiste en continuar la lucha por la autodeterminación nacional y la integración de *nuestra América*. De nada valen discurso plañidero ni lamentaciones por la prematura partida

⁵⁹ Ídem, pág. 179.

de Ricaurte. Eso sí, traicionan su memoria, los que reniegan de sus convicciones patrióticas y sus empeños sociales, para sumarse al carro del vencedor, todo ello, porque obnubilados por la globalización a escala mundial son víctimas del derrotismo, el pesimismo y el más descarado oportunismo.
Panamá, septiembre de 1994.

EL DR. RICAURTE SOLER Y EL MOVIMIENTO DE REFORMA UNIVERSITARIA EN PANAMÁ. VÍCTOR ÁVILA D.

Introducción

En el presente trabajo pretendemos destacar el relevante papel que cumplió el Dr. Ricaurte Soler en el desarrollo del Movimiento de Reforma Universitaria de la Universidad de Panamá, a comienzos de la década de 1960.

Sin embargo, hemos creído necesario señalar algunos antecedentes universitarios y nacionales que determinaron el planteamiento reformista. Por ello, se hace un somero recuento de la situación nacional e internacional, que sirvió de marco histórico al quehacer político e intelectual de la juventud estudiantil de esa generación.

Por esta razón, se mencionan las condiciones generales que existían en el país durante la década de 1950, los conflictos más importantes y las luchas estudiantiles de mayo de 1958, que fueron los antecedentes inmediatos del planteamiento de Reforma Universitaria en Panamá.

Resulta oportuno señalar que las formulaciones teóricas ideales sociales, políticas y educativas de la Reforma Universitaria, mantienen aún plena vigencia en nuestro medio adquiriendo mayor actualidad, en razón del estado de incertidumbre y desmovilización total de los estudiantes panameños de la presente generación.

El magisterio que ejerció el Dr. Ricaurte Soler, por cuatro décadas en la Universidad y en el país, con singular entrega a los requerimientos de la cátedra, así como sus insistentes llamados reconstruir la Unión de Estudiantes Universitarios, debe constituirse en una valiosa herencia intelectual y política, que oriente la juventud universitaria por los caminos del estudio científico de la realidad nacional y la comprometa en los afanes y tareas que la nación demanda en esta hora de definiciones y afianzamiento de la entidad cultural panameña.

Antecedentes

Durante los meses de agosto-septiembre del año 1962, la Universidad de Panamá fue sacudida por una larga huelga estudiantil, cuyas proyecciones políticas e ideológicas en el plano nacional fueron de gran trascendencia. Dicho movimiento huelguístico había sido producto de las contradicciones imperantes en el seno de la propia Universidad, entre la Unión de Estudiantes Universitarios, encabezada por el Frente de Reforma, y la Administración Central de la Universidad, sostenida por sectores ultraconservadores, denominados en esos días, con el calificativo de la “rosca universitaria”.

La Unión de Estudiantes Universitarios agrupaba a todos los alumnos de la Institución, aunque en sus filas existieran diversas corrientes ideológicas. Sin embargo, el Frente de Reforma Universitaria tenía amplio respaldo de las mayorías estudiantiles, constituyendo los sectores de izquierda la columna fundamental de ese movimiento renovador.

La “rosca universitaria”, la integraban los directivos universitarios de la época y la mayoría del cuerpo docente, el cual estaba sujeto a todo tipo de presiones y manipulación por los jefes de la Universidad. La ideología de la “rosca” era conservadora y antidemocrática, sus dirigentes mantenían estrechos lazos pocos con los partidos oligárquicos, vinculados a los intereses nacionales que tan negativa influencia han tenido en la vida del Istmo.

La confrontación entre ambos sectores evidenciaba la existencia de dos concepciones diametralmente opuestas en torno a los fundamentos filosóficos, científicos y humanísticos que deben sustentar a un Centro de Estudios Superiores en nuestro país y en Latinoamérica.

El movimiento de Reforma Universitaria en Panamá comenzó a madurar a partir de las experiencias y las luchas estudiantiles de mayo de 1958, cuando la Federación de Estudiantes de Panamá, entidad que aglutinaba a los estudiantes secundarios y universitarios, planteó importantes

reivindicaciones para la educación pública. Las demandas estudiantiles de 1958 no fueron escuchadas por el gobierno oligárquico de turno, representado por la Coalición Patriótica Nacional, entidad formada por varios partidos políticos tradicionales, ligados al creciente aparato militar del Estado panameño.

Las jornadas estudiantiles de mayo de 1958 constituyeron el inicio de un fuerte movimiento antioligárquico y antimperalista, que estremeció las estructuras de la sociedad panameña, hecho que llevó al gobierno de ese entonces, a reprimir con violencia inusitada al movimiento estudiantil, con el evidente objetivo de impedir el desarrollo de las protestas.

El “estallido espontáneo” del pueblo panameño en mayo de 1958 expresaba el profundo descontento social respecto a la política que se había aplicado en el país, desde el ascenso del coronel José A. Remón a la Presidencia de la República. Este llegó a la primera magistratura en 1952 aplicando su gobierno políticas represivas contra las organizaciones estudiantiles, docentes y obreras, así como contra los sectores políticos que lo adversaban.

La Ley 53 de 1953, de “Defensa de la Democracia”, dictada por el presidente Remón, fue uno de los instrumentos utilizados para perseguir educadores, estudiantes, intelectuales y sindicalistas, durante esos años.

En el plano internacional, la “guerra fría” se había proyectado, durante la década de los 50, a todos los países del continente, al igual que el “macartismo”, políticas éstas alentadas por Estados Unidos, con el fin de justificar dictaduras y regímenes oligárquicos en Latinoamérica. La guerra de Corea y la intervención en Guatemala (1954), constituyeron ejemplos de la política auspiciada por Estados Unidos bajo el gobierno del Presidente, Dwight Eisenhower y del Secretario de Estado, John Foster Dulles.

Las grandes movilizaciones sociales del pueblo Panamá el mes de mayo del año de 1958, constituían, en la práctica, un

rechazo a las políticas oligárquicas y ultraconservadoras, al tiempo que expresaban el anhelo de renovación y cambio que se ha extendido por todo el país.

Estas experiencias políticas, encabezadas por la Federación de Estudiantes de Panamá, fueron madurando en el pensamiento de la juventud universitaria, generándose a comienzos del año 1960, el planteamiento de Reforma Universitaria. El mismo se fue enriqueciendo en los años 1961 y 1962, a raíz de las confrontaciones ideológicas y políticas entre la “rosca universitaria”, a cuya cabeza estaba el rector, Narciso Garay Preciado, y la Unión de Estudiantes Universitarios, dirigida por el pujante Frente de Reforma, que tenía el respaldo mayoritario de los estudiantes.

La huelga estudiantil de agosto-septiembre de 1962, constituyó el momento culminante de esta confrontación político-ideológica, entre la nueva concepción universitaria reformista, que le asignaba a la Institución una misión nacional renovadora, democrática, progresista y de afirmación de la entidad cultural panameña, y la anacrónica concepción universitaria que se empeñaba en mantener la conservadora “rosca universitaria”.

Es necesario señalar que, durante el largo conflicto huelguístico de agosto-septiembre de 1962, las fuerzas políticas y sociales del país se polarizaron a favor de uno u otro sector universitario. El motivo que generó dicha huelga estudiantil fue la expulsión decretada por la Junta Administrativa de la Universidad, presidida por el rector Narciso Garay, contra los principales dirigentes de la Unión de Estudiantes Universitarios y de la Federación de Estudiantes de Panamá.

La causa de la drástica medida adoptada por las autoridades de la Universidad, fueron los sucesos que se originaron por el intento del ex-presidente de la República, Ernesto de la Guardia, de llegar al Paraninfo Universitario, donde la Academia de la Lengua lo investiría como miembro de dicha corporación, para que ocupara el sillón dejado

vacante por el Dr. Octavio Méndez quien había fallecido años antes. El gobierno del citado expresidente había sido el responsable de la sangrienta represión de mayo de 1958, en la que murieron numerosos estudiante y fueron heridos y detenidos gran cantidad de jóvenes y ciudadano. Además, la propia Universidad de Panamá había sido objeto en mayo de 1958, del llamado “Sitio de la Colina”, cuando efectivos de la Guardia Nacional, entidad dirigida por el general Bolívar Vallarino, cercaron el campus quedando atrapados varios cientos de estudiantes en sus instalaciones durante más de dos semanas.

El conflicto universitario de agosto-septiembre de 1962 se proyectó a la comunidad panameña, solidarizándose los sindicatos y demás organizaciones populares, con la huelga de los estudiantes; en tanto, la empresa privada y las organizaciones sociales de carácter oligárquico respaldaron a la “rosca universitaria” y a las autoridades que dirigían la Institución. Fue una polarización completa que experimentaron las clases sociales panameñas durante esta coyuntura, como consecuencia del conflicto político e ideológico de la Universidad.

Dentro de este contexto, en abierto desafío a la “rosca universitaria” y a la furiosa campaña de algunos medios informativos contra el Movimiento de Reforma, surgió la figura del Dr. Ricaurte Soler, junto a un puñado de profesores, quienes suscribieron un documento de apoyo a los estudiantes en huelga, demostrando su firmeza intelectual, valor cívico y plena identificación con el Movimiento de Reforma Universitaria. La casi totalidad del cuerpo docente de esa época (1962), había firmado poco antes -muchos bajo presión- una proclama de “incondicional” respaldo al Rector Garay, que se había constituido en el vocero de las fuerzas ultraconservadoras de la Universidad, con el pleno apoyo de las organizaciones empresariales y oligárquicas del país.

Vale la pena recordar, que dentro de este contexto

surgió la iniciativa de crear la Universidad Católica, pues las “fuerzas vivas” del país (comerciantes, ganaderos, empresarios, grandes propietarios de inmuebles, etc.) consideraban que la Universidad de Panamá, por su carácter de Centro de Estudios Superiores laico, democrático y popular, resultaba intolerable para el espíritu reaccionario de la oligarquía criolla. A esta iniciativa se sumaron los miembros más conspicuos de la “rosca universitaria”, demostrando su carencia de principios y sensibilidad para entender los anhelos de cambio que inspiraban a la juventud universitaria de ese entonces.

La decisión de expulsar de la Universidad a los directivos de la U.E.U. y de la F.E.P. Decretada por la Junta Administrativa a mediados de agosto de 1962, fue respondida con firmeza por la Asamblea General de los Estudiantes Universitarios que casi por unanimidad, solicitar la renuncia del rector Narciso Garay Preciado.

Largas negociaciones pusieron fin al conflicto huelguístico desistiendo la Junta Administrativa de la expulsión de los dirigentes estudiantiles, y levantando la Asamblea General de Estudiantes Universitarios la petición de renuncia del rector Garay. No obstante, se mantuvo la prohibición a los dirigentes estudiantiles de ser miembros de los órganos de co-gobierno de la Institución por cinco años.

Las valiosas experiencias políticas e ideológicas que se derivaron del largo conflicto huelguístico de agosto-septiembre de 1962, dejaron profundas huellas en la conciencia estudiantil, fortaleciendo el movimiento por la Reforma Universitaria, y afianzándose un planteamiento educativo de hondas raíces en la sociedad panameña.

La reforma universitaria en América Latina.

La contribución del Dr. Ricaurte Soler al esclarecimiento de los conceptos filosóficos e históricos que debían fundamentar la Reforma Universitaria, en nuestra Alma Mater, fue de extraordinaria importancia.

Su magistral conferencia “La Reforma Universitaria: perfil americano y definición nacional”, pronunciada en el Fórum sobre Reforma Universitaria auspiciado por la Escuela de Temporada de la Universidad de Panamá, en el verano de 1963, ayudó al movimiento estudiantil definir con claridad ideológica los basamentos intelectuales que sustentaban sus demandas.

La posición que adoptó el Dr. Ricaurte Soler de plena identificación con los planteamientos en favor de la Reforma Universitaria, demostraba su gran sensibilidad social y compromiso ético con los más elevados intereses universitarios y nacionales.

En el Fórum aludido participaron notables figuras latinoamericanas, entre las cuales podemos mencionar al Ing. Gabriel del Mazo, ex-rector de la Universidad de La Plata (Argentina), quien había participado como estudiante de la Universidad de Córdoba en 1918, en los sucesos que dieran inicio al Movimiento de Reforma Universitaria. Ideario renovador que se propagó rápidamente por los centros educativos superiores de Chile, Uruguay, Bolivia, Perú, Colombia, México y Venezuela.

Intervinieron, también, en dicho Fórum, el notable catedrático y escritor ecuatoriano Dr. Benjamín Carrión; el conocido pedagogo y político venezolano, Dr. Luis Beltrán Prieto; el jurista y diplomático salvadoreño Dr. Reynaldo Galindo P.; los distinguidos profesores panameños Federico Velázquez, Francisco Céspedes y Ricaurte Soler, el expositor del movimiento estudiantil fue quien suscribe el presente artículo, dada su condición de secretario general de la Federación de Estudiantes de Panamá.

Nos interesa destacar, en este trabajo, el planteamiento que hiciera el Dr. Ricaurte Soler en aquella memorable ocasión, y que fuera recibido con gran entusiasmo por la juventud universitaria de la época. Así se expresó el Dr. Soler en sus palabras iniciales en dicha conferencia: “Sin la

violencia de las guerras de emancipación no se comprendería la superación de la Universidad teológica colonial por la Universidad demo-liberal del siglo XIX. Sin la violencia de las huelgas estudiantiles de Córdoba, en 1918, habría sido imposible la Universidad Reformada del siglo XX. Y en nuestro caso concreto, sin la violencia de la huelga estudiantil del pasado agosto-septiembre no se comprendería el diálogo racional, seguramente promisorio y renovador, a que hoy se nos invita”.⁶⁰

Para el Dr. Soler, la concepción teórica que se planteaba en la actividad intelectual obligaba a asumir un compromiso ético con los movimientos políticos que luchaban por la concreción de dichos ideales. Es decir, la teoría debía ser sustentada en la praxis política, de lo contrario no pasaría de ser letra muerta, palabras carentes de autenticidad, divorciadas de los movimientos y fuerzas que luchan por las transformaciones de la sociedad.

Al formular su “aproximación histórica a la Universidad Hispanoamericana”, el Dr. Soler compartió la tesis dialéctica de que la universidad refleja el medio social sobre el cual se erige, pero que, a su vez, las ideas renovadoras que se plantean en su seno, así como la praxis intelectual de sus integrantes, contribuyen poderosamente a generar el cambio social. En otras palabras, las ideas cumplen un papel esencial en todo proceso de transformación de las estructuras sociales y del propio universo ideológico que se desprende de tales realidades. Al respecto señala que: “Como reflejo pasivo la universidad americana ha expresado en lo espiritual las etapas históricas de conservatización y petrificación de las estructuras sociales. Como reflejo activo la Universidad ha constituido instrumento eficaz en los momentos en que las fuerzas históricas imponían la realización del progreso, la actualización del porvenir”⁶¹.

⁶⁰Ricaurte Soler: “La Reforma Universitaria: Perfil Americano y Definición Nacional”, revista *Tareas* No9, abril-junio de 1963, Panamá, pág. 84.

⁶¹Ídem, pág. 85.

Las universidades hispanoamericanas del periodo colonial expresaron en el plano ideológico los intereses de una clase social señorial, que basaba su poder y riqueza en la tenencia de la tierra, en el avasallamiento de indios y esclavos de origen africano. No obstante, la Universidad Colonial, pese a expresar el espíritu antimoderno y contrarreformista de España, a través de su cosmovisión teológica y tomista, comenzó a examinar, a finales del siglo XVIII, con discreta prudencia las ideas del “Siglo de las Luces que llegaban de Europa, principalmente de Francia. De esta manera, expresa Soler “A finales del siglo XVIII, aún dentro de las estructuras de la Colonia, la Universidad se abría tímidamente a las ideas exóticas. De la época, específicamente al enciclopedismo francés, configurando así, con una cautela no exenta de eficacia, las ideologías revolucionarias del criollo independentista. Es el momento en que se va gestando la universidad liberal del siglo XIX, en explícita oposición a los remanentes teológicos de la Colonia”⁶².

Los aires independentistas y renovadores que sacudieron las sociedades hispanoamericanas del siglo XIX, encontraron terreno fértil en las universidades de los nuevos Estados nacionales. Las ideas liberales fueron asumidas por los criollos patriotas hispanoamericanos, con el fin de combatir la influencia clerical y conservadora -herencia del pasado colonial- en los centros educativos. Por ello, el Dr. Soler dice: “La Universidad hispanoamericana del XIX se nos presenta, pues, hondamente penetrada por las ideologías anti-feudales y antiescolásticas del criollo liberal en su momento de ascenso social y político. Pero la ideología liberal, que a principios del XIX encontró en la escuela lancasteriana el instrumento eficaz para contrarrestar el monopolio educativa del clero, y que a finales del mismo siglo, funda la universidad positivista

⁶² Ídem, pág. 86.

para oponerla a la influencia aún persistente de la teología conservadora, no pudo afirmarse sino a través de un dramático proceso de luchas y desgarramientos”⁶³.

La clara visión histórica del Dr. Soler, respecto al papel desempeñado por las ideas liberales del siglo XIX, en los nacientes estados hispanoamericanos, se infiere de la siguiente afirmación: “De las anteriores consideraciones se desprende que las universidades del siglo XIX como las mismas administraciones liberales nos un mensaje positivo y un legado perdurable. Sus luchas contra las ideologías feudales a favor del laicismo y de la emancipación del hombre constituyen fuerzas espirituales que la inteligencia americana de hoy ha de conservar y desarrollar”⁶⁴.

Respecto a la Universidad Hispanoamericana del siglo XX, señalaba el Dr. Soler en la conferencia que comentamos, que el liberalismo comenzó a declinar en los últimos años del siglo XIX, aproximándose en gran medida, al ideario conservador ilustra con ejemplos históricos dicho fenómeno, común a todos los países hispanoamericanos. Expresa: “El proceso ascendente y auténticamente progresista del liberalismo hispanoamericano, con las variantes cronológicas del caso, culmina a fines del siglo XIX. Pero a partir de este momento las fuerzas sociales que encontraron tan espléndida expresión en la acción o en el pensamiento de un Juárez, un Sarmiento, de un Francisco de Paula Vigil o de un José Victoriano Lastarria, comienzan paulatina pero inexorablemente a declinar. Algunas dictaduras liberales del periodo son sorprendentemente reveladoras de las tendencias del proceso. En Colombia la dictadura “regeneradora” de Rafael Núñez concilia extrañamente importantes sectores del liberalismo y del conservatismo. En México los teóricos del régimen de Porfirio Díaz estiman que su administración

⁶³ Ídem, pág. 87.

⁶⁴ Ídem, pág. 87.

puede ser denominada indistintamente neo-liberal o neo-conservadora, en lúcida premonición de que nuestro neo-liberalismo de hoy no es otra cosa que un neoconservatismo. En Argentina el “unicato” del General Roca comienza a mediatizar la definición platense del liberalismo que como teoría y tarea propusieron Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Mitre⁶⁵.

Para el Dr. Soler, el planteamiento de la reforma universitaria en este nuevo contexto histórico define sus metas nacionales progresista, y aproxima dicho movimiento universitario a la insurgente clase obrera de los primeros lustros del siglo XX, así como a las nuevas ideas revolucionaras que se presentan como sustitutas del decadente liberalismo en el seno de los movimientos populares. Para el Dr. Soler estas ideas eran el radicalismo y las ideologías políticas de izquierda.

Al comentar que desencadenaron el movimiento de Reforma Universitaria de Córdoba, Argentina, en el año 1918, el Dr. Soler manifiesta lo siguiente no: “nos corresponde la narración de los hechos posteriores. Recordemos solamente que la totalidad de las universidades argentinas se convirtieron profundamente iniciándose un movimiento que trascendió las fronteras del país platense para proyectarse, en lo inmediato en las universidades de Uruguay, Chile, Bolivia y Perú. En este último la Reforma Universitaria ha gestado movimiento que se escalona a lo largo de tres grandes períodos cuyas etapas iniciales están representadas por los años de 1919, 1930, 1945. Esta última observación la creemos pertinente para llamar a meditación quienes equivocadamente creen que una Reforma Universitaria panameña, en 1963, pretenda actualizar artificialmente un movimiento histórico que ha agotado sus posibilidades⁶⁶.

Con singular precisión ideológica y política, el Dr. Soler establece los parámetros que sirven de marco general al

⁶⁵ Ídem, pág. 88.

⁶⁶ Ídem, pág. 90.

movimiento de Reforma Universitaria en Hispanoamérica, y que sin duda constituyeron también parte de la rica experiencia Panameña. El Dr. Soler señala los perfiles de la Reforma Universitaria Hispanoamericana, que extiende, en base a las situaciones y experiencias comunes, al caso panameño: “la Reforma Universitaria no podía permanecer al margen de las nuevas fuerzas sociales y de sus expresiones políticas. Como movimiento que aglutino importantes sectores de la clase media tomó conciencia de las condiciones sociales que estimularon la esclerosis universitaria y se definió como anti-oligárquico. Las contingencias de la lucha y en particular la alianza entre los estudiantes y obreros en Córdoba, Argentina, y toda Hispanoamérica, propiciaron la comprensión del punto de vista proletario levantándose entonces la bandera de la justicia social. La conciencia de que una red de relaciones económicas internacionales, tendida por los Estados Unidos a través de Hispanoamérica, explotaba las riquezas nacionales impidiendo la efectiva auto-determinación, condujo a la definición antimperialista. Son esto los tres aspectos en la reforma Argentina e hispanoamericana, se proyectó fuera de los claustros universitarios. Este fue su mensaje social y su contenido trascendente”⁶⁷.

La Reforma Universitaria en Panamá

En la conferencia que comentamos del Dr. Ricaurte Soler, hizo el planteamiento de que era necesario analizar los componentes nacionales -con sus implicaciones sociales y políticas-, y los propiamente universitarios,

El distinguido expositor señaló que el liberalismo hispanoamericano del siglo XIX orientó el proceso educativo por los caminos del laicismo, a fin de formar una cultura nacional capaz de emanciparse de las ideologías feudales heredadas del pasado colonial, En esta perspectiva, destacó

⁶⁷ Ídem, pág. 91.

los magníficos aportes del Dr. Justo Arosemena, quien con singular precisión, definió los contenidos esenciales de la teoría pedagógica decimonónica: “Propugnando por una universidad emancipada de la teología colonial, y que promoviera con eficacia el desarrollo económico de la nación, Arosemena exclamaba: «He aquí un objeto digno de la atención de los recursos gubernativos, *mucho más que el sostenimiento de universidades impregnadas del espíritu <sic> medieval, tan pronunciado aún en nuestras costumbres y nuestras leyes*”⁶⁸.

En el caso panameño, expresa el Dr. Soler, la Reforma Universitaria de hoy puede encontrar ideas fecundas tanto en la pedagogía del siglo XIX, como de las teorías educativas que sustentaron en el presente siglo, maestros como José Dolores Moscote, Octavio Méndez Pereira, Jephtha B. Duncan y José Daniel Crespo. Estos prestigiosos educadores postularon principios neoliberales de gran significación para el desarrollo de la educación pública panameña, en las décadas de 1920-1930.

Desde luego, manifiesta el Dr. Soler, acontecimientos internacionales como la Revolución Mexicana (1910), la Revolución Rusa (1917) y la Reforma Universitaria de Córdoba (1918), contribuyeron a la crisis del liberalismo individualista. En el plano interno -afirma- la crisis del liberalismo tradicional se agudizó en la década de 1920, y en particular con el desarrollo de los movimientos inquilinarios.

Para el Dr. Soler, la Reforma Universitaria panameña coincide en sus elementos fundamentales, con la Reforma de Córdoba del año 1918. Los contenidos extra-universitarios de ambos movimientos -señala- son antioligarquicos, antimperialistas y en favor de la justicia social. Lo anterior, no implica que la Reforma Universitaria panameña fuera una aplicación mecánica de los postulados de Córdoba del año 1918, sino que, por el contrario, el planteamiento reformista

⁶⁸ Ídem, pág. 93.

panameño se nutría de nuestra realidad social. Así lo expresaba en su conferencia del año 1963, el Dr. Soler: “La Reforma Universitaria, en su proyección nacional, extra-universitaria, debe pues plantear la democratización de las escuelas. Pero la democratización abstracto-liberal ha de ser superada por la democratización concreta reformista. Y la socialización abstracta, apologetica y defensiva, ha de ser suplantada por la socialización concreta, agresiva y reformista. Pese a las «fuerzas vivas, de los capítulos de ganaderos, las fuerzas vivas de la cultura universitaria irán comprendiendo que la socialización concreta de la enseñanza no será posible sino mediante la definitiva cancelación de las contradicciones sociales de nuestro país”⁶⁹.

El movimiento de Reforma Universitaria en Panamá logró movilizar las grandes mayorías estudiantiles en favor de las luchas democráticas, tanto en nuestra *Alma Mater*, como en el plano nacional. El desarrollo de la conciencia estudiantil reformista permitió a la Unión de Estudiantes Universitarios y a la Federación de Estudiantes de Panamá, cumplir tareas de gran trascendencia política y proyecciones antioligárquicas, antimperialistas y en pro de la justicia social.

En la década de 1960, al calor de las luchas por la Reforma Universitaria, los estudiantes panameños se identificaron con los ideales latinoamericanos de liberación nacional, que en esos años enarbolaban las juventudes del continente. Esta conciencia determinó que la Universidad de Panamá se convirtiera -pese a sus problemas y limitaciones- en una sólida columna de las aspiraciones de redención nacional de nuestro pueblo; prefigurando el honroso papel que jugarían los universitarios en la gloriosa gesta del 9 de enero de 1964.

Correspondió al Maestro Ricaurte Soler el mérito histórico de identificarse con los ideales sociales y patrióticos de los estudiantes universitarios que siempre tuvimos en su

⁶⁹ Ídem, pág. 95.

digna persona, un ejemplo edificante de lo que debe ser un intelectual comprometido con las más nobles aspiraciones de su tiempo.

De nada servirían las palabras elogiosas, los discursos lacrimosos o los homenajes meramente formales al ilustre profesor Ricaurte Soler, si su obra intelectual cae en el olvido, si su pensamiento — lo vivo que nos lega — no se convierte en instrumento de estudio y lucha, en favor de nuestra *Alma Mater* y de la nación panameña y Latinoamericana.

Panamá, octubre de 1994.

Bibliografía

Revista Tareas No9, abril-junio de 1963, Panamá, 127 págs.

Víctor Ávila: “La Universidad Latinoamericana: Orígenes y Antecedentes”, Cuadernos Universitarios No1, Ed. Formato Dieciséis, Universidad de Panamá, 1985, 16 págs.

Héctor Silva Michelena y otros: Universidad, dependencia y revolución, Ed, Siglo XXI, México, 1971, 217 págs.

Varios autores: Universidad de Panamá: Reseña histórica, organización y reafirmación nacional, Dirección General de Planificación, Ed. Universitaria, 1991, 68 págs.

RICAURTE SOLER: APUNTES PARA UN RETRATO INTELLECTUAL. BRISEIDA ALLARD

Documento preparado para la presentación del libro Panamá: Historia de una crisis, organizado por el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá, el 12 de enero de 1994.

Introducción

Se ha dicho con razón que “nada humano es inteligible sin la historia -sin su propia historia”. En un evento como éste, tal convicción reclama un análisis que por diversas razones no puedo intentar aquí ahora.

Pero compartir esa convicción obliga, al menos, a recordar algunos pormenores del escenario más amplio, del contexto social e intelectual dentro del cual ha sido elaborada y al que ha contribuido la obra de Soler, no sólo en nuestro pequeño país sino en buena parte de los países latinoamericanos y caribeños. Nuestra América como gusta decir Ricaurte.

Hace algún tiempo, el reconocido filósofo argentino Mario Bunge, al hablar de la posible utilidad del filósofo en la ciencia social, señalaba lo siguiente:

“En el pasado la actitud del filósofo para con el estudio de lo social ha sido arrogante: o bien emprendía él mismo dicho estudio de la sociedad alegando que era de su competencia o bien declaraba que la sociedad es una totalidad inanalizable. En la actualidad el filósofo está aprendiendo a adoptar una actitud nueva, más modesta y fructífera: ha comenzado a estudiar ciencia social y a examinar algunos de los problemas filosóficos que ella suscita”.

“El filósofo ha comenzado a estudiar ciencia social y a examinar algunos de los problemas filosóficos que ella suscita”... Si bien esta aseveración de Mario Bunge en el primer Coloquio Nacional de Filosofía, celebrado en agosto de 1975, en Morelia, estado mexicano de Michoacán, no puede ser aplicada al filósofo e historiador panameño Ricaurte Soler, lo cierto es que tampoco es simple el trasfondo de la relación entre el quehacer académico soleriano y las ciencias sociales

específicamente la Sociología.

La cuestión no es, naturalmente, para sorprender a nadie. Ya es un punto sobre el que casi existe consenso general aquello que ha sido llamado “el desencuentro de las ciencias sociales”, esto es, el abismo entre los métodos de la economía, de la sociología, de la historia. Un abismo que con frecuencia también implica un choque entre mentalidades, una oposición entre las actitudes que toman unos y otros científicos de cara a los problemas gnoseológicos y prácticos que caracterizan a cada una de las disciplinas mencionadas.

Como reconoce el historiador británico Edmund Peter Burke, sociólogos e historiadores, al no comportarse como buenos vecinos intelectuales, se mantienen como interlocutores en un diálogo de sordos, donde, además, cada grupo tiende a ver al otro en términos estereotipados.

Al margen -o mejor- junto a este tradicional desencuentro, ¿dónde está, entonces, la especificidad de ese trasfondo difícil que enlaza de manera tan complicada la obra soleriana y las ciencias sociales en Nuestra América, en general, y en Panamá, particularmente? Vamos a intentar caracterizarlo con el esquematismo que obliga una presentación como la que hoy nos reúne. Desde inicios de la década de 1950, el núcleo central del quehacer académico y editorial de nuestro autor está ligado a sus preocupaciones en torno a la historia social de las ideas en América.

Así, desde *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX, para la historia de las ideas del Istmo* (1945), su trabajo de graduación presentado a la Universidad de Panamá para optar al título de Profesor en Filosofía e Historia y licenciado en Filosofía y Letras hasta *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo* (1980), pasando, entre otros trabajos, por *El postismo argentino: pensamiento filosófico y sociológico* (1959); *Estudios sobre historia de las ideas en América* (1961); *Formas ideológicas de la nación panameña*

(1963), y *Cuatro ensayos de historia. Sobre Panamá y Nuestra América* (1982), repito, desde aquel lejano 1954, encontramos a nuestro autor sistematizando una concepción de la historia social referida a las ideas y al pensamiento de connotados intelectuales orgánicos de este continente.

Una sintonía con los nuevos desarrollos académicos a nivel mundial y un aporte indiscutible al desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país, si recordamos: primero, que el giro hacia arriba de la curva que describe el crecimiento de los estudios sobre las ideas, sobre el polifacético problema de las relaciones entre el conocimiento y la realidad -materia de la sociología del conocimiento, no comenzó sino precisamente a mediados de la década de 1950; y segundo, si recordamos que, paradójicamente, desde el comienzo de la segunda posguerra, por sí mismo, el pensamiento social latinoamericano tenía un interés muy escaso; la discusión o revisión de su trayectoria histórica, no era precisamente la tarea más urgente que inquietase al científico social de la época.

En otras palabras, Ricaurte Soler empieza a develar los orígenes y el papel jugado por el pensamiento social de Nuestra América en la década del cincuenta, precisamente, en tiempos en que las ciencias sociales de la región -representada en la llamada sociología científica- recorren un camino contrario y plantean la necesidad de una ruptura radical con el llamado pensamiento “presociológico”.

Desde esta perspectiva, es muy probable que la obra de Soler, en esos años y hasta finales de los años 60, sea caracterizada como “presociológica”, como “precientífica”, “antediluviana”, por los sociólogos de la época. El encuentro entre las preocupaciones intelectuales de Soler y las ciencias sociales de la región tiene lugar tardíamente, hasta la década del setenta.

En efecto, a finales de los años 60 se abre un período de intenso repaso crítico de la tradición sociológica en el mundo occidental que, entre otras cosas, permitió periodizar

la historia de las ciencias sociales, otorgando sentido comparativo y diferenciador a las distintas etapas en que fue dividido el desarrollo del pensamiento social. En América Latina aparecen, entonces los primeros intentos en este sentido. Como bien apunta el sociólogo español Ignacio Sotelo: “es un hecho tan significativo como repentidamente comprobado, lo sensibles que son los latinoamericanos a los vaivenes ideológicos de los países pilotos”.

En todo caso, una de las primeras periodizaciones fue precisamente la de Sotelo, cuando presenta la ponencia “Notas na una reconsideración de la historia del pensamiento social latinoamericano”, en el *XI Congreso Latinoamericano de Sociología* celebrado en Costa Rica en 1974.

Ante el auge que empezaban a tomar los estudios de historia del pensamiento social en América Latina, Sotelo preguntaba: “¿Qué sentido tiene hoy ocuparse de las corrientes latinoamericanas de pensamiento social, anteriores a 1950? ¿Por qué esta necesidad de confrontarse con la propia historia,... de hacerse cargo de un pasado intelectual, (para algunos) científicamente irrelevante?”

“La respuesta a estas preguntas parecía, hace apenas diez años, clara y contundente - dice Sotelo- (cuando) la Sociología, como ciencia empírica, estaba empezando a echar raíces en el área...(entendiendo) la producción latinoamericana anterior a 1950, (solamente) como un acervo especulativo, de mayor o menor valor estético”.

Para este autor, es a comienzos de la década del 70, cuando se revela, en la nueva orientación conocida como teoría de la independencia”, la continuidad del pensamiento social latinoamericano.

El ocuparse hoy de este pensamiento (social latinoamericano), en las distintas formas que ha ido tomando a lo largo de la historia -escribía Sotelo-, adquiere nueva significación. Por lo pronto una cosa debe quedar clara: sin un contacto estrecho con la propia historia -y no sólo la de las

ideas, pero también la de las ideas- no hay modo de hacerse cargo de la situación actual”. Así, pues a partir de la década de 1970 hay una revaloración tanto en los estudios como de los estudiosos de la historia del pensamiento social en América Latina, aunque los nuevos trabajos dirijan mayormente los esfuerzos a intentar dar explicación general y sistemática del papel de las ideologías del desarrollo en sociedades dependientes.

Por otra parte, y en Panamá específicamente, este encuentro entre las ciencias sociales hacia el que tiende de muchas maneras la obra de Soler, es parte y, a la vez, nutre un periodo de avance considerable en la historiografía social panameña, tanto por la ampliación de las áreas de investigación como por la utilización de metodologías y de marcos conceptuales renovados.

En lo que al desarrollo de las ciencias sociales concierne, especialmente en los estudios de la historia de Panamá: “es una fase de intensa búsqueda por hacer visible una identidad, por recuperar un tiempo perdido; una vieja tarea que (en los setenta) cristaliza en un movimiento intelectual que reorienta los enfoques con la búsqueda de nuevas fuentes y documentación, con el replanteamiento de algunas tesis históricas tradicionales a partir de este nuevo bagaje”.

Por último, quiero apuntar-sólo apuntar- otra vertiente por la que también es posible revalorar la labor intelectual de Ricaurte Soler en lo que ella tiene de vía concreta para la intercomunicación entre filosofía, historia y sociología. Esta vertiente tiene que ver con su condición de intelectual marxista en estas tierras.

Rememoremos un poco. Soler de alguna manera forma parte de la generación de la reforma universitaria, ese episodio de masas a través del cual, desde 1918, las clases medias y sus intelectuales penetraron en la historia política latinoamericana.

Como sabemos, la reforma fue la mayor escuela ideológica para los sectores avanzados de la pequeña

burguesía; el más frecuente espacio de reclutamiento de las élites intelectuales que enfrentaron a las oligarquías; y de ella surgieron, además, la mayoría de los líderes civiles latinoamericanos que se activaron hasta mucho después de la segunda posguerra.

En este sentido se puede afirmar que en muy pocas épocas ha sido tan notoria y rectora la función intelectual, tan rica la contribución del saber, del arte, de las letras, a la explicación de la realidad, a la formación de las nuevas promociones, al adiestramiento para el cambio, que aquella generación en la que se formó Ricaurte Soler.

Esta época que tal peso confiere a la educación y, por ende, a la visión intelectual de los problemas nos remite a una clase social -la pequeña burguesía- que venía desde las primeras décadas del siglo, utilizando a fondo, como instrumento de cambio social, las posibilidades educativas de sus enclaves urbanos, La creación de la Universidad de Panamá en 1935, y el papel que juega en la historia política del país durante tanto tiempo no podría explicarse sino desde esta perspectiva.

Con este sedimento intelectual, Soler parte a Europa permanece allá entre 1954 y 1956, difíciles años de plena guerra fría. El clima intelectual imperante en la Europa de postguerra claramente perceptible en su obra *El positivismo argentino pensamiento filosófico y sociológico*, quizá la obra de Soler menos conocida Panamá.

A partir de entonces Soler forma parte de ese grupo de intelectuales que pretendieron analizar la realidad latinoamericana través de una síntesis original entre el marxismo y la ideología nacional-populares latinoamericanas. Para esos intelectuales de los sesenta era claro que una contracultura no puede ser pensada desde fuera de la cultura que rechaza y procura transformar.

De ahí que la pertinaz reiteración de la temática de la unidad latinoamericana sea en la obra de Soler algo más fuerte que un mero dato: nos remite, por el contrario a un patrimonio de

experiencias comunes instalado en el inconsciente colectivo, a un conjunto histórico-social ambiguo y polivalente que sufre procesos de constitución y de desconstitución, momentos de vida intensamente colectiva y unitaria y momentos de desintegración y ofuscamiento del espíritu latinoamericanista.

Llegados a este punto, vale recordar el prólogo de José de Jesús Martínez a la segunda edición del libro de Soler Estudios sobre historia de las ideas en América. Así escribía Chuchú en 1966:

“Un filósofo ilustre dijo una vez que la América Latina no había pensado. Sin duda quiso decir que entre nosotros no ha habido ningún Hegel, ningún Parménides. Lo cual es efectivamente cierto. Por razones bien claras, que este mismo libro pone de manifiesto, los pensadores americanos nunca han sido virtuosos de la Filosofía, no han tenido la delicada habilidad para tejer ideas con la asepsia del laboratorio ni la holgura material para construir esos grandes sistemas o catedrales del pensamiento. Pero, para quienes la actividad, la acción de pensar, no es un experimento químico sino una actividad, una acción, que emerge de la vida y de la coyuntura histórica, el contenido de este libro muestra -y mostrar es la forma más contundente de demostrar que el espíritu americano ha reflejado las luchas y contradicciones de su biografía social y económica. Y además, que este pensamiento americano tiene todas las intenciones de revertir, armado de razones sobre esa misma realidad de donde emergió y que no ha traicionado por el prurito de aparecer en una Historia de la Filosofía”.

Y añadía Chuchú:

“Los americanos no sólo hemos pensado, y bien, sino además pensamos en ello. Es decir, estamos tomando conciencia. Esa conciencia. Esa conciencia sin la cual nuestras ideas habrían sido inútiles objetos de museo, y no lo que en este libro se convierten: *herramientas y armas para el combate y el progreso*” (Subrayados de B.A.).

Con todo, el campo de conocimiento que Soler rotura desde mediados de la década del cincuenta, tiene sus propios riesgos, tiene el peculiar carácter de ser molienda para su propio molino. Pensar demasiado acerca de su propio

pensamiento puede provocar el estancamiento intelectual; cuestionar demasiado las propias cuestiones puede originar una especie de anomia intelectual.

Soler lo sabe y desde hace años intenta el análisis de la historia nacional inmediata, de coyuntura. Muestra de ello son, precisamente, el libro que hoy presentamos *Panamá: historia de una crisis (1989)* y *La invasión de Estados Unidos a Panamá. Neocolonialismo en la posguerra fría (1991)*.

Hoy, cabe al Dr. Soler lo que escribíamos hace unos meses solamente, en ocasión del décimo quinto aniversario de la publicación de dos libros meritorios: *Dominio y sociedad en el Panamá colombiano, de Alfredo Figueroa Navarro* y *La población del Istmo de Panamá, de Omar Jaén Suárez*.

No obstante que estos autores continúan roturando, sistematizando datos, transitando por variadas y múltiples fuentes históricas y publicando los frutos de sus indagaciones, lo cierto es que ya no son expresión de un movimiento académico. Más bien parecen voces aisladas, “almas en pena” que se resisten a abandonar un campo ayer fecundo y hoy casi convertido en páramo.

Para concluir, si dilucidar la identidad colectiva y personal constituye hoy -no sólo en América Latina, pero especialmente en América Latina- una de las principales encrucijadas teóricas y existenciales, los dos últimos libros de Soler no la reflejan. Por el contrario, su identidad continúa inmovible. En todo caso, corresponderá a otros y a otras discutir las ventajas y los riesgos que tiene, al final de un siglo tan singular, una identidad escrita en piedra.

RICAURTE SOLER: EL MILITANTE CULTURAL. MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO

Palabras presentadas en el Homenaje a Ricaurte Soler organizado por la Asociación de Estudiantes de Sociología de la Facultad de Humanidades (Universidad de Panamá), el lunes, 13 de septiembre de 2004.

Ricaurte Soler fue un militante cultural con un compromiso político que lo acompañó hasta que la muerte lo sorprendiera en plena actividad intelectual y social en 1994. Cabe destacar en este contexto, que Soler también fue un universitario, comprometido con el papel que debía jugar la casa de Méndez Pereira en el desarrollo del país. Sobre todo, Soler era un investigador comprometido con los cambios sociales y políticos que consideraba inaplazables. El carácter de esta presentación nos obliga a ser precisos y sintéticos. Por ello someteremos a un análisis tres fases distintas, pero íntimamente relacionadas, de su labor como intelectual y como revolucionario. En primer lugar, veremos el militante cultural. En segundo lugar, el militante universitario. Para terminar, el investigador al servicio de la revolución social.

El militante cultural

Ricaurte Soler fue un militante de la cultura. Su objetivo era formar y parte de un movimiento social que le diera una identidad consolidada al país. Desde temprana edad percibió una fractura en la sociedad panameña. Una sociedad dividida por profundas líneas de clase, de prejuicios y discriminación. Sus lecturas le permitieron identificar esa fractura en el marco de una estructura social jerarquizada y donde prevalecía la injusticia social. Su primera preocupación fue de tipo existencial. Se preguntó a temprana edad ¿a qué sociedad pertenezco? Rápidamente, sus preocupaciones pasaron a otro nivel. ¿Cómo está organizada la sociedad panameña? ¿Cuál es el orden social prevaleciente?, se preguntaba. Las preguntas que se hacía el joven Soler fueron incorporadas a un conjunto de nociones producto de sus lecturas marxistas. Como

consecuencia, Soler transformó radicalmente sus objetivos mientras estudiaba en la Universidad de Panamá. La pregunta original, que se refería a la organización de la sociedad, se convirtió en una nueva interrogante. ¿Cómo transformar la organización de la sociedad panameña? Igualmente, en el marco de la teoría marxista, se preguntó ¿cómo proceder para revolucionar el orden social. A partir de aquellas interrogantes existenciales, hace medio siglo, Soler se convirtió en un militante revolucionario. Su vida y pensamiento se puso al servicio de las transformaciones sociales que demandaban con urgencia la sociedad panameña.

El portavoz cultural: la revista Tareas

En primera instancia, Soler buscó la militancia política. Junto con un grupo de jóvenes intelectuales ingresó al Partido Socialista, cuya trayectoria de tres décadas le daba confianza a la juventud rebelde de aquella época. Dejaremos las aventuras de militancia partidista de Soler para una mejor ocasión en el futuro. Ahora queremos detenernos en su militancia como difusor de la cultura revolucionaria. En la presentación del primer número de la revista Tareas en octubre de 1960, Soler diría que la publicación “conlleva una interpretación expresa de la cultura, de la función social del pensamiento, de las tareas y responsabilidades del intelectual panameño”⁷⁰. En ese primer número, Soler diría que le “daremos prioridad a los estudios que permiten estructurar una concepción de la nacionalidad, a efecto de que sobre la base de tal concepción puedan sentarse los fundamentos de una política nacional – en el sentido amplio tanto cultural como económica y social”. Soler le hace una crítica severa al intelectual panameño. Socialmente, se refiere al intelectual panameño como un paquidermo frente a las condiciones materiales en que se desenvuelve. Ideológicamente, señala que vive en un estado de escapismo. Enseguida propone

⁷⁰ (Ricaurte Soler), 1960, “Tareas”, Tareas, N°1, p3.

reorientar la labor intelectual de los panameños. A la luz de esta realidad, plantea que “nuestra realidad exige transformaciones radicales, nuestra cultura (exige) revisiones sustanciales. Tales objetivos no serán alcanzados sino sobre la base de una teoría que simultáneamente surja de la práctica y la oriente. En esta forma será posible superar la etapa actual de romanticismo revolucionario, de desorientación política y de improvisación cultural”. Soler tenía 28 años de edad cuando coordinó la publicación del primer número de la revista Tareas. Sin duda, su compromiso con Panamá y su movimiento popular estaban sellado. Apenas 20 años más tarde, José de Jesús Martínez escribiría que la revista Tareas ha hecho “cultura revolucionaria”. Chuchú Martínez agregaría que, “para los que piensen que desgraciadamente es poco lo que ha hecho, hay que mostrarles que, en ese renglón, es todo lo que hay”⁷¹. En una vena chuchuesca, Martínez diría en el vigésimo quinto aniversario de Tareas en 1985 que la continuidad de la revista “fue sostenida a puro pulso (por Ricaurte Soler), gracias solamente a una voluntad con una fuente inagotable de fuerza y decisión: La convicción científica de que la lucha puede que sea larga, pero justamente por eso, tanto más nuestra será la victoria”⁷².

Con motivo de cumplirse el cuadragésimo aniversario 40, en 2000, la presentación de la revista Tareas diría – parafraseando a Soler – que la publicación es “parte y esencia de ese movimiento que se articula teóricamente en torno a la idea sencilla de que sólo la conciencia de una identidad que afirme nuestra independencia nacional podrá garantizar nuestra soberanía y su fortalecimiento institucional”⁷³. Este pensamiento está siendo cuestionado en forma agresiva por los

⁷¹José de Jesús Martínez, 1980, “Presentación”, Reimpresión facsimilar Tareas N°1, pii.

⁷²José de Jesús Martínez, 1990, “25 años de Tareas”, *Tareas*, N° 75, p143.

⁷³(Comité editorial), 2000, “Presentación”, *Tareas*, N°106, p3.

últimos gobiernos de turno, que no logran encontrarle el valor de cambio a la identidad nacional que ha promovido desde su fundación la revista *Tareas*. La relación del pensamiento de

Soler con el régimen militar que presidiera Torrijos entre 1969 y 1981 merece nuestra atención. Sin embargo, por razones de tiempo también lo dejaremos para una futura oportunidad.

Soler el universitario comprometido

Soler se sumó a la Universidad de Panamá como profesor en la temporada de verano de 1961. Llevaba ya su compromiso social y su visión clara sobre las tareas culturales de su generación. Desde la casa de Méndez Pereira, se convierte en un dirigente intelectual y asume un papel de universitario integral. Asume como propia la lucha por la autonomía universitaria que en aquellas fechas dominaba la agenda de los universitarios. Cabe señalar que Soler apunta al hecho que, después del 9 de enero de 1964, los universitarios panameños privilegian la lucha por la soberanía y la lucha por la autonomía universitaria ocupa un lugar secundario.

Soler considera la autonomía no como un derecho, sino como una responsabilidad del universitario para con la sociedad donde vive. Plantea, en forma muy clara, que la autonomía universitaria es el producto del desarrollo de una sociedad. Incluso, en sociedades con “regímenes reformistas, caracterizados por su indefinición, es política e históricamente legítimo preservar los rasgos generales de la autonomía... Estimamos que aún la transformación revolucionaria de la sociedad no liquida la función autogestionaria de la autonomía universitaria”⁷⁴.

Dependiendo del contexto social, la libertad de cátedra y los instrumentos de cogobierno tendrían un contenido y significado históricos diferentes. En una sociedad

⁷⁴ Ricaurte Soler, 1981, “La autonomía universitaria de 1968 a 1978”, *Tareas*, N°52, p75.

liberada, Soler veía la autonomía universitaria “en una de las modalidades a través de las cuales el pueblo se transformaría en creador, regulador y gestor de su propia cultural”.

Según la experiencia histórica de Panamá, Soler percibía en la autonomía universitaria cinco aspectos fundamentales. “Autarquía administrativa, cogobierno, libertad de cátedra, patrimonio propio e incluso una extraterritorialidad jurídicamente discutida, diría Soler, fueron las bases institucionalizadas de la autonomía universitaria panameña”. Soler era un defensor y, a la vez, un crítico de la autonomía. Señalaría que “lo que no podía preverse era que los marcos autónomos establecidos (no impedirían) que la Universidad se convirtiese en una aparente isla mediatizada por sus propias contradicciones y lo suficientemente estrechos como para no afectar de manera alguna el conjunto del aparato estatal oligárquico”. A pesar de ello, Soler anotaría que “la lucha por afirmar y ampliar la autonomía fue históricamente progresista y necesaria.

Soler era consciente de que, sin la debida administración, la autonomía universitaria podía trabajar en contra del país y del pueblo panameño. Diría que “a nivel intrauniversitario el poder mediatizador del Estado, no obstante la amplia autonomía, se comenzó a sentir pesadamente. De algún modo, y quizás de manera confusa, se fue haciendo consciente aquel “extrañamiento hostil”³ que se establecía entre una Universidad autónoma y la sociedad subdesarrollada y dependiente”. Agregaría que “un cuerpo docente conservador, cuando no incompetente, cumplidamente garantizaba la estabilidad de la dominación oligárquica en los predios universitarios. La inconformidad estudiantil inicia entonces un largo periplo de protestas destinadas a reformar la Universidad y a ampliar la autonomía”.

En agosto de 1951, los estudiantes del IV año de la Facultad de Derecho denunciaron incompetencia en los profesores, ausencia de investigación científica, anomalías

administrativas, terminando por formular una consigna de aplicación inmediata: “Todas las cátedras en interinidad y su adjudicación por oposición”. El movimiento estudiantil fracasó. Durante el régimen de Remón, se expulsó de la Facultad de Humanidades al único profesor marxista que ejercía la docencia. Era apenas un preludio, apunta Soler, de la escalada represiva que, en mayo de 1958, alcanza sangrienta culminación al ser sofocada una huelga estudiantil tras una verdadera matanza, sin precedentes en nuestra historia.

Finalmente en agosto-septiembre de 1962, estalló la más larga y mejor organizada huelga estudiantil universitaria que haya tenido lugar hasta el presente. Sólo cinco profesores, en declaración pública, apoyaron el movimiento. Desde la tribuna pública, y en una gran concentración, José de Jesús Martínez proclamaba “que las ideas que deben ser investigadas, estudiadas, en nuestra Universidad, sean las que brincan a la inteligencia de las cosas panameñas. Que la Universidad debe vincularse, entretejerse, colarse en todos los asuntos del país”⁷⁵.

La toma de la Universidad por los estudiantes y la prolongación del movimiento huelguístico, amenazó con desencadenar una crisis a nivel nacional. El gobierno de turno y las autoridades universitarias iniciaron, entonces, un proceso de “diálogo”, cuya estrategia desmovilizadora a nadie escapaba. El momento más significativo de ese proceso lo constituyó el Fórum sobre reforma universitaria organizado durante los meses de marzo-abril de 1963. La atmósfera creada inmediatamente después pareció propicia para la presentación de un “Proyecto de Reformas al Estatuto Universitario” por parte de la Unión de Estudiantes Universitarios.

Con posterioridad, del 9 al 12 de diciembre de 1964, se organizó el Primer Seminario de Reforma Universitaria

⁷⁵ José de Jesús Martínez: “Discurso sobre Reforma Universitaria”. En *Tareas*, No. 7, junio-noviembre de 1962.

y Democratización de la Enseñanza, oportunidad que aprovecharon las distintas organizaciones estudiantiles de las escuelas y facultades universitarias para dictar muy diversas, pero pertinentes y necesarias, resoluciones reivindicativas. Según Soler, estos fueron los últimos esfuerzos organizados, coherentes y consistentes que tuvieron lugar durante la década de 1960 para ampliar la autonomía universitaria y realizar reformas fundamentales. La agresión norteamericana al pueblo panameño en enero de 1964, y la tarea prioritaria de liquidar el enclave colonial canalero, había de combinar en adelante, de muy diversa manera, los empeños de renovación intrauniversitaria con el proceso de afirmación y consolidación del Estado nacional panameño

Soler el investigador comprometido

Soler fue un investigador social, armado con una metodología rigurosa producto de sus estudios filosóficos y con un objetivo muy preciso, fruto de su disciplina adquirida en sus estudios históricos. El materialismo histórico y la dialéctica fueron sus herramientas de trabajo. El materialismo histórico le permitió estudiar la realidad social sobre la base de los procesos concretos que definen la forma de organización de una sociedad. La crítica de la economía política le permitió rechazar las ideologías expuestas por los liberales y sus seguidores. Al mismo tiempo, la dialéctica le permitió comprender que los procesos sociales son siempre cambiantes, contradictorios y que, muchas veces, producen resultados inesperados.

Desde muy temprano en su labor de investigación, se percató de las limitaciones que presentaba el positivismo. Esta era una ideología que se prestaba para consolidar el “orden y progreso” capitalista en Europa, pero que no tenía base alguna para aplicarse en América latina. Más aún, Soler se percató de las limitaciones de la teorización sociológica en América latina sin contar con las investigaciones históricas necesarias.

En el ensayo sobre las “Consideraciones sobre la

historia de la filosofía y de la sociedad latinoamericana”⁷⁶, Soler planteaba lo que consideraba que eran los problemas centrales que tenía que enfrentar el investigador comprometido. En primer lugar, la falta de una tradición y precedentes en el campo de la investigación materialista. Segundo, en la tradición universitaria predominaba el pensamiento “antipositivista”. Es decir, el irracionalismo, el vitalismo y el anti-intelectualismo. En tercer lugar, Soler destacaba la inexistencia de historias económicas y sociales que se refirieran a nuestra América. Como consecuencia, muchos sociólogos intentaban darle una explicación materialista a las ideologías sin una perspectiva científica.

Soler y la cuestión nacional

El legado de Soler a las ciencias sociales son sus estudios sobre la cuestión nacional. Soler demostró con claridad que la nación no es sólo una idea sino también un proceso histórico, anclado en una realidad concreta, lleno de contradicciones sociales. A su vez, el concepto de nación no puede divorciarse de la noción de clases sociales y sus luchas por la hegemonía sobre la sociedad. En síntesis, el proyecto de nación constituye el objeto de estudio del científico social. Cada clase social tiene su proyecto y trata de imponerlo sobre las otras clases sociales. ¿Cuáles son las clases sociales?

Terratenientes, comerciantes, industriales, obreros ¿Qué proyectos de nación tienen estas clases sociales? Conservador, liberal, desarrollistas, socialistas ¿Es la oligarquía una clase social?

Según Soler, la oligarquía no es una clase social, no tiene proyecto de nación. La lógica nos indica que si no es una clase social y no tiene proyecto de nación es, como consecuencia, antinacional. La hegemonía de una clase se puede producir mediante un régimen populista. La definición que Soler usaba para el régimen populista era la siguiente: “Son los movimientos de masas que desbordando esquemas

anquilosados enfrentan el poder antinacional oligárquico e imperialista sobre una base social en la cual confluyen clases con intereses distintos e, incluso, contradictorios”. Soler acepta que el populismo implica un movimiento tardío de los sectores populares que tiende a caer bajo la dirección de intereses extraños, pero que es identificada con sus reivindicaciones inmediatas⁷⁷.

El bonapartismo, otro concepto mal entendido y tergiversado, fue central en el discurso teórico de Soler. Según Soler, “entendemos por bonapartismo el poder estatal relativamente autónomo frente a las clases y sus luchas, que en determinadas coyunturas históricas orienta el proceso económico arbitrando los conflictos sociales”. Soler veía con optimismo lo que consideraba un bonapartismo “revolucionario y nacional”⁷⁸ en la experiencia torrijista de la década de 1970. Sin embargo, Soler siempre fue cauto. Diría que “en la actual etapa (fines de la década de 1970) es todavía difícil precisar las posibilidades nacional-revolucionarias del actual régimen”⁷⁹. Soler percibía tres posiciones teóricas en torno al debate sobre el régimen militar presidido por Torrijos en la década de 1970. En primer lugar, el sector que se decía que apoyaba el gobierno militar en forma a-crítica. En segundo lugar, aquellos que apoyaban en forma crítica. En tercer lugar, los que se situaban en la oposición crítica. Soler también pecaba de poco optimismo sobre esta materia. “Continuamos así un debate – diría Soler – que, esperamos, no cierre la violencia irracional de una reacción triunfante”. El debate se cerró antes de lo que pensaba Soler –y en forma violenta– con la muerte de Torrijos en 1981, el despliegue de las políticas de ajuste económico a partir de 1983 y la invasión militar norteamericana en 1989.

⁷⁷ Ricaurte Soler, 1980, *Panamá, nación y oligarquía 1925-1975*, Panamá: Ediciones de la revista Tareas (2ª edición), pp39-40.

⁷⁸ Ídem. p45.

⁷⁹ Ídem. p.58.

El debate con la teoría de la dependencia

En las décadas de 1960 y 1970 la sociología latinoamericana se enfrascó en uno de los debates más ricos que tuviera las ciencias sociales. Descartada la teoría positivista (su última batalla la dio en el Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Santiago de Chile en 1972) así como las nociones funcionalistas desacreditadas después del fracaso del Plan Camelot, el marxismo se convirtió en la guía teórica para el desarrollo de las ciencias sociales. Sin embargo, el marxismo tenía que saldar cuentas con la ideología soviética que aún reivindicaba el materialismo histórico y la dialéctica como el método de investigación y de transformación social para explicar su experiencia.

Los marxistas chinos rompieron con la URSS en 1960 y, en Europa occidental, los marxistas le hicieron fuertes críticas a la Unión Soviética, resucitando los trabajos teóricos del comunista italiano Antonio Gramsci. En América latina, la revolución cubana, los nuevos movimientos sociales que arreciaban por el continente y una juventud revolucionaria forjaron una teoría crítica sobre los procesos sociales que caracterizaba el desarrollo capitalista de la segunda mitad del siglo XX.

La teoría marxista dominante en los círculos moscovitas, que salió de la lucha de clases y de las experiencias revolucionarias de la primera mitad del siglo XX, planteaba que los países subdesarrollados – como los latinoamericanos – tenían que pasar por un proceso de desarrollo consistente en el crecimiento económico y la consolidación de una clase obrera para que se dieran las condiciones revolucionarias necesarias para avanzar hacia las transformaciones políticas.

Esta teoría no se podía aplicar a China ni a Cuba. En ambos casos (en 1949 y 1959, respectivamente) habían visto triunfar revoluciones en países con economías subdesarrolladas y donde existían grandes mayorías campesinas y clases obreras minúsculas. De estas experiencias, surgieron teorías críticas

de las concepciones dominantes que encontraban su sede en la Unión Soviética.

En su expresión más sencilla, la nueva teoría crítica del marxismo que apareció en América latina, llamada la teoría de la dependencia, planteaba un retorno a las nociones leninistas de la revolución socialista. Es decir, la única forma de emprender el desarrollo, crear una clase obrera y construir una sociedad socialista era mediante una revolución que rompiera los lazos de los países sometidos (o dependientes) de la periferia de los centros capitalistas.

Históricamente, la teoría tenía tres experiencias que aparecían exitosas: Rusia, China y Cuba. La teoría de la dependencia tenía, a su vez, una variante no marxista. La CEPAL había desarrollado en la década de 1950 y 1960 una teoría de la dependencia que planteaba la necesidad de realizar reformas radicales de las relaciones internacionales entre el centro y la periferia. Raúl Prebisch, ideólogo de esta escuela de pensamiento cepalina, señalaba que urgía que el centro hiciera concesiones para que los países de la periferia con economías débiles pudiesen adaptarse a los modelos de desarrollo capitalistas.

Mientras que la teoría crítica marxista proclamaba el rompimiento de los países subdesarrollados con el centro, la CEPAL planteaba la integración de la periferia al centro. A su vez, el marxismo dominante señalaba la necesidad de que se dieran las condiciones adecuadas para la revolución.

Soler se inserta en este debate a principios de la década de 1970 rebatiendo las nociones de la teoría de la dependencia en el sentido de que el sistema capitalista mundial sometía a las clases sociales de los países o naciones a su lógica. Soler centra su crítica en lo que él identifica como una falla metodológica de la teoría de la dependencia: “La universal expansión del capitalismo es la comprobación empírica de donde parte el modelo. Se concede, en abstracto, que esta expansión universal puede adquirir distintas modalidades

según las especificaciones que determinen la geografía y la coyuntura histórica. La particularización, sin embargo, nunca podrá invalidar el sentido general de la totalización en marcha. Lo general se hace presente en lo particular. La universalización del modo de producción capitalista se concibe así como una marcha triunfal que es sólo posible detener sobre la base de la ruptura radical de la revolución socialista que inaugura una nueva totalización, una nueva universalización”.

Soler agregaría que “la investigación de determinadas leyes de la producción capitalista no puede concebirse como imposición sobre las partes, de qué manera que la particularización queda aniquilada y la legalidad universal inalterada, planeando esta última por encima de las especificaciones. La totalidad es, por cierto, autonomía cualitativa de determinaciones cuantitativas. Pero sólo la totalidad cerrada, mecánica, que no la totalidad abierta, dialéctica, puede suponer inalterable aquella autonomía cualitativa. La totalización en marcha, si no es triunfal, transforma las partes y se transforma ella misma, al ritmo de las especificaciones que surgen en la materia del desarrollo histórico”⁸⁰.

Conclusiones

Soler el militante, Soler el universitario y Soler el investigador siguen tan vigentes hoy como ayer. Cada pensador –sociólogo o trabajador–, tiene que convertirse en un militante de la cultura. Cada universitario tiene que luchar por construir un centro de estudios superiores que esté al servicio del proyecto de nación. Todos tenemos que ser investigadores de la realidad social armados con la capacidad crítica para transformar las teorías –entendiéndolas como totalidades abiertas, dialécticas y contribuir a la construcción de la nueva sociedad que quieren los panameños.

⁸⁰ Ricaurte Soler, 1975, “Consideraciones sobre la historia de la filosofía y de la sociedad latinoamericana”, *Tareas*, N°33, p80.

PRESENCIA DE RICAURTE SOLER⁸¹. DIMAS LIDIO PITTY⁸²

Pese a no ser historiador ni filósofo ni sociólogo, acepté participar en este coloquio porque entendí que aquí estaría Ricaurte Soler. Y ha resultado que es cierto, pues, aunque han transcurrido ya once años desde su deceso, el maestro y hermano Soler sigue aquí: en las miradas de sus amigos; en el espíritu que anima los claustros de la Universidad; en el afán de superación de los millares de estudiantes que caminan por el campus, colman las aulas y conciben el futuro como un nivel más alto de desarrollo cultural y humano.

En realidad, no podría ser de otro modo, porque Ricaurte Soler, el intelectual, el docente, el ciudadano, es decir, el hombre íntegro y bueno -en la acepción de Machado-, profesó la amistad, se consagró al estudio de las ideas y tuvo en la bus. Queda de mejores días para los pueblos de nuestra América la meta suprema, el ideal que hasta el último instante nutrió su vida limpia y noble. Entonces, es natural espíritu esté en toda circunstancia semejante a ésta la acción y el pensamiento propugnan la elevación y el mejoramiento de los hombres.

Las ideas y la historia

Aunque nacido en la entonces pequeña comunidad Concepción, provincia de Chiriquí, en 1932, Soler fue bien hombre de urbes. A partir de la adolescencia, cuando trasladó a seguir estudios en la capital del país, las ciudades de Panamá, París, México, Roma, La Habana y Lima fueron los principales escenarios de sus afanes y, en bastante medida, quizás los espacios más próximos a su corazón. Sin embargo, tal vez valga decir que sus lugares de interés no fueron propiamente las ciudades, sino las bibliotecas, las universidades y los centros de

⁸¹ Palabras en las Jornadas en memoria de Ricaurte Soler, desarrolladas en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá del 29 al 31 agosto de 2005 (editadas por razones de espacio).

⁸² Escritor y profesor de la Universidad Autónoma de Chiriquí (UNACHI).

investigación. Por lo menos eso se infería de sus comentarios y remembranzas.

De manera análoga, en el campo de la historia centraba su atención en la evolución de las ideas en el seno de la sociedad más que en figuras relevantes o en episodios bélicos y políticos aislados. Respecto de esto, resultan ilustrativos títulos de obras suyas como *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad en el siglo XIX*, *El positivismo argentino*, *Estudios sobre historia de las ideas en América*, *Formas ideológicas de la nación panameña*, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas: de la independencia a la emergencia del imperialismo...*

Quiere decir que Soler, como estudioso preocupado por devenir de nuestros pueblos, se ocupaba más de lo esencia que de lo anecdótico, pintoresco o llamativo. Por eso, cuando resaltaba figuras políticas o intelectuales lo hacía en función de una línea de pensamiento y de lo que bien podría llamar una ética histórica. Juárez, Martí, Alberdi, Lastarria, Mariátegui, Marinello, Ponce, Zea, por mencionar algunos nombres esclarecidos, más que individuos eran veneros de ideas eslabones en la cadena del pensamiento latinoamericano comprometido en desbrozar las sendas del porvenir para que algún día -y ojalá esto acontezca más temprano que tarde- nuestros pueblos puedan alcanzar estadios superiores de existencia.

Desde muy joven, Soler vio el estudio de la historia de la ideas no como rutinaria necropsia del pasado inerte, sino como acercamiento o búsqueda que ayudara a comprender el presente actuante y, aún más, que contribuyera a vislumbra el futuro deseable y posible. A lo largo de sus afanes, con espíritu inquisitivo y abierto Heráclito a Hegel, a Marx, a Engels, a Lenin, a Trotsky, a un Gramsci, siguió la línea que viene de: Mariátegui, a Ponce, a Zea, a Sánchez Vásquez, a Lefebvre, a Kosic y a otros que han echado luz sobre los fenómenos históricos y sociales.

Así, al margen de los sectarismos en boga y lejos de las posturas maniqueas, desde una perspectiva genuinamente dialéctica buscó, en la historia y evolución de las ideas y en las vicisitudes de nuestros pueblos, el nexo que une acción y pensamiento en la peripecia histórica. De esos afanes fueron dando cuenta puntual, en el transcurso de los años, sus trabajos sobre el siglo XIX panameño, sus aproximaciones al pensamiento de Justo Arosemena, sus incursiones en la historia americana y sus valiosos y reconocidos aportes a la historia de las ideas.

Nuestra nación, nuestra cultura

Hasta casi mediado el siglo XX, la historia de nuestro país, principalmente del período de anexión a Colombia en adelante, era vista como una especie de lienzo blanco y negro: blanco para unos, negro para otros. La leyenda negra y la leyenda blanca. Según la leyenda negra, Panamá era una nación inventada, un estado postizo, creado al socaire de los afanes expansionistas de Washington para legalizar un despojo territorial y construir el canal interoceánico; según la leyenda blanca, Panamá se separó de Colombia por los malos tratos que recibía de parte de Bogotá y porque en los panameños nunca se había extinguido el anhelo de ser independientes y libres.

Luego, gradualmente, gracias al esfuerzo de algunos historiadores e intelectuales preocupados por desentrañar la verdad histórica, afloraron los matices de la realidad y se vio la historia de Panamá, al igual que la historia de todos los países, no es negra ni es blanca, sino un entramado de luces y de sombras, una superposición y mezcolanza de los grises y ocres que caracterizan la existencia humana.

Entre los hombres que desde los alrededores de 1930 en adelante se dieron a la plausible tarea de auscultar el pasado para esclarecer el presente, deben ser mencionados Diógenes Rosa, Domingo H. Turner, Carlos Manuel

Gasteazoro, Rodrigo Miró, Isaías García, y Ricaurte Soler; y ese noble empeño de acercamiento, revisión y definiciones lo han continuado historiadores, sociólogos e intelectuales de diversas orientaciones y divisas, como Alfredo Castellero Calvo, Jaén Suárez, Alfredo Figueroa Navarro, Marco A. Gandásegui, Celestino Andrés Araúz, Pedro Rivera, Armando Muñoz Olmedo Beluche y otros.

En torno a este punto, es de justicia consignar que lo aportaciones de Soler han sido fundamentales para el entendimiento cabal de lo que es Panamá, aunque algunos no la hayan advertido o, por ignorancia o mezquindad, no quieran reconocerlo. Empero, están a la vista los frutos de su dilatado y meritorio quehacer.

Tal vez si Soler hubiera sido un publicista de sí mismo, un cazador de honores y prebendas o un necio infatuado, como hay tantos, hasta la gente desvinculada de los afanes intelectuales y académicos conocería sus méritos y su nombre. Pero no: él era refractario a los alardes exhibicionistas y a la notoriedad. Más bien se conducía de manera modesta, con espíritu de misionero o de apóstol.

No obstante, sus inquietudes, su versación y su acuciosidad se tradujeron en seminarios, conferencias, ensayos, ponencias y libros que contribuyeron a modificar la percepción que los panameños teníamos de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestras posibilidades como nación.

Al respecto, recuérdese, por ejemplo, que en la década del 60 la obra *Formas ideológicas de la nación panameña* estremeció la conciencia intelectual del país, que se movía en esa atmósfera algo brumosa en que aún estaba inmersa la historia patria. En ese libro, Soler resaltó las particularidades de Panamá como nación en términos que no dejaban dudas y echaban por tierra falacias y apreciaciones subjetivas inconsistentes:

El liberalismo económico y político, y las ideología filosóficas que lo acompañan, constituyeron en la América Latina una fuerza de variable eficacia en la lucha contra

la fragmentación de origen feudal. Desde este punto el liberalismo se encuentra en la base del fenómeno nacional hispanoamericano. En Panamá, más que en países hispanoamericanos, la conciencia nacional es inseparable de la conciencia liberal. La independencia de 1821 y la historia toda del siglo XIX constituyen una prueba irrefutable. La identificación de la conciencia liberal y de la conciencia nacional expresaba en Panamá las especiales condiciones de su situación geográfica y los intereses económicos y políticos que esa misma situación geográfica y los intereses económicos y políticos que esa misma situación geográfica estimulaba.⁸³

Por si subsistían algunos reparos, en el mismo trabajo, el autor aludía a una declaración del cabildo de Panamá, de poco antes de la independencia de 1821. Según el autor, dicho documento afirmaba que:

...desde el punto de vista político el Istmo no dependía absolutamente de la Nueva Granada y que prueba de ello lo constituía su denominación oficial de Reino de Tierra Firme. Podemos considerar esta declaración del Cabildo como una lúcida manifestación de la conciencia nacional. Primero, porque esa declaración es anterior a la independencia de 1821. En segundo término, porque hace inaplicable a Panamá el principio de *uti possidetis* a favor de la Nueva Granada (o Colombia) aun antes de que ese principio hubiese sido expresado o teorizado con el rigor del caso. Finalmente, porque aquella declaración constituyó la primera manifestación de auto-conciencia política de una comunidad que se sabía ya con intereses económicos precisos.

Así, con sus estudios y reflexiones, Soler contribuyó, en forma relevante. A que los panameños tuviéramos conciencia plena de nuestra identidad como nación. Consecuentemente, esto posibilitó el que nos halláramos en capacidad de comprender por qué nuestro país es como es y por qué hemos sido objeto de codicia de parte de las potencias y por qué hemos sufrido injerencias e intervenciones extranjeras. Además nos

⁸³ Soler, Ricaurte. *Formas ideológicas de la nación panameña*, 70. ed. Ediciones de la Revista Tareas, Panamá, 1985. p. 62.

ayudó a afrontar con determinación el presente, doloroso que nos tocó padecer a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Y, encima, nos ha permitido visualizar el futuro con los pies firmemente asentados sobre la tierra de la verdad histórica no sobre las medias verdades, la fantasía o las francas mentiras de leyendas blancas o negras.

El aporte de Tareas

Cuando Soler regresó de Europa, a finales de la década de 50, había declinado el auge del macarthismo, pero Guerra Fría, sostenida por los bandos que encabezaban los dos polos de poder mundial en ese momento, se mantenía en toda campos, incluido el de la cultura.

En nuestro país, como en el resto de América, imperaba la intolerancia, promovida y exacerbada desde Washington y acorde con esto, en las esferas del gobierno se hostilizaba y se perseguía a los educadores señalados como seguidores de ideas extrañas, es decir, socialdemócratas, socialistas, comunistas... Adicionalmente, los medios de comunicación radiofónicos e impresos mantenían campañas constantes contra el peligro comunista.

En tal clima de *zozobra* e histeria, cualquier organización, sindicato o individuo que protestara por alguna anomalía o injusticia, de inmediato era denunciado como propagador de ideas disolventes y como peligroso agente al servicio del castrocomunismo. En cuanto a los denunciantes, algunos actuaban de buena fe, aunque confundidos; otros, en cambio, eran despreciables oportunistas y pelechadores, batracios de la peor especie, que obtenían ventajas y provecho material con sus delaciones y campañas rastreras.

En ese ambiente enrarecido, Soler, que trabajaba como profesor en el Instituto Nacional, trató de incorporarse a la Universidad de Panamá; pero los retrógrados y oscurantista de siempre y, por supuesto, esos especímenes repugnante que, en todas partes, aún hoy, moran y medran en los rincones y

en las rendijas de la sociedad y de las institución erigieron obstáculos, esparcieron cizaña, enturbiaron la atmósfera y el profesor egresado de la Sorbona a duras pudo conseguir que le asignaran unas cuantas horas de clases en la universidad.

Sin embargo, lejos de arredrarse y de arriar banderas esa época buscó el apoyo de algunos amigos para llevar el proyecto de editar un órgano que divulgara ideas y textos literarios y planteamientos críticos, en la mejor tradición latinoamericana de cuestionamiento del *statu quo*.

Así, en 1960, con una Dirección inicialmente por Ricaurte Soler, Franz García de Paredes, Fabian echvers, Carlos Ayala y Carlos Bolívar Pedreschi, y con una Redacción compuesta por Alfredo Castellero C., César Young Núñez, Aristides Martínez, Bernardo Selles y Ornel Urriola, todos profesionales, intelectuales jóvenes y estudiantes, vio la luz Tareas, una revista cultural, básicamente de ideas y de crítica, aunque concebida para contener también textos poéticos, narrativos y dramáticos, así como reseñas de libros.

Serio y elocuente, el editorial del primer número fijó el rumbo de la publicación. Ese pronunciamiento inicial señalaba que:

Tareas conlleva una interpretación expresa -trataremos de ponerla de relieve- de la cultura, de la función social del pensamiento, de las “tareas” y responsabilidades del intelectual panameño.”... “Tareas interpreta que pensamiento y cultura no constituyen compartimientos estancos, diferenciados como tales estáticamente, de la realidad. Tareas considera, por el contrario, que el espíritu y la realidad --económica, social, política, configuran una totalidad dinámica dentro de la cual hay variables condicionantes y condicionadas. El espíritu es, por cierto, una variable condicionada, pero dinámica. Cultura y pensamiento son, pues, reflejos de coyunturas históricas y sociales, en cuanto reflejos correctos, concretos y eficaces”⁸⁴

⁸⁴ Soler, Ricaurte, op. cit. p. 63

En términos generales, esa línea se mantuvo sin desviaciones de fondo a lo largo de treinta y cuatro años, hasta el día o que murió Soler. Y en el transcurso la cultura nacional fue sometida a una crítica constante, profunda y fructífera, de propició la apertura de debates y la búsqueda de rutas inéditas o más promisorias para las ciencias sociales, la literatura y las artes.

En buena medida, Tareas contribuyó a que en nuestro país entilaran ideas y cuestiones que hasta entonces se desestimaban o sencillamente, eran ignoradas. Por eso, es de justicia que la generación a la que pertenezco, la del 58 – 64 tuvo en Tareas un instrumento valioso a la hora de plantearse y responderse interrogantes relacionadas con la realidad sociopolítica, la cultura y el porvenir de nuestra nación.

Caminos y maestros de América

Por otro lado, Tareas no se limitaba a ser almacén de ideas lo de encuentro a escala nacional, sino que procuraba llegar a los centros de cultura de otros países, principalmente de América Latina. Ya en la década del 70 la revista era conocida en todo el continente y mantenía vínculos de amistad y de colaboración con publicaciones con muchos países latinoamericanos.

Los lectores de Tareas seguramente recuerdan los nombres de: Arturo Ardao, Arturo Roig, Miguel Bueno, Sergio Bagú, Francisco Miró Quesada, Agustín Cueva, René Zavaleta Mercado, José Luis Balcárcel, Mario Salazar Valiente, María Rosa Palazón, Jaime Labastida, Alejandro Witker. Manuel Maldonado Denis, Manuel Moreno Fragnals, Gerard Pierre, Pablo González Casanova, Rodolfo Puiggrós y muchos otros intelectuales latinoamericanos eminentes que apareciendo en las páginas de la revista.

Recuerdo que en 1975, durante la celebración del I Congreso Nacional de Filosofía de México, realizado en la hermosa ciudad de Morelia, en el estado de Michoacán, sentí orgullo y complacencia de panameño porque allí, donde había

pensadores y maestros de toda América y de algunos países europeos, *Tareas* era una publicación conocida y comentada por los asistentes al certamen. Eso era algo que no había alcanzado antes ninguna revista de nuestro país. Y tal logro era debido, casi exclusivamente o, por lo menos, en altísimo porcentaje, a los desvelos y sacrificios de Soler.

Una labor ejemplar

Como ser en devenir, el hombre es un ser para la muerte, se ha dicho pero también lo es para la vida. Y la cultura (entendida como toda cosa que provenga de la mano y de la mente del hombre) está en idéntica situación. Como lo es el cosmos, el hombre (la cultura) está en cambio y expansión. De ahí que la cultura, como la vida de siempre esté en el filo de la navaja: tiene que justificar y afirmar su existencia cada día, a cada instante proyecto humano (cultural) siempre estará incluso siempre será inagotable. Pero esta precariedad no más bien acicate, para las inteligencias claras y las voluntades firmes y Soler poseía ambas cosas.

Con espíritu y actitud de misionero o de apóstol, ceñido a sus principios, abroquelado en su modestia y en su probidad intelectual, se sobreponía a la estrechez económica a la apatía y hostilidad del medio y aun a contratiempos y reveses políticos, para mantener encendida, contra viento y marea, la llama de *Tareas*, que era la llama de la cultura.

En los primeros años de la revista, en la etapa heroica de las privaciones y los sacrificios cotidianos, Ricaurte cobraba magro cheque de profesor del Instituto Nacional y, antes de cualquier otra cosa, corría a pagarle a la Imprenta Cervantes ubicada en una callejuela del Casino, donde la revista se imprimía a crédito. Luego, repartía y cobraba ejemplares de *Tareas* para completar el dinero destinado al sustento familiar. Esto pueden corroborarlo su esposa, María Esther, que esta noche está con nosotros, y compañeros de entonces, como el profesor Virginio Carrera.

Ahora, Soler no se limitaba a ser cerebro y corazón de la revista. Al paso del tiempo se convirtió en promotor editorial y bajo el sello de Ediciones Tareas vieron la luz muchos ensayos, libros de poemas y piezas de teatro. Por ejemplo, gran parte de la obra poética y dramática de José de Jesús Martínez, su amigo entrañable, apareció con el sello de Tareas.

Esta ingente labor de difusión sobrepasó largamente los cien mil ejemplares editados, entre libros y folletos. Por tanto, en un medio como el nuestro, con tantas limitaciones y factores adversos, un logro de esa magnitud debe ser considerado como lo que es: una proeza colosal.

Un hombre serio, sensible y retraído

Quienes veían a Soler en los pasillos de la universidad o en un congreso, podían suponer que era un hombre huraño, adusto, quizás hosco y hasta arrogante; sin embargo, esa era la impresión errada. Simplemente, era retraído, sí, y no se prodigaba con cualquiera; pero, ya en confianza, era afectuoso y sensible. Eso sí, como decía un amigo suyo refiriéndose a sí mismo, hasta el final fue alérgico a dos cosas: a la penicilina y a la estupidez.

En la época en que acostumbraba celebrar sus cumpleaños, por ejemplo, nadie habría reconocido al severo historiador de las ideas en el hombre afable, risueño y bromista que alternaba en su casa con algunos de sus amigos más allegados como *Chuchú* Martínez, Humberto Brugiatti, Pedro Salazar Chambers y otros

Precisamente, en una de esas reuniones, al calor a las copas y en la alegría de los bocados, alguien compuso versitos sobre Soler. Los primeros correspondían redondilla que decía más o menos así, si la memoria no es infiel:

*Dicen que Cate Soler, es pensador de talento;
más de tanto pensamiento la frente le va a doler.*

Por mi parte, hacia 1965 escribí un texto sobre la paz y se lo dediqué a Ricaurte. Este trabajo formó luego parte del conjunto de poemas que con el título de Memorias del silencio apareció en el volumen Poesía joven de Panamá, publicada por Siglo XXI de México, en 1971.

Como un testimonio más de afecto al amigo, voy a leer el poema

Por la paz, a Ricaurte Soler:

*Un hombre piensa y escribe
de madrugada
en su pequeño cuarto
de una calle de París
en invierno.*

*Un hombre toma su machete
a las 5 a. m.
parte fumando
a su sembrado de maíz
en América
al sur del Río Grande.*

y

*Alguien cruza el territorio de las fieras
de una aldea a otra
y otra
y otra
y reúne a los demás
y habla
“liberación y paz”
En África
que vive*

*Una mujer da a luz
al alba*

Dimas Lidio Pitty

*sola
con dolores espantosos y palabras tiernas
aquí o allá
en un sitio del mundo*

*Aviones
navíos
trenes
cargados de productos
vuelan
navegan
viajan
uniendo necesidades y esperanzas*

*Un cohete aluniza
y quien lo guía ve
allá lejos
la casa del hombre
brillando y pequeña
en el espacio*

*En algún lugar
diariamente
alguien cae
puramente muerto
lejos de su hogar
en medio de los suyos y de todos
junto a mi
cae
puramente muerto
por la paz.
1965*

Memoria y legado

El óbito de Soler fue un rayo en el cielo límpido de la tarde del 14 de agosto de 1994: nadie podía suponer que a los sesenta y dos años nos iba a dejar el maestro que acaso más había contribuido a trazar el perfil de nuestra nación, a definir los rasgos de nuestro pasado espiritual.

Además, su fértil gestión docente -la cual abarcó casi cuatro décadas en nuestra universidad y en renombrados centros de investigación y de estudio del extranjero dejaba una huella imborrable en la conciencia del país. Porque, dentro y fuera de la patria, en el libro y en la cátedra Soler ejerció magisterio intelectual con rigor e integridad ejemplares en otras palabras, su talento y sus desvelos lo llevaron a convertirse en una figura esencial del pensamiento panameño del siglo XX.

Debido al prestigio intelectual y académico de que gozaba fuera de Panamá, al producirse su deceso, instituciones y personalidades intelectuales de toda América Latina deploraron el hecho.

Posteriormente, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Panamá y la Universidad Autónoma de Chiriquí han honrado su memoria mediante creación de cátedras, la designación de auditorios y la instauración de preseas al mérito intelectual con su nombre⁸⁵

Ahora, con mucho acierto y en actitud que lo honra, el Consejo de Facultades Humanísticas de Centroamérica el apoyo de la Secretaría General de la Universidad de Panamá -el hogar de Soler por tantos años- ha organizado estas jornadas en merecido homenaje a su memoria.

Para terminar, detengámonos un momento a pensar en lo que eran nuestro país, nuestra América y el mundo en la

⁸⁵ La Orden Ricaurte Soler al Mérito Intelectual y Académico, creada la Universidad Autónoma de Chiriquí, hasta ahora solamente entregado al doctor Newton Osborne. Médico y científico panameño de la NASA también, como Soler, nacido en La Concepción, Chiriquí.

década del 60, cuando Tareas comenzó a recorrer los senderos de Panamá y las vastedades del hemisferio.

Su director era entonces un joven intelectual que miraba con admiración y respeto, desde lejos, las cumbres de la historiografía y del pensamiento continentales.

Sin embargo, treinta y tantos años después, al momento de morir, el hermano Ricaurte Soler -por la calidad, el significado y las proyecciones de su obra-, había alcanzado la jerarquía y el sitial reservados a unos pocos intelectuales de excepción: él también era ya un maestro americano.

AL MAESTRO RICAURTE SOLER: UNA MEMORIA...⁸⁶ URANIA A. UNGO M.

*Pensadores Humanistas*⁸⁷

Librería Universitaria

Mayo 16 de 2018.

Quiero empezar agradeciendo el honor que se me hace al pensar en mí para este homenaje al doctor Ricaurte Soler, maestro de tantas generaciones de pensadoras/es panameños. Queda claro que no agradezco más trabajo [...] pero en este caso es honroso, productivo — para mí — y placentero. Productivo porque, en medio de muchos compromisos, al buscar ansiosamente algo bueno, importante o interesante que decir tuve que volver a las obras del Maestro y allí encontré, por ejemplo, esto:

“Son estos los antecedentes que confieren a la participación de Victoriano Lorenzo en la “guerra de los mil días” (1829-1903) simbolismo y significado especial. Eliminación del diezmo fue la reivindicación económica inmediata del jefe indígena. Pero esa reivindicación estaba inscrita en el contexto de una guerra civil sangrienta en la cual el problema de la autonomía política era relevante para la insurgencia liberal istmeña. El silencio, con aisladas excepciones, frente al fusilamiento injustificado de Victoriano, ya finalizada la guerra, tenía para el liberalismo un significado preciso: silenciar la reivindicación económica o social en el marco de toda lucha por la autonomía política. Por ello mismo, y muy a su pesar, la muerte de Victoriano en los albores mismos de la independencia de Colombia, adquiría para la historia la significación real de que, camino al futuro, la cuestión nacional era indesligable de la cuestión social”⁸⁸.

⁸⁶ Una versión anterior ha sido la base para ampliar estos breves comentarios.

⁸⁷ UP/ Facultad de Humanidades/ Centro de Investigaciones de la Facultad de Humanidades (CIFHU). Ciclo de PENSADORES HUMANISTAS.

⁸⁸ Ricaurte Soler: Panamá Nación y Oligarquía 1925-1975. En: *Revista Cultural Lotería*, # 400. Diciembre de 1994. Pág. 258.

Todo ello viene a cuento no sólo por el reciente aniversario del fusilamiento del “cholo guerrillero” sino porque evidencia la capacidad de predecir, o mejor dicho anticipar hechos que hoy anuncian, de mil maneras distintas, el profundo hervir social aun sin proyecto autónomo que se expresa cada vez más de esa específica manera: lo social como dimensión inseparable de lo nacional. Y también porque me recuerda un reciente documento que nos llegó a varios en el que un distinguido profesor ya hoy retirado de nuestra UP expresaba de un modo terrible la sensación que muchas y muchos hemos sentido al pasar, estar o simplemente pensar en las hoy áreas revertidas: plenas de empresas, escuelas privadas, deslumbrantes residencias, muy cuidado entorno ambiental. Dicho en breve puede expresarse así: ¿Es en esto que quedaron las luchas populares por la recuperación nacional? Sin suscribir las conclusiones del ex colega, afirmo que enuncia un real problema existente. Lo descrito es hermoso y seguro deseable como bien para todas las personas, pero el problema es que simplemente los que lucharon no están ahí representados [...]

Por ejemplo, si pienso en Ascanio Arosemena, en su Escuela Profesional, o si recuerdo el Instituto Nacional sé que hoy están en condiciones ruinosas, los extensos beneficios de la reversión del Canal no los han alcanzado a pesar de que son beneficios de muchas maneras visibles, es una sensación ambivalente y molesta.

Seguramente ello suma otra contradicción al conjunto de las singularidades que nos ha conferido nuestra historia y prever ello es un importante aporte del Maestro Soler no solo a nuestra memoria.

De mis cuatro amados Maestros - así con M mayúscula- Ricaurte Soler, Graciela Hierro, Horacio Cerutti y María Luisa Tarrés, hoy los dos primeros ya no están y con los segundos es permanente la comunicación, la relación, la complicidad intelectual y política. Entre ellos –y no sólo por

no estar- Ricaurte ocupa un lugar muy especial, no sólo es el único panameño sino a él debo una relación intelectual como ninguna, un intercambio generoso de conceptos y de visión crítica en particular sobre aquello que constituyó su objeto teórico privilegiado: la nación panameña, su historia y la interpretación de ésta historia en el marco de la historia toda de la América Latina.

Nuestra América, otra de sus grandes preocupaciones. No pocas veces le he recordado al ver los “debates” sobre el giro a la izquierda, el “fin del Consenso de Washington”, o el interminable “fin del giro progresista” y mil y otras discusiones sobre los nunca bien terminados procesos de integración latinoamericana y nuestra tortuosa relación con el Imperio. Como bien supo el Maestro, la idea que en una de sus obras más fundamentales llamó “idea nacional hispanoamericana” es un bien hace largo tiempo deseado y hasta ahora poco realizado. En sus palabras:

“Al culminar las guerras de independencia la idea de un ‘ser’ de la nación hispanoamericana tendió a desplazarse en favor del concepto de su *deber ser*...en las inteligencias más lúcidas, se elevó a primer plano la convicción de que organizar la nación hispanoamericana constituí un imperativo político, y aun ético, frente a las extendidas prácticas absorbentes de europeos y norteamericanos. Los márgenes más flexibles del deber-ser facilitaban, por otra parte, la extensión de la idea hispanoamericanista. La noción de una comunidad latinoamericana, que explícitamente comprendía al Brasil, comenzó entonces a aparecer como factor indesligable del imperativo de nuestra integración continental”⁸⁹

Aún hoy es y se trata de un imperativo ético y político y cada vez es más evidente su imposibilidad de realizarse si las jerarquías de los diversos espacios nacionales solo miden

⁸⁹ Ricaurte Soler. *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas. De la Independencia a la emergencia del Imperialismo*. Siglo XXI Editores, México, 1980. Pag. 199.

ganancias mientras se entregan a la ausencia de proyectos autónomos. Que diría el Maestro Soler al ver el ¿“fin de ciclo progresista”?

Saber, conocer, interpretar la historia de ésta nuestra pequeña patria, en el marco de las vicisitudes de Nuestra América, eran para Soler las tareas urgentes, impostergables, importantes de su condición de intelectual. Y a ésta tarea se entregó con fervor y con lucidez intelectual que quiso transmitir a sus alumnos. No sé si asimilé bien todas sus enseñanzas, pues por más voluntad de las y los Maestros, ésta alumna siempre media a través de sus propias y particulares convicciones y racionalidad, en todo caso está claro y fresco que debo al Maestro Soler la desconfianza con el facilismo, la apreciación de la coherencia, la estimación por el rigor intelectual, el arte de auto exigirse y una cierta mirada sobre el mundo que exige conectar a las ‘cosas’ con el todo [...]

Por ejemplo, aún recuerdo, un hecho bastante lejos en el tiempo, un sonado seminario de ‘materialismo histórico’, donde luego de informarnos la cantidad de obras de los fundadores del marxismo que debíamos discutir y en consecuencia leer, fue general el espanto, el trabajo final consistía en establecer los instrumentos teóricos, filosóficos e históricos que debíamos identificar [...] no puedo evitar reírme al recordar la consternación de la gente!

La gente, éramos profesores de Historia, de Geografía y Filosofía de las escuelas medias que reaccionaron activamente en contra del nivel de la exigencia. Además de sonreír, tengo que preguntarme, recordando ésta experiencia y la a su vez desazón del Maestro Soler, si ¿es posible realmente enseñar algo? O mejor dicho, si es posible que pueda, quién no está dispuesto a aprender, enseñar algo a otra persona. Nada se estanca decía el Maestro, lo que no avanza retrocede... Y no es esto, precisamente, lo que está hoy en el centro de la llorada ¿‘crisis de la educación? Imagino que esos fueron otros dolores que la ‘nación’ también le causó en su condición de

gran Maestro, además de lo obvio, el 89: ver la Patria herida, invadida, ultrajada una vez más.

Qué diría hoy mí añorado Maestro del mundo de la globalización: ¿En el que mientras la racionalidad instrumental del sistema económico y político se intensifica hasta producir novedades científico-tecnológicas hace poco impensables, en la dimensión social y cultural, en los imaginarios y concepciones profundas crecen los irracionalismos, conservadurismos y fundamentalismos, como dos líneas paralelas que corren en dirección opuesta.

Todo ello en medio de una crisis global en la que el crecimiento exponencial de los productos de la ciencia y la tecnología es contiguo a la reaparición de fascismos, fanatismos religiosos de diversa laya, visiones políticas autoritarias, deshumanizantes y regresivas amén de una exhibición magnificada de la banalidad y la violencia que al parecer no conoce límites. Dicho en breve, el imperio global de la modernidad occidental, del cosmopolitismo, sus valores y modos de vida es resistido con un anhelo fantástico en tanto aumentan la pobreza, las desigualdades estructurales, la incertidumbre sobre el futuro y se extiende la ira y la indignación por flagrantes injusticias, por las escandalosas brechas entre los modos y niveles de vida de pequeñas minorías frente al orden que rige la vida de las mayorías.

Los modos de vida de las élites se exhiben magnificada y banalmente por los medios como el ideal a obtener, mientras las carencias, limitaciones y dificultades de la vida de las mayorías solo crecen, Y un intenso malestar social, difuso pero perceptible emerge acompañado del vacío de sentido de la vida, de la sensación de horizonte sin salida y el descrédito de toda la institucionalidad y los partidos políticos.⁹⁰

⁹⁰ Urania Atenea Ungo. *De la resistencia cultural al proyecto político: Fundamentalismos contra el cambio social*. La Estrella de Panamá. FLACSO Panamá. Política/domingo 1 de abril de 2018.

Se dice, y es tenido por verdad, que nadie es indispensable, pero... ¿será esto tan verdadero como lo asienta la conciencia popular? ¿Será verdad para la generación a la pertenezco que hubiese sido sin Ricaurte Soler igual para nosotros la conciencia de la historia? ¿La conciencia del nicho histórico que ocupa la construcción de la nación en las luchas sociales? ¿La conciencia de Nuestra América?...

Decía Ricaurte que “Es claro que una idea prueba su racionalidad en la medida en que se realiza en la historia”⁹¹. Es para mí evidente que en medio de largos, sinuosos, contradictorios y complejos movimientos esas ideas están en proceso.

Seguramente es innecesario responder, es un ejercicio inútil y sin embargo, un conjunto de ‘preguntas indeseables’ - parafraseando el inolvidable poema de Consuelo Tomás- surgen cuando se examina eso que hemos llamado el ‘perfeccionamiento de la nación’ y la instauración de la soberanía plena en el territorio nacional. Después de 1999, recuperada la integridad, ¿qué es ahora la Patria? ¿Qué hay además del folklore, del ‘baile típico’, el reinado de la pollera y la cutarra... el vacío?

Tal vez Soler lo preguntaría de mucho mejor modo... por ejemplo, ¿cómo se encuentra hoy la ‘comunidad orgánica’ de intereses que unen umbilicalmente las entrañas de la nación al centro del Imperio?

Como toda pregunta teórica debe haber un proceso material y práctico en el que se gesta la respuesta, no lo sé, espero que la respuesta se esté realizando, en algún lugar. ¿Qué diría además Ricaurte sobre esto?

Siempre reclamé al Maestro, supongo que por mi incorregible feminismo, no sólo no entender la teoría feminista, nuestras críticas al androcentrismo en la ciencia y la virtual ausencia del análisis de lo simbólico en toda su

⁹¹ Soler...*Idea y cuestión nacional*...Pág. 272

obra... “Ustedes son parricidas!” era su expresión al explicarle tales críticas. Y sí, tenía razón eso hemos sido y somos las feministas en relación al marxismo y a casi todo, tal vez porque la más radical negación es necesaria para pasar a la superación, a un nuevo estadio en el que es posible reconciliar de otro modo las viejas oposiciones.

Ricaurte Soler fue un amigo entrañable y especial, una persona, docente e investigador que encarnó lo mejor de su tiempo. Un Maestro para muchas personas y siempre es difícil establecer que le debe una a sus Maestros, por lo general bienes simbólicos hoy reducidos a meros ‘relatos’. Tal vez el mejor homenaje a su memoria es hacer y colaborar, en medio del horrible y banal ruido global, para que en la vida universitaria y nacional ocupe un lugar no marginal la reflexión, el debate y el conocimiento.

Misceláneas

SOLER: UNA REFERENCIA PANAMEÑA INELUDIBLE EN EL ESTUDIO DE LAS IDEAS EN “NUESTRA AMÉRICA”. JOSÉ ÁNGEL ESPINOZA SUIRA

Conferencia dictada en el Primer Encuentro Internacional de Cátedras Martianas, efectuado en Santiago de Veraguas del 8 al 12 de septiembre del 2003.

Anueve años de la desaparición física del maestro Ricaurte Soler, considero pertinente, en ocasión de este significativo evento martiano en nuestro país, reflexionar en torno a la importancia de la obra de Soler en el desbocamiento de un pensamiento panameño e hispanoamericano pionero en el estudio de la idea de “Nuestra América”, anhelo siempre presente en la evolución traumática de las sociedades latinoamericanas que va desde la independencia del colonialismo europeo hasta lo que comenzamos a conocer desde mediados y finales del XIX como la emergencia del imperialismo norteamericano.

Este ensayo lo realizamos con el propósito de replantear los aportes más significativos del pensamiento soleriano, tanto en el terreno de la indagación teórico-filosófica, como en el de la construcción de una historiografía genuinamente americana: Aportes para nosotros significativos si tomamos en cuenta que las urgencias del presente se han tornado apremiantes y cunde por doquier el pesimismo, el fatalismo, el inmovilismo, las visiones apocalípticas o, en el mejor de los casos, dogmatismos, sectarismos o relativismos enfermizos.

El pensamiento de Soler hasta su propia personalidad estuvieron profundamente marcados por la impronta martiana. El legado martiano se observa en cada actuación del hombre, del intelectual y del investigador que fue Don Ricaurte, como le llamábamos algunos. Esta herencia, aunque inconclusa en su materialización bolivariana, cobra hoy inusitado vigor ante el aumento de los conflictos y la agudización de los problemas sociales en una región que se atomiza cada vez más, gracias a los efectos de la denominada globalización y los pactos sectoriales con el imperio que, como el ALCA, Plan

Puebla y los tratados bilaterales de libre comercio, se erigen como nuevos recursos ideológicos e instrumentales urdidos por las tecnocracias capitalistas, destinados para convertir en cosa del pasado las aspiraciones de liberación nacional, autodeterminación, soberanía y justicia social. Por todo esto, Martí se encuentra más vigente que nunca y, en efecto, hablar de Martí en Panamá significa, sin duda alguna, hablar también de nuestro maestro para siempre, el Dr. Ricaurte Soler⁹².

Los momentos actuales son de gran confusión e incertidumbre, en tanto que el gran capital viene propiciando a escala planetaria cambios profundos en la base material y supraestructural de su sistema de dominación mundial, regional y nacional, sobredimensionando el crecimiento científico-tecnológico y articulando los mercados para satisfacer la lógica ilógica de una racionalidad instrumental que, en lo ideológico, promueve la estandarización de gustos, el consumo desenfrenado, el egoísmo individualista, la vida disipada, sin nortes ni objetivos, y el culto a toda forma de placer. La llamada “globalización” promueve precisamente estos anti-valores para mantenernos desarraigados, alienados y entretenidos y, sobre todo, hacernos creer que la lucha social y los reclamos de patria y libertad constituyen “piezas de museo” o “periódicos de ayer”.

Se plantea, entonces, el hacer altos epistemológicos y axiológicos en nuestra percepción de la realidad para volver a beber de la fuente prístina de nuestro pasado glorioso, de

⁹² La influencia y presencia del pensamiento martiano en Soler fue a todas luces palmaria. Varios trabajos recogen la continuación creativa de este legado: “José Martí: Bolívarismo y antiimperialismo”, Simposio Internacional sobre el Pensamiento Político Antiimperialista en José Martí, Memorias del Centro de Estudios Martianos, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989. Anterior a este trabajo, entramos en 1980: “De Nuestra América de Blaine a Nuestra América de Martí”, Casa de las Américas N°119, La Habana, 1980. Posteriormente, en 1992, publica en Tareas N°82, septiembre– diciembre, un interesante artículo titulado: “Martí y el Canal de Panamá”, pp. 47-51.

jornadas, héroes y pensamientos que muchas veces adelantaron advertencias, proyectos y tareas que ahora deben ser retomadas y actualizadas. Definitivamente, jamás entenderemos los eventos post-postmodernos (como ahora los llaman) si antes no logramos encontrarnos de frente con nuestra angustia existencial, con nuestros logros, nuestros errores, nuestros héroes y continuar así la faena, muchas veces interrumpida, de construcción de nuestra identidad y nuestro destino histórico.

El pensamiento hispanoamericano del XIX y del XX continúa siendo válido en su misión desalienadora y reconstructiva. Nos advierte precisamente de que los peligros siguen siendo los mismos, pero, al ser estos mayormente complejos, nos propone la retoma crítica de todos estos aportes para recuperar lo mejor de su proyección visionaria, poder de diagnóstico, rigurosidad metodológica, optimismo imaginativo y prospección científica. Estos aportes sólo se quedarían en el pasado si las metas que se trazaron y las tareas que se establecieron hubieran sido cumplidas o satisfechas. Evidentemente, esto no ha sido así y hoy todavía acudimos a la sobrevivencia de un sistema oprobioso de dominación que pugna por mantenerse y expandirse a expensas del atraso, subdesarrollo y explotación inmisericorde de nuestros pueblos. No obstante, aunque esto constituye una realidad aplastante, también es cierto que los aportes de Martí y de Soler nos hablan del fortalecimiento de una ética política basada en la fe en el hombre, en el progreso material y espiritual de la humanidad, en el optimismo resultante de la lucha de los pueblos, en el acrecentamiento de un pensamiento hispanoamericano liberador y autóctono y en la confianza puesta en el ideal bolivariano de unidad de las ex -colonias españolas o "Nuestra América", en algún momento de todo este proceso.

Diría Soler al respecto que la tarea del momento sería la de rehacer una cosmovisión que haga justicia al requerimiento teórico y práctico que reclama la vertebración colectiva y multidisciplinaria del conocimiento, en franco compromiso

con los problemas de la realidad americana. Examinar y reexaminar la realidad así como nuestra percepción de ella es la empresa a continuar, y para ello el pensamiento pionero hispanoamericano nos sigue ofreciendo las herramientas conceptuales, las premisas fundamentales, los recursos investigativos y las metodologías adecuadas para llevar a feliz término este empeño vital.

Soler ya no está con nosotros, físicamente, pero sí lo está su producción y su obra, todo ello orientado a llegar profundo en la indagación y a producir generalizaciones científicas a partir de la experiencia concreta de la lucha de los pueblos indo-americanos. En este sentido, la cátedra martiana es oportuna para la integración epistemológico-axiológica de todos estos aportes, porque están fuertemente amarrados al tronco común de las gestas sociales reivindicadoras del clamor popular contra el colonialismo de ayer y la opresión neoliberal del comercio de hoy.

Soler llevó un monitoreo permanente de cada cosa y cada evento que ocurrió en las revoluciones nacionales y sociales de hispanoamérica y latinoamérica, en especial en la Cuba amada de Martí. Fue un ferviente defensor de la revolución cubana y llamaba a aprender de sus enseñanzas. No fue casual, entonces, que se propusiera asistir en el año 1995 a los actos conmemorativos del centenario de la muerte en combate de José Martí y de la Guerra de Independencia cubana de 1895, a invitación de destacadas personalidades del Centro de Estudios Martiano de Cuba.

Mayo de 1995 fue la fecha de este evento, importante para nosotros porque el maestro fallece inesperadamente un 14 de agosto de 1994. Había planeado vender cierta cantidad de ejemplares de un texto suyo sobre el canal, como apoyo económico al evento. Para este momento, ya era considerado, sin duda alguna, uno de los intelectuales más lúcidos de “Nuestra América”. Había sido reelecto dos meses antes de su muerte vicepresidente de la Asociación de Historiadores

de América Latina y el Caribe (ADHILAC), la cual sesionó en Querétaro, México. A la fecha ostentaba los títulos de licenciado en Filosofía, de la Universidad de Panamá, un doctorado en Filosofía de la Universidad de París y había pasado por cursos de Historia de América en la UNAM de México. No por casualidad había sido también incluido su nombre en el Diccionario de las Letras en América Latina (DELAL), como figura y personalidad literaria descollante: este diccionario fue confeccionado en Venezuela con el patrocinio de la Fundación Biblioteca Ayacucho. Su actuación en congresos internacionales como los de Estocolmo, Caracas, México, Lima, Sao Paulo y otros también fue notoria.

Una visión de Soler

Como persona:

Miguel de Unamuno sentenció en su Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos que las filosofías nos interesan, no tanto por lo que proponen, sino por el hombre o mujer de carne y hueso que ocultan. Esto cuenta de sobre manera, en tanto que los seres humanos sin excepción responden a circunstancias de vida que determinan e inciden grandemente en la conformación de su personalidad.

En el caso del maestro lo recuerdo como un docente y un investigador austero, sobrio, de refinadas maneras y poseedor de un rigor conceptual y hábitos de trabajo y estudio admirables. Por otra parte, quienes lo conocieron han dado fe de su entereza moral, de su apego a los principios y de su honestidad intelectual a toda prueba. No obstante, esa aparente rigidez de su imagen personal desaparecía al producirse familiaridad y confianza en las relaciones y surgía así el profesor Soler, humorista y anecdótico que mostraba preocupación en todo momento por sus estudiantes y amigos. Otros lo recuerdan como un hombre impecable, que vestía con mucha formalidad y poseía ciertos aires de la década de 1950.

Nuestro primer contacto con él se produjo en el año

1973–74 cuando ingresábamos a los estudios universitarios en la carrera de Filosofía e Historia. La asignatura cursada no podía ser otra que Historia de la Ideas en América, la cual es recordada como un curso difícil donde “si entraban 20 o 25 sólo quedaban 5 o 4 al final del semestre”. Al principio nos quejábamos de su metodología estricta, pero al final terminábamos convencidos de que esta disciplina de estudio y trabajo era necesaria para la interiorización de contenidos archi-complejos y lograr la capacidad de hilvanar datos históricos, sociológicos, políticos y económicos cuyas relaciones no siempre aparecían a simple vista.

Nuestro último contacto académico con el maestro se produjo en la fase final de nuestros estudios de licenciatura, cuando tuvimos que realizar el trabajo de graduación o tesis, la cual en nuestro caso giró en torno al tema: “Bolívar y su concepción del Estado Nacional Hispanoamericano”. Precisamente, por los conocimientos poseídos así como por su vasta experiencia en investigación, algunos de nosotros optamos por elegirlo asesor del trabajo de graduación. Este fue precisamente mi caso, y nunca olvidaremos, por la lección aprendida, que de los tres miembros del Jurado, Soler nos dio un puntaje de 98: dos puntos menos por no haber citado la obra del Doctor Octavio Méndez Pereira, fundador de la Universidad de Panamá, referente a Bolívar y el Panamericanismo. Había que ser exhaustivos.

En esta parte de la semblanza de su personalidad, deseo consignar un testimonio que logra captar la opinión que el Dr. Ricaurte Soler tenía de sí mismo. En un homenaje prodigado a su persona, como subdirector del Centro de Estudios Martianos, el historiador cubano Pedro Pablo Rodríguez nos habla de su último contacto con el amigo Ricaurte. Fue un encuentro en México en ocasión del Congreso de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe (ADHILAC), en el cual tuvo la oportunidad de intimar con el intelectual panameño, que había sido reelecto en el cargo de

vice-presidente.

Cuenta Pedro Pablo que en esa oportunidad se atrevió a hacerle a su amigo la pregunta de si él sabía que, en ocasiones, su personalidad era un obstáculo para sus relaciones humanas; a lo cual contestó:

Sí, sé que no me ayudan mi estiramiento y mis modales, tan poco panameños. Los cubanos me lo dicen y los panameños también. Pero, ¿qué le voy a hacer? Ese es mi carácter, aunque quizás muchos no imaginen que en realidad me gusta ver bailar, que admiro la palabra fácil y la broma ligera que a mí no me salen, y que a mí, también, se me van los ojos tras el bamboleo de ciertas mujeres. Pero hacer todo eso con el desenfado usual de la gente del Caribe, eso sí que no puedo, no me sale. Te repito, en eso sé que soy poco panameño. Pero que no quepan dudas sobre mí: soy panameño total, esa es mi primera y primordial definición como persona. Y esa ha sido la esencia de mi obra toda. ¿Mi aspiración? Que mis lectores de hoy y, sobre todo, los de mañana, me vean así como panameño⁹³.

Concepción de su rol en la política

Para el momento que trabamos contacto con el Dr. Soler, la década de 1970, su obra escrita y su pensamiento filosófico y político ya había encontrado un punto de sedimentación y maduración. Terminados nuestros estudios, la visión mantenida del maestro fue la de un docente e investigador extraordinario, pero también la de un intelectual grandemente comprometido con la tarea de construcción de un pensamiento político independiente, crítico y científico.

Muchos le criticábamos el no tomar partido con una militancia orgánica o partidista, adscrita a alguna de las expresiones de izquierda conocida, pero, luego, nos convencía

⁹³ De Pedro Pablo Rodríguez: "Mi último encuentro con Ricaurte". En *Tareas* N°89, de enero-abril de 1995, pp.95-97.

con su ejemplo, que su misión estaba en el mundo de las ideas, de los conflictos conceptuales, para hacerlos expresar la acuciante y compleja realidad de los pueblos y sus luchas libertarias.

Aunque Soler no fue político profesional se involucró en la política como un intelectual comprometido con las causas nacionales y sociales. Su pensamiento, analítico, agudo y, a veces, irónico, se dejaba escuchar en las aulas y pasillos universitarios, así como en los momentos de lucha estudiantil por la democratización de la enseñanza universitaria, o por el co-gobierno universitario de profesores, administrativos y estudiantes.

Todavía lo recordamos cuando, al toparnos en los pasillos de clases (como sabía que andábamos en la militancia estudiantil universitaria, como dirigentes del Frente de Reforma Universitaria), se acercaba a nosotros para darnos algún consejo, información o mostrarnos alguna bibliografía que resultara útil a nuestro cotidiano quehacer⁹⁴.

La filosofía como matriz germinal y estructural de su pensamiento

Constituye una riqueza inigualable la producción estrictamente filosófica que realizó el Dr. Soler. Podríamos decir, sin exagerar, que toda su obra, sin excepción, es filosófica en el sentido amplio de la comprensión de lo filosófico. Consignamos, a continuación, un listado de estas obras,

⁹⁴ Sobre su vínculo temprano con las causas del movimiento estudiantil universitario, Víctor Avila, docente universitario, historiador y político, nos narra en su artículo “Ricaurte Soler: Un intelectual comprometido con su tiempo”, que el Dr. Soler siempre simpatizó con las causas defendidas por la Federación de Estudiantes de Panamá y el FRU. Desde 1958, con las jornadas de mayo de 1958, lo cual le acarrió la detención por varios días en la Cárcel Modelo, hasta la huelga universitaria de agosto-septiembre de 1962, cuando la Unión de Estudiantes de Panamá frustró el intento de la “rosca universitaria”, liderada por el rector Narciso Garay, de investir al ex -presidente Ernesto de la Guardia como miembro de la Academia Panameña

tratando de guardar el orden cronológico de su aparición:

- "Problemas de la Historia de la Filosofía", Tareas N°7, junio-noviembre de 1962.
- "Sobre las direcciones filosóficas fundamentales", Tareas N°15, abril - junio de 1965.
- Modelo mecanicista y método dialéctico, Panamá, Ediciones de la Revista Tareas, 1966. Tareas N°17.
- El positivismo argentino. Pensamiento filosófico y sociológico, Biblioteca América Latina, Buenos Aires, Editorial Paidós, S.A., 1968.
- Estudios filosóficos sobre la dialéctica. (En colaboración con José de Jesús Martínez). Premio sección ensayo, Concurso Literario Ricardo Miró, 1971, Ediciones de la Librería Cultural Panameña, 1973.
- "Causalidad en el mecanicismo y causalidad en la dialéctica", Revista Lotería N°193, diciembre de 1971.
- "Dialéctica de universales e individuales (sobre el nominalismo)", Revista Lotería N°194, enero de 1972.
- Materialismo e idealismo: Una alternativa. Ediciones de la Revista Tareas, 1974, tercera edición aumentada, con apéndice analítico de Humberto Brugiati.
- "La especulación filosófica no puede apartarse de los problemas de la realidad americana". Entrevista de Dimas Lidio Pitty, aparecida en el diario El Día, de México, 10 de agosto de 1975. Tareas N°33, septiembre - noviembre de 1975.

de la Lengua, en el Paraninfo universitario, para cubrir la vacante que dejara el Dr. Octavio Méndez Pereira. Este testimonio también nos sitúa a Soler en el año 1963, durante el Foro sobre Reforma Universitaria que trajo a distinguidas personalidades como Gabriel del Mazo, ex -Rector de la Universidad de La Plata, Argentina; Benjamín Carrión, de Ecuador; el jurista salvadoreño Reynaldo Galindo y el pedagogo y político venezolano Dr. Luis Beltrán Prieto. Por Panamá participaron Federico Velásquez, Francisco Céspedes y, por supuesto, el Dr. Ricaurte Soler, con su magnífico escrito: "La reforma universitaria: Perfil americano y definición nacional", el cual fue recogido por Tareas N°9.

- “Consideraciones sobre la historia de la filosofía y de las sociedades latinoamericanas”, En Cueva, Agustín: La filosofía actual en América Latina, Grijalbo, México, 1976.

- “La Revolución francesa promovió valores humanos y democráticos que hoy tienen plena vigencia”. (Entrevista). En Campus. Suplemento Bicentenario de la Revolución Francesa, Año 7, N°78, Universidad de Panamá, julio de 1989.

- “Tradicición, reflexión y enseñanza de la filosofía en Panamá”. Tareas N°79, septiembre – diciembre de 1991.

De todas estas obras filosóficas, Materialismo e idealismo: Una alternativa, es la más utilizada por la mayoría de los profesores de filosofía a todo lo ancho y largo del país, indistintamente de su posición ideológico-filosófica. Esto se debe a que los profesores han tenido que explicar las distintas escuelas filosóficas que han existido desde el mundo antiguo hasta hoy, y esta obra, pequeña en su formato y cantidad de páginas, constituye un trabajo de síntesis y orientación magistralmente escrita, además de oportuna, en tiempos en que sobre esos temas predominaban los manuales propagandísticos sobre filosofía marxista, provenientes de la hoy extinta URSS.

El profesor Soler se percató de la necesidad de un ensayo de este tipo, y más, cuando él era consciente de que los estudios filosóficos en la Universidad de Panamá tenían una marcada tendencia europeizante, además de ser bastante abstractos y referidos exclusivamente al estudio del “idealismo filosófico” en sus diferentes vertientes.

Criticaba agudamente en Materialismo e idealismo... lo que observaba en las aulas de la Escuela de Filosofía e Historia, en las cuales no se investigaba ni se trataba la realidad panameña o hispanoamericana, sino, por el contrario, las disquisiciones giraban en torno a confrontaciones conceptuales estériles huérfanas de contenido real.

Al respecto, sentenciaba en este trabajo: “De la confrontación de conceptos sólo surgen conceptos” y que la búsqueda de la verdad, aislada de la práctica, ya sea individual

o colectiva, deviene en un problema puramente escolástico⁹⁵.

Esta obrita, de exactamente 67 páginas, constituye la maduración de su pensamiento filosófico, el cual venía gestándose desde los años 1962, 1964, 1965, 1966, a través de artículos aparecidos tanto en la revista Tareas como Revista Lotería relacionados con los temas "Sobre las direcciones filosóficas fundamentales", "Problemas de la historia de la filosofía", "Modelo mecanicista y método dialéctico", hasta finalmente lograr *Materialismo e idealismo: Una alternativa*. Para cuando estudiantes de mi generación de 1973 llegábamos a la Universidad de Panamá a estudiar filosofía ya circulaba la tercera edición aumentada de este trabajo, como Ediciones de la Revista Tareas, que contenía al final un apéndice titulado "Materialismo e idealismo. Esquema analítico", escrito por el profesor y amigo desaparecido recientemente Humberto A. Brugiati.

Evidentemente, las ideas aquí expuestas representan una lenta sedimentación de criterios en torno a la enseñanza de la filosofía tanto a nivel medio como universitario, la cual se encontraba imbuida hasta los tuétanos de las diferentes variantes del idealismo filosófico. Insistirá, entonces, con mayor vehemencia, que lo ideal, lo espiritual, lo cual no es negado, debe ser explicado a partir de la realidad exterior al pensamiento. Hasta ese momento se propagaba en las aulas la creencia opuesta que, aunque reconocía esta realidad exterior del mundo, la hacía derivar de un acto de creación del "espíritu divino". Concluía al respecto, para no dejar lugar a dudas, que estas dos direcciones filosóficas fundamentales, "idealismo" y "materialismo", habían sido históricamente irreconciliables y lo seguían siendo. Agregaba que, aunque esta disputa filosófica no aparecía a simple vista en las diversas investigaciones

⁹⁵ Soler, Ricaurte: *Materialismo e idealismo: Una alternativa. De introducción a la Filosofía*, tercera edición aumentada. Apéndice esquemático-analítico de Humberto Brugiati. Ediciones de la Revista Tareas, Panamá, 1974.

históricas, ésta se mantenía como supuestos a ser descubiertos y dilucidados críticamente.

Este tipo de razonamiento lo lleva a un enjuiciamiento radical del tipo de “lógica” que prevalecía en los estudios históricos, sociológicos y culturales: Reconociendo que “la lógica formal” tendría su derecho a existir y que pareciera como si las leyes de la conciencia cognoscente condicionan y determinan el conocimiento del objeto, destaca, no obstante, que en la misma realidad reina “la contradicción”, “el conflicto”, y ya con esto la “lógica formal” no puede arrogarse la pretensión de ser la única expresión de la realidad. Importará, entonces, en Soler, no tanto la validez formal de un conocimiento, sino la falsedad o verdad de conocimientos concretos, lo cual supone y exige otro criterio de validación, que no puede ser otro que la actividad práctica de los hombres concretos, actuando en la historia y haciendo la historia, de lo cual dependerá el grado de corrección o exactitud de los conceptos, teorías o sistemas. La verdad no será, entonces, algo perenne, sino constituirá un desarrollo, una “verdad histórica”.

Con estas verdades del materialismo dialéctico e histórico a mano, finalmente tomará partido a favor de un marxismo humanista y creador que, transformado en “guía para la teoría y la acción” contribuya a despejar y orientar la lucha nacional y social en “Nuestra América”.

El marxismo soleriano y el problema nacional hispanoamericano

Analistas de su pensamiento lo describen como un auténtico filósofo, en tanto que concebía la reflexión filosófica como una empresa crítica de desalienación y profundamente vinculada con la dilucidación de los problemas concretos de la realidad panameña e hispanoamericana. Ya lo confirmaba en 1975, en ocasión de una entrevista que le hiciera Dimas Lidio Pitti: “la especulación filosófica no puede apartarse de los problemas de

la realidad americana”⁹⁶.

Soler fue filósofo de principio a fin. Entendía que debía usar ciertos parámetros teóricos fundamentales y su formación marxista amplia y crítica lo llevó a estructurar una cosmovisión materialista dialéctica libre de ortodoxias y dogmatismos. Por otra parte, ya él se había percatado de que el mismo marxismo adolecía de criterios orientadores en torno al problema nacional en la época de emergencia del capitalismo imperialista. No por casualidad escudriñaba y volvía a hurgar en la obra de Vladimir Lenin: “El Imperialismo fase superior del capitalismo”, la cual recomendaba grandemente a amigos y estudiantes. Completaba esta formación la lectura, no sólo de los clásicos del marxismo y de toda la filosofía universal, sino, sobre todo, del pensamiento hispanoamericano autóctono, el cual siempre buscó, consultó y reinterpreto.

Llegado el momento, se percató de que inclusive este esfuerzo era limitado, en tanto que debía tomar en cuenta la historiografía más vasta del continente entero: Por ello afirmaba “el esfuerzo por registrar la originalidad y las especificaciones de la historia de las ideas en América constituía una tarea insuficiente en la medida que esas ideas no eran lo suficientemente integradas dentro del proceso total del desarrollo histórico latinoamericano”⁹⁷.

Este detalle nos parece de sobremanera importante en tanto que Soler descubre que su indagación de las raíces de lo nacional en nuestro país durante el siglo XIX lo va conduciendo al examen de otras especificidades en Latinoamérica. De allí que hienda también su escalpelo heurístico y hermenéutico en los hechos relevantes de la revolución mexicana, en el proyecto de Unión Centroamericana, en el bolivarianismo venezolano, en el sandinismo nicaragüense y en otros experimentos socio-

⁹⁶ Entrevista aparecida en El Día de México, el 10 de agosto de 1975, la cual fue retomada por la revista *Tareas* N°33.

⁹⁷ En entrevista ya mencionada.

históricos que arrojaban reveladoras luces sobre la dialéctica de la construcción del Estado Nacional hispanoamericano. La Revolución cubana constituirá para él uno de los marcos referenciales más importantes.

La tesis principal que orienta todo su faena reflexiva se sintetiza en la certidumbre de que en “Nuestra América” la erección del Estado Nacional ha constituido un proceso “sui géneris” no siempre lineal y que se aparta drásticamente del modelo europeo, que explicaba las cosas en términos de burguesías, capitalismo y formación del Estado Nacional. Repetirá, entonces, una y otra vez que en Hispanoamérica el Estado Nacional es burgués en su forma pero nacional por su contenido.

En otras palabras, constataba que en el caso latinoamericano, el Estado Nacional no ha sido producto, consecuencia, sino comienzo, origen, posibilidad real de homogenización de la sociedad, desde arriba, donde, en ausencia de burguesías industriales progresistas, el vacío de liderazgo es llenado por la aparición de nuevos actores sociales, las clases sociales emergentes, las pequeñas burguesías comerciales, las capas medias, los indígenas, los campesinos, etc., las cuales asumen conciencia nacional en el seno de la lucha por el control del Estado para así propiciar la reforma social y satisfacer las demandas concretas de las masas populares. En fin, en Soler, la conciencia nacional es construida a partir de la conciencia social.

Esta aproximación teórica se fundamentaba también en otra certidumbre: la necesidad del examen de los fenómenos concretos, en toda su especificidad, a partir de las clases sociales y sus luchas y contradicciones. De toda la rica producción de textos y libros que Soler nos legara sobre estos temas, dos de ellos recogen magníficamente la maduración de esta percepción, de manera exhaustiva y documentada: estos son *Formas ideológicas de la Nación panameña* (1963) e *Idea y cuestión nacional hispanoamericana. De la independencia*

a la emergencia del imperialismo (1980). Este último influyó poderosamente en el trabajo de graduación que realizamos en torno al complejo proceso de erección del Estado Nacional Hispanoamericano a partir de la experiencia bolivariana⁹⁸.

Una síntesis de las principales características de los estudios solerianos efectuados desde la perspectiva del materialismo dialéctico e histórico nos conduce a los siguientes elementos:

- Esfuerzo sistemático de repensar el marxismo a partir de las especificidades de la realidad hispanoamericana y panameña y no europea o norteamericana.

- Visión de la historia como una ciencia holística y estructural.

- Nominalismo social: la realidad del "Estado" no está alejada de los conflictos de clase. Existencia de una dialéctica entre Nación-Individuo e Individuo-Nación.

- Investigación exhaustiva de los hechos sociales, políticos, económicos, culturales, etc., concretos con la intención de arribar a premisas teóricas claras y comprensibles.

- Optimismo epistemológico y gnoseológico frente a la posibilidad real de concretar el proyecto de Idea y cuestión nacional hispanoamericana. En esto es profundamente bolivariano y martiano, antes que marxista.

- La teorización y acción sobre lo nacional y lo social es concebida como un "acto deliberado", "intencional", donde la voluntad política individual y colectiva ayuda, da un empujón a la maduración de las condiciones objetivas y subjetivas del cambio.

- Concepción del Estado Nacional como instancia o ente homogeneizador de la sociedad. Se manifiesta en el caso

⁹⁸ En el abordaje teórico del tema "las clases y sus luchas", encontramos definitivamente la columna vertebral del pensar sociológico soleriano: Destacan, a nivel de la región: Clase y Nación en Hispanoamérica (Ediciones de la Revista Tareas, 1975) y a nivel de Panamá: Las clases sociales en Panamá (CELA, 1994). El título de nuestro trabajo de graduación fue: "Bolívar y su concepción del Estado Nacional Hispanoamericano".

hispanoamericano en la posibilidad real de que una instancia supraestructural, aunque vacía de contenido y fortaleza socio-económica, pueda coadyuvar al empeño estatal-nacional y jugar un rol reivindicador de lo social, sin que las condiciones infraestructurales estén maduras para ello.

- Creación de nuevas categorías en el análisis de los fenómenos políticos y sociales, como por ejemplo el “bolivarismo” o el “torrijismo” de nuestra época. Manejo del concepto de “bonapartismo”, como instancia estatal arbitral del conflicto “Nación”, “Estado”, “clases sociales”.

- Convicción de que sólo a nivel de las luchas por la erección del “Estado Nacional” se puede construir una resistencia efectiva a los poderes imperiales del Norte Capitalista.

- Empeño dirigido hacia el usar las herramientas teóricas de un marxismo-leninismo renovado para la construcción de una teoría de la nacionalidad panameña o una “teoría de la patria”.

Maduración de una teoría de la patria

Formas ideológicas de la Nación panameña constituyó realmente la obra que recoge la maduración de una primera fase de evolución del pensamiento soleriano. Todos los estudiosos de la obra de Soler coinciden en esto e inclusive señalan que estas ideas comenzaron su gestación a partir de su primer trabajo Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad en el siglo XIX, trabajo de graduación de 1954 que fuera prologado por Rodrigo Miró. Miró fue su segundo asesor de tesis, luego que el profesor Carlos Manuel Gasteazoro marchara a España en 1953 a realizar una investigación en los Archivos de Indias de Sevilla⁹⁹.

Desde *Pensamiento panameño... hasta Formas ideológicas...* Ricaurte mostró una inquietud intelectual singular. Lo vemos también, en el mismo año 1954, haciendo

⁹⁹ Ver el interesante trabajo del profesor Rodrigo Miró: “Ricaurte Soler, Historiador de las Ideas”, *Tareas* N°89, pp. 91-94.

comentarios bibliográficos al ensayo de Don Diógenes de la Rosa: Don Guillermo (Andreve) y Don Justo (Arosemena), dos hombres ante una misma preocupación y prologando la obra del historiador Alfredo Castillero Calvo: Las luchas sociales en el Istmo. La temática de la "cuestión" nacional latinoamericana también es abordada en esta década de trabajo fecundo, que es denominada por algunos estudiosos de las ideas en Soler como "los años de su juventud". Así tenemos: El positivismo argentino (1959) y Estudio sobre historia de las ideas en América (1961).

De Pensamiento panameño... destaca un pasaje de crítica germinal al rol de los estudios universitarios, el cual constata la importancia que ya Soler le otorgaba a la indagación sobre la cuestión nacional, como la llamaba: "Nuestra más alta casa de estudios es fundamentalmente panameña e hispanoamericana: como tal, está llamada a integrar los elementos de nuestra débil estructura nacional, y a investigar los fundamentos de la no menos débil fraternidad hispanoamericana; en una palabra, a incrementar el sentimiento nacional como pedía Eusebio A. Morales, y a robustecer el sentido hispanoamericanista como pedía Bolívar"¹⁰⁰.

A partir de estas tempranas ideas, el maestro irá construyendo una interpretación de la realidad panameña fuertemente fundada en una concepción del "ser" y del "deber ser" de lo nacional panameño con miras a la formulación de una "teoría de la patria" o una "teoría de la nacionalidad" que realmente explicara los fenómenos políticos, sociales, económicos, culturales; precisara las principales tendencias, y, sobre todo, trazara el camino a seguir. Hasta este momento no se había producido un tipo de especulación que integrara los muchos y variados trabajos que sobre la temática nacional y el

¹⁰⁰ Así se expresaba durante su discurso de graduación en la Universidad de Panamá, el 27 de julio de 1954. Tomado de Miguel Candanedo: "Soler, Nación y Tareas", en *Tareas* N°100, septiembre-diciembre de 1998, p. 12.

“ser del panameño” ya se conocían. Estos esfuerzos anteriores fueron realmente importantes y significativos, pero la mayoría de ellos fueron elaborados desde la perspectiva del “idealismo filosófico”. No obstante, todos ellos, por supuesto, dejaron profunda huella en su percepción crítica¹⁰¹.

Soler conoció de importantes y valiosas contribuciones al pensamiento político panameño. De éstas podemos mencionar: los trabajos de Justo Arosemena: *El Estado Federal de Panamá*, *Teoría de la nacionalidad* y *Estudio sobre una idea para una liga americana*; de José Dolores Moscote: *Vocación filosófica del Dr. Justo Arosemena*; de Octavio Méndez Pereira: *Justo Arosemena y Panamá: País y Nación de tránsito*; de Eusebio A. Morales: *Meditaciones sobre la fragilidad del sentimiento patrio de los panameños*; y, por supuesto, los significativos aportes de Diógenes de la Rosa: Eusebio A. Morales, *conciencia crítica de la República* y *Tres de Noviembre*, así como los del poeta Rodrigo Miró: *Teoría de la Patria* (1947). A este respecto también es importante consignar el influjo poderoso de las ideas de tres destacados intelectuales universitarios que produjeron una rica intelección sobre el “ser y naturaleza de lo panameño” como lo fueron Moisés Chong, *El pensamiento panameño*, su trabajo de graduación, Diego Domínguez Caballero e Isaías García Aponte, con su *Naturaleza y forma de lo panameño*.

A manera de conclusión

Realmente compendiar y examinar toda la obra del maestro

¹⁰¹ Según el Dr. Miguel Ángel Candanedo, en “Soler, Nación y Tareas”, la dirección filosófica idealista y la metodología fenomenológica que el Dr. Diego Domínguez Caballero le imprimiera a los estudios sobre “el ser de lo panameño” en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Panamá, indujo a Soler a realizar una traducción de este empeño al lenguaje del materialismo histórico. Para este momento, en la misma perspectiva idealista, prevalecía también la visión de otro profesor de filosofía de renombre, Isaías García Aponte, quien destacaba por su trabajo: “Naturaleza y formas de lo panameño”. Ver revista *Tareas* N°100, septiembre–diciembre de 1998, pp. 9-25.

Soler en un trabajo como este resulta casi imposible sin que esto no nos lleve una cantidad de páginas mayor. Nos falta todavía hablar de sus últimas obras importantes como lo fue, por ejemplo, La invasión de Estados Unidos a Panamá y El Imperialismo en la posguerra fría. En esta última, Ricaurte continúa fiel a su espíritu crítico investigativo y a su compromiso de filosofar e historiar la realidad concreta cerca de nosotros como latinoamericanos y como panameños.

Desde Formas ideológicas de la Nación panameña (1971, pero sedimentada desde 1963) hasta La invasión de Estados Unidos a Panamá (1994) podemos observar la maduración de un pensamiento crítico fuertemente comprometido con el dilucidamiento del problema de la racionalidad del proyecto estatal-nacional hispanoamericano y, sobre todo, del Estado Nacional panameño. El eje temático central de estos trabajos continúa siendo el examen del fenómeno nacional, de la construcción del Estado Nacional para resistir al imperialismo norteamericano. Por supuesto, ante el dilema "Realidad o artificialidad histórica de la Nación panameña", él se inclinará por lo primero, sustentando de manera prolija y documentada que el "proceso de liberación nacional panameño" se ha ganado su derecho a existir. No somos un invento de ningún poder exógeno, aunque nuestra clase política así lo haya pretendido o lo siga pretendiendo. Y esta es la razón fundamental por la cual invadieron a Panamá, los Noriegas o los militares sólo han brindado las excusas perfectas para ello. Todavía hoy no aprendemos de estas duras lecciones que nos ofrece nuestra historia reciente. Todavía hoy seguimos creyendo en los "cantos de sirena" del imperio y sus tentáculos financieros, militares y culturales.

Además de estos trabajos individuales, que significaron un tremendo aporte a la construcción de un pensamiento político panameño fecundo y autóctono, quizá la mayor contribución del esfuerzo soleriano estuvo en la fundación de la revista Tareas, de la cual fue su primer director, promotor y

guía espiritual. Arístides Martínez Ortega, precisamente, nos cuenta en su artículo “Ricaurte Soler y Tareas” las vicisitudes enfrentadas durante la década de 1950 para la materialización de tan anhelado proyecto. Nos habla, por ejemplo, de cómo Soler concebía la revista y del primer nombre ensayado para ella “Quasimodo”, intentando recordar y continuar aquella revista que dirigió el Dr. José Dolores Moscote. El nombre Tareas quedó acordado posteriormente en una reunión donde participaron Franz García de Paredes y César Young Núñez, quienes agregan una “s” a la propuesta original de “Tarea”.

Desde el principio hasta nuestros días, Tareas ha continuado fiel a sus objetivos fundacionales:

- Elaborar un pensamiento que dilucide e incida sobre lo concreto.
- Ver el pensamiento en su función social.
- Señalar las responsabilidades que se asumen cuando se es intelectual en Panamá, en Hispanoamérica y en el mundo.
- Servir de tribuna para la discusión de los problemas nacionales y regionales.
- Erigir un centro de documentación e información sobre el pensamiento científico-social latinoamericano.
- Dilucidar la realidad panameña y latinoamericana en sus especificidades mediante un abordaje epistemológico diferenciado.
- Originar y sistematizar estudios que permitan estructurar una concepción de la nacionalidad, sin menoscabo de acoger trabajos no compatibles con la orientación general.
- Sentar las bases para la fundamentación de políticas coherentes en lo económico, cultural, social, etc...
- Mantener viva la lucha por el perfeccionamiento de nuestra independencia.

Ahora nos toca proseguir las luchas y el ejemplo del maestro porque, como una vez dijera Martí: “De pensamiento es la lucha mayor que se nos hace, enfrentémosla a pensamiento”.

CUASIMODO: SU ÚLTIMO ALIENTO. MIGUEL MONTIEL GUEVARA

En los primeros años del siglo XX vio la luz la revista panameño-argentina Cuasimodo. “Atalaya espiritual” llamó Luis Arasquistáin a Cuasimodo en 1919. Ricaurte Soler quiso emularla dando vida a su Revista TAREAS. Su último trabajo es precisamente un ensayo sobre esa revista, el cual tituló *Panamá: 1919-1920. Alba de la Utopía*. Lleno de entusiasmo me entregó el manuscrito que todavía conservo para conocer mi opinión y sentí que la calidad del mismo evidenciaba un renacer de su ánimo decaído por los tristes hechos de la ausencia de Chuchú y la debacle del socialismo en Europa del Este junto con el colapso del gobierno sandinista. La muerte lo sorprendió antes que pudiera publicarlo.

Entonces decidí hacerlo yo y entregué el manuscrito al colega Simeón González porque no tenía condiciones anímicas para llevar a cabo la tarea. Simeón lo revisó y se publicó póstumamente en el # 94 de la revista TAREAS, con el título de *CUASIMODO: ALBA DE LA UTOPIA* que sugerí. En su Introducción dice:

[...] El socialismo real es la primera experiencia en la historia de la humanidad en que el hombre asume, con los alcances de su conciencia, la responsabilidad de estructurar la sociedad al margen de los parámetros inexorables creados por la propia actividad de producción y de reproducción de su vida material [...]

Mientras más profundizaba Soler su investigación sobre Cuasimodo más vivo se sentía, porque ese trabajo era una oportunidad para replantear la utopía socialista, su optimismo futurista, expresado con el mismo sentimiento con que se veía a sí mismo Émile Zola, como patrocinador de los explotados, “con una mano en el presente pesimista y una mirada en un futuro esperanzador”, y paralelamente con ello Cuasimodo le daba también la oportunidad de manifestar su desprecio por quienes traicionaron la Patria entregándose a los invasores del horrendo genocidio del 20 de diciembre de 1989:

Pertenece a la conjetura pensar que así como la Revolución Inglesa y la Revolución Francesa tuvieron

sus propias Restauraciones, con sus respectivos inicios y clausuras, también algunas de las revoluciones del “socialismo real” experimentarán Restauraciones que no torcerán el rumbo de un proceso a la vez continuo y discontinuo. Y quizás al fantasma de un Bush ya desaparecido se le congelará la risa al recordar que en la base militar de Maxwell exclamaba exultante a mediados de abril de 1991: ¡Nunca como ahora el mundo quiere seguir el ejemplo de los Estados Unidos! El mundo tiene una religión: Estados Unidos de América. Cierto es que algunos “panameños” han dado pruebas de ser feligreses de esa religión mefistofélica. Pero cipayos los hay en todas partes.

Es la voz que nunca muere, la esperanza viva del anhelo socialista, la ilusión de vuelta de la isla de Utopía, “la mayor de todas las fantasías sociales”, como Norman Mackenzie en su obra *Breve Historia del Socialismo* llama a la propuesta plasmada por Tomás Moro en su célebre obra, la cual si bien no concretó en una realidad, legó a la humanidad el sueño dorado contenido en sus páginas y la radical sentencia de que:

Todas las desgracias de la gente... provienen de la propiedad privada; mientras ésta se mantenga, la gente que trabaja llevará a costas el amargo fardo del infortunio.

Ricaurte Soler es la voz de la utopía. Una voz revolucionaria, llena de fervor y amor latinoamericanista. No importa que él mismo se duela y así lo exprese en su ensayo que lo llamen con saña “*ser los incorregibles profetas del pasado*”.

Junto a su repudio contra quienes aplaudieron la invasión estadounidense a Panamá y en medio de sinsabores, Soler nunca dejó de ser el maestro que siempre fue:

...Creemos académicamente productivo acometer las tareas de analizar Cuasimodo, en sus antecedentes liberal radicales de Colombia y Ecuador, sus propuestas socialistas; las primeras palpitaciones del “mito” en Panamá y Nuestra América. La historia es análisis del ayer para apropiarnos del mañana.

Mañana es hoy. Hoy de globalización, que lo golpeó con la fuerza de un ladrillo contra una copa de cristal de Venecia. El proyecto de Cuasimodo sirvió como resina para unir los pedazos rotos de su alma y lo puso de pie nuevamente. La utopía que animó las páginas de Cuasimodo a principios del siglo pasado nos trae como un legado de fin y principio de siglo/milenio este ensayo de Ricaurte Soler para animar los sueños de un mundo sin injusticia social, sin explotación del hombre por el hombre, sin pobreza extrema ni no extrema. Así lo patentiza al final de la Nota Previa de su trabajo:

De lo que significó Cuasimodo para el idearlo socialista y su “utopía” la conciencia historiográfica pareciera ser mucho menor. Es la razón de ser de este ensayo.

Rescata así para el conocimiento historiográfico el legado de Cuasimodo con su ensayo sobre la olvidada revista panameña argentina. Hay claros ejemplos de la inserción de Cuasimodo en la temática social y política de su época, siempre con su brújula orientada hacia los vientos que soplaban por los lados del liberalismo radical y del socialismo. Consignaré algunos ejemplos, sacados a flote por Soler en su prolija investigación:

1. Publicación en 1920 en Cuasimodo de un texto de Rubén Darío con el sugestivo título de “El alba roja”.
2. Cuasimodo dio vida en sus páginas al proceso ideológico por el cual las aspiraciones de obreros y campesinos en Colombia y Panamá emergen a través del liberalismo radical y el llamado “socialismo poético”, hasta abrazar planteamientos revolucionarios.
3. El equipo de Cuasimodo estuvo formado por hombres de claros ideales socialistas, como fueron: José María Blásquez de Pedro, anarquista español, colaborador de la revista. Nemesio Canales, periodista, crítico

literario, ideólogo y político puertorriqueño, director y principal gestor de Cuasimodo. José Dolores Moscote, educador panameño, ferviente defensor de la “democratización de las escuelas” y de la “socialización de la enseñanza”, administrador de Cuasimodo. Julio R. Barcos, argentino, redactor de Cuasimodo, vehemente propulsor de “universidades populares”, fundó una en Argentina y otra en Puerto Rico. Federico Calvo, costarricense, colaborador de Cuasimodo, expulsado temporalmente de Panamá, a su retorno se dedicó al periodismo. El propio José Dolores Moscote lo llamó “profesor impío, materialista y ateo, irrespetuoso de las creencias de sus alumnos, perturbador de los padres de éstos y del orden social”.

4 Desde su primer número Cuasimodo asume la defensa de la revolución rusa.

5. Cuasimodo denuncia intrigas de la diplomacia de la nueva Santa Alianza contra el régimen bolchevique en Hungría.

6. Con la consigna de “el ademán torvo y el puño cerrado”, Cuasimodo radicalizará sus páginas en defensa de la revolución rusa y la socialización de los medios de producción y cambio.

7. Cuasimodo recrudece la polémica contra el reformismo socialista.

8. Cuasimodo escoge una “utopía”: la revolución social.

Estos datos sobre la Revista Cuasimodo, sin duda alguna enriquecen la bibliografía historiográfica panameña al igual que latinoamericana. En otra parte de su estudio nos

expresa tres propósitos que constituyen realmente tres tareas para la investigación historiográfica nacional. Estos son:

1. Examinar la pertinencia de las propuestas de Cuasimodo por lo que respecta a la clase obrera panameña.
2. Hacer un bosquejo de la clase obrera panameña antes de la aparición de la Revista Cuasimodo.
3. Recabar información y elaborar conclusiones sobre la clase obrera de entonces.

Tareas que el propio Soler hubiese acometido sin lugar a dudas. Tareas que han quedado a quienes la asuman como la mejor manera de honrar su memoria. Sea.

EL 11 DE OCTUBRE, “PANAMÁ: NACIÓN Y OLIGARQUÍA”. ENOCH ADAMES M.

Página de FLACSO en La Estrella de Panamá (25-10-2015).

En diciembre de 1975, en el marco del II Congreso Nacional de Sociología, Ricaurte Soler presentó lo que él llamó la versión con ‘mayor extensión y autonomía’ del artículo, ‘Panamá: Nación y Oligarquía. 1925-1975’. Su primera publicación sería en la revista Tareas N° 34. Estamos entonces, a 40 años de un artículo que marcaría por sus claves metodológicas, diferencias sustantivas en cómo debe entenderse científicamente, nuestro proceso de construcción Estatal-nacional.

El 11 de octubre de 1968 explicado por Soler en su contexto histórico no puede ser entendido, a su vez, al margen de un proceso de largo plazo. Este proceso de largo aliento tiene como momento constitutivo 1904, con la instalación y posterior consolidación del enclave militar comercial extranjero en nuestro territorio, denominado ‘zona del canal’. Hacia adelante de 1904 están esas tres grandes inflexiones de naturaleza estatal-nacional encarnadas en las presidencias de Belisario Porras y la primera de Arnulfo Arias. El torrijismo (1972-1977) es según Soler, el tercer elemento que forma parte de ese desarrollo.

Ingenuidad y tradición

Sin embargo, algunos reportajes periodísticos que se publicaron hace dos semanas, a raíz del aniversario del golpe de estado del 11 de octubre, señalaron la existencia de ciertas complicaciones para aproximarse a su análisis historiográfico. Debemos recordar que no es fácil sobrepasar los límites de la predilección ideológica que la sociedad panameña tiene por las biografías y los acontecimientos inmediatos. Como manifiesta Fernand Braudel, ese gran historiador francés: ‘también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración’.

Braudel, tomando distancia con el historiador

tradicional, decía que lo es, porque otorga su atención al tiempo de las biografías y acontecimientos, que es el tiempo breve. Adelantaba que las sociedades y sus componentes tanto económicos como políticos viven un ritmo menos apresurado y que en la base de los acontecimientos e historias individuales, se mueve una historia de naturaleza estructural que sedimenta procesos en períodos más largos. Esto es lo que Soler pone de manifiesto en su 'Panamá: Nación y Oligarquía. 1925-1975', al develar la naturaleza dependiente de la formación social panameña y cómo esta situación, condicionó históricamente las diversas formas y modalidades de lucha en que se planteó políticamente la cuestión estatal-nacional.

En una sociedad como la nuestra, cuya cultura histórica está asimilada fuertemente por el papel que los individuos tienen, en una concepción sobreestimada de los eventos que los involucran, la mirada cotidiana no sobrepasa el tiempo corto. Con ello se olvida que son las situaciones objetivas, especialmente aquellas que se heredan del pasado, las que condicionan las acciones de los individuos, incluso las que hacen historia; y que estas establecen además, los límites sobre las lecciones que ellos puedan extraer en torno a sus experiencias, especialmente de las causas y de las condiciones que las producen.

El 11 de octubre

El golpe de Estado llega de la mano de un complejo de contradicciones, en donde se combinan diferentes 'cuestiones' tanto 'estructurales' como 'episódicas'. Entre las estructurales está el carácter dependiente de la formación social panameña y en ella la no resuelta cuestión nacional; y entre las episódicas, las profundas contradicciones inter e intra clase en que se debate la cuestión política del poder. Este escenario lo cubren tanto los conflictos de dominación política entre el Estado oligárquico y la sociedad; como también, las luchas entre distintas fracciones de la oligarquía y que tendrán su culminación con la crisis

intra-oligárquica de 1967-1968. A estas alturas el modelo de dominación oligárquica, concentrador y excluyente estaba agotado.

Aquí el planteamiento de Pierre Vilar, otro historiador francés, es certero: el estudio histórico de los acontecimientos sólo puede hacerse en relación con la dinámica de las estructuras: la no resuelta cuestión estatal-nacional, sobrepasaba la capacidad del modelo de dominación política oligárquica para garantizar la continuidad de la sociedad panameña.

Sin embargo, así como el golpe de Estado no puede ser entendido sin la crisis del modelo de dominación oligárquico; estos dos solo adquieren sentido a partir de la ‘conmoción estructural’ que produce el 9 de enero de 1964.

Él es una parteaguas que se instala en esos ‘encuadramientos mentales’ de los que habla Braudel, y además actúa como ‘bisagra’ histórica: el 9 de enero de 1964 no puede ser entendido sin el 1904; y hacia adelante, nada puede ser comprendido sin él. En ese sentido, este suceso como acontecimiento portentoso—como afirmación soberana total—, tiene la particular característica de estremecer a la sociedad en todo lo que queda de la década de los sesenta, potenciando la crisis político-institucional de 1968 en una crisis social integral.

Clases y categorías

En el acápite sexto, Soler introduce dos términos con los que va a caracterizar el proceso que se inaugura con el 11 de octubre. ‘Bonapartismo y nacionalismo revolucionario’. El concepto de ‘bonapartismo’ viene del análisis que Marx hizo del golpe de estado del 2 de diciembre de 1851, que da el— hasta ese momento — Presidente de la República Francesa, Luis Bonaparte. En el análisis de las luchas de clases de ese período, Marx designará como ‘bonapartismo’, el ejercicio de un poder personal, legitimado socialmente por la primacía de una casta burocrática-militar, orientada en la voluntad y en la

capacidad de preservar al Estado por encima de los conflictos entre clases.

Lo que es fundamental aquí, en lo que aporta al análisis la categoría política bonapartismo, es el carácter relativamente autónomo que asume el poder estatal en Panamá, frente al conflicto intra-oligárquico y la incapacidad política de la clase dominante de garantizar su predominio con orden. La inviabilidad de una forma agotada de dominación política, desbordada por sus conflictos internos y por las cada vez más crecientes demandas de los sectores populares, es lo que crea las condiciones del golpe. Que existen reconocidas acciones individuales acompañadas de micro historias, sí; pero en el marco de acciones y de decisiones, no por ellos elegidas, ‘sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado’. ¡Cuánta falta haces Maestro!

SOLER: CLAVES PARA UNA FILOSOFÍA PRÁCTICA PANAMEÑA. PEDRO PINEDA GONZÁLEZ.

CUADERNOS NACIONALES

En América, el concepto pensamiento ha sido suscrito para señalar y nombrar situaciones ligadas a toda manifestación y percepción, que desde nuestra cosmovisión o “Weltanschauung” se ha dado, determinada por las ideologías.

En la perspectiva panameña, especialmente, en la visión de Ricaurte Soler este concepto adquiere un cariz distinto; lo que permite, al maestro, la posibilidad de proyectar una forma de hacer teoría e historia de las ideas en Panamá y América con un nivel de peculiaridad y originalidad que hoy, en las propuestas de la filosofía práctica panameña, vale la pena recuperar.

Es así, como Ricaurte Soler en sus inicios, concibe en su tesis de grado, denominada *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad en el XIX*, un concepto de “pensamiento” con un sesgo voluntarista e historicista. Esto es así, puesto que la moda de América y Panamá tenía como norte el que se reconociera su esencialidad, más que sus logros teóricos. Estos, son los casos de los trabajos que en México tienen como pionero a Fidel Ramos y en Panamá a Diego Domínguez Caballero con el problema de la mexicanidad y la panameñidad, respectivamente.

Sin embargo, en 1959 Ricaurte Soler propone un concepto “pensamiento” ligado especialmente al Positivismo Argentino y a un historicismo, esencialmente, sociológico intrincado en las raíces históricas e identidades nacionales; procurando, desligarse de cualquier atisbo o tara relativista, al precisar como el concepto antes aludido, señala manifestaciones y apreciaciones con originalidad de la realidad estudiada. Soler, los suscribe de la siguiente manera:” que el pensamiento es una especie relativamente autónoma del conocimiento; lo que no se puede pasar por alto, cuando se trata de estudiar los materiales ideológicos desde una perspectiva sociológica

y filosófica. Esta asección se hace patente cuando se estudia la historia del pensamiento de Nuestra América en general, y la historia del pensamiento argentino en particular, así como también el panameño”. (El Positivismo Argentino, El Subrayado es Nuestro).

Esta percepción soleriana, resulta pertinente en nuestra propuesta de una filosofía práctica; que aún, cuando debe ser universalista en concepciones y logros, puede recrear ámbitos teóricos de nuestra particularidad para, posteriormente, universalizar.

Desde esta perspectiva la filosofía del derecho, la filosofía de la educación; así como la filosofía política y otras propuestas, tienen mucho que ofrecernos.

Proponemos, entonces, una clasificación de las vertientes fundamentales de la filosofía práctica panameña.

1. El ius Naturalismo moderno-colonial (Filosofía del Derecho Natural); cuyo centro de interés lo construye el problema de los derechos del indígena y del negro en América. Expresiones teóricas – conceptuales de esta corriente la tenemos en Manuel Joseph de Ayala “el más distinguido jurista indiano” y otros.
2. Filosofía del Derecho Constitucional que organiza el Estado panameño en el siglo XIX (el denominado Panamá Colombiano), a través de un modelo liberal vs conservador y que en el siglo XX, con otras variantes, seguirán el ejemplo de Justo Arosemena, José D. Moscote, Cesar Quintero, Materno Vásquez; entre otros.
3. Filosofía Moral representada por Justo Arosemena, quien sienta las bases de vertientes éticas adscritas al pragmatismo, instrumentalismo y utilitarismo.
4. Filosofía política herencia de la influencia inglesa y francesa como Jhon Locke, Juan Jacobo Rousseau, Montesquieu, Jeremías Benthan y Stuart Mill; éste último, quien con su ensayo sobre la Libertad;

constituye la versión más positiva de organización del Estado nacional democrático y en Panamá resultan seguidores como; J. D. Moscote, Ricardo J. Alfaro, Carlos Bolívar Pedrechi; entre otros.

5. Filosofía de la Educación representada por Manuel José Hurtado, Duncan, José Daniel Crespo, Guillermo Andreve, José Dolores Moscote, Octavio Méndez Pereira y otros.
6. Filosofía de la cultura representada por Guillermo Andreve, Ricardo Miró, Darío Herrera, Rafael Moscote, Moises Chong, Reyna Torres de Araúz, Jiovana Benedetti, Rodrigo Miró y los hermanos Nils Castro y Guillermo Castro.
7. Filosofía del Folklore, representada por Narciso Garay, Ricardo Fábrega, los esposos Zárate, Julio Arosemena y en el ámbito de lo autóctono a Franco Poveda con su misa típica y Antonio de la Cruz Rudas con su énfasis en la mejoranera, como nuestro instrumento.
8. La filosofía Marxista, representada por Domingo H. Turner, Diógenes de la Rosa, Humberto Ricord, Nestor Porcell, César de León y en el momento actual Olmedo Beluche en su vertiente trosquista y Miguel Angel Candanedo en su proyección nacionalista.

A parte de todo lo anterior, ¿qué es lo inconcluso?, aún sugerimos una lectura renovadora de las propuestas de la filosofía práctica del porrismo, arnulfismo y torrijismo; en relación con estas tres vertientes se implican conceptos, teorías y prácticas que, en la perspectiva soleriana, configuran la naturaleza del pensamiento filosófico y político panameño.

PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO EN RICAURTE SOLER. ALFREDO FIGUEROA NAVARRO

Educado en las disciplinas filosóficas e históricas, en la Universidad de Panamá, a nivel de licenciatura, el maestro Ricaurte Soler, 1932-1994, no fue extraño a las preocupaciones sociológicas desde su primer libro lanzado en 1954 hasta su final obra de 1991 en torno a la invasión de Estados Unidos a Panamá.

Por ello, advertíamos, desde 1971, en Ricaurte Soler, al ‘sociólogo’ que tanto necesitaba la historia panameña. Las inquietudes sociológicas, en Ricaurte Soler, son susceptibles de rastrearse, fácilmente, en su Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad, 1954, su tesis de licenciatura en Filosofía e Historia, sustentada en la Casa de Méndez Pereira, cuando se interroga sobre la cuestión nacional a lo largo del siglo diecinueve patrio. Aun cuando el autor se inscriba en el campo de la historia de las ideas, es innegable el talante sociológico de sus consideraciones.

Pocos años más tarde, su disertación doctoral en la Universidad de París, acerca del positivismo argentino, 1956, publicada en Panamá hacia 1959, versa sobre el pensamiento filosófico y sociológico en aquel país de la América austral. En este sesudo trabajo, tan leído en Sudamérica y en México donde se reeditara y comentara entusiásticamente, Soler expone las líneas de fuerza del pensamiento filosófico y sociológico de la escuela positivista argentina con lujo de detalles. Sin lugar a dudas, estimamos que este segundo libro de Soler se leyó más fuera de Panamá que en nuestro país inaugurando la nombradía de nuestro pensador más allá de nuestras fronteras y granjeándole una reputación de experto en historia de las ideas en América a escala continental y planetaria.

Luego, en sus *Estudios sobre historia de las ideas en América*, 1961, Soler vuelve a analizar a pensadores iberoamericanos susceptibles de calificarse de presociólogos como el mexicano Mariano Otero o nuestro Justo Arosemena. Fiel a sus inquietudes sobre la nacionalidad, su próximo libro,

Formas ideológicas de la nación panameña, 1963, embona con antiguas preocupaciones suyas sobre el desarrollo y las especificidades del pensamiento istmeño.

A partir de la edición de esa obra y durante los treinta años ulteriores de su vida, los asuntos de la nación y de la nacionalidad palparán en las meditaciones solerianas. Así, por ejemplo, en su [edición de] *Teoría de la nacionalidad*, 1968, en *Panamá en el mundo americano*, 1971, en *Clase y nación en Hispanoamérica*, 1975, en *Panamá, dependencia y liberación*, 1974, en *Panamá, nación y oligarquía*, 1976, en *La nación hispanoamericana*, 1978, en su *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*, 1980, así como en la *Fundación de la nacionalidad panameña*, 1982, y en *El pensamiento político en Panamá*, 1988, encontraremos profundas reflexiones en torno a nuestra urdimbre nacional.

En sus dos últimos libros, *Panamá, historia de una crisis*, 1989, y *La invasión de Estados Unidos a Panamá*, 1991, el cavilar sobre la nación y su destino se tornará más dramático y espectral clausurándose, así, la meditación soleriana sobre un tema sociológico asediado desde su primera juventud.

Por consiguiente, lo sociológico se manifestará en Soler desde sus primeros escritos hasta los postreros trabajos su- 144 yos a través de sus aproximaciones al pensamiento autóctono, a la concepción de la nacionalidad, al razonar de los sociólogos positivistas argentinos, a las ideologías de la nación panameña, a las clases sociales iberoamericanas – nacionales y antinacionales –, a la cuestión nacional latinoamericana, al imperialismo, al pentagonismo, al populismo, al nacionalismo revolucionario, a la crisis panameña de la década del ochenta del siglo veinte, al neocolonialismo, y a la invasión de Estados Unidos a Panamá.

Comoquiera que no se fomenta sistemáticamente, hoy por hoy, el examen de sus aportes en la generalidad del país, a diferencia de lo que acontece en México, Iberoamérica y el universo, conviene releer e inspirarse en su rica obra

interpretativa para comprender los retos que se plantean a la nación panameña en el siglo veintiuno y a la nación hispanoamericana en la hora actual.

Asimismo, se impone destacar la riqueza sociológica del meditar soleriano el cual, fincado en la filosofía, la historia de las ideas y el materialismo histórico, se nutre de lo sociológico para aprehender, por ejemplo, los conceptos de nación, de clase, de imperialismo, de populismo y de ideología. Por tanto, su obra, de cariz filosófico e histórico, exhibe, además, ostensibles relieves sociológicos.

EL ESTADO NACIONAL: UNA CATEGORÍA FUNDAMENTAL EN EL PENSAMIENTO DE RICAURTE SOLER¹⁰². RUBÉN DARÍO RODRÍGUEZ PATIÑO

I. Ricaurte Soler tenía dos opciones llegado el momento de escoger el marco teórico que le serviría de instrumento para el estudio de la cuestión nacional en Panamá y en nuestra América. O bien suscribía mecánicamente alguna de las doctrinas elaboradas previamente, o bien asumía una de las teorías en boga de manera crítica, esto es, adaptándola a las realidades históricas que se proponía examinar.

II. Dos interrogantes básicas organizaron la discusión acerca de la cuestión nacional. Tales son: (1) *las naciones, ¿han existido milenariamente?* Y: (2) *las naciones, ¿corresponden a una etapa determinada de la Historia?*

III. Los exponentes del historicismo romántico y del liberalismo responden que la Nación es un fenómeno colectivo ubicable a través del devenir histórico.

IV. Los partidarios de la escuela marxiana responden que la Nación ha sido dominante solo en un período determinado de la Historia: aquél que coincide con la sociedad capitalista y particularmente con el capitalismo ascensional.

V. Rodolfo Mario Agoglia resume la posición del historicismo romántico y del liberalismo así: “*La Nación es el complejo de las fuerzas espirituales propias de cada pueblo, es un organismo espiritual de base natural que crece y se desarrolla en el tiempo. Arte, lenguaje, literatura, religión, costumbres, son los ingredientes que componen esa unidad orgánica y dinámica que evoluciona lenta e inexorablemente*

¹⁰² Ponencia preparada para el XIII Congreso Nacional de Sociología 2010.

hacia su pleno y total desenvolvimiento.” Esta perspectiva enfatiza en los factores espirituales. Dichos elementos construirían la identidad del grupo humano reputado como una Nación. Y estos colectivos podrían encontrarse en cualquier período histórico.

VI. J. V. Stalin ha definido la Nación desde posturas marxianas como *“una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.”* Esta perspectiva subraya la vida económica común materializada en el mercado nacional capitalista. Se alude, desde luego, a una Formación Económico Social propia de una etapa histórica específica.

VII. Ricaurte Soler no suscribió mecánica y acríticamente las teorías imperantes acerca del fenómeno nacional. El historiador y filósofo panameño sostuvo, en efecto, la imposibilidad de comprender la categoría Nación con las solas determinaciones de comunidad territorial, lengua, cultura y, aun, de las relaciones económicas. Creyó -igualmente- que mucho menos podía entenderse la cuestión nacional a través del concepto que enfatiza en los elementos espirituales, pues, a su entender la cuestión nacional es inseparable de los ascensos del capitalismo. Y agregó, refiriéndose a las sociedades hispanoamericanas del XIX, que en éstas *“los conflictos de carácter interno subordinan [las] incidencias o causalidades de carácter externo.”*

VIII. Soler encuentra en el materialismo histórico, ciertamente, un asidero para hacer inteligible el hecho nacional. No obstante, propone reconstruir la totalidad social solidarizando la estructura y la superestructura. Esto implicaría reconocer que en la

sociedad capitalista corresponde al Estado asegurar los espacios económicos nacionales. Al Estado nacional compete, pues, imponer mediante la violencia legítima que lo caracteriza, una homogeneidad para configurar tanto el mercado nacional como la cultura nacional.

IX. Marcel Mauss, Maxime Rodinson y René Zavaleta Mercado -entre otros autores- coinciden con Ricaurte Soler en cuanto a la amalgama entre Estado y Nación.

X. Mauss escribió en torno a la cuestión nacional en 1920. En su obra *La nation*, publicada en 1956 y considerada una de las más acabadas teorizaciones no marxianas acerca del fenómeno nacional, afirma que la Nación es *“una sociedad material y moralmente integrada con poder estable, permanente, fronteras determinadas, relativa unidad moral, mental y cultural de los habitantes que se adhieren conscientemente al Estado y sus leyes.”* Además de la imbricación entre los elementos espirituales y económicos, la cohesión del grupo humano se completa cuando sus integrantes se adhieren a la institución estatal.

XI. Por su parte, Rodinson dice que la altamente valorada *“unidad económica sólo [puede] llegar después de que [las] naciones se [conviertan] en Estados nacionales.”* Y para Zavaleta Mercado la soberanía, que es un requisito esencial de todo Estado, es indispensable para la existencia de la Nación. *“A tal punto es fundamental la consigna de la autodeterminación (...) que Puerto Rico podría en determinado momento (...) reunir todas las características de la nación según Stalin, ser una comunidad estable, históricamente formada de idioma, territorio y de psicología-cultura y, sin embargo, no ser nación. La soberanía, en efecto, es*

un requisito de la nación y no sólo su adjetivo.”

XII. Cuando abordó el estudio de la independencia de Panamá de Colombia de 1903, Ricaurte Soler rechazó una imagen (*I took Panama* de Teodoro Roosevelt) que fue dominante en Estados Unidos de América y, aun, en Latinoamérica. Para Soler, efectivamente, Panamá no era una “*república inventada*” por el imperialismo yanqui.

XIII. Soler interpreta el movimiento separatista de 1903 como la materialización de un proceso de formación nacional que data de finales del siglo XVIII. Este proceso está matizado por ensayos autonomistas e independentistas a lo largo del XIX, que “*reflejaban una composición y una problemática histórico-social distinta y antagónica a las de la submetrópoli bogotana.*” De manera que el imperialismo penetró merced a las contradicciones entre las oligarquías colombiana y panameña, resultando de ello “*una independencia cuya forma política venía a ocupar un lugar intermedio entre el neocolonialismo impuesto por Estados Unidos a Cuba tras las intervención de 1898-1902, y el coloniaje renovado que la misma potencia impuso a Puerto Rico*” (Guillermo Castro Herrera y Ricaurte Soler).

XIV. Las condiciones objetivas de la independencia de 1903 imprimieron, desde luego, específicos imperativos históricos a la república naciente. Empero, lo trascendente de 1903 fue la eclosión de un aparato estatal que viabilizó el afán latente de *solidarizar la estructura y la superestructura*. Así, una vez constituida la república ha correspondido a sus instituciones la apropiación progresiva de la estatidad (*stateness*), esto es, el complejo de propiedades y atributos que sustentan la “*capacidad de articulación y reproducción de [las] relaciones*

sociales que definen la existencia de un Estado” (Óscar Oszlak).

XV. Desde otra perspectiva, el momento histórico en el que nace la República de Panamá determina la fisonomía y los roles que asumirá la formación del Estado nacional. Por una parte, en 1903 estaban ya delineadas las instituciones públicas mínimas, erigidas éstas en el Panamá colombiano. De otro lado, la república se incorpora plenamente a la órbita del capitalismo norteamericano y, con ello, estrecha lazos con el sistema capitalista mundial. Igual ocurrió con otras naciones (*late-comers*) surgidas a inicios del siglo XX.

XVI. En Panamá, la monumental inversión de capital extranjero a través de la construcción del Canal interoceánico permeará el proceso de formación del Estado nacional. La presencia yanqui en Panamá coadyuva, asimismo, a la resolución de los conflictos inter-oligárquicos, pues, persuade a dicha clase dominante a converger en torno a la explotación productiva de la posición geográfica istmeña. Todo esto subraya *“la capacidad de la oligarquía para promover el desarrollo capitalista-dependiente del conjunto de la economía panameña, conservando al propio tiempo su unidad como bloque de poder apto para negociar con el imperialismo los intereses de la nación”*, tornándose esta circunstancia en la condición interna para *“preservar las formas oligárquico-semicoloniales de la dependencia panameña”* (Castro Herrera y Soler).

XVII. A fin de cuentas, y asumiendo la noción de momento constitutivo propuesta por Zavaleta Mercado para aplicarla a la cuestión estatal-nacional istmeña, bien podrían sugerirse los momentos constitutivos fundamentales de la Nación panameña,

a saber: la separación de Colombia en 1903, el 9 de enero de 1964 y el cumplimiento de los Tratados Torrijos-Carter en 1999. Las circunstancias de Panamá en tales momentos constitutivos y los grupos que han ocupado el centro hegemónico durante los mismos, han definido el proceso de formación del Estado nacional panameño. Durante la década de 1970 fueron los grupos vinculados a Omar Torrijos los que fijaron la ruta para la recuperación de la soberanía nacional. En los años ochenta se desvanece paulatinamente el proyecto torrijista surgido en los setenta y muchos son los factores que contribuyeron a la invasión estadounidense de 1989, que es -desde luego- un claro momento antinacional.

Bibliografía

- Agoglia, R. M. 1986. “La fundamentación jurídica de la sociedad y el estado.” En: Varios Autores: *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia: 57-73.
- Castro Herrera, G. y R. Soler. 1990. “Panamá: del Estado torrijista a la restauración oligárquica.” En: Varios Autores: *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México: Siglo XXI Editores/Universidad de las Naciones Unidas: 481-504.
- Oszlak, O. 1979. “Formación histórica del Estado en América Latina.” En: Varios Autores: *El Estado*. San Salvador: UCA Editores: 238-272.
- Oszlak, O. 2007. “El Estado democrático en América Latina. Hacia el desarrollo de líneas de investigación.” *Nueva Sociedad*, No. 210: 42-63.
- Rodinson, M. 1977. “Sobre la teoría marxista de la nación.” En: Stalin (véase): 123-149.
- Rodríguez Patiño, R. D. 2010. “El concepto de Nación en Ricaurte Soler.” *Tareas*, No. 134: 9-30.
- Soler, R. (1974): “La independencia de Panamá de Colombia.” En: Varios Autores: *Panamá, dependencia y liberación*. San José de Costa Rica: EDUCA: 9-29.
- Soler, R. (1978): *Panamá: Nación y Oligarquía*. Panamá: Ediciones de la Revista Tareas.
- Soler, R. (1980): *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México: Siglo XXI Editores.
- Stalin, J. (1977): *El marxismo y la cuestión nacional*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Zavaleta Mercado, R. 1984. “La cuestión nacional en América Latina.” *Tareas*, No. 59: 3-45.

Debates

RICAURTE SOLER Y LA CUESTIÓN NACIONAL LATINOAMERICANA. OLMEDO BELUCHE

Tres hechos me han llevado a revisar estas líneas, que no son nuevas sino que pertenecen al libro *Estado, nación y clases sociales en Panamá* (1999), en primer lugar, la conmemoración del Bicentenario de la Independencia hispanoamericana, que obliga a repensar en esa tarea inconclusa; en segundo lugar, la celebración de los 50 años de la Revista Tareas, fundada por Ricaurte Soler, que ha sido tribuna y cerebro de la lucha por la liberación nacional en Panamá; en tercer lugar, un par de largas y fructíferas conversaciones con el maestro Guillermo Almeyra que, además, tuvo la gentileza de obsequiarme el libro de Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*.

En Panamá, ha sido Ricaurte Soler quien ha estudiado profundamente este tema¹⁰³. Sin bien nuestra investigación realizará un sondeo sobre el conjunto de títulos citados, es en *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*¹⁰⁴ el libro en que, de manera magistral, Soler sintetiza sus años de estudio sobre el tema. Es a partir de este trabajo que deseamos empezar nuestra reflexión crítica, en la que encontramos acuerdos y desacuerdos con la interpretación de Ricaurte Soler.

Abordar críticamente el trabajo de un autor de la talla de Ricaurte Soler no implica para nada un demérito, ni una “ofensa”. Nada más alejado de la ciencia, no olvidemos que la historia pretende serlo, ni del propio carácter de Ricaurte Soler, el cual fundamentaba sus profundas investigaciones en polémicas políticas estrechamente relacionadas con los más trascendentes problemas de la coyuntura nacional o latinoamericana del momento. Sus ensayos están llenos

¹⁰³ Entre otras, podemos citar las siguientes obras de R. Soler sobre el tema: Formas ideológicas de la nación panameña; La independencia de Panamá de Colombia; Justo Arosemena y la idea nacional panameña del liberalismo; Panamá: nación y oligarquía; Clase y nación en Hispanoamérica, etc.

¹⁰⁴ Soler, Ricaurte. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*. Siglo XXI editores. México. 1980.

de picantes comentarios satíricos de autores con los que polemizaba.

Pretendemos imitar al maestro Soler, en el método absolutamente científico, de tomar partido en las polémicas teóricas y señalar errores donde nos parece que los hay.

Analizar nuestra historia panameña, para intentar explicar el surgimiento de nuestra nación, y de nuestro sentido de “lo nacional”, no puede realizarse en el marco de una teorización abstracta o meramente conceptual. Es preciso confrontar los intentos de interpretación histórica con los hechos pasados, pues la realidad misma es la que puede arrojar luz sobre el debate.

Por esa razón, nos parece que ese análisis no puede hacerse al margen de la obra de nuestro más fecundo historiador del período colonial istmeño, el Dr. Alfredo Castellero Calvo; de la obra de Celestino Araúz o Figueroa Navarro, respecto al Panamá decimonónico; y tantos otros historiadores y sociólogos que han analizado los del estado nacional panameño a lo largo del siglo XX.

Formas sociales de la colonización y su papel en la formación nacional en Ricaurte Soler.

A. Nación y desarrollo capitalista:

Ricaurte Soler parte del acuerdo metodológico antes señalado: hay una relación estrecha entre el Estado nacional y el capitalismo. Pero, para él, existe un orden de presentación histórico entre ambos: el Estado nacional precede, y es condición indispensable, para el desarrollo del capitalismo. Es decir, la existencia del Estado nacional no presupone inmediatamente sistema social y económico capitalista, aunque sí marca el camino de su nacimiento.

Al inicio de su obra se pregunta Soler: “[...] ¿los estados nacionales se formaron en conjunción con los orígenes del capitalismo, constituyéndose en mediación esencial de su desarrollo o, por el contrario, son la expresión y resultado de

su consolidación en el marco de la hegemonía del capital y la burguesía industriales? [...] Optamos por afirmar la corrección y legitimidad del primer término de la alternativa” (1980:14).

Para Soler esto es así, ya que la creación de las modernas naciones recae en dos clases no capitalistas: las monarquías absolutas y la burguesía comercial. Aquí aparece una especie de paradoja, puesto que la burguesía comercial es a todas luces una clase capitalista, pero Soler, refiriéndose al caso español, dirá que era una actividad comercial puesta en provecho de un “despotismo oriental”, por el cual la extracción de excedentes comerciales servía para sostener una parasitaria casta aristocrática en la España colonial.

B. El carácter del Estado absolutista:

Es en el marco del Estado absolutista, que mediante la coerción conforma las naciones europeas, a medio camino entre el feudalismo y capitalismo, donde se desarrolla la confrontación de clases que va a dar origen a la sociedad moderna. Esta época de transición y aguda lucha de clases, va a tener en el absolutismo el árbitro por excelencia de estas agudas confrontaciones, lo que le confiere al Estado absolutista un carácter “bonapartista”, según Soler.

“Nunca menos que en la modernidad el estado fue, entonces, mero epifenómeno de la estructura económica [...] A partir de ahora la aristocracia en decadencia, pero no extinguida, y la burguesía en ascenso, pero aún no triunfante, dirimen sus contradicciones, a lo largo de dos y tres siglos. Todo ello en el espacio del estado nacional, monárquico y absolutista. Es por eso por lo que, fijando la atención en su poder arbitral, y empleando el concepto en forma un tanto liberal, ese estado ha sido calificado de “bonapartista”” (1980:16).

Soler insiste, citando a Suren Kaltajchian, que el surgimiento de las naciones modernas se realiza en el marco de “relaciones capitalistas anteriores a la consolidación del capitalismo”. Son el capital comercial (relaciones de intercambio) y la monarquía absoluta (coerción estatal) los

dos agentes fundamentales que moldean el Estado nacional. Teniendo mucho mayor peso, en la fabricación de la nación, la coerción ejercida por el Estado absolutista que el propio capital mercantil por sí mismo.

C. Ni naciones milenarias, ni lumpennaciones:

Ahora bien, que las naciones precedan al surgimiento del capitalismo como tal, no significa que éstas existan en cualquier tiempo pretérito, ni desligado por completo del sistema capitalista. Las naciones modernas, de acuerdo a Soler, constituyen el precedente inmediato del capitalismo, al cual sirven de base. Soler rechaza, por eso, las afirmaciones de Samir Amin, en el sentido de que pueda existir una milenaria nación árabe vinculada con modos de producción precapitalistas (1980:18-20).

Para Samir Amin la existencia de una nación viene dada por algunas condiciones elementales como: coexistencia en una contigüidad geográfica, lengua y expresión cultural comunes, y una clase social que unifica la actividad económica desde el aparato estatal. Según Amin, esa clase social no necesariamente debe ser la burguesía, como pretende la teorización “eurocéntrica” del problema. Soler opina que Samir Amin confunde los conceptos diferentes de Estado y Nación. Dice Soler:

“... es precisamente función del estado asegurar, a través del dominio de clases, la unidad económica de cualquier formación social. Y el elemento fundamentalmente nuevo y distinto del estado moderno es el que asegura la unidad económica de la muy nueva y distinta realidad social que es la, o las naciones, según que se trate de un estado nacional o multinacional” (1980:19).

Evidentemente en la interpretación soleriana existe una estrecha relación entre estado nacional y modo de producción capitalista. Sin embargo, Samir Amin parece tener razón en

que los elementos que constituyen la “nacionalidad”, parte esencial de la nación, no existen sólo en el capitalismo, sino que también se producen en formaciones sociales precapitalistas. Una reflexión más exhaustiva que podríamos abordar en un futuro ensayo, debiera diferenciar y relacionar los conceptos de nación-nacionalidad, nación-estado y nación-modo de producción.

En el otro extremo de la interpretación del problema nacional, ubica Soler a la llamada “teoría de la dependencia” y a su vocero más reputado, André Gunder Frank. Interpretación ésta que, según Soler, peca por privilegiar en el análisis, el peso del desarrollo capitalista por encima de la formación de la nación, llegando a catalogar los estados latinoamericanos por un término que Soler estima despectivo y erróneo: “lumpennaciones”.

Soler hace tres contundentes críticas a la teoría de la dependencia: 1. Ella niega la importancia de las relaciones sociales propias de la formación nacional privilegiando el peso de la esfera de la circulación; 2. En la relación interno/externo asigna a los condicionamientos externos un determinismo total que difumina la historia interna; 3. Cita a Heinz Dieterich cuando señala que ésta: “reemplaza -y esto es lo decisivo- la ‘ilusión autoimpuesta del marco nacional’ por otra ilusión igualmente errónea, a saber un condicionamiento mecánico de los procesos sociopolíticos internos del satélite por la prepotente estructura externa” (1980:20).

Reivindicamos aquí la afirmación de Soler en el sentido de que el concepto de “lumpennaciones” puede inducir la idea de que la reivindicación nacional latinoamericana, frente al imperialismo, carece de legitimidad: “...frente al imperialismo, nos desarma al declararse que nuestras naciones y nuestro nacionalismo es “lumpen” por carecer de legitimidad y racionalidad históricas” (1980:21).

Sin embargo, en favor de la teoría de la dependencia hay que decir dos cosas:

1. No necesariamente el concepto de “lumpennación” implica desconocer la importancia de las reivindicaciones nacionales;

2. La teoría de la dependencia introdujo un elemento metodológico decisivo para cualquier análisis histórico de las naciones modernas, la perspectiva mundial, que el capitalismo ha inaugurado. El modo de producción capitalista al unificar el planeta bajo su férula ha creado la historia universal y, desde 1492, al menos, es imposible entender cabalmente la historia americana, o de un país en particular, sin una perspectiva internacional y del comercio mundial, y qué papel juega cada nación dentro de ese marco “universal”.

D. ¿Una nación hispanoamericana?

Con algunas variantes respecto a la teoría de la dependencia, pero ubicada en una perspectiva similar, se encuentra la interpretación de la corriente argentina de la llamada “izquierda nacional”, a la que Soler también critica. De esta corriente interpretativa destaca Soler la obra de José Hernández Arregui, según el cual la historia de la nación latinoamericana estaría enraizada en las luchas populares frente a una oligarquía antinacional aliada a intereses extranjeros.

Respecto a la historia argentina, Hernández Arregui critica la interpretación de origen “demoliberal” que ha señalado el carácter “bárbaro” o retrógrado de las masas rurales y sus caudillos durante las guerras civiles postindependentistas. Por el contrario, la “izquierda nacional” considera que es la ciudad porteña, proinglesa y librecambista, el elemento antinacional en dicha fase histórica. Este es un interesante elemento de debate que habremos de retomar más adelante.

Soler critica muy concretamente a esta corriente “el análisis casi exclusivamente político del proceso histórico”, lo cual estaría alejado metodológicamente del criterio marxista que da preeminencia a la relación entre la estructura económica social y la superestructura política.

Les critica también su visión de una “nación española”, incluyendo a la América hispana, que se ha fraccionado producto de los avatares históricos. El origen de esta “nación española” se encontraría, según Arregui, en el reinado de Fernando e Isabel que habría abierto con la unidad del reino la fase moderna de la historia de España.

Para Soler no existió tal “nación hispana”, porque los “reyes católicos”, si bien alcanzaron la unidad del estado español, no fundaron una nación, por el hecho de que no inauguraron la fase de desarrollo capitalista, sino la pervivencia de la España feudal. De ahí se explican los persistentes problemas nacionales en la España actual, según Soler.

La derrota de la insurrección de los comuneros de 1521, según Soler, habría sido el aborto del temprano capitalismo hispano. En su apoyo Soler cita a Marx, el cual compara¹⁰⁵ el efecto “civilizador” del absolutismo europeo con el absolutismo español que conservó “formas asiáticas de gobierno”. Soler considera que España en este período siguió siendo esencialmente feudal, y su absolutismo tuvo un carácter marcadamente “antimoderno”.

E. Ni panfeudalismo, ni pancapitalismo:

De ahí que, respecto al carácter del modo de producción dominante en Hispanoamérica en la fase colonial y la manera como determinó el proceso de formación de las naciones americanas, Soler trace su análisis diferenciado de las interpretaciones predominantes:

1. La liberal, de un Alberdi o Mariano Otero, según la cual la independencia sería nuestra revolución burguesa que nos colocaba en el camino de “alcanzar el estatuto social y político de la república norteamericana o de las democracias burguesas europeas. Sólo faltaría, para ello, que una emancipación mental

¹⁰⁵ Marx, Carlos y Engels, Federico. *Revolución en España*. Ed. Ariel. Barcelona, 1973.

completase la independencia política”(1980:103).

2. La materialista histórica, heredada de un José Ingenieros y José Carlos Mariátegui (más vinculada con la liberal de lo que advierte Soler), quienes consideraron que la independencia mantuvo las relaciones de tipo precapitalistas que rigieron en la fase colonial, por lo cual la tarea presente sería la de superar dichas formas atrasadas. De esta vertiente surgieron luego las ideas de Rodolfo Puiggrós (*De la colonia a la revolución*¹⁰⁶, que tanta influencia tuvieron en las interpretaciones “etapistas” de los Partidos Comunistas de corte estalinista en América Latina (esto no lo dice Soler).

3. La vertiente precedente al dependentismo, inaugurada por Sergio Bagú (*Economía de la sociedad colonial y Estructura social de la colonia*¹⁰⁷, que destaca el carácter capitalista de la sociedad colonial y el peso de la inserción comercial en la economía mundial de las colonias (o “provincias”) americanas. Soler responde señalando la imposibilidad de un “capitalismo comercial”, y señalando la necesidad de la explotación de mano de obra asalariada como precondition para la existencia del sistema capitalista.

En el marco de estas tres grandes vertientes, Ricaurte Soler, parece acercarse más a la segunda, pues enfatiza el carácter esencialmente feudal de la colonización española en América. Aunque también se diferencia y hace algunas precisiones a la versión fuertemente “feudalizada” de un Puiggrós, puesto que Soler señala que acá no se calcaron las clases sociales e instituciones del feudalismo europeo, y remarca la “especificidad” de nuestra formación social.

“No se trata, por cierto, de un calco de los modos de producción predominantes en la península que luego sólo fueron “transplantados” a América. Pero sí se trata

¹⁰⁶ Puiggrós, Rodolfo. *De la colonia a la revolución*. 5ª ed ampliada. Carlos Pérez, Editor. Buenos Aires, 1969.

¹⁰⁷ Bagú, Sergio. *Economía de la sociedad colonial*. El Ateneo. Buenos Aires, 1949. - *Estructura social de la colonia*. El Ateneo. Buenos Aires, 1952.

de su implantación violenta ajustada a las condiciones dadas del medio americano. La Castilla feudal, más que la España nacional en precaria gestación, comienza a ejercer su dominio sobre la fuerza de trabajo indígena. El objetivo inmediato era desvincularla de las sociedades globales preexistentes, desde las tribus a los “imperios” de los mexicas e incas. El total exterminio de los indios antillanos y la hecatombe demográfica del siglo XVI dan fe de la violencia de la ejecución del proyecto. Pero éste inevitablemente tenía que ajustarse a la necesidad de las condiciones dadas. Lo que nos conduce al problema de la especificidad de la formación social americana del período colonial”(1980:108).

Así como Soler cree determinante la fase productiva, con respecto a la circulación, dentro de la primera da preeminencia metodológica al problema de precisar el tipo de relaciones sociales de producción existentes. En el binomio fuerzas productivas / relaciones sociales de producción, componentes estructurales que definen el modo de producción predominante en una sociedad dada, Soler estima determinantes a las segundas. Es más, él considera que, en la medida en que el marxismo considera al hombre como la fuerza productiva básica, son las relaciones sociales de producción las que encarnan a esta fuerza productiva, adquiriendo alguna forma estatal determinada (1980:105-108).

En este sentido, Soler considera que los tributos (a la Corona y a los conquistadores) a que fueron sometidos los indios, bajo la forma de la esclavitud o la explotación servil (mita, enganches, etc.), liquidaron la vieja comunidad indígena y, por ende, las relaciones sociales precoloniales. Por eso no se puede hablar de la existencia de relaciones “despótico aldeanas” o asiáticas en la colonia hispanoamericana. Igualmente son casi inexistentes, muy raras o meramente nominales las relaciones de tipo asalariadas, por lo cual no se dio lugar a un esquema capitalista de producción.

“La esclavitud de los negros expropiados de cualquier instrumento de producción, y la coerción extraeconómica

de los indios, poseedores o no de instrumentos productivos, constituyeron, pues, los fundamentos reales de la economía colonial” (1980:110).

Incluso en el plano de la “circulación” la colonización fue precapitalista, es decir feudal, de acuerdo a la óptica soleriana. Soler cita una larga lista de obstáculos extraeconómicos que impedían el libre comercio: desde la fijación de precios arbitrarios por los cabildos, hasta la proliferación de aduanas, impuestos, monopolios, etc. Al respecto refuta Soler las tesis de Marcello Carmagnani (1980:111).

E. Soler propone estudiar el problema a partir de la ley del “desarrollo desigual y combinado”:

En general, Ricaurte Soler rechaza las tesis extremistas que reivindican, para la colonización americana, tanto la existencia de un “pancapitalismo” como las que sólo ven un “panfeudalismo”. Las primeras no explicarían las contradicciones reales que agobian a los países latinoamericanos, los choques permanentes entre los elementos estructurales y superestructurales que representan lo “moderno” y lo “atrasado”. Las segundas no explican de dónde surgen los caudillos e ideas independentistas, o peor aún, los presentaría como excrecencias del régimen feudal (1980:112-119).

Empero, Soler se acerca fuertemente a la segunda vertiente interpretativa, con la que comparte la mayoría de sus premisas, pero no todas sus conclusiones. Veamos: “La tesis del feudalismo autónomo, por su parte, ofrece una imagen de la colonia que comprueba, de la estructura a la superestructura, la solidaridad de sus varias instancias. El modelo no explica, sin embargo, el carácter social de las fuerzas que se constituyeron en actores y gestores de la independencia. Menos todavía puede explicar los términos en que se concreta el problema de la nación y de la organización nacional” (1980:116-117).

Para explicar su punto de vista metodológico, Soler se

apoya en Ernest Mandel y en concepto trotskista de “desarrollo desigual y combinado”, con él se explicarían las disparidades del desarrollo histórico y las contradicciones concretas presentadas por la realidad. A la par, rechaza por vacuos conceptos generales (“abstracciones”) como “clase feudal”, “lumpenburguesía”, “antigua oligarquía” y “oligarquías liberal-conservadoras”.

Soler otorga a las clases medias, pequeñaburguesía urbana y agraria, un papel trascendente en la conformación de los estados nacionales tardíos. En este sentido, Soler ejemplariza el caso de Irlanda y se apoya en citas de Eric Hobsbawm (1980:26-27).

También en América Latina las capas medias habrían jugado (y aún lo estarían haciendo) un papel esencial en la lucha por la independencia y conformación nacional, y consecuentemente en el combate a las clases “antinacionales” (precapitalistas). Estas capas medias, urbanas y rurales, junto al componente de caudillos militares que, desde la cúspide del estado, bregaron por forjar las modernas naciones americanas, constituyen lo que Soler denomina la “democracia radical”, por oposición a la “democracia liberal” instituida desde arriba por las clases dominantes, burguesía comercial esencialmente.

Parece derivarse del razonamiento soleriano, aunque nos no está completamente dicho por ningún lado, que estas clases “modernas” ya preexistían en el marco de sociedad colonial, esencialmente feudal, de acuerdo a su interpretación. Pero es con la independencia donde empieza la verdadera “historia nacional” y la ruptura con la coerción extraeconómica precapitalista para inaugurar una fase de transición al capitalismo, aunque persistan todavía elementos de atraso.

“La emancipación tiene, pues, como primera significación trascendente, la de inaugurar una historia nacional dentro de las cuales las clases sociales despliegan sus luchas y la memoria colectiva de las mismas. La segunda significación trascendente de la independencia la da la ruptura, con la creación del

estado, de la autonomía de las relaciones de producción feudales y esclavistas. Ellas, por cierto, sobrevivirán por largo período. Pero ya, desde las luchas mismas por la emancipación, vimos cómo emergieron desde las clases subordinadas los primeros embates nacionales contra las formas de producción y propiedad precapitalistas. Con la emergencia de los diferentes estados nacionales latinoamericanos se creó, pues, el espacio para el desarrollo desigual y combinado del modo de producción capitalista” (1980:118).

¿Feudalismo o capitalismo en la colonización de América? Un debate no acabado

Pese a que Soler enfáticamente señala que rechaza tanto la visión panfeudalista, como la pancapitalista, y aboga por un análisis metodológicamente dialéctico del asunto, es decir, fundamentado en la ley del desarrollo desigual y combinado, su crítica central a la opinión de que la colonización hispana tuvo ribetes capitalistas es tan fuerte que no es convincente, y parece confundirse en las filas de los panfeudalistas, que se supone ha rechazado.

El problema está en que Soler da por sentado que la gestación del capitalismo hispánico fue abortada con la derrota de los comuneros de 1521, y reiteradamente argumenta en favor de la existencia de relaciones de producción precapitalistas, y su rechazo a considerar que, ni siquiera a nivel comercial es posible la existencia de elementos capitalista, como señala a Carmagnani.

Por la forma de presentar su argumentación, pareciera que el criterio metodológico de aplicar la ley del desarrollo desigual y combinado en las formaciones sociales hispanoamericanas sólo rige a partir de la independencia, cuando él considera que surgen los verdaderos elementos constitutivos de la nación (más bien naciones) y el capitalismo hispanoamericano. Utiliza Soler esta ley para explicar por qué siguen vigentes formas sociales atrasadas (feudales) en el marco del emergente capitalismo latinoamericano.

Justamente, en su criterio, la historia hispanoamericana del siglo XIX es la lucha entre ambas fuerzas sociales: las que llama clases antinacionales, que bregan por salvaguardar relaciones precapitalistas de producción, y las clases nacionales, que impulsan el desarrollo propiamente capitalista.

Pero, pese a que Soler mismo señala que sin una visión desigual y combinada no es posible explicar el surgimiento de las ideas independentistas en el siglo XVIII, no desarrolla este criterio. Es ahí donde deseamos profundizar.

A nuestro juicio, pese a las formas feudalizadas y arcaicas, existe durante la colonización americana un “capitalismo” hispano, que llegó con Colón, y que tuvo un desarrollo particular, con sus altibajos y limitaciones. Todos los señalamientos socioeconómicos que realiza Soler para descartar la idea de un capitalismo hispano, nos parece que son los obstáculos y limitaciones con que este modo de producción se encontró, son los elementos que lo debilitaron frente a sus competidores ingleses, holandeses o franceses. Pero no constituyen su negación absoluta.

Acordes con el criterio marxista, reivindicado por Soler, de que debe existir una correspondencia entre la estructura económica y la superestructura social, opinamos que si no existiera esta combinación de relaciones de producción precapitalistas y típicamente capitalistas, no sería posible explicar el surgimiento de las ideas respecto a la necesidad de constituir esta nación hispanoamericana, incluida y/o excluida España, desde el siglo XVIII. Sin la existencia previa de elementos capitalistas no habría sido posible la idea de una revolución independentista, incluso la idea (fracasada) de una nación hispanoamericana, que fue “burguesa” por sus objetivos.

Cualquier análisis que pretenda enfocar la historia colonial hispanoamericana como exclusivamente feudal o capitalista peca por unilateral. El error de un Puiggrós y sus seguidores es negar la existencia de elementos capitalistas en la

colonización, y pretender que acá se calcaron las instituciones feudales del medioevo europeo.

Claro, este esquema tiene una consecuencia política concreta, sostener que aún hoy hay que vencer al feudalismo sobreviviente en alianza con la burguesía liberal (o “progresista”), negando toda posibilidad a formas socialistas de Estado. El error de Gunder Frank consiste en creer que, ya desde el siglo XVI, América vive en el capitalismo, lo que niega toda importancia a la solución de las tareas “democrático burguesas” (independencia nacional, reforma agraria, industrialización, etc.).

Concordando con Soler, en su crítica a la teoría de la dependencia, de que es errónea una interpretación de las relaciones sociales internas de nuestras sociedades determinada absolutamente desde afuera, ya que niega la posibilidad de la historia propiamente “nacional”; debemos señalar que un análisis que pretenda que nuestras sociedades, en la era moderna, pueden desarrollarse completamente al margen del desarrollo del mercado capitalista internacional, también es completamente errónea y unilateral.

¿Acaso el oro y la plata extraídos de América no nutrieron el desarrollo del capitalismo moderno? ¿Vivían nuestras colonias americanas al margen de toda influencia mercantil, política o social del capitalismo europeo, que las mercaderías inglesas representaban por doquier?

La existencia de claros elementos de desarrollo capitalista en la colonización de Hispanoamérica, que convivían junto a relaciones de producción no capitalistas, no es mera especulación teórica, ella salta a la vista en las descripciones objetivas de la vida colonial.

Críticas y coincidencias al esquema teórico soleriano

1. Con Ricaurte Soler coincidimos respecto a la necesidad metodológica de relacionar los conceptos de Nación, en el sentido moderno y Capitalismo. En lo que ya no concordamos

es en el esquema temporal que traza Soler, según el cual forzosamente la Nación precede al capitalismo. Aceptar lo segundo puede traer dificultades, como explicar el sistema social de las ciudades repúblicas italianas cuya actividad comercial, desde los tiempos de Marco Polo, está en las bases de la modernidad. También lleva al error de pensar que el capitalismo recién empezó en Hispanoamérica luego de la independencia, como dice Soler.

2. Coincidimos en la crítica soleriana al unilateralismo de la teoría de la dependencia que pretende reducir la historia “interior” americana a un determinismo “exterior” proveniente del mercado mundial; así como ya, desde el siglo XVI, las sociedades hispanoamericanas eran plenamente capitalistas. No coincidimos en su negativa aceptar que, sin determinismos, la historia interna debe ser explicada también en el marco de la historia mundial, lo que para nosotros es un aporte de perspectiva positivo de la teoría de la dependencia.

3. Coincidimos con Soler en que los análisis “panfeudalistas” y “pancapitalistas” de nuestra historia colonial son unilaterales y erróneas. Y también coincidimos en aplicar un punto de vista “dialéctico” sobre el asunto (“ley del desarrollo desigual y combinado”). Aunque nos parece que Soler lo propone, pero no lo hace, ya que defiende a fondo la perspectiva de una colonización feudal, y niega absolutamente cualquier posibilidad de desarrollos capitalistas durante la fase colonial. De la obra de Castellero Calvo se evidencia que la sociedad colonial no tenía nada de feudal y sí mucho de capitalismo (sin llegar a serlo de manera acabada, claro).

4. Coincidimos con Nahuel Moreno y George Novack cuando señalan: “¿Qué hicieron de hecho España y Portugal? Crearon formas económicas en el nuevo mundo que tenían un carácter combinado.

Ellos soldaron relaciones precapitalistas a relaciones de cambio, subordinándolas así a las demandas y movimientos

del capital mercantil”¹⁰⁸. El sistema social español en América es un “híbrido”, capitalista en sus objetivos (acumulación mediante el intercambio comercial) y precapitalista (en sus relaciones sociales de producción). Podemos llamarle “capitalismo mercantil”, “capitalismo feudal”, “capitalismo bárbaro”, pero ni es feudal, ni plenamente capitalista (acorde al modelo inglés).

5. No coincidimos con Soler respecto a que, recién con la independencia de España, empieza el capitalismo y por ende la historia “nacional” hispanoamericana y que ésta sólo es posible en el marco de los países que nuestro desarrollo capitalista fue creando a lo largo del siglo XIX, a la vez que se fragmentaba el “sueño” bolivariano.

Nos parece que la evidencia señala la existencia de fuertes rasgos estructurales de tipo capitalista, encarnados en clases sociales concretas, desde la colonia, que son los que dan sustento objetivo a las aspiraciones revolucionarias y nacionales con perspectiva hispanoamericana de un Miranda, Bolívar, etc. Las limitaciones “feudales” de la sociedad española, descritas por Soler, explican los obstáculos y deformaciones sufridas por el capitalismo hispanoamericano, pero no su imposibilidad de ser.

¹⁰⁸ Moreno, Nahuel. “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América”. En: Novack, George. *Para comprender la historia de George Novack*. Ed. Pluma. Bogotá. 1977: 166.

RICAUARTE SOLER¹⁰⁹. EL IDEAL EN LA FILOSOFÍA PANAMEÑA. LUIS PULIDO RITTER

La tradición hispanoamericanista en el siglo XIX no deja de ser un venerable recuerdo histórico por la ausencia de esa mística que Rodó en el XX le supo infundir, creando así un movimiento continental de inmensas repercusiones.
(Soler, 54: 74).

1. La invención de la memoria romántica por los filósofos nacionales en la nación neocolonial: Historia de las Ideas.

A partir de la década de los cincuenta aparece un tipo de discurso en Panamá que, hasta ese momento, no había sido parte de las coordenadas de la construcción de nación: la filosofía. Ensayistas panameños como Diógenes de la Rosa, Roque Javier Laurenza, José Isaac Fábrega y Baltasar Isaza Calderón se habían valido de la filosofía en sus trabajos, pero no eran filósofos en el sentido profesional del término. Otros ensayistas notables, liberales republicanos, como Guillermo Andreve, Octavio Méndez Pereira y José Dolores Moscote, también habían incluido reflexiones filosóficas en sus textos, sin embargo, estaban muy lejos de considerarse como filósofos. No eran profesionales de un discurso académico que encuentra su legitimidad en las prácticas institucionales y discursivas de una cierta tradición intelectual que se caracteriza por distanciarse de la *Lebensphilosophie**

Puede decirse que los ensayistas panameños eran demasiado prácticos para dedicarse a la filosofía como profesión y a la vez demasiado teóricos para no considerar la filosofía en sus textos, aunque sus observaciones filosóficas estaban marcadas por una cierta *Lebensphilosophie*, por sus finalidades morales y prácticas. No eran pensadores en el sentido estricto del término, como podría definirlo un Heidegger

¹⁰⁹ Este texto es parte de *Filosofía de la Nación Romántica* (2008), ensayo ganador del Premio Ricardo Miró, sección Ensayo, 2007.

en su Carta sobre el humanismo (1947)¹¹⁰. Pero al contrario de lo que piensa Arias Calderón con respecto a estos intelectuales y, especialmente, con Méndez Pereira, que él designa como “más pensador y literato que filósofo” (1981:412), podría decirse que antes que arribaran los filósofos profesionales a la escena en la década de los cincuenta, aquéllos eran más bien intelectuales (filosofía, literatura, política y pensadores), donde el mundo práctico, la construcción de la nación, estaba cruzado por los resultados filosóficos y políticos de su época, diseños en los grandes discursos del liberalismo, del anarquismo y del socialismo, en fin, del humanismo de ultramar.

¿Y cómo podrían definirse a los filósofos profesionales? Es, en la Universidad de Panamá, que aparecen dos corrientes filosóficas para la década de los cincuenta, cuya preocupación será la creación de los fundamentos de la nación¹¹¹. Las dos corrientes son, por una parte, la esencialista, que está tempranamente planteada en el mexicano Samuel Ramos¹¹²

¹¹⁰ Para Heidegger los pensadores en la historia de la filosofía occidental se caracterizan por su no-finalidad práctica, humanista, de su quehacer filosófico. Es, con Sócrates y Platón, que la filosofía deja de ser realizada por pensadores y sustituida por los metafísicos, los filósofos de la moral y los valores.

¹¹¹Jean Franco, por ejemplo, nos dice: “Throughout Latin America and specially in the decades between 1930 and 1950 (the year that saw the publication of Octavio Paz’s *The Labyrinth of Solitude*), there was a proliferation of books analysing national character” (2001:36).

¹¹²Así, por ejemplo, tenemos el siguiente pasaje de este autor: “Y, sin embargo, cuando existen obras, su falta de originalidad no quiere decir que el pueblo donde han aparecido carezca de una cultura propia. Consideramos que lo esencial de la cultura está en un modo de ser del hombre, aun cuando en éste no exista impulso creador. De suerte que, en ausencia de una cultura objetiva, puede existir esa cultura en otra forma, es decir, subjetivamente. Entonces, a priori, no podemos ni afirmar ni negar la existencia de una cultura mexicana. A ejemplo del método cartesiano, que nos sirva esta duda para justificar la investigación que ahora vamos a emprender. Partiendo del concepto subjetivo de la cultura, en la exposición que sigue nos preocuparemos sobre todo por analizar el ser psíquico del mexicano” (1938: 7, subrayado mío).

y, por otra parte, la historia de las ideas¹¹³. Soler se adhiere a la segunda corriente, como muchos otros filósofos de la región, especialmente, con Leopoldo Zea¹¹⁴. Con éste, Soler mantendrá desde su primer trabajo un diálogo crítico que lo acompañará a lo largo de sus textos¹¹⁵.

En este estudio, que analizará las relaciones de la

¹¹³José Gaos, como muy bien anota Rodrigo Miró en el prefacio del trabajo de graduación de Soler, ya planteaba en 1944 la importancia de una historiografía del pensamiento en lengua española (1954: XI). Y en 1969, en su seminario Historia de las Ideas, uno de sus estudiantes transcribió las palabras del filósofo español: “La historia de las Ideas plantea una serie de problemas, de los que el primero es la posibilidad misma de que las ideas puedan ser objeto de historia; ya que desde Platón se las concibe como unos entes o entidades absolutamente inmutables y eternos e intemporales, es decir, esencialmente a-históricos y anti-históricos. La solución de este problema puede resumirse en esta afirmaciones: la concepción platónica de las ideas no es la única concepción de ellas, pero, aunque lo fuese, y por ser la única posible, lo histórico o historicidad de las ideas estaría si no en ellas mismas, en su ser pensadas por los hombres: éstos tienen sucesivas, históricamente, diferentes ideas, y la sucesión integra una historia, que es parte de la total historia humana” (1970: 161).

¹¹⁴ En este sentido, el joven filósofo nacional panameño quiere cerrar cuentas con la corriente esencialista, así: “Se ha pretendido, en efecto, explicar a la peculiaridad panameña como esencia intemporal, supuesto fundamento legítimo de la entidad nacional. Tal explicación supone un ontologismo inspirado en algunas corrientes filosóficas contemporáneas; la fenomenología en particular” (1954: 3). Pero, como veremos más adelante, Soler incluirá elementos esencialistas en su primer libro. Y, con respecto a Leopoldo Zea, Charles A. Hale, identificó los rasgos del pensamiento del filósofo mexicano, de la siguiente manera: “Una preocupación (quizás la mayor) de Leopoldo Zea, de la que participan numerosos pensadores de este siglo, consiste en averiguar y tratar de establecer la manera en que las sociedades latinoamericanas pueden modernizarse sin sacrificar su identidad cultural. Tal preocupación constituye un aspecto importante del nacionalismo contemporáneo” (1970:286).

¹¹⁵En su trabajo de graduación de 1954 se referirá a la “circunstancia americana” en que Zea retoma a Ortega y Gasset y se detendrá en el positivismo panameño del siglo XIX. Al igual que su contemporáneo mexicano, que habla en 1943 de “nuestro positivismo, nuestro cartesianismo o nuestra escolástica” (1968:9), Soler nacionalizará el positivismo panameño de Justo Arosemena. Y en su trabajo de doctorado realizado en Francia en 1959 sobre el positivismo argentino, Soler se distancia de Zea que, con Mannheim, plantea que las ideas son proyecciones directas de clases sociales, y se acerca a filósofos marxistas franceses, especialmente, al seguidor de Lukács, Lucien Goldmann, que recomienda tratar los sistemas filosóficos considerados en sí mismos.

nación con la idea romántica de la misma (lenguaje, religión y etnia), me atrevería a designar a Soler, y a los filósofos profesionales, como los filósofos nacionales de la situación neocolonial panameña. Por la extranjerización del espacio¹¹⁶, que es producida tanto por la fractura del espacio nacional (la Zona del Canal), como por la inmigración, los filósofos nacionales asumen la reconstrucción discursiva del sujeto nacional, ayudados por la ola nacional filosófica de América Latina. Pretenden crear una filosofía que absorba y supere las deficiencias reales de su idea de nación. Éstos, a diferencia del discurso narrativo-literario, que se vale de la asociación, de la metáfora y de las alusiones, recurren a la tradición filosófica especializada para construir el sujeto lógica y conceptualmente y así darle forma a su *Nationsphilosophie*.

El fenómeno observado por Jean Franco con respecto a las diferentes lecturas en la constitución de las vanguardias europeas y latinoamericanas¹¹⁷, puede también verse en el

¹¹⁶La *extranjerización* del espacio es un concepto que me ha ayudado a comprender la posición de los intelectuales panameños para referirse a la “usurpación” del espacio nacional en las ciudades de Panamá y Colón. Es una “usurpación” que es producida, por un lado, por la inmigración antillana, y, por otro lado, en la Zona del Canal por los Estados Unidos. Pero esta “usurpación”, más que una connotación física de una fractura, es una construcción de la pérdida del espacio nacional considerado como propio. Es esta “usurpación”, como construcción, lo que ha marcado la conformación de la intelectualidad panameña en la situación neocolonial. Las formas en que han reaccionado los intelectuales panameños frente a esta “usurpación” han sido diversas: “batallones escandalosos de negros jamaicanos” aparecen en Ramón H. Jurado; “un carácter esencialmente extranjero” en Rogelio Sinán; “el cosmopolitismo” en Baltasar Isaza Calderón; “una parte mínima de la realidad de Panamá” en Rodrigo Miró, entre varios ejemplos más. Todas estas designaciones de la “extranjerización del espacio” han sido posiciones y reacciones con respecto a la “usurpación” imaginada o real del espacio nacional.

¹¹⁷Ella afirma, por ejemplo: “En tanto que en Europa es legítimo estudiar el arte como una tradición centrada en sí misma en la que pueden surgir movimientos nuevos como solución a problemas meramente formales, esta posición resulta imposible en América Latina, en donde hasta los nombres de los movimientos literarios difieren de los europeos. “Modernismo”, “Nuevomundismo”, “Indigenismo”, definen

campo de la filosofía. Si la tradición filosófica moderna europea se va constituyendo en el marco de los estados nacionales por sus diferentes lecturas que se hacen de los “clásicos” griegos, el Renacimiento y la Ilustración, en América Latina se pretende crear una filosofía nacional por las diferentes lecturas de los pueblos que se han “conformado” en las fronteras de sus propios estados nacionales¹¹⁸. Aquí no se trata de una *Lebensphilosophie*, que quiere explicarles el mundo a los hombres con sus recetas de sabiduría sobre la vida, pero sí de una filosofía para la nación en la Guerra Fría que le dé forma a una postura romántica de la cultura en las sociedades latinoamericanas postilustradas, donde la figura del ciudadano se había quedado como figura decorativa en las constituciones de las repúblicas. Soler, sin duda, es un filósofo nacional romántico, no solo por querer fundamentar una filosofía “original” panameña y, por consiguiente, latinoamericana, sino porque efectivamente su Idea de la nación parte de un concepto romántico homogéneo de la misma: incluso las “minorías nacionales” pueden y deben conservar “sus especificidades” (1980:267). Y así se llega a legitimar finamente la “originalidad” propia de la cultura nacional, criollo-hispana, que se quiere construir.

En este contexto, él es el americano-hispanista, el rodoniano-hegeliano-marxista, que está a la izquierda de Baltasar Isaza Calderón, de la situación neo-colonial panameña. Él no construía la nación en la filología, como éste último, pero sí en la filosofía, empeño que estaba dirigido a la fundamentación

actitudes sociales, mientras que “Cubismo”, “Impresionismo”, “Simbolismo” aluden sólo a técnicas de expresión” (1983:15).

¹¹⁸José Gaos expone en 1950 esta romántica Nationsphilosophie al reescribir a Ortega de la siguiente manera: “La filosofía de la cultura puede concebirse como una filosofía de la cultura en general, y así es como la conciben la mayoría de los filósofos contemporáneos de la cultura, pero no es así como la conciben los repetidos jóvenes. Lo que estos se hallan empeñados en articular es una filosofía de la cultura mexicana. Pero esta concepción no es original de ellos. Su origen

de una cultura nacional. Desde su primer trabajo, de 1954, uno puede respirar el aire romántico de su producción intelectual, su voluntad de “latinizar” o, más exactamente, de “afrancesar” al político, diplomático y hombre de negocios Justo Arosemena, convertirlo en el héroe emblemático para la nación¹¹⁹. Es en éste que el filósofo nacional panameño concentra su preocupación de ganar un símbolo para la nación, en transformarlo por un golpe de fuerza, a pesar de algunas vacilaciones, en la figura paterna de la nación antiimperialista, nacionalista e hispanoamericanista¹²⁰. Esta lectura, que hace Soler de Arosemena, está cruzada por su idea del *hispanoamericanismo cultural*, idea que logra fundamentar culturalmente con Rodó y Alberdi, pero que no es, según él, hispanista o hispanidad, que sigue la tradición conservadora y escolástica, porque el *hispanoamericanismo cultural* es resultado de la conjunción de la tradición que abre el renacimiento (la modernidad) con la cultura autóctona, “que se resuelve concretamente una unidad política y monolítica,

remonta un poco más allá. A la filosofía de las circunstancias españolas que fue la primera original planeada y parcialmente desarrollada por Ortega y Gasset. Allá por 1914 se consideraba éste como un profesor de filosofía in partibus infidelium, en tierras de infieles a la filosofía, hostiles o, cuando menos indiferentes a ella. Pero el individuo no existe, no es, sino en y con su “circunstancia”. El filósofo no podía ser sino en y con su circunstancia hispánica. Si ésta no se salvaba para la filosofía, tampoco se salvaría el filósofo. Pero salvar una circunstancia es actualizar el logos” (...) “Esta lección la aprendió Samuel Ramos” (1950:236, subrayado mío).

¹¹⁹En 1919 Octavio Méndez Pereira es el primero que escribe una biografía sobre Arosemena. Si bien escribe una apología del personaje, no termina declarándolo fundador o padre de alguna idea. Lo que más alcanza a éste que el filósofo nacional panameño concentra su preocupación de ganar un símbolo para la nación, en transformarlo por un golpe de fuerza, a pesar de algunas vacilaciones, en decir, es lo siguiente: “Nadie como ese hombre ha contribuido al progreso realizado en Colombia durante más de la mitad del siglo XIX” (1970:1).

¹²⁰“Autonomismo istmeño, hispanoamericanismo continental, internacionalismo federal, son los conceptos fundamentales sobre los cuales ha de construirse la nacionalidad panameña, ha de contenerse el imperialismo anglosajón y ha de establecerse la equidad universal. Justo Arosemena es figura señera del pensamiento nacionalista del decimonono” (1954: 77).

justificada por la historia (hispanoamericanismo político)” (1954: 59). Pero puede afirmarse que el *hispanoamericanismo cultural* de Soler es una especie de hispanidad neocolonial, pues su idea romántica de hispanoamericanismo (lenguaje y cultura, para no decir de raza), está basada en una visión “monolítica” y “exclusiva”, “como acto de dominación” (82).

No obstante, leyendo a Soler no logramos saber que Justo Arosemena, además, de haber sido político y ensayista filosófico, había vivido muchos años en New York, que hablaba inglés, que su segunda esposa había sido una norteamericana, hija de diplomático, y que hasta el final de sus días había tratado de convertirse en un exitoso hombre de negocios al querer obtener la licencia de una empresa norteamericana para instalar lámparas de gas en la ciudad de Panamá. También quiso fundar un banco en Caracas. Es más, terminó sus días recibiendo una pensión por sus servicios y contactos para La Compañía del Ferrocarril, empresa norteamericana radicada en Panamá desde 1855¹²¹.

Y como todo buen hombre del siglo XIX, Justo Arosemena creía en el duelo para solventar infracciones y vejaciones morales.

El concepto romántico de nación de Soler está claramente expresado en una de sus últimas obras *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas* (1980). En este filósofo nacional no existe el ciudadano, el individuo, para no decir el hombre ilustrado, que él asocia con la Idea liberal, “ya en trance de degeneración desde el siglo XIX” (263). Como en la filosofía clásica alemana, a partir de Hegel, donde hay una desconfianza y un rechazo de la Ilustración, del individuo y del humanismo, para aquél filósofo panameño lo que existe son comunidades, culturas, etnias, el estado, clases sociales

¹²¹Estas informaciones las he obtenido de las biografías sobre Justo Arosemena de Méndez Pereira (1919) y José Dolores Moscote (1956).

y relaciones económicas. Es decir, la crítica de la Ilustración europea sigue por Europa – el romanticismo pasado por el tamiz de las clases sociales – que le da forma y contenido al discurso neocolonial en la Guerra Fría.

El pragmatismo americano en el transcurso de la Primera Guerra Mundial se había asentado en Panamá como *Lebensphilosophie* entre los intelectuales liberales que creían en el progreso y en el individuo, mientras existía el optimismo con respecto al futuro que implicaba la inserción del país en el mercado mundial por el Canal de Panamá. Y la postura que rechaza esta posición se acentúa justo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando las élites económicas, intelectuales y políticas se ven “excluidas” de los beneficios de esta inserción¹²². Es entonces que se conforma una base romántica de nación que ya había tenido un primer impulso desde finales de la década del veinte, cuando se quiere fundar la Academia Panameña de la Lengua como contrapeso a la presencia anglosajona y antillana en el país¹²³. Esta ambivalencia de la ciudad letrada panameña, finalmente se resuelve en Soler (como miembro de la nueva generación de filósofos nacionales que se forman en

¹²² En 1940 Octavio Méndez Pereira, el liberal progresista, escribía: “Del Canal apenas nos ha quedado los mendrugos de los barcos y de los turistas que vemos pasar con otras banderas. Ni un túnel, ni un puente permanente para cruzar los dos pedazos de nuestra república, ni un gran camino carretero que resistiera los camiones de guerra de nuestro gran aliado, ni un comercio cuyo principal rendimiento fuera para nosotros” (65).

¹²³ Como presidente de la Delegación Panameña de la Unión Ibero-Americana, el diplomático, abogado e intelectual Dr. Ricardo J. Alfaro firmó, junto con otros liberales, que también habían acogido positivamente el pragmatismo americano, como Jephtha B. Duncan, Octavio Méndez Pereira y Guillermo Andreve, el siguiente documento en 1920: “una de las fases más interesantes de esta situación es la que se refiere a la conservación y pureza de la hermosa lengua que hablamos, y, si como se ha dicho innumerables veces, la lengua es el más fuerte vínculo de solidaridad y de cariño entre los pueblos de un mismo origen, es deber nuestro el tratar de mantener el idioma que hablamos ajeno a los barbarismo y degeneraciones que está expuesto a sufrir entre nosotros por causa de nuestra convivencia con una población de habla inglesa. Meditando sobre estas circunstancias, ha surgido en mi mente la idea de establecer en esta República una Academia de la Lengua, correspondiente a la

la Universidad de Panamá)¹²⁴ en un concepto de nación que es homogéneo-autoritario. Y en su obra de madurez toma como ejemplo a Alemania e Italia por ser el estado quien asumiría jerárquicamente la formación del espacio nacional basado en la comunidad de lengua y así se lograría la “homogenización de la sociedad civil” (26). Este hispano-americanismo soleriano, que pasa por un tamiz rodoniano-hegeliano-marxista de la Historia de las Ideas, está apoyado por una cita bastante tribal de Engels, cuya idea de “grupos lingüísticos” era la base de la “formación de estados”, “nacionalidades” y “naciones” (14). Y esta idea tribal, jerárquica y autoritaria, porque debe consolidarse por el estado, alcanza su cima cuando el filósofo nacional presenta a la nación como un bloque monolítico: En tanto que unidad de territorio, economía, lengua y cultura la nación convoca a la homogeneidad de la estructura y la superestructura sociales” (29).

La idea soleriana de nación para un país como Panamá, que entra en la modernidad por romper precisamente ese llamado y pretendido bloque monolítico al convertirse en una sociedad

Real Academia Española y que integrada por personas que se hayan distinguido en el campo literario y científico y que muestren vivo amor por todo lo que sea manifestación de la sangre hispana que corre por nuestras venas, contribuya por todos los medios de que puede disponer una institución de ese género, no solo a conservar la pureza del castellano en la República, sino también a rodearlo del prestigio, respeto e interés que merece una lengua hablada en Europa por una nación que tiene las páginas más gloriosas en la historia del progreso humano, y hablada en América por 18 repúblicas hijas suyas que junto con la Madre Patria están llamadas a un esplendoroso porvenir” (12).

¹²⁴Los trabajos de graduación, para obtener el título de filosofía, son presentados por Isaías García, *Autenticidad e inautenticidad en lo panameño* (1954); Moisés Chong, *El pensamiento Panameño* (1952); Ricaurte Soler, *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX* (1954). Entre los profesores del Departamento de Filosofía, que promueven esta dirección de estudios, está Diego Domínguez Caballero, quien terminó su doctorado en Madrid, después de haber pasado por Harvard y Columbia. Éste se preocupa por el estudio de la “esencia” de lo panameño. Además, está Rafael Moscote, quien hizo su master en arts en la Universidad de Columbia, y quien mantiene una posición crítica frente a los filósofos nacionales. En este sentido, Ismael García, el crítico literario,

diferenciada por la inmigraciones sucesivas que afecta a toda la sociedad¹²⁵, significa una limpieza “étnica” simbólica que niega y se coloca en las antípodas de la modernidad del país. Soler es, además, bolivariano. Pero la modernidad en Panamá no ha sido bolivariana, pues su experiencia como nación no ha sido la Idea romántica del libertador de crear una nación con lenguaje, religión y tradiciones comunes como está expuesto

comenta a propósito de la obra de Moscote Páginas Nacionales (1961), lo siguiente: “Aunque Rafael E. Moscote es un escritor de ideas, en estas páginas nacionales asoma de vez en cuando su emoción patriótica, sin exaltaciones ni estridencias; pero muy a tono con su calidad de educador, interesado por abrir cauces nuevos a la investigación histórica nacional, tan alejada en verdad de la orientación que señalan los estudios historiográficos modernos, tal como puede verse en algunos textos empleados en nuestras escuelas” (1986: 186 y 187, cursivas mías).

¹²⁵Recientemente el sociólogo Alfredo Figueroa Navarro ha mostrado esta “globalización” – que es parte de la modernización en Panamá – para las élites económicas y políticas, de la siguiente manera: “Nota definitiva de la burguesía del istmo central era su carácter abrumadoramente mercantil, débilmente industrial y también subordinadamente agrario. Otro rasgo pronunciadísimo, como tendremos la oportunidad de ver, dice de la relación con la preeminencia de los extranjeros en el seno de la gran burguesía finisecular de la zona de tránsito. En verdad los sectores autóctonos figuran casi siempre como segundones en los negocios respecto del predominio aplastante de los burgueses internacionales. En cuanto a esta característica, es importante señalar que, durante el siglo XIX, se acentúa la hegemonía de las burguesías foráneas en Panamá, hartamente ostensible en la etapa de la fiebre del oro de California –1849-1820– cuando grandes negociantes alógenos concurren a Panamá a aprovechar la bonanza transitista anterior a la declaración de independencia de España. Si la burguesía mercantil de la capital de Panamá se manifiesta con brillo al estampar las firmas de sus miembros en el acta de independencia de 1821, esto no obsta para que, en décadas siguientes, se debilite frente a la pujanza de unos elementos burgueses advenedizos que, al final del siglo, muestran su ventaja económica donde quiera. Sin embargo, en la secesión de 1903, es indudable que sus unidades aparecían como integrantes de la junta revolucionaria y se lucraron del poder político y del prestigio social por lo menos hasta bien entrado el siglo veinte. Con todo, en la coyuntura de la separación, de 1903, figura muy bien representada por la burguesía hebrea sefardita, emigrada a Panamá a partir de la segunda mitad del decimonono que apoya la desmembración en la zona de tránsito e incluso en New York por conducto de sus banqueros establecidos en la Babel de Hierro –Piza y Lindo, por ejemplo–. Esto prueba la similitud de miras compartidas por la burguesía nacional y la foránea respecto de su deseo de ver construido el Canal de Panamá por los norteamericanos, esquema que cristalizaría de 1904 a 1914” (2004: 96).

en la Carta de Jamaica de 1811¹²⁶.

Sin embargo, lo que hizo diferente a Soler de los críticos literarios que han querido fundamentar la nacionalidad y la nación panameña con el recurso de la nostalgia¹²⁷ (que también ha sido un elemento manejado por los teóricos de la postcolonialidad como Ashcroft y Griffiths) es que como buen hegeliano-marxista cree en la idea del progreso de la historia. La nación romántica se fundamenta como proyecto, como realización, no como sentimiento o nostalgia, en que “el enriquecimiento de la personalidad individual” llega a “apropiarse” del “patrimonio común” que se “acumula” en esa “cultura material y espiritual”, es decir, que el individuo solo llega a realizarse como miembro de ese bloque monolítico que debería ser la nación romántica, pero no en la “sociedad burguesa”, que, por el “egoísmo”, imposibilita disfrutar “los frutos de la creación colectiva” (29).

Soler, en efecto, no es poeta. Pero su filosofía nacional está cruzada por un sentimiento poético-romántico, por su búsqueda de los “orígenes” de la nación romántica, ya sea en los documentos o en una consciencia de clase criolla. Efectivamente, lo que seguiré observando en los ensayos y en los textos literarios de otros autores, por cierto, la amenaza que representa para la formación del “criollo” el comercio, la modernidad, la apertura económica y la inmigración, lo

¹²⁶Bolívar definía claramente, mucho antes que los alemanes lo hicieran, el ideario romántico de nación –sin abandonar la idea ilustrada de ser americano por el ius soli– al escribir que el Nuevo Mundo debería tener una sola nación, y, por tanto, un solo gobierno, por tener un origen, unas costumbres, una lengua y una religión comunes. Y que precisamente lo que obstaculizaba esta idea de América eran los caracteres desemejantes, los intereses opuestos y los climas remotos (1990).

¹²⁷Elsie Alvarado de Ricord anota que de los tres poemas que “conjugan con caracteres firmes las tres facetas del amor a la patria” como Al cerro Ancón, de Amelia Denis de Icaza; Patria, de Ricardo Miró y el Canto a la bandera, de Gaspar Octavio Hernández, son, justamente, más gustados los dos primeros por el “tono nostálgico” (1961: 39).

encontramos en Soler al fundamentar que el “origen” de la clase criolla, su “consciencia”, solo pudo ser posible cuando se finalizó la Feria de Portobelo en el siglo XVIII¹²⁸. La consciencia “criolla”, la población y su cultura, solo pudo formarse mientras Panamá no estaba envuelta en el tráfico comercial. No hay mayor dificultad a la “sedimentación” que este movimiento comercial que obstaculiza la conformación de una cultura “propia”. Los filósofos nacionales, como Soler, reflexionan y construyen el pasado como reacción a la “amenaza”, a la “penetración” y a la quiebra de los valores tradicionales (como la familia: la nación comprendida como cuerpo monolítico) que realiza la inclusión del país en el tráfico de gente, mercancías y valores¹²⁹.

El mito fundacional – el siglo XVIII – ayudó a Soler para reemplazar la usurpación que es ejercida por la situación neocolonial, donde no podía reconocerse lo nacional del espacio inmediato: las ciudades de Panamá y Colón. Aparentemente, este filósofo nacional no le presta atención al Panamá moderno, al que le rodea, al Panamá que está inmerso

¹²⁸Al respecto, Soler escribe: “ En 1739, al cambiarse la ruta del comercio metropolitano con la consiguiente supresión de las ferias de Portobelo, el istmo pierde, por muchas décadas, el carácter de país-tránsito que había revestido durante todo el decurso anterior de la época colonial. La profunda decadencia económica subsecuente no pudo impedir que una relativa sedimentación de la población suministrara la base demográfica que haría posible el posterior despliegue histórico social del criollo istmeño. Desde este punto de vista el cambio de ruta parece propiciar la formación de núcleos sociales propiamente criollos, formación que permitiría la superación de las características flotantes de nuestra población y de nuestra cultura colonial” (1964:19).

¹²⁹Este mito fundacional de la clase criolla nacional en Panamá es muy parecido al mito fundacional de la nación costarricense por su supuesto aislamiento y ensimismamiento campesino en la meseta tropical centroamericana, mito que Abelardo Bonilla expresa así: “La nacionalidad costarricense se formó sobre la base escasa de los conquistadores y colonizadores españoles, puesto que al llegar Colón a nuestras playas del Atlántico, la población indígena avanzaba rápidamente en el declive de la desaparición. Y se formó casi exclusivamente en los 2.000 kilómetros cuadrados de la Meseta Central (1967: 22).

en la modernidad, aunque toda su filosofía nacional se levanta con respecto a la fractura – de la sociedad monolítica – que realiza la situación neocolonial en el país. A partir de aquí su Panamá es el siglo XIX, sobre todo, una personalidad, Justo Arosemena, una ideología, el positivismo, y una meta: limpiar el siglo XIX de impurezas no hispánico-americanas, que no sean “propias” y que no sean “originales”. Su Panamá del siglo XIX es la realización hispano-americanista, rodoniana, de la cerrazón con respecto a la modernidad. No dirá como Rodó, que la democracia es una “zooocracia”, ni como Ingenieros, que la democracia, es una “mediocracia”, pero sí lo siguiente:

La fundamentación histórico-geográfica de la nacionalidad panameña entronca directamente con los postulados filosóficos-políticos de la democracia liberal. Pero el liberalismo panameño decimonónico, ya lo hemos señalado, expresa en lo político el ser social de aquella burguesía comercial obsediada por el librecambismo y por afán de convertir el istmo en una gran “feria” o en un inmenso emporio(1964: 50).

Para este filósofo nacional la situación neocolonial panameña que de por sí es rechazada por la usurpación territorial que produce la condición de cuasi-protectorado del país, lo lleva a construir un espacio nacional ficticio en la decadencia, la pobreza y el aislamiento del siglo XVIII. Y a ganar además el siglo XIX para la memoria nacional. Soler es por excelencia el filósofo de la anti-modernidad en Panamá, una anti-modernidad que es camuflada por un repertorio marxista – que es precisamente una ideología de la modernidad – para terminar de enterrar la quiebra de la modernización post-ilustradora, donde el ciudadano y el individuo, con sus llamadas libertades en las conocidas democracias liberales y abiertas, nunca había podido legitimarse en la ciudad letrada romantizada. Si por la extranjerización del espacio, que fue provocada por la situación neocolonial (La Zona del Canal) y la inmigración, los escritores y los ensayistas panameños

rechazaron la modernidad en Panamá, acomodándose en mundos imaginarios románticos, anti-modernos, endógenos y cerrados, Soler, como filósofo nacional, hizo lo mismo al no levantar la mirada sobre la historia de las ideas hispanoamericanas por su interés de limpiar un siglo XIX de impurezas no autóctonas.

Al contrastar la obra de Soler *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas* (1980) con su primera obra *Pensamiento panameño y concepción de la Nacionalidad* durante el siglo XIX (1954), nos hacemos la siguiente pregunta con respecto a la Historia de las Ideas en Panamá: ¿no habrá sido una distorsión premeditada y autoritaria, hispano-americanista y mutiladora de la construcción de la llamada memoria nacional? Pero, ¿para qué había de estar interesados en construir esta memoria? ¿De dónde provenía el complejo nacional de la Historia de las Ideas? De hecho, Soler afirmaba en contra de Justo Arosemena que la geografía era precisamente un mito¹³⁰. Pero la misión entonces era demostrar que el mito geográfico, si bien era un fundamento de la nacionalidad, no era tan importante como la demostración que ofrecen documentos históricos de esa memoria nacional:

El segundo elemento que actúa como formador de nuestra individualidad tiene raíz histórica, casualmente en

¹³⁰Mito o no el factor geográfico, para la conformación de la nación, la tierra y la geografía, en la mejor tradición española, fue y era un elemento importante en la comprensión de la nación imaginaria en América Latina como lo ha estudiado Benedict Anderson (1983). Sin embargo, para Arosemena la nación era la Gran Colombia que reunía a varios países sudamericanos. Y escribió precisamente, en contra de la nación, en su intento de fundamentar teóricamente el Estado Federal de Panamá, lo siguiente: “El municipio es la verdadera sociedad: la Nación no es sino una pura idealidad, una abstracción, a la cual no deben subordinarse los intereses de la ciudad o del común. Emancipemos pues las ciudades, o grupos de poblaciones dependientes entre sí por igualdad de situación i de necesidades. Donde quiera que hai una comarca de regular extensión, de clima i producciones análogas en toda ella, bien demarcada por la naturaleza i homogénea en su fisonomía, allí está el común, pidiendo el derecho de emancipación que no debemos negarle” (1982:15).

nuestro pueblo del cual se ha dicho no tiene historia, vale más decir, no tiene historiografía (1954: 100).

En esta misión de reconstruir la memoria, bajo la Historia de las Ideas, se llega hasta 1824. Aquí se halla un documento fundador del “alma istmeña”, pues es “una filípica” contra la dominación española...” (101). En este punto, puede escucharse en la voluntad intelectual de Soler de demostrar que la nación panameña posee historia, el eco de un Ortega y Gasset que – en su muralla filosófica, con respecto al pragmatismo americano, cuya filosofía éste simplifica y la nivela al nivel de la inteligencia de un chimpancé¹³¹ – había sido recibido por los hispanoamericanos para dedicarse a una reconstrucción casi hegeliana de la Historia de las Ideas ya recomendada por José Gaos en 1944¹³². No debe olvidarse que la dificultad de

¹³¹Si bien Ortega y Gasset está muy lejos de ser rodoniano, no deja de estar preocupado por la mismas preguntas de Rodó, es decir, qué hace diferente o inferior al espíritu americano del europeo o latino. Por ejemplo, en 1931 escribe. “El error del pragmatismo no radica en que considere las ideas como instrumentos, sino en que quiera reducir las cosas con que el hombre tiene que habérselas a lo perceptible y experimentable, lo que está a la mano y presente, el mineral, la planta, el animal y la estrella. Porque la estrella por muy lejos que esté está siempre también a la mano. Si así fuese, la vida resultaría faena fácil, tal vez resuelta con cierta plenitud hace milenios. Especies inferiores al hombre, como el chimpancé, tienen ya, según Köhler, capacidad instrumentifica y esto no sería posible si careciesen de vislumbre de idea. Es probable que las ideas del animal no sean estables o sean un carácter de ideas-relámpagos, de >>ocurrencias<< que no se solidifican en su mente y por esto no llegan a ser >>ideas generales<<. Pero este defecto de su inteligencia se debe más bien a insuficiencia de otra facultad que no es el pensamiento: a falta de memoria” (1981:155, subrayado mío) Sin embargo, fue Patrick Romanell quien llamó la atención sobre las semejanzas de Ortega y Gasset con respecto al pragmatismo: “El perspectivismo y el pragmatismo tienen iguales incitaciones: futurismo, activismo y relativismo. Y por curioso que parezca el pensador español es más congruente *como pragmatista* (pero sólo en cuanto eso) que el propio Dewey, ya que su preocupación expresa está orientada hacia los problemas vitales de los hombres *en particular* y no de los hombres en general” (1954: 180).

¹³²En el texto citado anteriormente de José Gaos, que es a la vez el eco de Hegel, no se habla de historia universal, pero sí de la total historia humana. Esta invitación de Gaos en su conferencia de 1961, ¿no será una invitación a los hispanoamericanos para que entren definitivamente en la historia, es decir, que sean pueblos como lo

Ortega y Gasset para comprender la modernidad americana sería fundamentada con una filosofía ligeramente hegeliana, pues, en vez de afirmar que estos pueblos estaban sin historia, señalaba que estaban sin memoria para apoyar su posición de que los “norte”-americanos – y los americanos – no habían logrado a hacer historia por ser pueblos jóvenes y por “vivir la prehistoria de sí mismo” (1981:173).

Si para un Hegel solo alcanzaban la historia los pueblos con un estado centralizador, para Ortega solo alcanzaban a salir de la primitividad, y la animalidad, los pueblos que poseían memoria o la más larga como los europeos...” (162). En este sentido, si bien los filósofos nacionales como Soler no se abrevaban directamente de Ortega y Gasset, su primer texto se escribe en el marco de esta cosmogonía de pensamiento sugerida por Gaos. A partir de aquí se comenzó a trabajar la memoria, la Historia de las Ideas, pues significaba entrar en la historia, única posibilidad real de encontrar una personalidad individual: la nación panameña.

2. Limpiar al siglo XIX de la modernidad

Si en Costa Rica Abelardo Bonilla planteaba que el “clima suave”, entre otras cosas, de la meseta centroamericana, había sido propicio para la filosofía y el ensayo, y no para la literatura¹³³, en Panamá el problema de pertenecer a un país tropical no era asumido ligeramente por sus intelectuales y,

había planteado Ortega y Gasset en sus artículos sobre América en la década del 30?

¹³³“Por esta razón la característica más definida de la literatura costarricense, desde el período colonial, es el predominio del pensamiento y la aventura conceptual sobre la poética, lo que, además, se explica por muy diversas circunstancias: por la falta de relieve y de interés en la vida de las razas aborígenes en la época del descubrimiento; por haber carecido la conquista de aspectos brillantes y heroicos; por haber sido la independencia un hecho reflejo y no guerrero; por no haber predominado el ejército, como en tantos otros países de América; por la superioridad numérica y cultural de la raza blanca sobre la india y mestiza y por la ausencia del caudillismo en nuestro desarrollo político. Estas circunstancias han contribuido a

especialmente. por la ciudad letrada. La dificultad de ser de un país tropical que, además, era “transitista” y “relativista”, era coherente, por otro lado, con la opinión – manifestada entre líneas – del ensayista costarricense que consideraba al clima suave de por sí una virtud para la reflexión filosófica. Estas eran dos caras de la misma moneda euro-céntrica que, en el caso de los intelectuales panameños, le agregaba una nota discordante a sus pretendidas búsquedas de una cultura nacional propia que estuviera a la altura de los modelos céntricos. Con diáfana claridad, en el prólogo que escribiera Rodrigo Miró, para el trabajo de graduación del joven filósofo panameño, heredero del Ateneo mexicano¹³⁴, en el cual éste expone su tema y sus preocupaciones que lo seguirán a lo largo de toda su obra, se define la configuración intelectual de este complejo panameño, cuyo fondo, por un lado, fue el rechazo de la situación neocolonial y, por otro lado, la dificultad de aceptar la modernidad con su llamado calor tropical:

En las áreas cálidas del Caribe, sometidas a un intenso tráfico humano y mercantil, donde la iglesia misma sucumbía al influjo del medio, la especulación filosófica no encontró tierra fértil. Coyuntura favorable ofrecieron, en cambio, distantes ciudades de ritmo asordinado y clima benigno -Bogotá, Quito, Charcas-, o centros que, como México y Lima, por su mismo extraordinario desarrollo permitieron muy diversos florecimientos (1954: XV).

Efectivamente, Rodrigo Miró constata que en Panamá no existían las condiciones “para un juego desinteresado

darle preferencia en nuestra producción literaria a la Historia y al Derecho sobre las formas de creación poética” (1967: 34).

¹³⁴Samuel Ramos, con respecto al Ateneo de México, dice: “la obra del Ateneo en su totalidad fue una sacudida que vino a interrumpir la calma soñolienta en el mundo intelectual de México. Propagó ideas nuevas, despertó curiosidades e inquietudes y amplificó la visión que aquí se tenía de los problemas de la cultura. Mediante su filosofía tendió a contrarrestar el influjo creciente del utilitarismo, inculcando en la juventud el sentido de los valores del espíritu” (1938:123).

de las ideas” y que “las instituciones religiosas tampoco lograron arraigo pleno” (XV). Además, por la lucha contra los piratas, Panamá fue centro de pilotos, cosmógrafos y expertos militares, “clima intelectual orientado hacia el conocimiento positivo y poco propicio a la escolástica” (XIV).

Es decir, desde muy temprano, Panamá ya estaba inmerso en este proceso de modernidad que ya se anuncia desde la colonia, pero esta modernidad – entiéndase bien – es la que precisamente impide la reflexión filosófica y ensayística desinteresada.

Soler, en este sentido, sigue la misma idea, aunque haya afirmado que la modernidad “penetró en nuestras naciones fundamentalmente a través del pensamiento revolucionario de la Filosofía de la Ilustración” (14).

La pregunta es, efectivamente, en qué pensamiento revolucionario estará pensando Soler. ¿El que proviene de Francia? ¿El jacobino? Para Soler el pensamiento de la Ilustración se concretizó en la independencia americana y, sobre todo, la reacción contra esto fue lo que él denomina “un pensamiento de contenido claramente positivista” (en Miró, 1981: 386). En este ensayo desarrolla explícitamente su tesis de que Arosemena fue un positivista, que fue un fundador del positivismo paralelo y que, incluso, fue más allá de Augusto Comte y que precedió al mismo Durkheim en su ciencia de los hechos sociales. Y a partir de aquí se expone la preocupación principal de Soler: Por ello precisamente Arosemena rechazó para su ciencia social el principio de utilidad que tan ardientemente defendió en sus concepciones psicológicas (384, subrayado mío).

El problema para Soler es cómo entrar en la modernidad romántica por la crítica de los “fundamentos” de la modernidad en Panamá: salir del utilitarismo del siglo XIX que fue realmente la llegada de la modernidad a la ciudad letrada panameña. La independencia fue parte, efectivamente, del proceso general de emancipación que en Panamá estuvo muy lejos de ser épica,

revolucionaria y heroica . Pero, porque Soler está preocupado por fundamentar la “circunstancia americana” y, sobre todo, su “hispanoamericanismo cultural”, que debe levantarse, por un lado, como contrapeso del “escolástico hispanismo”, y, por otro lado, contra el utilitarista siglo XIX, está dispuesto a sacrificar la modernidad ilustradora que pudo haber existido en aquel siglo, por parecerle demasiado utilitarista, pragmática, anglosajona. El empeño filosófico de Soler responde, además, a la trillada y estereotipada manera de concebir a los países anglosajones, esquema de vieja data que se va formando a finales del siglo XIX y principios del veinte por los críticos de la modernidad, que, para ellos, es representada por los Estados Unidos: Rubén Darío, Vargas Vila, Rodó.

La estrategia de Soler, para meter a Panamá en el mundo romántico, es tratar de limpiar al siglo XIX de utilitarismo. El joven filósofo nacional sabe que es discutible y absurdo hablar de un “pensamiento que sea panameño” (1954: 6); sin

¹³⁵Diógenes de la Rosa, uno de los ensayistas panameños de mayor relieve, cita a Eusebio A. Morales que, en una mezcla de crítica, reproche y realismo, afirma de manera dramática la ausencia de lo épico en el pueblo panameño: “Quienquiera que medite algo sobre la naturaleza y el alcance de nuestro males políticos y sociales tiene que llegar a la conclusión de que nuestro mal más hondo es la casi total ausencia del sentimiento de la nacionalidad en la masa del pueblo panameño. El sentimiento de la nacionalidad es nulo o es débil entre nosotros porque ese sentimiento no nace y se desarrolla sino al calor de dolores y de infortunios comunes, de luchas largas y sangrientas, del sacrificio de preciosas vidas y del martirio de algunos de algunos seres predestinados que vienen a ser finalmente los creadores de la nacionalidad, porque ellos han encarnado, condensado y revelado en sus obras, en sus vistas y aún en su martirio los pensamientos incoherentes y las aspiraciones intuitivas de todo un pueblo. Pero Panamá, país nacido a la vida independiente sin luchas y sin sangre, sin actos de heroísmo y sin el sacrificio de ningún mártir, se encontró súbitamente disponiendo de un bien que no había conquistado con su esfuerzo, y es natural que todavía hoy, trece años después de la independencia, este bien inestimable no sea apreciado en todo su valor. Aún entre los mismos promotores del movimiento de separación había hombres que no creían en la permanencia de lo que estaban fundando y para quienes lo esencial era resolver un problema económico inmediato y personal, más bien que reconocer el espíritu y consagrar la existencia de una nacionalidad” (1953: 28).

embargo, está convencido que los países hispanoamericanos, “inclusive Panamá”, han contribuido originalmente a la “cultura universal” (7). La pregunta, no obstante, es saber qué significa esta “originalidad”. Para él esta contribución del “Pensamiento panameño adquiere su más genuina significación, sin que esto entrañe un descuido absoluto de la especulación filosófica, en su reflexión sobre la particularidad nacional y las expresiones auto-conscientes de tal particularidad” (7). En este viaje hacia la particularidad nacional, que no debe olvidar la especulación filosófica, Soler considera que no hay reflexión filosófica que no esté ligada a lo político, pues aquí pretende encontrar su originalidad, justificación y sentido, fórmula que sirve además para sentar las bases de la propia estrategia discursiva y así utilizar e interpretar los materiales analizados. Y en este pastiche filosófico en la cual puede escucharse el eco de Samuel Ramos, cuando éste afirma muy protestantemente, por la ausencia de confesor, que el “examen de conciencia” pasa por lo que él llama la “introspección nacional” (148), el joven filósofo plantea en su intento de encontrar la originalidad, lo siguiente:

Los intentos independentistas y autonomistas constituyen el estímulo que posibilita la introspección panameña sobre su autenticidad como ser colectivo claramente diferenciado (7).

Este mirar hacia adentro, la introspección, que es subjetivo y psicológico, lleva a Soler a coquetear con las esencias de la psicología del panameño, determinada precisamente por el “transitismo”. Y este elemento, paradójicamente, acerca a Soler a los filósofos nacionales esencialistas. Cree encontrar en el “transitismo” una cierta invariabilidad en la personalidad del panameño como nación¹³⁶.

¹³⁶ Olmedo Beluche que no hace mucho ha criticado desde una perspectiva de clases marxista el transitismo, ha querido llamar la atención sobre el hecho de que los panameños “han acariciado más de un proyecto nacional” (1997:5). Pero de

Y el “transitismo” conlleva un elemento que – para el filósofo que está interesado en la creación de una “cultura” panameña homogénea y monolítica – lo lleva a reconocer, contra su voluntad, lo siguiente: el relativismo¹³⁷. Pero este mismo “relativismo” que el acentúa como característico en la cultura panameña, es lo que le ayuda a acentuar la romantización de su héroe Justo Arosemena y de la ciudad letrada panameña del XIX. Aquí es posible entonces descubrir una dualidad, una vacilación, un territorio semántico que se mueve en dos direcciones: la primera es que el “transitismo”, como fatalidad histórica, impedía la formación de una verdadera nacionalidad¹³⁸, hasta que se clausurara la Feria de Portobelo en el siglo XVIII que fue el “germen” de la conciencia criolla, y, la segunda, es la siguiente”:

En Panamá, el fuerte sentido de lo relativo, y una psicología de amplia tolerancia, característica de nuestro pueblo, como de todos en la historia desempeñaron una función transitista, impidió la proliferación de las corrientes involucionarias. Las revolucionarias, no

hecho Soler, desde su primer libro, nunca ha afirmado que no ha existido o hayan podido existir otros proyectos de clases. Lo que Soler afirmó es que el transitismo ha impregnado, como ningún otro, a la sociedad panameña.

¹³⁷ “El pensamiento panameño se aboca a esta problemática surgida de la zona de tránsito. Arosemena es claro ejemplo de la variabilidad de repercusiones que determina el transitismo en los intelectuales. Si no hay, por una parte, afirmación más contundente de panameñidad que la obra misma de Don Justo, por otra, en más de una ocasión, permitió en sus proyectos legislativos, no llegados a materializarse, la inoperancia de la autenticidad nacional al pretender hacer del Istmo un “Pro Mundi Beneficio” al amparo de plurales potencias extranjeras” (9).

¹³⁸ “No obstante haberse afirmado en la conciencia nacional panameña la individualidad nacional, hay factores negativos que asumieron en letargo, afortunadamente efímero, su psicología nacionalista. Uno de ellos es la creencia generalizada en la posición geográfica privilegiada. Por paradójico que parezca la fe en dicha creencia a la vez que actúa creando una conciencia de nuestra peculiaridad, de nuestra autenticidad, **desvirtúa en más de un caso esa misma conciencia diluyendo todo sentido nacional en inquietudes de tipo práctico y utilitario, cuando no en función de un internacionalismo excesivamente amplio.** Tal ha sucedido en algunos de nuestros estadistas, y tal es lo que supone el “Pro Mundi Beneficio” como lema patrio” (39, subrayado mío).

obstante esporádicos intentos, tampoco han logrado efectiva vigencia, en razón precisamente del relativismo que define la psicología panameña. Se observa, pues, que el relativismo istmeño pudo haber sido de positivas repercusiones en el campo práctico y político (43).¹

¿Soler no estará pensando en el llamado pragmatismo, es decir, no como sistema filosófico, pero si como *Lebensphilosophie* del pueblo panameño? Como joven rodoniano, bolivariano y ateneísta, Soler evita en el campo semántico – dentro de lo posible y solo para criticarlo – la utilización de conceptos como pragmático y utilitarista. Tan banal como pueda parecer y, precisamente, por esto llama la atención, el sistema semántico soleriano se levanta cuidadosamente de acuerdo a su objetivo de acentuar la no-modernidad ilustradora del siglo XIX. Y este impulso ideológico lo lleva, por un lado, a mitificar al pueblo panameño, caracterizándolo por una “psicología de amplia tolerancia”. Pero lo que resalta aquí es la ausencia de realidad y sinceridad del filósofo nacional con respecto a la modernidad social-económica en Panamá y, especialmente, con relación a la inmigración antillana y china en el país¹³⁹. Puede afirmarse que, en las ciudades de Panamá y Colón, en medio de una sociedad que pasaba por un proceso de diferenciación intensiva, la búsqueda de la identidad del pueblo panameño, impulsada por los intelectuales y los políticos, fue acompañado de la intolerancia y la segregación, y, como en el caso de Soler, de mitificación del “pueblo”, como reacción de una comunidad imaginaria que se siente amenazada y rodeada de enemigos que la asechaban¹⁴⁰.

¹³⁹ El ejemplo más categórico de esta reacción de intolerancia y segregación es la constitución de 1941 que desnacionaliza a las “razas de inmigración prohibida”, bajo el gobierno populista de Arnulfo A. Madrid.

¹⁴⁰ En 1953 Esther María Osses escribió los siguientes versos: “Crecen las olas. ¿Qué importa? / El pez espada, tiburones ansiosos / fauces trituradoras, sombrías / puñales color de ámbar, áureos cuernos afilados / caracoles, monstruos / La playa está poblada de enemigos / ¿Y qué? La niña ríe”.

Soler no es ajeno al problema del racismo. Pero en Panamá lo llega a encubrir o desconocer con la mitificación de ser un pueblo con una “psicología de amplia tolerancia”. Mismo en su trabajo de doctorado de 1959 en el cual analiza al positivismo argentino, quiere limpiar el evidente racismo de un José Ingenieros a través de una pirueta intelectual euro-céntrica, pero que no se presta como modelo a seguir o imitar, sino, como excusa, para justificar la “particularidad” en América. Efectivamente, lo que yo llamaría como el euro-centrismo negativo, que utiliza el modelo Europa para crear un territorio de excepción y liberar las manos de toda responsabilidad y toma de posición crítica con respecto a lo considerado como “cultura nacional”, es la otra cara de la moneda del euro-centrismo positivo, en la que ingenuamente los modelos son copiados o transformados de acuerdo a las necesidades de fundamentación. Como ejemplo de este euro-centrismo negativo que crea este territorio de excepción y, por lo tanto, se “logra” disculpar al positivismo argentino, Soler escribe:

El marxismo, que influyó sensiblemente no sólo en las doctrinas sociales de INGENIEROS, sino también en la de muchos otros científicos argentinos, dio lugar a un fenómeno muy notable en la historia de las ideas argentinas: la convergencia entre las ideologías democrático liberales y las doctrinas socialistas. Este fenómeno se complica si se considera la importancia que atribuyeron los positivistas argentinos a ciertos conceptos sociales de significación francamente conservadora (el papel de las razas por ejemplo). (...) No obstante el carácter racista, y aún aristocrático que puede descubrirse en la obra de ciertos positivistas, sería erróneo considerar estas ideas como las más representativas de sus doctrinas sociales. Afirmamos por el contrario que mientras que en Europa las doctrinas surgidas de un aparto conceptual biológico (organicista) se caracterizan por sus tendencias claramente conservadoras, en Argentina el biologismo sociológico hubo de aproximarse a doctrinas sociales y políticas “progresistas (234 y 235).

La cultura criolla, ser progresista, el ímpetu de fundamentación nacional, andamiaje ideológico forjado en el transcurso de la Guerra Fría, implica para los filósofos nacionales un trastocamiento deliberado en que se crean territorios de excepción, particularidades y apologías ideológicas y políticas, ayudados por un relativismo filosófico que está cubierto por los intereses de fundamentación de la nación. Este procedimiento intelectual, que revela un estado espiritual de los filósofos nacionales, y que pasaría a designar como una especie de nihilismo neocolonial, está caracterizado por la crisis de efectividad y representatividad de los valores ilustradores que han “fundamentado” a la sociedad moderna. Es el espacio propicio, el territorio, que permite ejercer el corte con respecto a la modernidad.

Este corte, para el caso de Panamá, está ejemplificado en la manera con que Soler construye a Justo Arosemena. Si los “teóricos del neo-liberalismo republicano” (1964: 68) – una expresión soleriana para designar a Moscote y a Morales¹⁴¹ – escribían biografías sobre Justo Arosemena tratando además de representar al hombre e individuo de carne y hueso, los filósofos nacionales obvian este capítulo para construir al héroe nacional y se concentran en la Idea, lo latinoamericanista, y contemplarla así como una entidad universal y eterna que, sin embargo, está sujeta a la historia¹⁴². Para ello, entonces, como reconoce Nils Castro, hubo que acentuar lo que en Arosemena fue una temática menor y que está disperso en publicaciones y

¹⁴¹ Llama la atención que Soler no incluye en este grupo de intelectuales-políticos a Méndez Pereira.

¹⁴² En el prólogo que hiciera Soler de Nils Castro en 1974, aquél finaliza, así: “Por ello consideramos que este estudio de Nils Castro sobre “Arosemena, antiyanqui y latinoamericanista” es de verdadera y segura actualidad, pues se sitúa en el centro de múltiples debates ideológicos al destacar, con certero criterio, cómo en Arosemena, e igual en la formación de la sociedad panameña, las fuerzas de afirmación se nutrían de la interna y propia experiencia histórica, a la vez que constituían respuestas justas a la externa expansión colonialista estadounidense”.

periódicos de países distintos (1974: 9). Sin embargo, esta no es la preocupación primera de Soler, a pesar que ya en 1954 lo declara como “figura señera del pensamiento nacionalista del decimonono” (95).

Lo que está en juego en Soler es mucho más radical, más punzante, de “más larga duración” como diría el historiador Fernand Braudel: limpiar, dentro de lo posible, al siglo XIX panameño de modernidad, sacarlo del proceso general de apertura, transferencias e intercambios que, justamente, posibilita la modernidad, a pesar que él reconoce que la pretendida y construida originalidad – realizada por el filósofo nacional – del héroe nacional no responde “a las vigencias que a priori postule un americanismo cultural” (122). Sin embargo, a partir de aquí él sigue su meta, es decir, tratar de limpiar al utilitarista y benthamista siglo XIX panameño, personificado en el icono nacional Justo Arosemena¹⁴³.

¹⁴³ Soler, con su tesis ya anunciada desde el primer capítulo, en la que afirma que Arosemena es un “agnóstico”, pero de un “positivismo de tipo positivista”, comienza a limpiar al político-intelectual panameño de benthamismo y utilitarismo. Esta posición, efectivamente, esta precedida de antemano con el juicio de valor filosófico de que el utilitarismo y el benthamismo “no resiste una dialéctica prolija” (20). Para este propósito, Soler, además, se apoya en dos posiciones filosóficas modernas que él rechaza – la de Stuart Mill y el pragmatismo moderno – para afirmar, con las armas de sus enemigos, que el utilitarismo fue superado históricamente. Y mismo el positivismo es devorado, finalmente, por sus propios hijos: “La reacción anti-positivista se desarrolla en el Istmo paralelamente a la europea; no obstante, es claro, supone no la creación de un pensamiento que supere los postulados filosóficos del positivismo, sino más bien la continuación, con leves modificaciones, del escolasticismo colonial. Es desde este punto de vista que el utilitarismo y demás corrientes del pensamiento moderno presencian en Panamá un categórico repudio (41). Y este devoramiento, que quiere ser ejercido por Soler, extiéndose hasta los liberales panameños, al ser convertidos repentinamente en políticos religiosos: “Panamá, que en lo concerniente a movimientos ideológicos mantuvo un curioso paralelismo con el de resto Colombia, no escapó a la reacción anti-positivista que se avecinaba. Así, inclusive en los liberales istmeños de mayor jerarquía, se observa una atenuación del radicalismo leseferista de la década del sesenta. La merma de la mística liberal ha de conducir a nuestro país a una hibridación ideológica con el conservatismo que hará posible la decadencia de ambas tenencias. Es notable, y a la vez curiosa, la lenta fusión filosófica que se

Consecuentemente, aunque con muchas dificultades, él presenta a Arosemena como un caso ejemplar del pensamiento panameño, porque “su positivismo constituye una dirección genuinamente autóctona”(38)¹⁴⁴. Si, por un lado, Soler pretende hacer de Arosemena, para demostrar la “originalidad” americana, un adelantado del positivismo europeo, por otro lado, por el relativismo del “pueblo panameño”, va limpiando lo que pudo haber de modernidad en la ciudad letrada panameña al crear una simbiosis entre la fe (el agnosticismo) y la ciencia (el utilitarismo)¹⁴⁵.

En un lenguaje de connotaciones semánticas sexuales y patriarcales, donde la filosofía cultural sería medida por su impotencia congénita o no de producir cultura universal, Soler tiene la dificultad de reconocer que si hubo un político

va operando en los supuestos de nuestros partidos políticos. Frente al radicalismo vehemente del tipo de Arosemena, que no admitía fundamentación moral que no descansase sobre concretas bases “factológicas”, observamos ahora en los liberales panameños un punto de vista moral cristiano basado en una ética *inmutable y eterna*” (54).

¹⁴⁴José Dolores Moscote y Enrique J. Arce, quienes debieron ponerle atención al pretendido positivismo de Arosemena que Soler quiere imputarle, escribieron: “Su preocupación dominante fue, como no podía menos de serlo, la de analizar todo, de someterlo todo a la doble criba de la observación y la experiencia antes de prestarle el ascenso que sólo merecen los hechos en su rigor inflexible. Por aquí puede verse cuánto había andado el doctor Arosemena en el camino del positivismo en una época en que la obra de Augusto Comte apenas si había terminado. Sin embargo, hay que observar, para evitar una errada inteligencia, que nos hallamos muy lejos de asignar a nuestro compatriota el título de precursor de tal sistema de filosofía, pues no se nos oculta que existe bastante diferencia entre una simple actitud mental derivada, por asimilación de la lectura intensa de pensadores que vislumbraron la necesaria supremacía en la constitución de la ciencias morales, y la profesión, digamos así, de un conjunto más o menos sistemático de ideas que pudieron ser consideradas como una determinada orientación filosófica. El positivismo del Doctor Arosemena es solo la filtración en su mente del genio inglés, práctico en la investigación de la verdad, objetivamente utilitarista en la apreciación de los hechos y frío, acaso demasiado frío, en la construcción literaria de sus síntesis y generalizaciones” (1956: 66).

¹⁴⁵“De la interrelación entre las tendencias escolásticas y las corrientes científicas y filosóficas que se pretenden de vanguardia, se va gestando el ideario del pensamiento istmeño, ideario que no es ajeno, por otra parte, al agudo sentido relativista que

y pensador en Panamá que era anglófilo es, precisamente, Arosemena, aunque el filósofo quiera convencernos de que el panameño dejó de ser benthamista al fundamentar su doctrina con elementos cientificistas y positivistas. Y es que para Soler el positivismo estaba más cerca del socialismo, como quiso demostrarlo con su trabajo de doctorado sobre el positivismo argentino. Efectivamente, él trata de encontrar “originalidad”, donde no la hay, justamente en la filosofía moral y ética del benthamista panameño por su “variante” positivista y sospecha, no obstante, que la búsqueda de “originalidad” es tan forzado como un supuesto americanismo hispánico. Es más, el filósofo nacional va más lejos cuando afirma que Bentham en la filosofía teórica, no fue original, pues siguió a los griegos y la “tradicción ética inglesa”.

La primera obra de filosofía nacional de Soler, que es la base de su producción posterior, es una entreverada construcción donde se confunde ideología, nacionalismo y romanticismo. Su filosofía, sometida a su idea de la nación romántica, en el contexto de la Guerra Fría, no le permitió aceptar que el político y ensayista panameño era sencillamente un benthamiano y que su federalismo y leseferismo pertenecía a la ideología liberal del siglo XIX. Que su filosofía, además, expuesta en sus Apuntamientos, estaba muy lejos de ser original como lo plantean los “neoliberales” Moscote y Arce por no estar preocupados de hacer de Arosemena un padre fundacional de la nación o la nacionalidad¹⁴⁶. Llama la atención

afirmamos ser característico de nuestro pueblo” (subrayado mío).

¹⁴⁶El lacónico comentario, sobre la supuesta originalidad de Arosemena, está efectivamente dirigido a los filósofos nacionales. Por ejemplo, refiriéndose a la obra Apuntamientos, los “neoliberales republicanos escribieron: “Desde luego, es evidente que en las páginas de este libro no se siente el aliento vivificador de la originalidad, ni hay en ella ninguna gran inspiración ideológica de las que acarrear transformaciones profundas en el pensamiento humano. Las ideas, los razonamientos, los análisis, y, con bastante frecuencia, hasta el lenguaje mismo denotan, a las claras, lo que ya podía esperarse, es decir, que la mente del Doctor Arosemena se hallaba impregnada de sensualismo de filosofía utilitarista” (1956: 72).

este contraste en la ciudad letrada panameña de la década del cincuenta: los jóvenes filósofos nacionales necesitaban un padre fundacional, a pesar de no estar de acuerdo con su universo político y filosófico, y los viejos “neoliberales” no mitificaban a este personaje, aunque en parte estaban de acuerdo con sus supuestos liberales.

Arosemena aspiraba para Panamá – para la seguridad y el éxito de su vía transistmica – una neutralidad garantizada ya sea por Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Cerdeña en 1857 (Beluche, 1997: 74). Además, es cierto que pudo haber escrito un puño de artículos “nacionalistas”, como también lo recalcaron Moscote y Arce en su biografía sobre Arosemena, pero éstos estaban muy lejos de forzarlo en una dirección romántica. La anglofilia de Arosemena tenía su justificación en que para él, como para muchos de su generación, Inglaterra era el ejemplo de la nación moderna. No solo con respecto a la economía, sino también por su sistema político¹⁴⁷. Y como Soler lo sabía lo que más alcanzó fue convertirlo en un agnóstico y medianamente en positivista¹⁴⁸, a pesar que aquél jamás tuvo conocimiento del sociólogo francés August Comte¹⁴⁹. A pesar que Soler quiso afrancesar la segunda mitad

¹⁴⁷En este sentido, Arosemena, en su obra más importante, afirma: “la raza anglosajona es acaso la única que, aún cediendo al poder Real, ha sabido conservar en mucha parte sus libertades municipales. Del resto, solo vemos apariencias de gobierno local en los parlamentos franceses, i en las diputaciones de las provincias españolas del norte” (1981: 12).

¹⁴⁸Soler, en su ensayo de 1958, cuatro años después de escribir su trabajo de licenciatura, expone con diáfana claridad esta tesis: “Justo Arosemena confirma en nuestro medio intelectual la generalidad americana del fenómeno positivista-autóctono. Su pensamiento se desarrolla a través de un doble paralelismo; frente al comtismo francés, por una parte, y y frente al positivismo autóctono hispanoamericano, por la otra. El paralelismo con Francia evidencia la rápida incorporación del Istmo a la modernidad, una vez destruida la estructura política colonial. El paralelismo con las otras manifestaciones hispanoamericanas del positivismo autóctono pone de relieve la identidad de fuerzas históricas que lo determinaron en el caso general de América y en el caso particular del Istmo” (en Miro: 1981: 387).

¹⁴⁹José Dolores Moscote y Enrique J. Arce, quienes debieron ponerle atención al

del decimonono panameño (1954: 51), afrancesamiento que tuvo lugar en muchos países de América, Arosemena, valga la observación, no venía de una tradición jacobina-roussonian, ni era francófilo, y su espíritu estaba muy lejos del humanismo clásico francés.¹⁵⁰ No era bolivariano, más bien era Cólgota,

pretendido positivismo de Arosemena que Soler quiere imputarle, escribieron: “Su preocupación dominante fue, como no podía menos de serlo, la de analizar todo, de someterlo todo a la doble criba de la observación y la experiencia antes de prestarle el ascenso que sólo merecen los hechos en su rigor inflexible. Por aquí puede verse cuánto había andado el doctor Arosemena en el camino del positivismo en una época en que la obra de Augusto Comte apenas si había terminado. Sin embargo, hay que observar, para evitar una errada inteligencia, que nos hallamos muy lejos de asignar a nuestro compatriota el título de precursor de tal sistema de filosofía, pues no se nos oculta que existe bastante diferencia entre una simple actitud mental derivada, por asimilación de la lectura intensa de pensadores que vislumbraron la necesaria supremacía en la constitución de la ciencias morales, y la profesión, digamos así, de un conjunto más o menos sistemático de ideas que pudieron ser consideradas como una determinada orientación filosófica. El positivismo del Doctor Arosemena es solo la filtración en su mente del genio inglés, práctico en la investigación de la verdad, objetivamente utilitarista en la apreciación de los hechos y frío, acaso demasiado frío, en la construcción literaria de sus síntesis y generalizaciones” (1956: 66).

¹⁵⁰Moscote y Arce, en este sentido, citan de Arosemena lo siguiente: “El principio de libertad, tal como lo han entendido los políticos humanitarios, “denotan una cosa que no ha existido jamás puesto que se ha querido que signifique una facultad de obrar sin que nuestras acciones sean determinadas por influencias irresistibles, lo que sería obrar sin motivo, cosa ajena al corazón humano. Se ha olvidado que el hombre no mueve un solo dedo sino buscando el placer o huyendo del dolor aunque no lo apercibamos siempre por lo tenue de las relaciones o por otras causas. El principio de igualdad y los demás que se ocultan bajo expresiones tales como derechos del hombre, derecho natural, deberes (cuando no se refieren a la ley positiva), justicia, equidad, conciencia, sentido íntimo, común o moral, y otras por el estilo se han usado siempre en los más elásticos sentidos, lo que prueba que son meras opiniones en boca de quienes las usan y que, por lo mismo, no connotan cosa alguna que pueda servir de fundamento a la moral. El sistema del contrato social de Rousseau, fundado sobre principios arbitrarios, no merece más atención. En resumen, los que han intentado fundar sistemas de moral y de política sobre tales principios son hombres que se imaginan que “las ciencias son edificios con sus cimientos, columnas, etc., y no lo que deben ser, descripciones de lo que es o pasa. El hecho fundamental que de parten las ciencias morales y políticas es la existencia de sociedades. Los hombre reunidos en sociedad, están en contacto unos con otros, su conducta influye en su felicidad y necesitan de leyes: he aquí todo lo que importa saber y nada más” (69).

santanderiano¹⁵¹. Y si hay algo del espíritu francés en Arosemena no hay que buscarlo en su filosofía política o moral, sino en su infructuosa voluntad de mejorar el mundo post-ilustrado con inútiles constituciones que no pasaban de ser bellos edificios y letra muerta¹⁵². Y el único no inglés, que correspondía con sus intereses intelectuales y políticos, había sido el descendiente de hugonotes suizo Benjamin Constant con su liberalismo político, porque éste planteaba que debería limitarse el poder del estado por ser una amenaza a la libertad. Y al igual que éste, Arosemena creía simultáneamente que el regionalismo e, incluso, la religión, elementos tan poco republicanos franceses, servían como contrapesos al poder civil del estado¹⁵³.

Llama la atención cómo el filósofo nacional Soler, que es precisamente un crítico del hispanismo, sale de pronto a la defensa de la Madre Patria, cuando le reprocha a Arosemena que su visión de la historia de América es “bastante convencional”, porque considera que “América es para España una mina de oro y un campo de catequización” (1954: 72). Soler, a diferencia de Arosemena, considera falso que las leyes protectoras de

¹⁵¹Octavio Méndez Pereira, en su biografía de Arosemena, resalta este aspecto santanderiano de su familia y de él. (1971).

¹⁵²Moscote y Arce, en este aspecto, escriben: “Después se le verá, en medio de sus ocupaciones personales, siempre al servicio de las más nobles causas de la América y particularmente de aquella que más podrían determinar el afianzamiento de la independencia de su pueblos y la estabilidad constitucional de los mismos. Así redacta constituciones de pensamiento político avanzado para la época, que ofrece a los gobiernos de Perú y Bolivia...” (328).

¹⁵³Su regionalismo es claro en El Estado Federal de Panamá y su moral, con su fundamento religioso, en el trato que hace del eclesiástico con respecto al civil: “El doctor Arosemena confiaba más en las sanciones morales y religiosas que en las de la ley, las cuales consideraba poco menos que eficaces cuando se trata del cumplimiento de los deberes entre los cónyuges. No es de extrañar, sin embargo, esta posición ideológica del doctor Arosemena. Él era, ante todo, un pensador moralista, lo mismo en política que en legislación y derecho” (Moscote y Arce: 330).

indios en la colonia hayan sido la excepción y no considera que el “retraso latinoamericano” habría que buscarlo por “la condición misma de la madre patria” (71). Efectivamente, según la tesis de Soler, expuesta en *Formas ideológicas de la nación panameña* (1964), en Panamá, a diferencia del resto de los países hispanoamericanos, las instituciones feudales como las encomiendas, los mayorazgos y las reparticiones, “no llegaron a arraigar con intensidad en el istmo” (13). Reconoce, por un lado, el germen y el potencial de modernidad que ha caracterizado al país desde la colonia, pero, por otro lado, cuando se trata de comprender la modernidad panameña desde el siglo XIX con sus elementos liberales, librecambistas, federales y democráticos, sucumbe frente al debate planteado en la Guerra Fría, donde las ideologías políticas y filosóficas neocoloniales asumieron una romantización y cerrazón cultural con respecto a los retos mismos que planteaba la existencia de Panamá como “ruta comercial y de tránsito”. En fin, todo el empeño filosófico soleriano, de fundamentar una nación panameña y latinoamericana, que fuera “nuestra”, fue hasta uno de sus últimos trabajos de 1980, el intento fructuoso o infructuoso de rodonizar y de atenzar una cultura moderna que se caracteriza por erosionar la utopía de las unidades culturales románticas en América Latina y, especialmente, en Panamá¹⁵⁴.

¹⁵⁴ Así, para terminar, Soler cierra su libro, así: “Por ello, desde Martí, la nación latinoamericana es insuperable de una nueva conciencia de identidad, afirmada en la historia, y de una nueva exigencia de racionalidad. La historia precisamente, en el ejercicio de su magisterio, nos conduce a la certeza de que el formidable empeño de su praxis revelará el sentido de la “utopía” latinoamericanista. Y de que se realizará, finalmente, la síntesis de la nación racional y la nación real “ (265).

REFERENCIAS

- Alfaro, Ricardo J, y otros. (1970). *Primeras gestiones del Dr. Ricardo J. Alfaro, para la creación de la Academia*. En: Boletín de la Academia Panameña de la Lengua, tercera época, nr. 5,. Ciudad de Panamá: Impresora Panamá, S.A, pp. 11-15.
- Anderson, Benedict. (1983). *Imagined Communities. Reflection on the origen and spread of nationalism*. London: The Thetford Press Ltd.
- Arce, Enrique J. y Castellero J. Ernesto R. (1942). *Guía histórica de Panamá*. Panamá: Editora Nacional.
- Arias Calderón, Ricardo. (1981). *Reflexiones filosóficas sobre el ser panameño*. En: El Ensayo en Panamá. Panamá: Biblioteca de la Cultura Panameña / Presidencia de la República, tomo 7, Rodrigo Miró (ed.), pp. 411-426.
- Arosemena, Justo. (1982). *El Estado Federal de Panamá*. Panamá: Editorial Universitaria.
- Arosemena, Mariano. (1971). *Historia y Nacionalidad*. Estudio preliminar de Argelia Tello de Ugarte. Panamá: Editorial Universitaria.
- _____. (1949). *Apuntamientos históricos*. (1801-1840). Biografía del autor, notas e índices de Ernesto J. Castellero R. Panamá R. de Panamá: Publicaciones del Ministerio de Educación.
- Ashcroft, Bill; Griffiths, Gareth y Tiffin, Hellen. (1989). *The Empire Writes Back*. London – New York: Routledge.
- Beluche, Olmedo. (1997). *Estado, Nación y Clases Sociales*. Panamá: Editorial Portobelo.
- Bolívar, Simón. (1990). *Carta de Jamaica*. Warszawa: Centro de Estudios Latinoamericanos.
- Bonilla, Abelardo. (1967). *Historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica
- Castro, Nils. (1974). *Justo Arosemena: Antiyanqui y latinoamericanista*. Prólogo de Ricaurte Soler. Tareas, nr. 28, junio-octubre. Panamá: Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), pp. 5-56.

De la Rosa, Diógenes. (1999). *Sobre el drama del intelectual pequeño burgués*. En: Diógenes de la Rosa: testigo y protagonista del siglo XX. Compilación y selección de Humberto Ricord y de Elsie Alvarado de Ricord. Panamá: Edición de la Academia Panameña de la lengua, tomo 1, pp. 305-310.

_____. (1986). *Para encontrar a Roque Javier*. Revista Nacional de Cultura. 2da. Época, diciembre, pp. 191-195, Panamá.

_____. (1970). *Ricardo J. Alfaro, historiador y sujeto histórico*. En: Boletín de la Academia Panameña de la Lengua, octubre, nr. 5, pp. 31-46, Panamá.

_____. (1953). *Tamiz de Noviembre (dos ensayos sobre la nación panameña)*. Panamá: Imprenta Nacional.

Dewey, John. (2003). *Philosophie und Zivilisation*. Frankfurt am Main: suhrkamp taschenbuch wissenschaft

Domínguez Caballero, Diego. (2004). *Razón y sentido de lo panameño (ensayo)*. Panamá: Editorial Mariano Arosemena – INAC y Editorial Universitaria Carlos Manuel Gasteazoro.

_____. (1963). *La enseñanza de la filosofía en Iberoamérica*. En Revista de la Universidad de Costa Rica, Nr. 24, noviembre, pp. 87-94, San José.

_____. (1959). *Panamá y la historia de las ideas en Latinoamérica*. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.

_____. (1953). *Reforma de los planes de estudio de la Facultad de Filosofía, Letras y Educación*. Panamá: Universidad de Panamá.

_____. (1952). *Filosofía y Pedagogía (problemas de la escuela panameña)*. Panamá: Fundación Pro-biblioteca Nacional de Panamá.

Fábrega, José Isaac. (2002). *Crisol*. Panamá: Edición conmemorativa del centenario de la República.

_____. (1956). *¿Panamá es una nación?*

Lotería, nr. 14. Panamá: Lotería Nacional de Beneficiencia, pp. 12-31.

Figueroa Navarro, Alfredo. (2004). *El departamento colombiano de Panamá a fines del siglo XIX e inicios de la vigésima centuria*. En: Colombia y Panamá: la metamorfosis de la nación en el siglo XX. Editado por Heraclio Bonilla y Gustavo

Montañez. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 93-124.

Franco, Jean. (2002). *The decline and fall of the lettered City*. Cambridge, Massachusetts, and London, England: Harvard University Press.

_____. (1985). *La cultura moderna en América Latina*. México: Editorial Grijalbo S. A.

Gaos, José. (1970). *Seminario José Gaos*. En: Historia Mexicana. Vol. XX. Julio-Septiembre. Núm. 1. México: Colegio de México.

_____. (1960). Introducción de la fenomenología. México, Universidad Veracruzana: Cuadernos de la facultad de filosofía.

_____. (1950). *Lo mexicano en Filosofía*. En: Filosofía y Letras (revista de la facultad de filosofía y letras). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Hale, Charles A. (1970). *Sustancia y método en el pensamiento de Leopoldo Zea*. En: Historia mexicana. Vol. XX. Octubre-Diciembre 1970. Núm. 2,. México: Colegio de México, pp. 285-304.

Isaza Calderón, Baltasar. (1967). *Estudios Literarios*. Panamá: Imprenta la Academia.

_____. (1957). *Estudios literarios*. Panamá: Ediciones Cultural Panameña.

_____. (1953). *Fundamentación histórica de la literatura de la República*. En: Panamá, 50 años de República, edición de la junta nacional del cincuentenario, pp.245-256.

Jiménez Matarita, Alexander. (2002). *El imposible país de los filósofos*. San José: Ediciones Perro Azul.

Méndez Pereira, Octavio. (1987): *Panamá, país y nación de tránsito*. *Lotería*, nr. 367, julio-agosto, Panamá: Lotería Nacional de Beneficiencia, pp.63-67.

(1919). Justo Arosemena. Panamá: Imprenta Nacional.

Moscote, José Dolores, y Enrique Arce. (1956). *La vida ejemplar de Justo Arosemena*. Panamá: Imprenta Nacional.

Moscote, Rafael E. (1961). *Páginas nacionales*. Primera edición. Panamá: Escuela Taller del Arte y Oficios Melchor Lasso de la Vega.

Ramos, Samuel. (1938). *El perfil del hombre y la cultura en México*. Segunda edición aumentada. México: Editorial Pedro Robredo.

Rodó, José Enrique. (1971). *Ariel*. Salamanca: Ediciones Anaya.nacional.

Romanell, Patrick. (1954). *La formación de la mentalidad mexicana (panorama actual de la filosofía en México 1910-1950)*. Trad. de Edmundo O'Gorman. México: Fondo de Cultura Económica.

Soler Ricaurte. (1980). *Idea y cuestión nacional latinoamericanas (de la independencia a la emergencia del imperialismo)*. México: Siglo XXI editores, S.A.

(1980). *Panamá: nación y oligarquía 1925 – 1975*. 2ª edición. Panamá: Ediciones de la revista Tareas.

(1964). *Formas ideológicas de la nación panameña*. Panamá: Ediciones de la revista Tareas.

(1959). *El positivismo argentino (pensamiento filosófico y sociológico)*. Panamá: Imprenta Nacional.

(1954). *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*. Prólogo de Rodrigo Miró. Panamá: Imprenta Nacional.

Zea, Leopoldo. (1968). *El positivismo en México (nacimiento, apogeo y decadencia)*. Primera edición en un

solo volumen. México: Fondo de Cultura Económica.

(1959). *América en la Historia*. En: Revista de Historia de las Ideas. No.1, Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, pp. 121-131.

(1956). *Ortega el americano*. En: Cuadernos Americanos. Año XV. No. 1, enero-febrero, Guatemala: La revista del Nuevo Mundo, pp.132-145.

Nuevas miradas

SOLER, EL VIEJO COLOSO¹⁵⁵. ABDIEL RODRÍGUEZ REYES

Introducción

Voy a tomarle prestado a Engels el adjetivo con el cual se refirió a Hegel para ponérselo a Ricaurte Soler¹⁵⁶: “el viejo coloso”. Soler puede ser caracterizado como un “pensador de la cuestión nacional, antiimperialista y crítico de la situación neocolonial”¹⁵⁷, comprometido con la batalla de las ideas, como lo planteó Perry Anderson, en cuanto a búsqueda de alternativas. Como tal razonó mediante categorías capaces de articular un discurso crítico que explicitó con meridiana claridad los procesos políticos en curso, abrió a debate la historia de las ideas y reflexionó sobre la filosofía desde un punto materialista de un modo novedoso en nuestro medio. Miguel Montiel lo llamó “el principal teórico de la nacionalidad panameña en el siglo XX” y Luis Pulido Ritter “un filósofo nacional romántico” con justa razón. Fue el principal teórico, en particular de la segunda mitad del siglo XX y en su romanticismo — en el sentido de Michel Lowy¹⁵⁸ — está contenida su *potentia*.

Estas caracterizaciones se pueden ampliar. Soler en efecto, no redujo sólo su reflexión a la cuestión nacional, a la de

¹⁵⁵ Esta es parte de la investigación *El pensamiento crítico de Ricaurte Soler, producción teórica e historia intelectual* con el código VIP -01-06-05-2017-05, la cual está enmarcada en la línea de investigación Sociedad, cultura, pensamiento y comunicación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.

¹⁵⁶ Para consultar algunas de las obras de y sobre Soler, Disponible en línea: goo.gl/G53U9z (Acceso: 12-6-2018).

¹⁵⁷ Véase mi breve artículo Ricaurte Soler, pensador de la cuestión nacional, antiimperialista y crítico de la situación neocolonial. Disponible en línea: goo.gl/H1pgPA (Acceso: 23-4-2018).

¹⁵⁸ Como señala Michel Lowy: “El romanticismo es, en realidad, un movimiento cultural que atraviesa todos los campos de la cultura humana —el arte, la literatura, la filosofía, la teología, la política, las ciencias sociales, la antropología, la economía—; está presente en todos esos terrenos. Y ese movimiento cultural empieza más o menos en la segunda mitad del siglo XVIII, y tiene su primer portavoz importante en el filósofo francés Jean Jacques Rousseau. Pero se va a desarrollar en el curso del siglo XIX. Y mi opinión, la tesis que yo tengo es que continúa desarrollándose también en el siglo XX, hasta hoy. Hasta hoy hay manifestaciones del romanticismo, aunque no se autodenominen necesariamente románticas. Para

su país; también trató el tema del hispanoamericanismo y por supuesto, la cuestión nacional latinoamericana, cruzado por los procesos políticos de la región, a la luz del ideal martiano de la unidad de *nuestra América*. Desde sus obras tempranas Soler mostró ingenio. Su trabajo de licenciatura: *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX* expresó su interés por las “investigaciones históricas” y “las unidades de significación”. También exteriorizó su interés por la fenomenología que lo llevó a proponer una “Fenomenología de lo histórico” para quedar entre la esencia de lo eidético fenomenológico y la ciencia de los hechos del pasado: la Historia, para encontrar en ello la singularidad de la identidad nacional. La obra de Soler se empezó a estudiar tempranamente; en 1987 Pedro Pineda presentó su trabajo de graduación: *El problema de lo panameño en Ricaurte Soler: aproximación histórico – sociológica: 1954 – 1962*. Se marcó su impronta en el ámbito nacional, pero con mayor reconocimiento en el exterior corroborando aquel viejo adagio de que nadie es profeta en su tierra.

El viejo coloso

Hay que tener en cuenta la vinculación de Soler a los grandes centros de producción de conocimiento, como el Institut des Hautes Etudes de L’Amérique Latine en París, La Sorbona y la Universidad Nacional Autónoma de México para apreciar su producción. Publicó en editoriales como Siglo XXI, Paidós, Grijalbo, Fontamara, EDUCA, Anthropos, Casa de las Américas, Fondo de Cultura Económica, entre otras, así

esta afirmación yo me atengo a esa frase de Marx no muy conocida, aunque me parece muy significativa, en los Fundamentos de la crítica de economía política [Grundrisse], en donde dice: “La crítica romántica del capitalismo va a seguir acompañando al capitalismo como su sombra, hasta que llegue el día bendito en que se acabe con el capitalismo”. Así que hasta que no se acabe con el capitalismo, seguirá existiendo la crítica romántica al capitalismo; eso dice Marx”. Disponible en línea: goo.gl/kC9Agt (Acceso: 15-6-2018).

como en gran número de revistas continentales, europeas y en diarios como El Día de México y El País de España, para el cual en 1988 escribió un artículo: *Política exterior de Panamá y crisis*. Insistía en la necesidad de publicar en las editoriales que tuviesen cobertura internacional. Como buen pensador crítico fue a contracorriente de los temas tratados, no se dejó seducir de las modas intelectuales de su tiempo y no negó el intercambio crítico entre sus pares cuando valían la pena. Fue uno de los pocos pensadores con escuela; algunos se declaran solerianos y se refieren a Soler como el maestro, más allá de lo obituario.

Soler siempre estuvo vinculado a los grandes centros de pensamiento. En Europa como sabemos estudio en la Universidad de París; en Latinoamérica en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), dos de las mejores universidades del mundo. Por mucho tiempo Soler fue sacralizado, lo que le hace flaco favor al pensador, como tampoco lo hace la crítica pueril y fácil de quienes quieren hacer carrera a costa del trabajo ajeno. Hay que tomarse en serio la lectura crítica de su obra, aunado al contexto; ambas ayudan a comprender el momento histórico que vivió, dicho sea de paso, de acontecimientos históricos donde apostó por la soberanía y la fundamentación teórica de la nacionalidad. Entre la exacerbación de la nacionalidad y el chovinismo la línea es delgada, pero el preguntarse históricamente sobre la nacionalidad y especificidad como pueblo en su evolución es un esfuerzo sin relación con el chovinismo y la xenofobia que vivimos actualmente, como la afligida expresión: ¡Panamá para los panameños!

Soler fue un pensador riguroso e inquisitivo; no lo podemos escindir del sujeto, del ser humano en su fragilidad. Falleció antes de tiempo, murió a los 62 años. Es decir, en un momento de madurez intelectual. Para comprenderlo mejor hay que desmitificarlo. El profesor sacralizado digno de respeto y admiración está presente en la narrativa, veamos

los siguientes ejemplos: el primero del cantautor panameño Rubén Blades y el segundo de José Espinoza.

“Alguien me dijo: Ricaurte Soler ha muerto [...] desde el centro de mi desconcierto, el alma me devolvió el recuerdo embarazoso y fresco, de aquella tarde de mi adolescencia cuando bajaba a velocidad y de espaldas los vetustos escalones del glorioso Nido de Aguilas durante un cambio de clases y la mano del profesor Ricaurte Soler detuvo mi desordenado descenso [...] para entonces ya su figura poseía dentro de estudiantado instituir un carácter mítico. Era un ser exquisitamente inaccesible y uniformemente considerado entre nosotros como poseedor de una inteligencia sobrenatural, extraterrestre [...] el nombre de Ricaurte Soler se pronunciaba susurrado” (*apud.* Montiel, 2013:18-19).

“En el caso del *maestro* lo recuerdo como un docente y un investigador austero, sobrio, de refinadas maneras y poseedor de un rigor conceptual y hábitos de trabajo y estudio admirables[...] Nuestro primer contacto con él se produjo en el año 1973–74 cuando ingresábamos a los estudios universitarios en la carrera de Filosofía e Historia. La asignatura cursada no podía ser otra que Historia de las Ideas en América, la cual es recordada como un curso difícil donde “si entraban 20 o 25 sólo quedaban 5 o 4 al final del semestre”. Al principio nos quejábamos de su *metodología estricta*, pero al final terminábamos convencidos de que esta disciplina de estudio y trabajo era necesaria para la interiorización de contenidos archicomplejos y lograr la capacidad de hilvanar datos históricos, sociológicos, políticos y económicos cuyas relaciones no siempre aparecían a simple vista” (Espinoza, 2005).

No podemos negar la marcialidad de Soler. Testimonios de colegas, estudiantes y discípulos dan cuenta de ello. Su bizarría, verticalidad y timidez en el fondo, lo hacían parecer inaccesible, siempre reservado para sí mismo y cercanos compañeros; pero, en el fondo abierto al diálogo. Su amplia producción teórica lo hace digno de respeto. Soler hacía desde el trabajo más abstracto de concebir ideas hasta la preparación

¹⁵⁹Para tener una idea: en la cuarta de edición de *Formas ideológicas de la nación*

impresa de sus textos. No tenía reparo en entrar en el debate¹⁵⁹.

Contexto

El pensamiento de Soler se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX. En un contexto político de los gobiernos oligárquicos, el acontecimiento de enero de 1964 y el golpe de Estado de 1968 hasta la nefasta invasión estadounidense de 1989¹⁶⁰. Este es el contexto histórico de mayor convulsión política de la República, anómala con un enclave colonial. El último día del siglo XX, se puso fin, al menos formalmente, a ese enclave impuesto por Estados Unidos. Una nueva etapa republicana que Soler no pudo ver por su prematura muerte en 1994 alumbró el alba cuando los estadounidenses abandonaron la denominada Zona del Canal en 1999. Soler fue uno de los pocos pensadores nacionales que trascendió de lo mero descriptivo a lo teórico para analizar los procesos de transformación en curso. Para comprender al autor y su pensamiento es necesario tener en el horizonte de la producción teórica el contexto concreto desde donde se pensó. Podríamos inferir que si no entendemos el siglo XX mucho menos entenderemos las contradicciones de nuestro presente, tanto en el plano nacional como mundial. A nivel mundial, el sistema mundo se re-organizó de una nueva forma, donde Estados Unidos se constituyó hegemónico, hoy en medio de una crisis de legitimidad¹⁶¹, a lo cual quedamos articulados subordinadamente.

Hasta el momento en Panamá aún no se ha escrito una historia intelectual¹⁶². En términos generales poco se avanzó

panameña, polemiza con Gunder Frank sobre el tema de la existencia de “relaciones feudales” en Latinoamérica.

¹⁶⁰En 1991 escribió un texto sobre el particular: *La invasión de Estados Unidos a Panamá*. Neocolonialismo en la posguerra fría.

¹⁶¹Para un análisis del papel de los Estados Unidos, véase el trabajo de más de una década del *Grupo de Estudios sobre Estados Unidos de CLACSO*. Disponible en línea: goo.gl/HoA9vz (Acceso: 1-9-2018).

¹⁶²Recientemente se publicó *Protagonistas del Siglo XX Panameño* en seis tomos. Son un primer paso en esa dirección, a pesar de que inexplicablemente Soler no esté entre esos protagonistas. También está *Obra Selecta de Justo Arosemena*. Es un material importante para comprender a uno de los panameños más universales.

hasta la fecha, con algunos trabajos individuales importantes; pero, no dan cuenta sistemática de nuestro pensamiento. En cuanto a Ricaurte Soler, dada su prematura muerte, vemos un relativo interés en su obra; algunos trabajos han visto la luz estos últimos años, por ejemplo: los de Álvarez Murgas (2007)¹⁶³, Pulido Ritter (2008)¹⁶⁴ y Montiel (2013)¹⁶⁵, lo que facilita una aproximación introductoria. En nuestro medio es urgente una historia intelectual crítica, la cual nos ayude a comprender la forma de organización de nuestro conocimiento. De esa forma, también comprenderemos la naturaleza de nuestros procesos políticos, sociales, económicos y culturales. Lo uno no se logra sin lo otro. Si tomamos como referencia eso nos percataremos de nuestra desorientación en la medida que no tenemos claridad de la forma cómo nuestra intelectualidad ha pensado de esta o aquella forma y cómo esa intelectualidad de la decimonónica a la del siglo XX y lo que va de éste fue fundamental en la concepción de la nacionalidad.

Otro de los temas centrales es su interpretación del proceso torrijista. Es más, podríamos decir que el proceso militar iniciado con un golpe de Estado en 1968 y el afianzamiento de un régimen militar con un componente cívico de espectro amplio marcó a Soler y a gran parte de la intelectualidad de izquierdas, unos lo apoyaron, como el Partido del Pueblo, otros se constituyeron oposición como el Movimiento de Liberación Nacional y otros sectores. Personajes tan singulares como José de Jesús Martínez (Chuchú), profesor de Filosofía y Matemática, entre muchas otras facetas fue pieza clave del torrijismo y amigo íntimo de Ricaurte Soler¹⁶⁶. El

¹⁶³ Un material bibliográfico completo, de sumo interés para los que quieran estudiar a Soler.

¹⁶⁴ Una crítica desmitificadora de mucho rigor.

¹⁶⁵ Un laudatio de uno de sus discípulos confeso y más cercanos colaboradores.

¹⁶⁶ Eran tan buenos amigos que cada uno dedicó al otro sus mejores libros. Chuchú le dedicó a Soler *Mi general Torrijos* y Soler le dedicó *Estudio sobre la historia de las ideas en América*. Ambos murieron en la década del noventa.

texto de mayor brío sobre esa coyuntura fue el capítulo seis *Bonapartismo y nacionalismo revolucionario de Panamá: Nación y oligarquía 1925-1975*. Donde explicó el poder estatal surgido de 1968 con las fuerzas armadas desplazando a los demás sectores. Este momento histórico, señaló Soler, abrió “la posibilidad [...] de su transformación en regímenes nacional-revolucionarios que conduzcan a la efectiva socialización de los medios de producción” (Soler, 1989:46). Lo cierto es que ese ideal se fue apagando poco a poco hasta concluir con una nefasta invasión, abriendo un nuevo episodio republicano. El cual Soler denominó de restauración oligarca.

Teniendo en cuenta la ausencia de una historia intelectual en Panamá y menos trabajos sistemáticos sobre la producción teórica de Ricaurte Soler consideramos oportuna una investigación particularmente sobre éste pensador. El cual aportó singularmente a dibujar los rasgos del pensamiento crítico en Panamá durante la segunda mitad del siglo XX. Es notoria la ausencia de Soler en los trabajos realizados en el plano nacional. Dado la importancia de la producción teórica de un autor de su talla es necesaria una edición crítica de sus obras completas. En cuanto a esto ésta investigación motiva trabajar en esa dirección. Hilando con mayor sutileza podríamos decir sobre nuestra cultura: la constatable desideologización del sistema de partidos y despolitización de la sociedad en general un pensamiento como el de Soler resulta necesario en un panorama desolador como este, donde predomina el pensamiento superfluo. En cambio, el pensamiento de Soler es un pensamiento teórico y especulativo en sentido dialéctico que buscó interpretar nuestro devenir histórico.

Historia de las ideas

Otros de los ejes centrales en la obra de Soler es la historia de las ideas. Toda su obra lo evidencia. Junto a la obra de Horacio Cerutti Guldberg *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina, su breve trabajo Estudio*

sobre la historia de las ideas en América son clásicos sobre la cuestión. Dadas las circunstancias adversas al nombramiento de Soler en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Panamá¹⁶⁷ se decantó por la Historia, sin dejar a un lado la Filosofía, encontrando una correa de transmisión mediante la Historia de las ideas. Sobre todo en su madurez su análisis estaba imbricado por un riguroso examen de la evolución histórica de la nacionalidad panameña, latinoamericana e hispanoamericana. Lo cual ya había iniciado en su trabajo de licenciatura *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*.

Su producción en historia de las ideas es amplia, imposible de abarcar en esta primera aproximación. En su obra de 1982 *Cuatro ensayos de Historia* estudió las etapas del pensamiento y acción antiimperialistas en Panamá. Eje articulador de todas las luchas estudiantiles de la década del cincuenta y sesenta. El ideal antiimperialista de Soler se expresó con claridad en la trinchera, en la batalla entre las ideas del neocolonialismo y las de la liberación nacional, aún hoy inacabada. Así, Soler ubicó al general Omar Torrijos en una posición comprometida hasta 1976, luego según Soler comenzó a ceder la fortaleza de su “autonomismo” a los sectores oligárquicos, aún cuando en el Tratado Torrijos – Carter de 1977 dio un nuevo aire al sentimiento patriótico de las luchas generacionales por la recuperación del Canal, las cuales pusieron fin al enclave colonial, “en nuestras luchas antiimperialistas”, dijo Soler “los Tratados Torrijos – Carter constituyen un punto de llegada y de arranque [...] puntos de llegada puesto que se alcanzan nuevas escalas y puntos de

¹⁶⁷ El sector conservador -Diego Domínguez Caballero fue durante 1949 a 1977 director del Departamento de Filosofía- siempre estuvo en tensión con Soler, al punto de ser el profesor Rodrigo Miró de otro Departamento su tutor del trabajo de licenciatura y posteriormente a su regreso con un doctorado perdió el concurso de cátedra en Filosofía. Parte de esta disputa se recoge en el libro de Moreno Davis (2006).

arranque puesto que todavía la nación es tarea agónica (en el sentido de Unamuno) y aún no ha muerto el imperialismo”. (Soler, 1982:56). La relación tensa con Estados Unidos aún es definitoria en muchos asuntos internos, en la realización de alianzas de los grupos de poder en aras de hacerse con la gestión del gobierno para garantizar sus intereses.

Soler se inscribió en una empresa de mayor envergadura para comprender a Panamá en su complejidad. En *Formas ideológicas de la nación panameña* (1972[1963]), estudia un arco de tiempo de mayor espectro, más amplio que los trabajos anteriores, eso lo hace más complejo. El joven doctor Soler, ya con 31 años vuelve a insistir en el tema con la novedad que ahora hila más fino, este es el interregno hacia el Soler maduro. Como hemos dicho, Soler intenta superar el positivismo en la Historia y pasar de lo mero descriptivo a la teorización de los procesos históricos, como él mismo señala en este texto: discutir “la fetichización de las fuentes” (Soler, 1972:13), propio de los positivistas. Problematizar la metodología y el tratamiento de las fuentes históricas de y en Panamá era algo relativamente reciente, sólo hasta mediados del siglo XX con la figura de Carlos Manuel Gasteazoro se revitalizó. A partir del magisterio de éste se pudo “aclarar de manera científica nuestro pasado histórico” (Araúz, 1990:4), con la obra *Introducción al Estudio de la Historia de Panamá. Fuentes de la Época Hispana* que obtuvo el Premio Ricardo Miró en la sección de ensayo y publicó en 1956. A juicio del historiador Celestino Araúz, uno de los objetivos fundamentales de la obra en cuestión fue “sistematizar los estudios y la enseñanza de la historia en nuestro país que, hasta inicios de la década del cincuenta, estaban en completo desorden” (Araúz, 1990:5). Esta labor investigativa impactó a Soler, al menos así lo expresó en su trabajo de licenciatura y más en su tesis doctoral, la cual dedicó a Carlos Manuel Gasteazoro, señalando “la imperiosa necesidad de reformas y revisiones radicales”. (Soler, 1968) Naturalmente en la Historia y esa fue precisamente, junto a la

interpretación, la empresa soleriana posterior.

Volviendo a *Formas ideológicas de la nación panameña* el autor nos indicó desde el principio la necesidad desenmascarar el carácter ideológico de “los clanes académicos [...] solidarios con la crisis de la oligarquía nacional,” Soler escribe esto en agosto de 1963 antes de las implosión del 9 de enero de 1964, con meridiana claridad plantea la necesidad de que: “la visión retrospectiva sugiere el esquema de las tareas y prospectos del futuro” (Soler, 1972:14) nada más necesario que pensar retrospectiva y prospectivamente¹⁶⁸. A diferencia de los trabajos antes citados del joven Soler, en esta obra no sólo trata el pensamiento liberal en la formación de la nacionalidad, sino también la formación de la conciencia liberal. En los primeros trabajos, al menos en *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX* no tocó el tema de la conciencia, como sí empieza a profundizar en ello y sus premisas ideológicas en *Formas ideológicas de la nación panameña*. Según Soler ninguna otra ideología, más que la liberal, podía expresar la aspiración del criollo vinculado a la modernidad comercial que surgía de las antípodas del atrasado modo semi-feudal. Con un claro interés y comprometido con su clase, una de sus más cimera figuras Mariano Arosemena apostaba por la “libertad de comercio” en la “zona de tránsito” (Soler, 1972: 35). Soler le pone con razón un potencial tremendo a la conciencia liberal, señala que en el Colegio Provincial del Istmo se enseñó oficialmente la Ideología de Destutt de Tracy “considerada como el epílogo del optimismo racionalista y del empirismo materialista que configuró ideológicamente la revolución demo-liberal de 1789” (Soler, 1972: 36), no era poca cosa vincular el proceso de formación del Estado moderno con una eventual conciencia liberal, la cual encontraba en aquello, su más alta aspiración. Las ideas, aún en sus formas más abstractas no están divorciadas de los

¹⁶⁸ Sobre recientes estudios de prospectiva en Panamá véase: Aguirre et al. (2016).

procesos políticos concretos.

Conclusión

Ricaurte Soler es el pensador crítico más importante de la segunda mitad del siglo XX. No hay ningún trabajo sistemático sobre su obra. Hay intentos valiosos que ya hemos mencionado. En ese sentido se hace necesario acometer esa tarea. En particular la de hacer una edición crítica de sus obras completas. Un pensamiento crítico como el de Soler es fundamental en tiempos como los de hoy, de indignancia intelectual. El pensamiento de Soler está cubierto de una veta revolucionaria. Podríamos estar en desacuerdo en algunos puntos, pero no quita un ápice al caudal revolucionario que recorre cada uno de sus textos. Así, iremos armando el rompecabezas de nuestra historia intelectual y forma de organizar nuestro conocimiento, para impulsarnos con fundamentación al futuro, donde la realidad no está divorciada de las ideas. Dónde estas últimas son el acicate para transformar el mundo.

Bibliografía

- Aguirre, C. y otros, 2016. Panamá. En: J. L. Cordeiro, ed. *La Prospectiva en Iberoamérica: Pasado, Presente y Futuro*. Colombia: Millennium Project, Red Iberoamericana de Prospectiva (RIBER) y Universidad del Valle, pp. 211-229.
- Álvarez Murgas, U., 2007. *Pensamiento de Ricaurte Soler. Aproximación bibliográfica*. Panamá: IDEN.
- Araúz, C., 1990. Aproximación a Carlos Manuel Gasteazoro y su obra histórica. En: *Introducción al estudio de la Historia de Panamá. Fuentes de la Época Hispana*. Panamá: Manfer, pp. 1-25.....
- Arosemena, J., 1982. *El Estado Federal de Panamá*. Panamá: EUPAN.
- Beluche, O., 20012. *Diez años de lucha políticas y sociales en*

- Panamá. Panamá: CELA .
- Beluche, O., 2004. *La verdadera historia de la separación de 1903. Reflexiones en torno al Centenario*. Panamá: Imprenta Articsa.
- Brugiati, H., s.f. Ricaurte Soler: esbozo bio-bibliográfico. *Cátedra*, Volumen 2, pp. 5-9.
- Castro, N., 2015. *América Latina y el Caribe: Integración emancipadora o neocolonial*. Costa Rica: EUNED.
- Cerutti-Guldberg, H., 1986. *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Cuevas Molina, R., 2012. *De banana republics a repúblicas maquileras: la cultura en Centroamérica en tiempos de globalización neoliberal (1990-2010)*. Costa Rica: UNED.
- Espinoza, J., 2005. Soler: una referencia Panameña ineludible en el estudio de las ideas en “Nuestra América”. *Tareas*, Volumen 119, pp. 123-140.
- Gasteazoro, C. M., 1990 (1956). *Introducción al estudio de la Historia de Panamá. Fuentes de la Época Hispana*. Panamá: Manfer.
- Gasteazoro, C. M., Celestino, A. & Armando, M., 1999. *La historia de Panamá en sus textos. Tomo 2. (1903-1968)*. Panamá: Editorial Universitaria.
- Jalif de Bertranou, C. A., 2011. Ricaurte Soler (1932-1994). En: E. M. E. Dussel & C. Bohórquez, edits. *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino” 1300-2000*. México: Siglo XXI, p. 966.
- Lidio Pitty, D., 2013. Presencia de Ricaurte Soler. *Tareas*, Volumen 145, pp. 133-144.
- Marx, K. & Engels, F., 2015 (1848). *Manifiesto Comunista*. Madrid: Alianza.

- Marx, K., 2015 (1852-1852). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza.
- Montiel, M., 2013. Ricaurte Soler. *La Cuestión de la Identidad Nacional y Latinoamérica*. Panamá: EUPAN.
- Moreno Davis, J., 2006. La polémica filosófica (Soler - Ardila). El pensador Objetivo y el Pensador Subjetivo (objecciones y respuestas). En: *Historia, espíritu y autenticidad de la Filosofía en Panamá*. Panamá: IDEN, pp. 50-66.
- Noriega, R., 2014. Panamá en el mundo. En: A. Castellero Calvo, ed. *Panamá. Historia contemporánea*. Madrid: Fundación MAPFRE-Taurus , pp. 249-306.
- Pulido Ritter, L., 2008. Ricaurte Soler. El ideal en la filosofía panameña. En: *Filosofía de la nación romántica*. Panamá: Colección Ricardo Miró, pp. 23-73.
- Rey del Corral, F., 2000. *Cuatro Ensayos Filosóficos sobre Ricaurte Soler*. Panamá: Imp. Rapid Impresos.
- Soler, R. & Martínez, J. d. J., 1974 (1971). *Estudios Filosóficos*. Panamá: INCUDE.
- Soler, R., 1963. *Reforma universitaria. Perfil americano y definición nacional*. Panamá: Ediciones de la Revista Tareas.
- Soler, R., 1966. *Modelo mecanicista y método dialéctico*. Panamá: Ediciones de la Revista Tareas.
- Soler, R., 1968 (1959). *El positivismo argentino*. Buenos Aires: Paidós.
- Soler, R., 1968. Prólogo e introducción. En: *Apuntamientos para la Introducción a las Ciencias Morales y Políticas*. Panamá: Ediciones de la Revista Tareas, pp. 7-21.
- Soler, R., 1971 (1954). *Pensamiento panameño y concepción*

- de la nacionalidad durante el siglo XIX. (Para la historia de las ideas en el Istmo).* Panamá: Librería Cultural Panameña.
- Soler, R., 1972 (1963). *Formas ideológicas de la nación panameña.* Costa Rica: EDUCA.
- Soler, R., 1973. *Estudios filosóficos sobre la dialéctica.* Panamá: Ediciones Librería Cultural Panameña.
- Soler, R., 1973. *Panamá, Páginas y Tareas.* Panamá: Ediciones de la Revista Tarea.
- Soler, R., 1976 (1975). *Clase y Nación en Hispanomérica.* Costa Rica: EDUCA.
- Soler, R., 1976² (1974). *Panamá, dependencia y liberación.* Costa Rica: EDUCA.
- Soler, R., 1979³ (1961). *Estudios sobre historia de las ideas en América.* Panamá: Librería Cultural Panameña.
- Soler, R., 1981. Introducción. La Filosofía Política del Liberalismo Panameño: Justo Arosemena. En: Panamá y Nuestra América. México: UNAM, pp. VII-XXVII.
- Soler, R., 1982. Cuatro Ensayos de Historia. Sobre *Panamá y nuestra América.* Panamá: Premio Ensayo Colección Ricardo Miró.
- Soler, R., 1983. Etapas del pensamiento y acción antiimperialista en Panamá. En: *Cuatro ensayos de historia. Sobre Panamá y nuestra América.* Panamá: Ediciones Mariano Arosemena - INAC, pp. 27-56.
- Soler, R., 1985. *Clase y Nación. Problemática latinoamericana.* Panamá: Ediciones Tareas.
- Soler, R., 1985⁴ (1971). *Panamá en el Mundo Americano.* Panamá: Ediciones de la Revista Tareas.
- Soler, R., 1986². *Idea y cuestión nacional latinoamericanas.*

De la independencia a la emergencia del imperialismo.
México: Siglo XXI.

- Soler, R., 1988. *El pensamiento político en los siglos XIX y XX.* Panamá: Universidad de Panamá/Biblioteca de la Cultura Panameña.
- Soler, R., 1989. *Panamá. Historia de una crisis.* México: Siglo XXI.
- Soler, R., 1989⁴ (1976). *Panamá Nación y Oligarquía. 1925-1975.* Panamá: Ediciones de la Revista Tareas.
- Soler, R., 1989⁸ (1974). *Materialismo e idealismo: una alternativa - de introducción a la Filosofía -*, 8 ed. Panamá: Ediciones Manfer/ Ediciones Revista Tareas.
- Soler, R., 1991. *La invasión de Estados Unidos a Panamá. Neocolonialismo en la posguerra fría.* México: Siglo XXI/Tareas.
- Soler, R., 1994. Nota preliminar. En: *La cuestión americana. Contra la expansión colonialista de Estados Unidos.* Panamá: Instituto del Canal de Panamá y Estudios Internacionales.
- Soler, R., 1994. *Pensamiento filosófico, histórico, sociológico.* Panamá: Revista Lotería # 400.
- Soler, R., 1998. Prólogo. En: S. González. *Política y derecho. Un análisis crítico.* Panamá: Editorial Nuevo Siglo, pp. 9-12.
- Tapia, O., 2008. *Para entender lo panameño: una aproximación a su identidad cultural.* Panamá: INAC (Colección Ricardo Miró).

UTOPIA DE LA NACIÓN SOLERIANA. RICHARD MORALES

Autoconciencia del Ser Istmeño

“La historia es análisis del ayer para apropiarnos del mañana”

(Soler, 1996: 13)

Ricaurte Soler fue un incorregible profeta del pasado, quien alumbró el porvenir disputando la memoria, embarcándose en una lucha por refundar nuestra historia para armarnos frente a los retos del futuro.

Para comprender a Soler, hay que comprender la razón de ser de su obra, razón no circunscrita a inquietudes meramente intelectuales, sino deliberadamente políticas. Su finalidad era intervenir en la gran batalla de ideas por la conciencia de nuestros pueblos, en la que se juega el futuro de Panamá y Nuestra América.

Soler nos legó armas invaluable para esa batalla, entre ellas una lectura contrahegemónica de nuestro ser histórico, que al depender de la acción consciente de los pueblos, desarma aquellas interpretaciones desmovilizadoras de la nacionalidad que nos hacen prisioneros del determinismo geográfico o títeres de las maquinaciones imperiales, haciendo de la utopía de la nación no un sueño inalcanzable, sino un ideal realizable aquí y ahora, siempre y cuando estamos dispuestos a luchar por ella.

Soler tiene como horizonte la nación, y la nación para Soler es destino. Más que un ser, es un deber ser, una potencialidad colectiva pugnando por realizarse en la superación de las contradicciones que obstaculizan su necesario desarrollo histórico. En función de ello, y como marxista consecuente, hurgo en lo más íntimo de las raíces históricas de la identidad panameña y latinoamericana en búsqueda de las claves para la victoria de la lucha liberadora; claves que debían expresarse en las tendencias de nuestro devenir hacia los destinos posibles de la nación.

Soler buscaba los elementos definitorios de nuestro ser nacional en aquellos ideales del pasado que en su terquedad

se rehusaran a morir aunque languidecieran, reiterándose insistentemente a través de la historia en los conflictos en torno a la formación de la nación. Soler apuntaba a las tendencias históricas, porque es en las tendencias que se encuentran las aspiraciones que necesariamente resurgirán una y otra vez para constituir el campo de batalla, generando un acumulado que va abriéndose paso poco a poco a través del tiempo, y que entre continuidades y discontinuidades (Soler, 2009: 274), va forjando una conciencia colectiva que lucha por realizarse.

Para Soler, esa tendencia se manifiesta en dos dimensiones. Primero, como la búsqueda incesante por realizarse de la nación panameña, el Istmo, a partir de un origen y desarrollo particular que evidencian una existencia histórica innegable, diferenciable de las demás naciones hispanoamericanas, y no reducible a ninguna coyuntura. Segundo, como el anhelo integrador de construir una gran nación de naciones, Nuestra América, fundada sobre una identidad común latinoamericana que ligue a todos nuestros pueblos en un proyecto continental compartido.

Ambos proyectos, nación panameña y nación latinoamericana, son uno y el mismo, al ser dos dimensiones de la misma tendencia hacia la autodeterminación de nuestros pueblos, con la nación panameña realizándose únicamente dentro de una unión latinoamericana.

Esa tendencia, sin embargo, solo se materializa en la medida cobramos conciencia de ella, por lo que si hoy nuestro pueblo asume la identidad panameña y latinoamericana, es porque la hemos ido constituyendo históricamente a través de las luchas que hemos librado y las utopías que hemos abanderado. En otras palabras, es debido a la autoconciencia de la panameñidad y la latinoamericanidad (Soler, 1971: 121), como resultado de una dialéctica histórica, necesaria y racional para la existencia misma de nuestros pueblos, que esa tendencia sigue presente como ideal que se niega a morir.

Soler nos entrega ese anhelo por la plena soberanía

como arma contra los enemigos históricos de la nación: la oligarquía y el imperio, en su empeño por desnacionalizarnos borrando nuestra memoria colectiva y sepultando nuestra conciencia nacional y popular, como medio para facilitar el dominio y despojo de nuestros pueblos y territorios. Ante ellos, Soler legitima la existencia de una nación panameña y latinoamericana, lo cual a su vez legitima las luchas de afirmación nacional y popular, permitiéndonos así reconocernos en nuestro común origen y destino como los sujetos revolucionarios, constituidos y constituyentes de la nación panameña (Soler, 1999: 151), convocados para librar hasta el final la batalla por nuestra autodeterminación.

La lucha por la organización nacional

Soler era marxista y latinoamericanista, ambas corrientes atravesando el todo de su obra y sentando las premisas de sus argumentos centrales. Ello le permite apropiarse del método marxista, pero alimentando sus categorías con un contenido estrictamente latinoamericano, sensible a las particularidades de nuestra realidad. Marxista y latinoamericanista, Soler se sitúa en su realidad para pensarla dialécticamente. Por ello, para Soler como para Marx, el hombre, bajo circunstancias históricas que no son de su elección, hace la historia a través de la lucha de clases.

Pensar la realidad situándose dentro de unas determinadas circunstancias, y comprender el desenvolvimiento de esas circunstancias a través de la lucha por el control sobre la vida, es lo que define para Soler quiénes somos y podemos ser como colectividad. Soler, ajeno a cualquier tipo de esencialismo o determinismo, ve en la búsqueda, siempre necesariamente conflictiva, por la realización material y espiritual común, la realidad de toda nación.

¿Qué es la nación para Soler? En una primera acepción, Soler parte de la definición que era generalmente aceptada por el materialismo histórico, la de Stalin, donde por

nación nos referimos a una comunidad de seres humanos que comparten lazos económicos, políticos, culturales, territoriales y lingüísticos. Pero esta definición es insuficiente para Soler, puesto que él piensa la nación, con Marx, como una comunidad que produce y reproduce las condiciones mismas de su vida a través del tiempo. ¿Y cómo produce vida la comunidad? A través de la participación activa de las clases sociales en el hecho nacional, inscribiendo la existencia de la nación dentro de la lucha permanente de las clases, las cuales van conformando las demarcaciones reales de esas dimensiones económicas, políticas, culturales, lingüísticas y territoriales (Soler, 2009: 118).

La nación es una permanente disputa histórica sobre la forma de una comunidad realmente existente en sus múltiples dimensiones. En síntesis, la nación para Soler es “la lucha por la organización nacional” (Soler, 2009: 119).

Fuerzas nacionalizadoras y desnacionalizadoras

Esto implica un abordaje situado de la lucha de clases, donde las clases y fracciones de clases deben pensarse no en función de definiciones atemporales establecidas a priori, sino a partir del lugar que ocupan en un momento determinado en relación a la construcción de la nación. Por eso, el contenido o carácter de las clases en Latinoamérica es muy distinto al europeo, debido a que está definido no solo por el lugar que ocupan las clases dentro de sus países, sino también por el papel que ocupan sus países en la división internacional del trabajo y poder.

Al situarnos en Latinoamérica, como periferia colonial y dependiente, es el papel que juega una clase en torno a esa sujeción imperial-colonial lo que determina el papel que está jugando dentro del país, dado que las estructuras económicas internas de un país dependiente necesariamente están ligadas a la potencia que lo mantiene en la dependencia. En el tercer mundo, las luchas de clases son necesariamente luchas por la

soberanía nacional.

Esto nos lleva a clasificar a las clases en el tercer mundo como fuerzas nacionalizadoras o desnacionalizadoras. Las fuerzas nacionalizadoras son aquellas que intentan afirmar la nación, como una comunidad unida y cohesionada, que determina su propio destino obedeciendo sus intereses materiales y espirituales comunes. Las desnacionalizadoras serían aquellas que conspiran contra la formación de la comunidad, y que respondiendo a intereses externos, buscan fragmentarla y estratificarla, generando fisuras que separan a las distintas partes entre sí, obstaculizando una auténtica unidad nacional, dando pie al concepto de Lenin de dos naciones dentro de una.

Las fuerzas nacionales unen a la comunidad en función de sus propios intereses, las desnacionalizadoras la fragmentan en función de intereses exógenos.

Soler aplica esta clasificación al analizar la confrontación entre liberales y conservadores durante el siglo XIX. Comprende a los conservadores como antinacionales, al representar sectores que no permitían el desarrollo de una economía capitalista, aupando la conservación de pequeños enclaves de formas de producción precapitalistas, con relaciones serviles o esclavistas, escasamente conectados al mercado mundial. Estos sectores conservadores proponían además mantener o establecer vínculos de subordinación a las principales potencias coloniales.

Lo antinacional en Soler tiene esa doble dimensión, que se traduce en una doble enajenación, negando la nación primero al no permitir la integración de los intereses económicos de la comunidad, y negándola también al mantener lealtades hacia una potencia externa. Por ello es que Soler afirma que las clases articuladas en torno al liberalismo, que proponían un modelo de nación moderna, independiente y capitalista, representaban en el siglo XIX una fuerza nacionalista y progresista.

El antagonismo fundamental entonces, para Soler,

es en torno al carácter nacional o antinacional de las clases o fracciones de clases, y por ende, ese es el criterio que nos permite identificar las posibles conformaciones de los bloques pluriclasistas (Soler, 2009: 96) que luchan por la organización de la comunidad.

Para Soler el conflicto social no se reduce a dos clases confrontándose una a la otra, sino a una correlación de fuerzas complejas, diversas y dinámicas, de clases y fracciones de clases, que pactan entre sí en torno a sus cambiantes intereses, los cuales inevitablemente giran en torno a la afirmación o negación de la nación. Soler, rechazando cualquier noción de sujeto revolucionario preestablecido, nos indica que un bloque de clases y fracciones de clases ha sustituido, con frecuencia, a sectores de la sociedad llamados naturalmente a realizar determinadas tareas históricas. Esto, nos dice Soler, es posible porque “la historia social no es natural”, es política (Soler, 2009: 138).

Bonapartismo permanente

Para imponer su proyecto de organización nacional, esos bloques pluriclasistas buscan construir y controlar un Estado, como instrumento de dominio que permite establecer formas de producción y reproducción consonó con los intereses de esas clases.

Aquí, Soler invierte una concepción genérica en torno al origen de los Estados, ya que al ubicarse en el tercer mundo, no piensa al Estado formándose de abajo hacia arriba, como expresión y producto de la burguesía, dado que en Latinoamérica se daban “revoluciones burguesas sin burguesía”, sino al contrario, de arriba hacia abajo, donde se estructuraban los Estados Nacionales como premisa para el surgimiento de las relaciones de producción capitalistas (Soler, 1989: 115). Las clases con pretensiones burguesas, para consolidar su dominio, “debían hacer alianzas y compromisos de naturaleza político-ideológica con otras clases o capas no

burguesas de la nación” (Soler, 1989: 115). En otras palabras, las luchas de los bloques pluriclasistas son por constituir Estados que les permitan cimentar un proyecto de nación.

Por ello arguye Soler que los Estados, en particular en el tercer mundo, tienen un alto grado de autonomía, un carácter bonapartista permanente, al ser un poder estatal relativamente autónomo frente a las clases y sus luchas (Soler, 1975: 98). Dada la relativa autonomía del Estado en el mundo subdesarrollado, este puede orientar el proceso económico, asumiendo un rol arbitral en los conflictos de las clases sociales, conciliando entre las clases explotadas y explotadoras, poseyendo el poder para conservar o liquidar los modos de producir y formas de propiedad.

Construir un Estado es el objetivo de las clases, puesto que es la única manera de imponer sus intereses concretos, que asumen la forma de una nación con sus particulares modos de organizar la producción y reproducción de la vida de la comunidad.

La más formidable fuerza productiva

Sin embargo, para Soler, partiendo de Marx en los Grundrisse, la comunidad nacional no es solo una condición para el desarrollo de las fuerzas productivas, con el Estado imponiendo esas condiciones a la fuerza de manera externa, sino que esa comunidad es en sí una fuerza productiva, afirmando que “las comunidades nacionales que se han formado durante la época moderna y contemporánea constituyen la más extraordinaria fuerza productiva, material y espiritual, creada por el hombre a través de su historia” (Soler, 1999: 178).

No estamos, como ya se estableció, hablando de la nación meramente como una identidad cultural, o del Estado como una fuerza estrictamente coercitiva, sino como una comunidad con un carácter productivo, pues ese espacio que es el Estado-nación moderno es una relación humana y social que se desarrolla y desenvuelve productivamente. Para Soler,

“la homogeneización nacional da lugar a la más formidable fuerza productiva creada en la historia”: el Estado nacional moderno (Soler, 1999: 150).

Vemos una vez más, a Soler apartarse de un marxismo ortodoxo, al no considerar al Estado mero reflejo superestructural, sino como ya observamos anteriormente, un ente con la autonomía para incidir en la construcción de la estructura, pero a su vez, como una fuerza productiva, evidenciado por el hecho que la productividad no es la misma con una forma estatal u otra (Soler, 2009: 106).

Hay una ruptura con la idea de una división artificial entre la estructura y la superestructura, y un acercamiento a una concepción amplia del Estado, como totalidad, que encuentra su unidad en la acción humana organizadora y equilibradora de ese todo.

Soler reconoce en la acción concreta del hombre, en la praxis, la realidad de toda la historia, identificando a ese mismo hombre como la fuerza productiva fundamental, que articula entonces la estructura a la superestructura en la estabilidad de un orden determinado; y que es el propio hombre, en las contradicciones de clase y en la lucha por el Estado, quien constantemente reformula la dirección y sentido de aquel orden (Soler, 2009:107).

Si el hombre es una fuerza productiva, y el capitalismo y el Estado son relaciones sociales, entonces en la época moderna, es el hombre asociado en el Estado-nacional la principal fuerza productora. El Estado nacional es no solo la viva expresión de la fuerza productiva del hombre, sino además, del dominio necesario para consolidar esa producción, haciendo del Estado, simultáneamente instrumento de dominación y poderosa fuerza productiva (Soler, 1989: 37).

El mito geográfico

El Estado-nación, teniendo la producción y reproducción de la vida de la comunidad como premisa, se estructura asumiendo

una forma particular a partir de los recursos que posee y decide explotar. La naturaleza de las luchas por el Estado-nación depende de cuáles son esos recursos.

En Panamá, para Soler, ese recurso es la posición geográfica, constituyéndose históricamente el Istmo como zona de tránsito. Señala Soler como desde la época precolombina se utilizó a Panamá para el tránsito entre los dos grandes imperios de ese tiempo, el Perú incaico y el náhuatl-azteca de México, y posteriormente en la época colonial, con las rutas transistmicas Panamá-Nombre de Dios y Panamá-Portobelo para conectar las colonias con el imperio español (Soler, 1989: 12-13). Para Soler, esto no se da por un determinismo geográfico, sino debido a una serie de coyunturas fundacionales específicas a nuestro territorio, que fueron condicionando el posterior modelo de nación que se desarrolló en el Istmo.

Confluyeron para afirmar esa vocación transitista una serie de circunstancias entre las que están que el fundador de la ciudad de Panamá era un conquistador funcionario y no un conquistador encomendero, el no afianzamiento de relaciones de producción de carácter feudal, con la temprana desaparición de las encomiendas mineras, la inexistencia de mayorazgos y menor importancia del agro, y la especificidad política del Istmo al no ser sujetado a la Capitanía General de Guatemala (Soler, 1989: 12-13). Estas circunstancias fueron contribuyendo a crear en el Istmo una institucionalidad política y económica directamente dependiente de la metrópoli, lo que generó desde la época colonial “las condiciones económicas y sociales que espontáneamente inducía a sus pobladores la convicción de un proyecto político que haría posible la explotación del principal recurso natural: la posición geográfica” (Soler, 1975: 83).

El destino de Panamá fue definiéndose en función de su valor geopolítico, geoeconómico y geoestratégico, dando pie a lo que hoy llamamos transitismo.

Esto sin embargo genera una aparente paradoja sobre el surgimiento de la nación panameña. Para Soler, el principal

obstáculo para la consolidación de la nación en la mayoría de los países hispanoamericanos era la existencia de fuerzas precapitalistas, aquel entramado de instituciones políticas, económicas, sociales y culturales de carácter colonial aupadas por clases desnacionalizadoras que conspiraban contra la unidad nacional. Pero dado que en Panamá no existían fuertes fuerzas precapitalistas, debido a la temprana preeminencia del modelo transitista, ¿implica esto que con mayor facilidad se formaría la nación panameña?

Soler resuelve esta paradoja aduciendo que a pesar de que no había un poder social antinacional como en el resto de Hispanoamérica, y aunque la posición geográfica efectivamente legitimaba un proyecto de nación, “esa misma posición geográfica desencadenaba fuerzas absorbentes que podrían desnaturalizarlo” (Soler, 1975: 84).

Esa desnaturalización se fundamenta en las pretensiones de poderes imperiales por hacerse con la posición geográfica, que podía inducir a las clases oligárquicas, guiadas por el mito geográfico, como fe desmesurada en la zona de tránsito como panacea, a entregarlo todo a cambio de réditos derivados de la explotación imperial de la posición geográfica (Soler, 1971: 100). Las fuerzas antinacionales panameñas lo son por su entreguismo al imperio, en función de su ceguera por el mito geográfico.

Esa fe desmesurada en el mito geográfico está vinculada para Soler a “una psicología de esperanza y desaliento [...] a partir de un movimiento pendular de la actividad socio-económica [...] que anula o suma en breve letargo la conciencia nacional” (Soler, 1971: 8).

El transitismo es un modelo altamente sensible a dinámicas externas, que implica tiempos de bonanza y opulencia extrema que debilitan la conciencia nacional, y de decadencia y precariedad aguda que la fortalecen, lo que explica la continuidad y discontinuidad de las grandes tendencias que identifica Soler, entre la afirmación y la negación de la nación

panameña. Es el estado de la fe en el mito geográfico a partir del movimiento del péndulo, lo que hace a Panamá gravitar entre el orgullo nacionalista y el entreguismo colonial

Las condiciones y fuerzas históricas que diferencian históricamente al Istmo están siempre presentes, pero languidecen por momentos, precisamente por ese movimiento pendular que va entre la esperanza y el desaliento, entre la afirmación de la soberanía y el sometimiento colonial.

La gran tendencia

Para Soler, esas condiciones y fuerzas históricas conducen al Istmo hacia el ideal del Estado Soberano, el Panamá Estado federal autónomo de Justo Arosemena dentro de una gran unión continental latinoamericana, como “fórmula ideológica que asume la aspiración panameña a la autodeterminación” (Soler, 1989: 18). En torno a la afirmación y negación de ese ideal se configura una clara diferenciación de Panamá con el resto de la Nueva Granada, después Colombia, que se constituye en tendencia histórica definitoria de la nación panameña.

Es un ideal afirmado por las fuerzas autonomistas e independentistas que a largo del siglo XIX pugnaron por conquistar el autogobierno y desarrollar la función transitista, pero también reconocido implícitamente en los esfuerzos colombianos por negar esa autonomía y truncar el aprovechamiento panameño de la posición geográfica. Es la tendencia autonomista e independentista en función de la búsqueda del control de la zona de tránsito la que define y diferencia históricamente a la nación panameña.

Esta tendencia se mantiene en el siglo XX, pero ahora dentro de la coyuntura del emergente imperialismo estadounidense, tomando la forma de aspiración a la soberanía sobre el territorio ocupado y el Canal de Panamá.

El imperialismo estadounidense es la confirmación en el siglo XX de la continuidad de esa tendencia, ya que si las formaciones nacionales latinoamericanas emergieron

enfrentando simultáneamente al colonialismo externo y a las fuerzas disociadoras del precapitalismo interno (Soler, 2009: 29), ahora debían enfrentar al imperialismo estadounidense y a la fragmentación del territorio en enclaves económicos subordinados a Estados Unidos.

Pero esa expansión imperial estadounidense transmutó la función nacional - antinacional de las clases en Latinoamérica, dando pie a fuerzas desnacionalizadoras de una naturaleza distinta, y por ende, alterando la configuración de las clases que luchan por la organización de la comunidad nacional (Soler, 1975: 105).

La reconfiguración de las clases nacionales y antinacionales

Si durante el siglo XIX las clases burguesas agrupadas en torno al proyecto liberal cumplieron un papel nacionalizador, a partir de 1903, y en especial desde 1925, estas clases enfrentan conflictos crecientes con las clases populares, principalmente obreros y campesinos, que no pueden prohiar su ideología o concepto de nación, debido a diferencias irreconciliables de intereses (Soler, 2002: 105).

Aquí surge la principal contradicción dentro de los países latinoamericanos en el siglo XX, donde ante el cambio de las condiciones materiales internas y una nueva modalidad de imperialismo, los intereses y lealtades de las clases cambiaron necesariamente también. “La emergencia del imperialismo modificó la base social del liberalismo, convirtiéndola en fuerza reaccionaria” (Soler, 1999: 19).

La reconfiguración de la lucha de clases, con el surgimiento de nuevas clases populares, hace que la burguesía comercial y casateniente vinculada al liberalismo vea en el imperialismo la única garantía de su existencia ante la amenaza creciente que representan esos sectores populares a sus intereses. La expansión de la base material de las clases dominantes depende ahora de la sujeción imperial, en desmedro de los intereses de las clases populares, quienes

sufren dicha sujeción. A partir de ese momento, “la oligarquía no tiene nacionalidad” (Soler, 2002: 105).

La reconfiguración de intereses y lealtades hizo patente “la colusión inevitable y profunda de la oligarquía, esencial e irremediamente antipatria, con el imperialismo” (Soler, 1989: 56).

Esto permite que Soler, a partir de la emergencia y consolidación del imperialismo estadounidense a finales del siglo XIX, identifique a las fuerzas antinacionales como todas aquellas “quienes por su posición en la estructura social tiene inescindibles lazos con el principal enemigo histórico de nuestra nacionalidad y también de las naciones de nuestra América: el expansionismo y el imperialismo de Estados Unidos” (Soler, 1999: 139). Soler las define como la oligarquía, y esta oligarquía constituye el bloque pluriclasista que detenta el poder internamente, bajo la protección y al servicio del poder imperial.

La cuestión nacional y social

Con este cambio de las condiciones internas y externas son ahora las clases populares los portadores del proyecto nacional, coincidiendo los intereses populares con los nacionales, generando un escenario donde cada vez más “la cuestión social era indesligable de la cuestión nacional” (Soler, 1975: 86). La traición a Victoriano Lorenzo para silenciar la reivindicación económica y social en el marco de la lucha por la autonomía política y el pedido de intervención a las tropas estadounidenses ante el movimiento inquilinario, son muestras fehacientes de cómo dentro de la nueva coyuntura los intereses sociales y populares coinciden con el interés nacional por la autodeterminación.

Si autodeterminación significa un desarrollo de las fuerzas productivas en función de la voluntad e intereses de la nación, ello implica que dentro de un orden de sujeción neocolonial e imperial, la realización de la nación

está representada por las luchas de las clases excluidas y explotadas, quienes tienen un interés material directo en lograr la plena soberanía. En contraposición a estas, están las clases oligárquicas, quienes al ser los principales beneficiarios del orden de sujeción imperial, ya que derivan sus principales fuentes de riqueza del control que ejercen sobre los enclaves económicos ligados a la potencia imperial, son naturalmente los principales interesados en mantener ese orden.

Por eso en los países subdesarrollados la expoliación es doble, pues en estos las clases populares son explotadas por sus empresarios connacionales en los enclaves, los que a su vez están subordinados a las grandes transnacionales de la potencia. De ahí la sentencia de Soler que “toda lucha social en el tercer mundo es necesariamente antimperial” (Soler, 1999: 150).

Esa doble expoliación se traduce en una doble enajenación, de la soberanía del pueblo y de la soberanía nacional [...] con la soberanía del pueblo a favor de la oligarquía y la soberanía nacional a favor del imperio (Soler, 1999: 179). Aquí vemos que ante la mancuerna desnacionalizadora oligarquía-imperialismo, se yergue la simbiosis de las luchas populares y nacionales.

Camino al socialismo

La sinergia entre los intereses populares y nacionales es el camino a la superación de la contradicción nacida de la doble enajenación a la que están sujetos nuestros países, superación a partir de la lucha de las clases populares por imponer una nueva organización nacional.

Esta lucha permite articular un bloque revolucionario con el poder suficiente para construir un nuevo Estado, análogo a como en las guerras de independencia fue necesaria una estrategia social anticolonial, fundada en la liberación de los esclavos y siervos, como precondition para adquirir las fuerzas con las cuales conquistar la autodeterminación (Soler,

2009: 219).

Pero además del factor estratégico, esa lucha es la única forma de crear una nueva base material que permita suplantar la base del orden neocolonial. Al ser el Estado-nación una fuerza productiva en sí misma, eso implica que un nuevo Estado estará asentado sobre una organización distinta del poder, que permita la realización plena de las clases que llevan adelante la lucha, lo que exige la socialización de los medios de producción y reproducción de la vida, como fórmula para poner el poder sobre esos medios en manos de aquellos que habían sido excluidos y explotados en el orden anterior.

Soler entiende por socialismo “la primera experiencia en la historia de la humanidad en que el hombre asume, con los alcances de su conciencia, la responsabilidad de estructurar la sociedad al margen de los parámetros inexorables creados por la propia actividad de producción y reproducción de su vida material” (Soler, 1996: 11). Para Soler, el socialismo, es el control absoluto del hombre sobre su propia vida, la forma más elevada que asume la autodeterminación de los pueblos. Por ende, socializar los medios de producción y reproducción de la vida y alcanzar la plena autodeterminación, produce la ruptura con el imperialismo garante de la base material capitalista.

El único camino a la autodeterminación, como auténtica soberanía popular y nacional, es el socialismo. Como nos dice Soler, “superar esas contradicciones y alcanzar nuevos procesos cualitativos, democratizadores y nacionalizadores implica la ruptura de la dependencia imperial mediante la socialización de los medios de producción y cambio” (Soler, 1989: 94).

La socialización de los medios de producción es por ende, camino y destino de la autodeterminación. Toda otra alternativa no es más que una independencia ficticia, donde inevitablemente seguiremos presos de las dinámicas coloniales-imperiales al no haberse constituido un nuevo Estado con

una nueva base material. Las clases populares tienen la socialización de los medios para la producción y reproducción de la vida como condición para su plena realización, lo cual implica romper con el imperialismo y sus aliados oligárquicos y la base material capitalista que niega esa realización.

Horizonte nacional latinoamericano

Ese deseo de realizarnos plenamente como comunidad, que no es más que la voluntad para vivir que mueve a todos los seres humanos, aunque se encuentre atrofiado por la doble enajenación oligárquica-imperial que busca suprimir nuestra existencia, es la fuerza motriz de la tendencia histórica que inevitablemente hace resurgir una y otra vez las luchas revolucionarias. Tendencia que nos empuja siempre a luchar para conquistar el poder sobre la vida.

Adquirir conciencia de la tendencia significa reconocer el más importante de los derechos para Soler, que más que un derecho es la condición de todo derecho, que es el derecho a la vida, a la existencia misma de los pueblos (Soler, 1999: 151). Y para conquistar ese derecho a la vida, es necesaria la autodeterminación nacional, como el poder para controlar y garantizar esa existencia común mediante la socialización de los medios para la producción y reproducción de la vida.

Pero es claro que la autodeterminación nacional es una imposibilidad mientras sigamos bajo el dominio del imperialismo estadounidense. El imperialismo se sostiene sobre la fragmentación de Latinoamérica en neocolonias capitalistas dependientes y débiles, por lo que ningún país latinoamericano podrá consolidarse como nación de manera aislada, sino solo a través de la unidad continental.

El más elevado estadio de conciencia entonces es el que reconoce en la autodeterminación latinoamericana la condición de posibilidad para la autodeterminación nacional, como única forma de garantizar el derecho a la vida de todos nuestros pueblos. Es la realización de la tendencia histórica

que conduce a la afirmación de nuestra identidad nacional en función de la afirmación de la identidad latinoamericana. Al igual que durante las guerras de independencia, el horizonte nacional latinoamericano debe estar en la conciencia de todas las clases revolucionarias (Soler, 2009: 96).

Por ello, para Soler, siguiendo a Martí, es el pueblo con conciencia de la latinoamericanidad, el pueblo-nación, quien asume el papel de agente del proceso revolucionario, siendo el único que, a escala de Nuestra América, esta históricamente convocado para la realización de la utopía nacional y latinoamericana (Soler, 2009: 265).

El imperio lo sabe, y por eso desde las gestas independentistas hasta nuestros días vienen conspirado en contra de la unidad continental, tratando de obstaculizar el desarrollo de esa conciencia nacional y latinoamericana. Hecho ejemplificado en la invasión a Panamá, donde para Soler “el verdadero objetivo no era remover a Noriega sino la liquidación de toda posibilidad de autodeterminación nacional” (Soler, 1999: 90), estableciendo un régimen de ocupación que “siente las premisas culturales e ideológicas de nuestra desnacionalización” (Soler, 1999: 101).

Dialéctica inédita

Las consecuencias de ese proceso desnacionalizador las sufre Panamá hoy, por lo que ante el intento de borrar violentamente la memoria colectiva del pueblo panameño, se hace urgente escuchar las palabras de Soler, quien nos conminó a volver al pasado, como una de las mejores maneras de armarnos frente a los retos del futuro (Soler, 1996: 35), para emprender cuanto antes la batalla por recuperar, desarrollar y elevar la autoconciencia de nuestro derecho a existir como nación.

Estando en juego nuestra existencia, no podemos seguir siendo víctimas del péndulo, esperando inertes a que surjan por factores exógenos las condiciones favorables para el resurgimiento de las luchas por la identidad nacional.

Hemos de ser nosotros por encima de las fluctuaciones del transitismo, constituidos como el actor revolucionario de pueblo-nación, quienes afirmemos nuestro derecho histórico a existir, persistiendo con terquedad en continuar el legado de los panameños y latinoamericanos que han luchado por una autodeterminación planteada a escala continental, como “la idea no realizada, pero ya probada históricamente en la materialidad de la lucha de clases” (Soler, 2009:274).

Esta idea por ende, no es de la autoría exclusiva de Soler, sino un producto de las múltiples generaciones de panameños que han ido construyendo con su praxis un puente de continuidad entre distintas concepciones de la nacionalidad, que Soler se dio a la tarea de desentrañar, articular y explicitar como utopía conquistable.

Ser o no ser, queda en nuestras manos la resolución de esta trama existencial, y las formas que esa resolución tomen serán propias a nuestros pueblos, expresiones originales de una utopía inédita que se “busca en el pasado, se crea en el presente, y se proyecta para el porvenir” (Soler, 1971: 44), lo cual constituye la esencia del proyecto soleriano por la autodeterminación nacional.

Solo una dialéctica inédita, presagia Soler, de reformas radicales o revolucionarias, llevada a cabo por la praxis de un pueblo con autoconciencia de su derecho a ser, ha de superar la contradicción histórica que plaga a Latinoamérica, para conducir a esa resolución decisiva que nos permitirá afirmarnos plenamente como nación panameña y nación de naciones latinoamericana. Resolución que dependerá del resultado de la batalla por la conciencia de nuestros pueblos.

Ser o no ser, o la Utopía o el exterminio.

Bibliografía

Soler, Ricaurte, 1971. *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad durante el Siglo XIX* (Panamá, Librería Cultural Panameña).

- Soler, Ricaurte, 1975. “Panamá, Nación y Oligarquía” en Gandásegui, Marco 2002 *Las Clases Sociales en Panamá* (Panamá, Centro de Estudios Latinoamericanos).
- Soler, Ricaurte, 1989. *Panamá: Historia de una Crisis* (México, Siglo Veintiuno Editores).
- Soler, Ricaurte, 1996. “Cuasimodo: Alba de la Utopía” en *Revista Tareas* (Panamá) No 94.
- Soler, Ricaurte, 1999. *La Invasión de Estados Unidos a Panamá: Neocolonialismo en la posguerra fría* (México, Siglo Veintiuno Editores).
- Soler, Ricaurte, 2009. *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas: de la Independencia a la emergencia del Imperialismo* (México, Siglo Veintiuno Editores).

ACERCAMIENTO A LA IDENTIDAD PANAMEÑA DESDE RICAURTE SOLER. FLORENCIO DÍAZ PINZÓN

El punto de partida de este artículo es un repaso desde la teoría sociológica del desarrollo del concepto de identidad, con un énfasis particular en el rol que el conflicto juega en su conformación. A continuación, se resumen las posturas que sobre la identidad panameña acuñaron dos autores panameños contrastantes: Isaías García y Ricaurte Soler. Con base en esta discusión se propone una definición propia de la identidad panameña.

Antecedentes

El concepto de identidad se ha convertido en uno de los conceptos con mayor uso en los escenarios de conflicto establecidos tanto a nivel global, como en lo local y lo nacional. Su uso es persistente, no solo en el campo de las ciencias sociales, sino también en los discursos acuñados tanto por los movimientos sociales como en los expresados por los propios políticos de las élites; en las alocuciones de la izquierda; en las artes y en otros escenarios variados, pero siempre es empleado con el propósito de fortalecer la identidad. Sin embargo, a pesar de la ubicuidad de su uso no se ha logrado homogenizar lo que se entiende por identidad.

El término identidad se incorporó al campo de las ciencias sociales a partir de las obras del psicoanalista austriaco Erick Erickson, quien a mediados del siglo XX empleó el término ego-identidad en sus estudios sobre los problemas que enfrentan los adolescentes y las formas en que pueden superar las crisis propias de su edad. Erickson concibe a la identidad, como “un sentimiento de mismidad y continuidad que experimenta un individuo en cuanto tal” (Erickson, 2010). Podemos considerar la identidad como la autorreflexión del individuo, proceso que le permite ponderar sus propias capacidades, reafirmandose como individuo. Sin embargo, toda vez que los individuos viven en colectividad, esta autorreflexión

implica necesariamente un proceso de reconocerse a sí mismo, pero también de diferenciarse de otros miembros de un grupo. Este artículo no abordará el concepto de identidad desde la psicología social. Procurará un acercamiento a partir de la teoría sociológica, teoría que observa a la identidad como el mecanismo articulador de los actores sociales a través de sus discursos reivindicativos nacionales, regionales o locales; es decir, a partir de la construcción colectiva de acuerdo a las representaciones subjetivas de los actores sociales frente al contexto.

Inicialmente podemos plantear la identidad como resultado de los conflictos (ya sea por el control de las estructuras sociales en las que los movimientos son constituidos por acciones reivindicativas o de transformaciones al sistema social); y otro, en el que las características subjetivas o acciones colectivas parten de la capacidad de agencia de los actores. Touraine propone que:

“la acción de los movimientos sociales no está dirigida fundamentalmente frente al Estado y no puede ser identificada con una acción política por la conquista del poder; al contrario, es una acción de clase, dirigida contra un adversario propiamente social” (Touraine, 1990).

Touraine observa el conflicto al margen del Estado, en el escenario de la sociedad civil, identificando los movimientos sociales según objetivos culturales y el conflicto entre civiles, determinando que los individuos son capaces de forjar su propia historia. Estos argumentos permiten a Touraine “definir el movimiento social como la conducta colectiva organizada de un actor luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta” (Touraine, 1990).

El surgimiento de diferentes movimientos sociales para Touraine no significa multiplicidad de conflictos sociales. Al contrario, son representaciones del conflicto central que surgen

producto del control de la historicidad, es decir, el control de la cultura.

Desde esta perspectiva, la identidad es el escenario donde se observa cómo, a través de acciones dirigidas por actores que participan de un campo de la historia, se disputa el control, la reapropiación del conocimiento y las transformaciones del modelo cultural que las clases regentes han determinado para sus propios intereses, es decir, la historicidad.

La reflexión contemporánea sobre la identidad – dice el sociólogo italiano Alberto Melucci “nos incita cada vez más a considerarla no como una ‘cosa’, como la unidad monolítica de un sujeto, sino como un sistema de relaciones y de representaciones” (Melucci, 1999).

Para Melucci la identidad implica en primer término una definición común y compartida para orientar las acciones del grupo, es decir, tener fines, medios y campo de acción. También debe poseer valor o un modelo cultural y ser capaz de cohesionar a través de ritos, símbolos, prácticas. Todos estos procesos que influyen en la construcción de una historia y memoria otorgan estabilidad a la autodefinición de identidad, (identitaria).

La identidad es también la introyección de las prácticas culturales compartidas y legitimadas, es el ser colectivo que expresa las diferencias con el grupo antagónico. Ahora bien, como la identidad enuncia conflicto por el control de la historicidad es dinámica, cambia, se fusiona, genera rupturas. También es compleja, es local, nacional y regional frente al dominio.

Pareciese ser que lo local, lo nacional y lo regional son las variables que se articulan con lo geográfico y lo económico para sentar las bases del conflicto y por ende hace surgir la identidad como mecanismo cohesionador de los grupos en disputa por el control. Esta relación de variables suele evidenciar un discurso de carácter nacionalista y clasista soslayando así otras identidades que representan sus propios

intereses. Podemos, por tanto, pensar que la conceptualización de identidad incluye tanto elementos objetivos como subjetivos que son producto del origen cultural, étnico, la posición en la estructura social y económica, del género, de la religión, del contexto rural o urbano, de la manera como se relacionan con la naturaleza. Todos estos factores hacen pensar que en un espacio se encuentran diferentes identidades; identidades éstas que son dinámicas y cambiantes.

Según Chang:

“las culturas nacionales y locales, no se encuentran en un desfile ordenado, sino en una yuxtaposición, lo que parece complicar la búsqueda de una identidad regional. Sin embargo, desde una perspectiva diacrónica, la cuestión se nos aclara, pues solo mediante el cuestionamiento de nuestras raíces podremos esclarecer el ser actual, reconocernos y que nos reconozcan como parte de una raíz común” (Chang, 1996: 69).

Este planteamiento despierta la necesidad de deconstruir la idea de identidades forjadas de manera lineal, homogénea y teleológica. Estos argumentos no solo evidencian desconocimiento, sino también un discurso de dominación que reprime nuestras identidades, diluye los lazos de solidaridad y difumina los intereses en común. Muy por el contrario, las identidades son difusas, cambiantes, por lo que es necesario recurrir a nuestro pasado, para poder lograr conocer nuestro ser en el presente. Este proceso debe partir de entender las diferencias en las identidades.

Desde esta visión Castells propone:

“la identidad como resistencia en la que un colectivo humano que se siente o bien rechazado culturalmente, o bien marginado social o políticamente, reacciona construyendo con los materiales de su historia formas de autoidentificación que permitan resistir frente a lo que sería su asimilación a un sistema en el que su situación sería estructuralmente subordinada” (Castells, 2000).

Ahora bien, Castells propone utilizar la historia como mecanismo que hace frente al proceso de homogenización del

nuevo orden mundial, donde los individuos sin capacidad de ejercer ciudadanía frente al sistema global, retoman rasgos locales y nacionales que les permitan unificar criterios con la intención que perduren sus intereses.

Podemos preliminarmente señalar que la identidad como constructo social se sostiene de la historia, los rasgos culturales, los elementos geográficos, los factores económicos, es decir condiciones objetivas y subjetivas, todos incidiendo como mecanismos que cohesionan a los grupos sociales frente a un conflicto que busque subordinar a través del control del poder a otros grupos.

La identidad desde Isaías García y Ricaurte Soler

Como hemos planteado en los párrafos anteriores, la identidad es producto del conflicto. Por lo tanto, es dinámica, compleja y no solo integrada por factores objetivos.

Para Isaías García el debate de la identidad o la panameñidad inicia en 1821 y se fortalece a partir del siglo XIX cuando la población plantea sus intereses en razón de la construcción de la autonomía, de la construcción del Estado. Esta mirada propone una identidad homogénea, ahistórica y emergente desde un solo actor social evadiendo al resto de los actores que integran lo panameño. Por otro lado, procura la construcción de lo panameño como una estructura desligada, independiente, construida desde la representación del conocerse a partir de un tiempo y espacio, pero sin asumir el actor del otro entorno.

Según García:

“nuestra vida anterior a 1821 refleja claramente ese estado de integración e individuación inconsciente, razón por la cual no podemos encontrar en las obras y hechos de nuestros hombres dieciochescos, una auténtica expresión de lo panameño” (García, 2010, págs. García,2010).

Soler apela a la historia, pero no como hechos aislados, sino como hechos integrados a otros hechos históricos, como las

relaciones sociales de producción (modelo económico) y la propia posición geográfica. Desde esta visión la identidad no se genera desde la capacidad de los actores de autoreconocerse, sino de una relación dialéctica entre los individuos, sus intereses y la propia dinámica propuesta por el modelo geo-económico para el caso panameño.

Soler incluye el componente geo-económico en su abordaje de la formación de la panameñidad. Argumenta que la panameñidad surge y se consolida en la región metropolitana, como espacio donde confluye la dinámica propuesta por el modelo colonial impuesto por la corona española y luego por el modelo capitalista.

Ahora bien, Soler citando a Pierre Chaunu:

“...plantea que transcurrido el periodo inicial de la conquista peruana, el comercio colonial entre el Pacífico y España se realizó casi que exclusivamente a través del Istmo. Como consecuencia de ello a partir de la segunda mitad del siglo XVI hasta los primeros lustros del XVIII, la intensa actividad transitista, de circulación de mercancías y servicios, comenzó a definir un espacio geo-económico, que en otro sentido fue, sin embargo, efecto de la política mercantilista metropolitana” (Soler, 1976).

Soler se aproxima a la tesis marxista que establece que el enlace entre las relaciones sociales de producción y la naturaleza permiten generar a las sociedades los imaginarios sociales, es decir, sus propias instituciones de control y de reproducción de normas y valores (cultura y sistema político) que sostienen las condiciones materiales que construyen los cimientos que los individuos hacen de sí mismos.

Por otro lado, para García “...la panameñidad es una estructura espiritual independiente y ajena al ambiente al cual se enfrenta para engendrar los distintos modos existenciales de carácter histórico” (Gracia, 2010)

Este planteamiento supone la identidad como inherente a los individuos. Desde esta perspectiva, los individuos construyen su propio ser desde su subjetividad,

separándola de su contexto concreto, es decir, desvinculada del desarrollo histórico de la sociedad y de la naturaleza. Esta afirmación propone una identidad constante en el tiempo y el espacio, desarraigada de los cambios históricos que ocurran en la sociedad¹⁶⁹, como expresión de lo universal y lo global que influye en la formación de lo panameño. Lo cierto es que lo panameño se expresa en espacios y tiempos de manera diferente, pero siempre en relación a su contexto.

Para Soler:

“la historia de la cultura panameña presenta rasgos peculiares de insospechable fundamentación en el no menos peculiar devenir histórico – político y económico del Istmo. A los factores que informaron la vida intelectual hispanoamericana a principios del decimonono, destruyendo una educación medievalista, se agregan en nuestros lares circunstancias de nítida procedencia regional, de genuina extracción istmeña” (Soler, 1976).

La panameñidad para Soler es cambiante, construida a través de la relación dinámica de lo histórico, de las relaciones de poder y del modelo económico. Propone que los cambios en las ideas son consecuencia de varios factores que influyen en la formación de la identidad panameña, tales como la implementación de un nuevo modelo educativo que permite la creación de un pensamiento netamente hispanoamericano, — unidad concreta que homogeniza a toda la región — , y la formación eurocéntrica en el liberalismo de los próceres.

Esta tesis genera una ruptura con los postulados de lo geográfico y por ende del modelo transitista como creador de una identidad acelerada, trivial, incapaz de repensarse a sí misma, como sujeto y actor de su propio desarrollo.¹⁷⁰

¹⁶⁹ La panameñidad también vive en la historia, pero es algo más profundo y verdadero que la historia, porque en el eterno perecer de ésta, ella permanece como la naturaleza eternamente viva, eternamente incorruptible. Preguntarse por la panameñidad es, pues, preguntarse por lo que no muere, por lo que permanece insepulto en nuestro constante morir histórico (García, 1956: 23).

¹⁷⁰ Isaías García retoma al Dr. Méndez Pereira en relación a nuestra posición de

De ahí que tanto Soler como Isaías García, proponen visualizar la figura de Justo Arosemena en su apología sobre la construcción del Estado panameño, mediante un discurso argumentativo apoyado de la historia, la geografía, la ciencia política, el derecho y la psicología. “Los españoles, al conquistar la América, trajeron consigo sus hábitos i preocupaciones de todo jénero, entre ellas su manera de gobernar” (Arosemena, 2003).

Según Isaías García, Diego Domínguez Caballero señala que:

“...respecto a la existencia, en nuestro suelo, de tres unidades humanas distanciadas una de la otra y teniendo cada una de ellas su propio espacio vital y experiencial. ¿Cómo encontrar así, en esa diversidad de tipos humanos con sus respectivas psicologías y trayectorias espirituales, alejadas, si no contradictorias, la unidad originaria de la panameñidad? (García, 2010)

Desde esta mirada Diego Domínguez Caballero observa diferentes panameñidades, construidas desde el espacio, manifestando cada una sus propias características. Por ejemplo, las comunidades campesinas que en relación a la naturaleza construyen un mundo de la vida. Ahora bien, pensar que los campesinos reproducen una visión débil, laxa, dejada, localista, sin carácter nacional, disminuye las confrontaciones campesinas por el derecho a la tierra o al no pago del diezmo. Sin embargo, a través de la historia las luchas campesinas enfatizan identidades que se enfrentan a los sectores dominantes que representan el poder nacional en lo local.

Soler identifica hechos históricos relevante de los sectores populares, tales como la lucha del cholo Victoriano Lorenzo en el contexto de la guerra de los Mil Días; en 1856 el Incidente de la Taja de Sandía, las diferentes movilizaciones

país de tránsito que nos hace blanco de insistentes corrientes extrañas que golpean día a día sobre la personalidad y estructura panameña (García, 1956: 21).

en el Arrabal de Santa Ana¹⁷¹, entre otros. Estos y otros hechos en la historia panameña expresan la puesta en marcha de una identidad distinta al discurso nacionalista de la burguesía rentista. Realidad que difiere de la idea de una identidad aletargada, sin conciencia, sin capacidad de construir una panameñidad como lo propone Isaías García.

Isaías García, citando a Hermann de Keyserling hace referencia a que el

“...latinoamericano actúa bajo los impulsos de la gana, que lo empuja desde dentro hacia fuera. “El americano es pasivo –nos dice-. Padece su vida. No conoce ninguna otra manera de vivir. Su vida es una capitulación continua ante el impulso interior; en cambio, cede muy poco a las influencias exteriores”. Por esta razón, en nuestra América, “no se hace proyecto ni se cumplen cuando se hacen”. (Gracia, 2010)

Evidentemente este autor muestra un discurso matizado por elementos clasistas, que niega un desarrollo en el pensamiento latinoamericano, con capacidad de entender y transformar su realidad bajo un interés en común. Ahora bien, Latinoamérica ha presentado una diversidad de propuestas para explicarse desde Latinoamérica, por ejemplo, el pensamiento filosófico de la Teología de la Liberación, los diferentes movimientos independentistas en el siglo XVII al XIX y luego los movimientos sociales revolucionarios de las décadas de '60, '70 y '80 del siglo pasado. Todos con propuestas de conocer y conocerse desde América Latina confrontando directamente a la modernidad como propuesta hegemónica.

“Las causas de las clases subordinadas ha hecho suya, por ello, la ciencia y la razón: los accesos seguros al conocimiento de la verdad tan denostada por idealistas e irracionalistas. Todo ello es bastante iniciativo de que en las batallas ideológicas de hoy los que creemos en la razón también tenemos la razón” (Soler, 1971).

¹⁷¹Ver a Ricaurte Soler, Panamá: Nación y Oligarquía, 1925-1975, ediciones de la Revista Tareas, 1979).

Latinoamérica tiene conciencia clara de su desarrollo como sociedad, entendiéndolo y no negando su pasado, sino como categoría para construir el futuro. Es decir, la construcción de los países en nuestra América, es la propia construcción de América Latina.

Soler plantea que:

“...contradictoriamente nacionales en su esencia, las clases sociales hispanoamericanas que sustentaron el proyecto liberal-nacional solo precariamente triunfaron sobre el poder social antinacional y conservador. A finales del siglo XIX la expansión imperial definitivamente desnaturalizó el empeño trasmutando en nuevos contenidos la significación nacional o antinacional de las viejas y nuevas clases sociales latinoamericanas” (Soler, 1976).

Lo efímero de este proyecto liberal–nacional es el resultado de una famélica institucionalidad (educación), una burguesía que no logra consolidar bajo una sola propuesta a todos los actores de la nueva nación, circunstancia que fue creciendo con la puesta en marcha de la estrategia del imperio.

Al igual que Soler, Montiel plantea que la formación de la panameñidad tiene otro momento en el desarrollo histórico del país con la fundación en 1903 de la República mediante la independencia, aunque aclara que la misma es mediatizada por la política imperial de los Estados Unidos, pero que es un avance en la formación nacional.¹⁷²

Para Soler en 1904 se inicia la lucha diplomática por frenar las interpretaciones unilaterales y con intereses marcados que hacen los Estados Unidos sobre el Tratado Hay-Bunau Varilla. También señala que las reclamaciones de los panameños se fortalecen durante los periodos de dirección del Estado panameño del Dr. Belisario Porras (1912-1916; 1918-1920; 1920-1924).

¹⁷²Ver a Miguel Montiel Guevara, Ricaurte Soler: La cuestión de Identidad Nacional y Latinoamericana, EUPAN, 2013).

“Orden, trabajo y progreso fueron las consignas del Estado nacional moderno, para lo cual se recurrió a la organización y expansión de un sistema de instrucción pública “moderno” que, unido a la construcción de caminos y puentes que vincularan el territorio, al saneamiento del interior del país para combatir la indolencia mórbida y a la consolidación de la pequeña propiedad rural, fueron los cimientos del proceso de nacionalización de Panamá.

La educación cargó con la responsabilidad de construir el sentimiento nacional sobre la base de la homogenización de la población. La escuela republicana ambicionaba cimentar la representación de la nación, formar buenos ciudadanos, forjar una identidad común, despertar el amor a la patria y la lealtad al nuevo Estado” (Pizzurno, 2014).

Belisario Porras tiene como estrategia reafirmar la identidad nacional bajo la reafirmación y la expiación del Estado – Nación a través de la democratización de las instituciones de carácter social como la educación, el fortalecimiento del aparato público, la construcción de nuevas vías de comunicación y el debilitamiento del poder de las instituciones eclesiásticas, entre otras medidas que fortalecían la cohesión entre los actores nacionales.

Camargo por su parte argumenta que para finales de 1887 la población del Istmo tenía una noción de identidad ligada al lugar, mas no así una identidad ligada al concepto de nación o país. Ello evidencia la falta de una institucionalidad en todo el territorio nacional que permitiera homogenizar a toda la población bajo las características que presenta el Estado–Nación. Desde esta mirada, solo los panameños localizados en la capital expresaban dicha panameñidad:

“Así consta en documento enviado por indígenas que habitan los sitios entre el Río de Indios y la Boca del río Miguel de la Borda, quienes rechazan en 1887 pertenecer al distrito de Donoso que ha sido segregado de Coclé para conformar parte de Colón [...] nosotros los indijenas pertenecientes a su rasa y a su gobierno no semos de la parte sibil los sibiles son los blancos y los negros pero nosotros los indijenas somos [...] indígenas hijos i becinos de Penonomé” (Camargo, 2005)

Al igual que Camargo, Pizzurno dice que la identidad de la población guarda relación con el lugar. Así, se era ocueño, santeño, chiricano, veragüense, entre otros. “Es más, para la mayoría de los habitantes de la ciudad-arrabal y del interior lo que importaba no era el Estado ni la República, de la que en ocasiones no tenían noticias, sino “la comunidad vivida”, la localidad”. (Pizzurno, 2014).

Porras propone como estrategia forjar una ruptura entre las identidades localistas o desde el mundo de la vida, por una de carácter nacional por la cual institucionaliza y legitima al Estado–Nación, apoyándose de alianzas con diferentes actores del país.

“Ese realineamiento consistió en la alianza, expresada electoralmente, de las masas populares de la capital con las masas campesinas del interior, en especial los pequeños propietarios agrarios que caracterizan la región de Azuero. Esta convergencia de fuerzas sociales resulto, acrecentada por sectores de la pequeña burguesía que además de razones de política interna se sentían confusamente estimulados por el impacto de la Revolución Mexicana, de la Revolución Rusa y de la Reforma Universitaria de Córdoba” (Soler, 1976).

Esta alianza no solo logra crear los cimientos de una panameñidad a través de la institucionalización y legitimación del estado según Porras, sino que también se convierte en la puerta de inicio de la expansión del modelo capitalista al resto del país permitiendo a la burguesía agraria diversificarse y consolidar su poder en el nuevo orden político, social y económico del Estado panameño.

Por otro lado, este proceso constituyó una pequeña burguesía ilustrada, sectores del arrabal y del agro, quienes ven la posibilidad de disputar el poder del Estado, diferenciándose del populismo de Porras, de la oligarquía y de las políticas imperiales ejercidas por los Estados Unidos. De este escenario político nacional surge Acción Comunal en 1931, con un discurso nacionalista y antiimperialista. Por otra parte, la clase obrera se organiza en el Sindicato General de Trabajadores

con un discurso clasista frente a la oligarquía¹⁷³.

Esta coyuntura propició la incorporación de un discurso de carácter nacionalista–populista afectando el proceso identitario del panameño frente a los Estados Unidos y a la oligarquía transitista capitalina. No es hasta la llegada al poder del Dr. Arnulfo Arias cuando inicia el proyecto político nacional–populista, con medidas como la nacionalización del comercio, el cual era controlado por chinos, judíos e hindúes, medida que le permitió generar alianzas con la pequeña burguesía.

Otras de las acciones que reafirman este nuevo proceso histórico en la identidad panameña están las de negar a los Estados Unidos territorios para las bases en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, influenciando a las capas medias y sectores populares con el nacionalismo. La creación de la Caja del Seguro Social, la regulación del sector agrario, entre otras medidas de corte populista también coadyuvaron en este proceso.

Ahora bien, otro de los momentos históricos que logra influenciar el proceso de la identidad del panameño fue la instauración del Régimen Militar de 1968, liderizado por el General Omar Torrijos Herrera, régimen que expresa características de nacional–populismo frente al imperialismo de los Estados Unidos.

“A los años recientes, a partir del golpe de Estado militar del 11 de octubre de 1968, corresponde la última modalidad que en nuestra historia asume la lucha real contra el imperialismo y a favor de la consolidación del Estado nacional” (Montiel, 2013).

Este régimen que en sus inicios contaba con el apoyo pleno de sectores de los Estados Unidos y del Consejo de Nacional de la Empresa Privada según Montiel, tenía

¹⁷³ Ver a Ricaurte Soler, Panamá: Nación y Oligarquía, 1925- 1975, ediciones de la Revista Tareas, 1979

como objetivo regresar la paz y la institucionalidad al Estado panameño y como segundo objetivo la lucha por la soberanía total en el territorio panameño. Objetivos esos que le permitieron tener apoyo de amplios sectores de los trabajadores, capas medias, profesionales, campesinos, entre otros actores nacionales.

“Con el propósito de generar apoyo popular, la dictadura elaboró un discurso populista y nacionalista que se apropió de ciertas demandas populares, sobre todo relacionadas con la entrega del Canal de Panamá a manos panameñas, la recuperación de las áreas del territorio panameño controladas por Estados Unidos y la redistribución de ingresos y oportunidades a sectores marginados” (Guevara, 2014)

Este discurso propició la amplia participación y apoyo de los sectores populares que vislumbraban en este nuevo régimen la capacidad de ser insertados en la dinámica nacional que no solo incorpora a los sectores populares, sino que a todo el territorio bajo una sola jurisdicción y una sola bandera. Es decir, Panamá decidiendo en el futuro del Canal y de sus generaciones.

Ahora bien, este régimen militar logró cohabitar con amplios sectores de la burguesía rentista y terrateniente en el mismo momento que apelaba a los sectores populares, dinámica que le permite a Soler denominarlo como “Bonapartista”.

“Para lo que a Panamá respecta un régimen bonapartista, el primero de nuestra historia, es exactamente el que surgió en octubre de 1968 cuando la Guardia Nacional, único instituto armado del país, asumió las responsabilidades del poder público. Las causas más inmediatas del suceso las encontramos en las multitudinarias manifestaciones antiimperialistas de enero de 1964” (Soler, 1976).

Desde esta mirada, Soler observa un régimen con autonomía clara frente a la oligarquía nacional y a los Estados Unidos. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que a través del desarrollo del país los sectores dominantes no pierden el carácter de clase dominante, ni su incidencia en el

poder político del Estado-nación.

Sin duda este hecho histórico en el país influyó en la identidad de los panameños, quienes lograron ver a través de la firma del Tratado Torrijos–Carter la recuperación del territorio y la soberanía. Ahora bien, en este proceso el régimen tiene como estrategia fortalecer la institucionalidad democrática y la visibilización de figuras (Urraca, Victoriano Lorenzo, Bayano, entre otras) de las luchas populares con el objetivo de que los sectores indígenas, afrodescendientes, campesinos y obreros se identificaran en estos. Esta estrategia logró otorgar un nuevo contenido al ser panameño.

Reflexiones Finales

La identidad está en constante cambio, es decir, es dinámica, en contraposición con la identidad dominante. Que en un mismo espacio, en un mismo territorio se expresan múltiples identidades, que la identidad se construye, se transforma, asume de otras identidades representaciones o es sometida a otras representaciones. Desde esta perspectiva de la identidad se expresa el ser.

Ahora bien, Isaías García representa la identidad del panameño, desde una mirada impregnada del relativismo alejándola de los procesos históricos de la humanidad, al contrario la asume como independiente del contexto, social, económico, político, cultural y ambiental. La observa como producto de lo individual, no así como producto de lo colectivo planteándola como una categoría social permanente.

Desde esta mirada apunta a la pasividad, a la incapacidad de construir sus propias acciones, de lograr concluir sus propios planes, de ser laxo. Con este posicionamiento García propone un panameño sometido incapaz de replantear su destino en el camino de la historia. Este argumento de la panameñidad laxa, inconsecuente, le permite replantear una América Latina con característica similar.

Por otro lado Ricaurte Soler, propone una panameñidad,

como producto de las relaciones del modelo del desarrollo de las relaciones de producción. De ahí que asume que para entender la panameñidad se hace necesario retomar la historia, nuestra posición geográfica, nuestro rol en el modelo económico imperante y el desplazado, el carácter político que domina el contexto. Es decir Soler apunta a analizar la totalidad para comprender la panameñidad.

De ahí que Soler observa momentos que expresan cambios en la panameñidad, como lo fue 1821, momento que expresa contradicciones entre un modelo que expresa el control de la corona española y el nuevo orden instaurado por los colonos criollos. Que para el caso de la panameñidad en lo concreto expresa los sentimientos e intereses de la Gran Colombia y de una burguesía plegada a sus propios intereses de clase.

El periodo de Belisario Porras el de la consolidación de la panameñidad a través de la institucionalización y democratización del todo el territorio nacional y la construcción de alianzas con amplios sectores del arrabal, el campesinado y otros sectores que estaban en franco antagonismo con la burguesía transitista, factores que generan los cimientos para una nueva panameñidad, ahora con carácter nacional.

Ahora bien este planteamiento traslada el debate a identificar diferentes identidades en el país. Por otro lado también evidencia la lucha por el poder y la construcción de un discurso anti imperialista que se fortalece con Acción Comunal, continua con el periodo de Arnulfo Arias Madrid y su nacionalismo y culmina con el Golpe de Estado de 1968 del general Omar Torrijos Herreras que inicia un periodo de nacionalismo populista, denominado por Soler como Bonapartista, que expresa matices de promover una salida a la crisis del sistema político que no es más que el antagonismo entre las clases sociales y su modelo económico.

Desde esta perspectiva Soler propone una panameñidad ligada al desarrollo de las relaciones sociales de producción

y la creación del Estado – Nación panameño. Ahora bien, es relevante mencionar que en nuestro país confluyen diferentes identidades que expresan diferentes naciones, diversos intereses, que expresan tanto condiciones objetivas como subjetivas en relación a su contexto, su realidad política, económica y cultural.

Bibliografía

Arosemena, J. (2003). *Estado Federal de Panamá*. Panamá: Asamblea Legislativa.

Camargo, M. (2005). La enticidad como estrategia del indígena coclesano, siglos XVI al XIX. En M. Camargo, & Y. M. Serra, *Memorias del VI Congreso Centroamericano de Historia Panamá*, 22-26. 7.2002 (pág. 364). Bogota: Hans Roeder, Taboga.

Castells, M. (2000). *La era de la información: Economía, Sociedad y Cultura*. Madrid: Alianza.

Erickson, E. (18 de agosto de 2010). Convergencia .
Obtenido de *Convergencia*: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-14352010000200010

Gracia, I. (2010). *Naturaleza y forma de lo panameño*. Panamá: EDUPAN.

Guevara, M. C. (2014). La vida política en el siglo XX. En A. Castellero, *Panamá. Historia contemporánea* (págs. 163-247). Madrid: Taurus.

Melucci, A. (1999). *Acciones colectivas, vida cotidiana y democracia*. México: Colegio de Mexico.

Montiel, M. (2013). *Soler, Ricaurte: la cuestión de la identidad nacional y Latinoamericana*. Panamá: EUPAN.

Pizurno, P. (miércoles de abril de 2014). La construcción de la identidad. La Prensa , pág. 50.

Soler, R. (1971). *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX*. Panamá: Librería Cultural Panameña.

Florencio Díaz Pinzón

Soler, R. (1976). *Panamá, Nación y Oligarquía 1925 - 1975*.
Panamá: Tareas.

Touraine, A. (1990). *Movimientos sociales de hoy*. Barcelona:
Hacer.

APORTES DE RICAURTE SOLER AL PENSAMIENTO POLÍTICO-FILOSÓFICO PANAMEÑO. SAMUEL PRADO FRANCO.

*“En la ciencia no hay calzadas reales y quien aspire a remontar
sus luminosas cumbres tiene que estar dispuesto a escalar por
senderos escabrosos”*

Carlos Marx.

Aspectos Bio-Bibliográficos sobre Ricaurte Soler Batista.

Ricaurte Soler Batista nació el 11 de agosto de 1932 en Concepción, Chiriquí. Ingresó a la Universidad de Panamá graduándose en 1954 de Licenciado y Profesor en Filosofía, Letras y Educación con Especialización en Filosofía e Historia con su Tesis: *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad durante el Siglo XIX*. Viaja a París, Francia donde en 1956 obtiene el Doctorado en Filosofía en la Universidad de la Sorbona con su Tesis: *El Positivismo Argentino. Pensamiento Filosófico y Sociológico*.

Entró a trabajar como profesor a la Universidad de Panamá en 1957. Cooperó con el Frente de Reforma Universitaria y fundó junto a Franz García de Paredes, Humberto Brugiati, Miguel Montiel Guevara, César Young Nuñez, Alfredo Castellero Calvo, Arístides Martínez Ortega, José de Jesús Martínez, entre otros la revista de análisis teórico “Tareas”. Fue su primer director por más de 30 años, saliendo su primer número el 1 de octubre de 1960. Participa en la gesta patriótica y nacionalista de 1964.

Condena el golpe militar del 11 de octubre de 1968 y apoyó la resistencia popular al mismo; pero frente a la definición práctica posterior de este da su apoyo crítico al proceso de reformas que se dan. En 1971 ganó con el ensayo *Estudios Filosóficos* junto a José de Jesús “Chuchu” Martínez, filósofo, matemático, dramaturgo, poeta, profesor y escritor panameño-nicaragüense (1929-1991), el premio Ricardo Miró.

Apoya al Frente Sandinista, por lo cual fue condecorado

con la orden “César Augusto Sandino”, única que se le otorgó en vida y también a Cuba Socialista junto a otros intelectuales destacados de Nuestra América. Soler militó en las filas del Partido Socialista y activamente en las filas de la solidaridad latinoamericana. Fue Secretario de Historia del Instituto de Amistad Panameño-Cubano y elegido Vice-Presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) hasta su muerte. Ocupó las cátedras de Historia de las Ideas en América y Panamá y Panamá en el Mundo Americano, destacándose como Director del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.

1- La Revista Tareas y su Legado al Análisis Teórico Panameño.

La revista Tareas nació como un proyecto de jóvenes intelectuales panameños que deseaban dejar testimonio de su época. Se realiza una reunión en la casa de Franz García de Paredes, donde se propone llamar la revista “Cuasimodo”, pero los participantes no muestran mucho convencimiento. Se propone el nombre de “Tarea”, pero Franz interviene en contra del nuevo nombre, y el poeta César Young Núñez, propone agregar una “s”, es decir, bautizándose con el nombre de “Tareas”.

Alfredo Castillero Calvo, discípulo de Soler en ese entonces le informo que su hermano Enoch tenía conocimientos de diseño grafico, así que es escogido para hacer la portada de la nueva revista. Soler aprobó la portada y se la llevo complacido al pintor Alberto Dutary, quien le dijo que era tan solemne que parecía un retrato de él.

El 1 de octubre de 1960 salió el primer número y en este año 2018 ha cumplido 58 años de ininterrumpida publicación siendo la revista de análisis teórico de todas las ramas del conocimiento (filosofía, historia, sociología, política, economía, ecología, economía, literatura, idiomas, entre otros)

con más años de existencia.

En su primer editorial se encuentra su contenido programático que a continuación cito: “La aparición de la presente revista expresa una realidad y una aspiración: la realidad de un grupo de intelectuales –termino que empleamos sin eufemismos- que interpreta los problemas nacionales a través de coincidentes supuestos y categorías, y la aspiración a cancelar esos mismos problemas a través de un pensamiento que a la vez derive e incida sobre lo concreto”.

Más adelante, en el editorial de la Revista Tareas No. 1 señala: “En todo caso, entre aquellas publicaciones y la presente podemos señalar desde el primer número una diferencia fundamental; Tareas conlleva la interpretación expresa – trataremos de ponerla de relieve- de la cultura, de la función social del pensamiento, de las “Tareas” y responsabilidades del intelectual panameño”. Es una ambiciosa “tarea” de brindar una nueva interpretación de la cultura y la función social del pensamiento, con una orientación nacional y basada en la búsqueda de nuestra identidad como panameños.

El establecimiento de las “tareas” y responsabilidades del intelectual panameño como forma de dar una militancia orgánica al teórico, que muchas veces quiere mantener una postura alejada a la transformación de la realidad y quiere mantenerse en una supuesta “neutralidad”. La revista, como plantea Soler, va a dar prioridad a los estudios que permitan estructurar una concepción de la nacionalidad, para sentar los fundamentos de una política nacional, tanto cultural, como económica y social.

A pesar de que la tarea fundamental de la lucha nacionalista y patriótica fue cumplida, es decir, la salida de las tropas norteamericanas y el desmantelamiento de las bases militares, se nos presenta otra tarea, la eliminación del aparato ideológico-cultural que nos mantiene colonizados. Aquí es que entra la tarea fundamental de la revista, liberarnos de esa colonización mental y servirnos de necesario referente

académico-intelectual en esta lucha.

Pero la revista nos plantea la autocrítica frente al romanticismo revolucionario, la desorientación política y la improvisación cultural como desviaciones de nuestra lucha. Testigo de muchas luchas del pueblo panameño y de Nuestra América, desde la revolución cubana de 1959, la gesta patriótica y nacionalista de 1964, el golpe de Estado de 1968 y la invasión de 1989 la revista se convierte en defensora y tribuna intelectual en defensa de las causas más nobles del pueblo panameño.

Tareas no solo quiere difundir conocimientos, su compromiso intelectual implica, la producción de conocimientos. La revista se convierte en el ejemplo más claro y concreto de la militancia orgánica de un intelectual comprometido no solo con la teorización, sino con la transformación de las realidades difíciles del pueblo panameño.

2- El Legado bibliográfico de Soler.

Soler escribió gran cantidad de artículos, monografías, ensayos y libros que analizan y examinan diversos temas como la nacionalidad y la identidad nacional, la historia de las ideas, la dialéctica, el positivismo, el marxismo, entre otros. Su producción bibliográfica es abundante y extensa pudiendo destacar: su Tesis de Licenciatura, *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad durante el Siglo XIX. (Para la Historia de las Ideas en el Istmo)*, su Tesis Doctoral, *El Positivismo Argentino. Pensamiento Filosófico y Sociológico; Formas Ideológicas de la Nación Panameña; Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas; Materialismo e Idealismo: Una Alternativa para Introducción a la Filosofía*, entre otras.

En su discurso en el acto de graduación en 1954 nos presenta el tema que constituiría su quehacer intelectual y su práctica política-ideológica: la fundamentación histórico-social de nuestra nacionalidad. En su libro: *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad durante el*

Siglo XIX realiza un estudio sobre el pensamiento panameño, presentando la estructura y el contenido espiritual del Istmo de Panamá en el siglo pasado. De este modo acomete la tarea de señalar la universalidad, la americanidad y la identidad nacional como formas específicas del pensamiento panameño y en el cual el doctor Justo Arosemena es figura de primer orden.

En sus reflexiones sobre el ser y el pensamiento panameño, Soler llega a la conclusión que se expresa como “reflexión sobre la particularidad nacional y en las expresiones autoconscientes de tal particularidad”. En efecto existe un nexo dialectico entre el pensamiento panameño y la realidad tanto política como histórica del Istmo.

Soler destaca la figura de Justo Arosemena, de la cual es uno de los más grandes conocedores e intérpretes de su obra, como uno de los más notables teóricos del siglo XIX y creador de un “positivismo autóctono hispanoamericano” que sin duda alguna “Arosemena fue más allá que Comte y Spencer a quienes no pudo conocer en 1840 y como creador de una moral anti-escolástica y bajo supuestos “factológicos”.

En la introducción del libro: *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad durante el Siglo XIX* realiza una crítica a la explicación ontológica, inspirada en corrientes filosóficas contemporáneas, en particular la Fenomenología, eligiendo en especial su crítica a los historiadores y ensayistas que han pretendido “explicar la peculiaridad panameña como esencia intemporal, supuesto legítimo de la entidad nacional”.

“El criterio historicista nos permite igualmente, no obstante la indiscutible legitimidad de la nacionalidad panameña, desde un punto histórico y sociológico, fundir las características istmeñas en sus dimensiones culturales e históricos-nacionales con las que informan la realidad hispanoamericana en general”. Es la búsqueda de un criterio histórico-sociológico, para determinar las dimensiones de lo panameño con una clara y definida orientación marxista

heterodoxa, alejada de la ortodoxia que existía en su época. Dentro de las obras filosóficas podemos incluir: *Materialismo e Idealismo: Una Alternativa de Introducción a la Filosofía de 1962* y *Estudios Filosóficos sobre la Dialéctica* de 1973. La primera obra aparecida en la revista Tareas, habría de formar parte de una introducción a la filosofía presentada desde un punto de vista materialista. Escrito con una intención puramente didáctica, para un estudiante que se inicia en el estudio de la filosofía y de sus grandes corrientes: Idealismo y Materialismo.

En los *Estudios Filosóficos sobre la Dialéctica* se abordan temas de gran complejidad, exclusiva para especialistas de la filosofía marxista. Soler elabora el apartado referente a la Tradición, Reflexión y Enseñanza de la Filosofía en Panamá, donde nos ofrece una síntesis histórica sobre el desarrollo del pensamiento en nuestro país, desde la colonia hasta el presente. Desde la perspectiva marxista, Soler cuestiona la filosofía de cátedra en las aulas universitarias de Nuestra América. Para el Maestro, la lucha de cristianos y marxistas sería la esperanza de la enseñanza universitaria de la filosofía contra la alienación del sistema capitalista y permitiría orientar una nueva dirección ontológica y gnoseológica.

Para concluir, comparto lo que pudiéramos considerar dos síntesis de la vida, obra, pensamiento y legado del Maestro Soler: En las palabras de presentación en el acto de entrega del Premio Excelencia en las Artes de 1994, Rodrigo Miró nos presenta en síntesis la labor académico-intelectual de los grandes maestros de la filosofía panameña:

“Diego Domínguez Caballero e Isaías García Aponte orientan sus reflexiones hacia la panameñidad como fenómeno histórico-sociológico del cual dimana la esencia colectiva del ser de lo panameño. Ricaurte Soler en un gigantesco esfuerzo hermenéutico, enfrenta el problema a partir de un método sociológico para enfocar la participación de las clases sociales en el escenario

ideológico de la nación panameña.”

En este párrafo del comunicado del Centro de Estudios Latinoamericanos “Justo Arosemena” CELA, se resume con precisión histórico-biográfica lo que significó y lo que significa el teórico de la nacionalidad junto a Justo Arosemena, el Maestro Soler:

“[...] El representante más lucido de la investigación histórico-social panameña; la expresión más dedicada a la difusión de la realidad nacional; el vocero más autorizado de la academia panameña; maestro de maestros universitarios; el ideólogo de la nación; el historiador de los procesos sociales que han sacudido el Istmo; el pensador de las luchas populares”.

Bibliografía

- Soler, R. (1954) *Pensamiento Panameño y Concepción de la Nacionalidad Durante el Siglo XIX (Para la Historia de las Ideas en el Istmo)*. Panamá: Imprenta Nacional.
- Soler, R. (1959) *El Positivismo Argentino. Pensamiento Filosófico y Sociológico*. Panamá: Imprenta Nacional.
- Soler, R. (1960) *Editorial de la Revista Tareas* No. 1.
- Soler, R. (1972) *Formas Ideológicas de la Nación Panameña*. Costa Rica: Antonio Lehmann Librería, Imprenta y Litografía Ltda.
- Soler, R. (1973) *Estudios Filosóficos sobre la Dialéctica*. Panamá: Litho Editorial Chen, s.a.
- Soler, R. (1987) *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas, de la Independencia a la Emergencia del Imperialismo*. México: Siglo XXI Editores, s.a.
- Soler, R. (1989) *Materialismo e Idealismo: Una Alternativa de Introducción a la Filosofía*. Panamá: Talleres Gráficos del Centro de Impresión Educativa del Ministerio de Educación.

ANEXO

Compartimos una serie de fotografías de Ricaurte Soler en distintas facetas de su vida, como conferencista, en actividades académicas y degustando con colegas. Agradecemos a María Esther Mendizábal Vda. de Soler y César del Vasto por las fotografías.

No tenemos fotografías de Ricaurte Soler y José de Jesús Martínez “Chuchú” juntos, pero fueron unidos como hermanos.

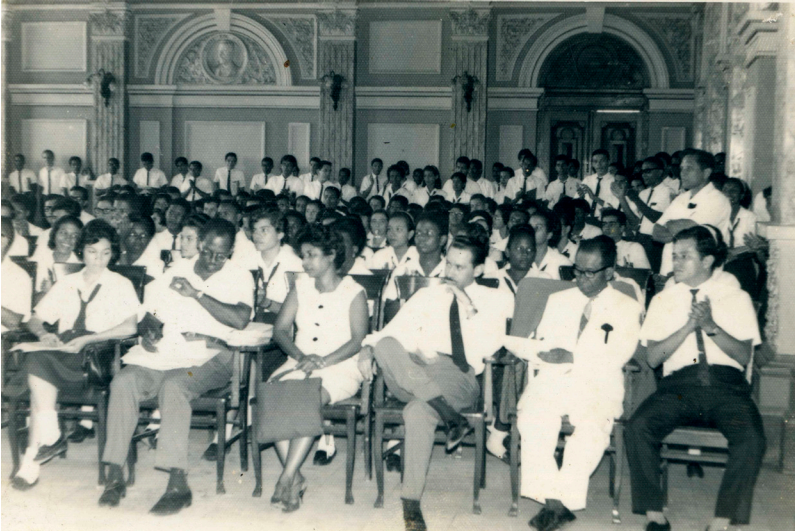




Soler junto a sí mismo



Compartiendo con unos amigos



En el aula Máxima del Insituto Nacional



■ Ricaurte Soler (izq), filósofo e historiador panameño, aparece junto a Arturo Andrés Roig, filósofo argentino. Roig residió durante una década en el país y ha dedicado gran parte de sus esfuerzos al estudio del pensamiento nacional y latinoamericano



En la Fundación Omar Torrijos



En la conferencia del Dr. Antonio Beltrán, catedrático de Historia de la Universidad de Zaragoza



En Homenaje a Rogelio Sinán



En conferencia con Carmen Miró en el Auditorio Raquel María de León de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.



Rommel Escarreola, Diógenes de la Rosa y Ricaurte Soler.



INSTITUT
FRANÇAIS
AMÉRIQUE CENTRALE

